El siglo XI contado en 1.ª persona

Las «memorias» de ʻAbd Allāh último rey Zīrí de Granada, destronado por los Almorávides (1090)

El siglo XI es uno de los más complejos de la historia hispánica y, a la vez, una de las grandes divisorias en su evolución. Es el siglo de los reyes de Taifas, de la conquista de Toledo, del Cid y de la invasión norteafricana de los Almorávides.

Estas memorias del último rey Zírí de Granada, ʻAbd Alláh, nos permiten adentrarnos en la vida de aquel agitado siglo. Fueron escritas en el exilio después de haber sido destronado por los Almorávides, en 1090. Las memorias fueron descubiertas en 1930, en raras circunstancias, por el gran historiador francés Lévi-Provençal. A través de estas memorias oímos hablar a los otros reyes de Taifas, a Alfonso VI, a Pedro Ansúrez, a Alvar Fáñez. Son un relato apasionante que describe las interioridades de la corte beréber de Granada y descubre sus intrigas que rozan a veces la tragedia.

Emilio García Gómez se unió a su gran amigo Lévi-Provençal para desentrañar este libro, casi completo, y quiso firmarlo con él en un testimonio del afecto y colaboración que los vinculaba. Este documento, importantísimo para conocer nuestra historia, gracias al oficio y estilo del traductor, se ha convertido, además, en una joya literaria.

epublibre

ʻAbd Allāh

EL SIGLO XI EN PRIMERA PERSONA

Las «memorias» de ʻAbd Allāh último rey Zīrí de Granada, destronado por los Almorávides (1090)

ePub r1.0

Titivillus 30.04.2020

EDICIÓN DIGITAL

Título original: *El Siglo XI en primera persona*
ʿAbd Allāh, 1090
Traducción: Emilio García Gómez & E. Lévi-Provençal

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Edición digital: ePubLibre, 2020
Conversión PDF: FS, 2020

La publicación de este libro ha sido posible gracias a la colaboración de la Sociedad de Estudios y Publicaciones de la Fundación Banco Urquijo, cuya Sección de Estudios árabes dirige D. Emilio García Gómez.

El Siglo XI en 1.ª persona

Las «Memorias» de 'Abd Allāh,
último Rey Zīrí de Granada
destronado por los Almorávides (1090)

Traducidas, con Introducción
y notas, por
E. Levi-Provençal (ob. 1956)
y Emilio García Gómez

Sumario

ADVERTENCIA

INTRODUCCIÓN

[Preliminar]

I. Ojeada de conjunto sobre el contenido de las «Memorias» de ʻAbd Allāh. Su difusión por el Occidente musulmán hasta fines de la Edad Media

II. Resumen de la historia de los Zīríes de España hasta 467 = 1075

III. El reinado de ʻAbd Allāh (467-483 = 1075-1090)

IV. Las fechas y los apéndices

V. El comentario de Menéndez Pidal a las «Memorias»

VI. El hallazgo moderno del manuscrito de las «Memorias»

VII. Génesis e historia previa de este libro

TRADUCCIÓN DE LA «EXPOSICIÓN DE LOS SUCESOS ACAECIDOS EN EL ESTADO DE LOS BANŪ ZĪRĪ DE GRANADA»

CAPÍTULO I. CONSIDERACIONES PRELIMINARES

1. Normas que debe seguir el historiador

2. Verdad del Islam y refutación de los que no lo profesan

3. Incapacidad, del conocimiento racional sin la ayuda de la Verdad revelada

4. Necesidad de la instrucción y de la experiencia

5. Formación política del autor

6. Dificultad de la imparcialidad histórica

7. El azar en historia. El caso de Almanzor, antecedente obligado de los Reinos de Taifas

CAPÍTULO II. ANTECEDENTES Y PRIMEROS PASOS DE LA MONARQUÍA ZĪRÍ: ZĀWĪ IBN ZĪRĪ Y ḤABŪS IBN MĀKSAN

8. Reforma militar de Almanzor, venida de los Zīríes a España y formación de los Reinos de Taifas

9. Establecimiento de los Zīríes en Elvira a petición de sus habitantes

10. Reacción en al-Andalus ante la creación del Estado zīrí Fundación de Granada

11. Desastrosa campaña de al-Murtaḍà contra los Zīríes Ṣinhāŷa

12. Zāwī b. Zīrī parte para Ifrīqiya y muere allí envenenado

13. Reinado de Ḥabūs ibn Māksan

14. Intrigas en favor de la sucesión de Yaddayr ibn Ḥubāsa. Muerte de Ḥabūs.

CAPÍTULO III. REINADO DE BĀDĪS IBN ḤABŪS (I): DESDE SUS COMIENZOS HASTA LA MUERTE DE IBN NAGRELA

15. Comienzos del reinado de Bādīs ibn Ḥabūs y encumbramiento del visir judío Abū Ibrāhīm

16. Fracaso de la conjura de Yaddayr ibn Ḥubāsa contra Bādīs

17. Victoria de Bādīs sobre el príncipe Zuhayr de Almería

18. Carácter del príncipe Buluggīn Sayf al-dawla, padre del autor

19. Actividad e intrigas de José ibn Nagrela, hijo del judío Abū Ibrāhīm

20. Envenenamiento del príncipe Buluggīn Sayf al-dawla

21. Privanza absoluta de Ibn Nagrela

22. Bādīs se apodera de Málaga

23. Relaciones de Bādīs con los Banū Ṣumādiḥ de Almería

24. Llegada de al-Nāya a Granada. Su valimiento y rivalidad con el judío

25. Expulsión del príncipe Māksan ibn Bādīs

CAPÍTULO IV. REINADO DE BĀDĪS IBN ḤABŪS (II): DESDE LA MUERTE DE IBN NAGRELA HASTA EL FINAL

26. Conjura del visir judío Ibn Nagrela. Motín contra él de los Ṣinhāŷa y su asesinato

27. Campaña victoriosa para recobrar Guadix de Ibn Ṣumādiḥ

28. Campaña victoriosa para recobrar Málaga de Ibn ʻAbbād

29. La pesquisa y la disidencia de Fiñana. Al-Nāya, visir.

30. Jaén, recobrada

31. Toma de Baeza por al-Nāya

32. Conjura contra al-Nāya, al que asesinan

33. Se vuelve a llamar al príncipe Māksan ibn Bādīs

CAPÍTULO V. REINADO DEL AUTOR DE ESTE LIBRO, ʻABD ALLĀH IBN BULUGGĪN (I): PROBLEMAS EXTERIORES Y SITUACIÓN DE AL-ANDALUS AL COMIENZO DEL REINADO

34. Exigencias rechazadas de Alfonso VI. Éste e Ibn ʻAmmār hostigan a Granada desde Belillos, hasta que, con la toma de Toledo, abandonan la plaza

35. ʻAbd Allāh transige con Ibn Ṣumādiḥ y firma con él una tregua

36. Alfonso VI, instigado por Ibn ʻAmmār, vuelve contra Granada y ʻAbd Allāh tiene que pactar con él

37. La toma de Toledo por Alfonso VI

38. Toma de Denia por Ibn Hūd. Noticia sobre los Banū Hūd.

39. Ibn ʻAmmār se rebela en Murcia contra al-Muʻtamid y es expulsado luego por Ibn Rašīq. Posteriores andanzas y muerte violenta de Ibn ʻAmmār

40. Paces de ʻAbd Allāh con el rey de Sevilla

41. Digresión sobre el método

CAPÍTULO VI. REINADO DEL AUTOR DE ESTE LIBRO, ʻABD ALLĀH IBN BULUGGĪN (II): PROBLEMAS INTERNOS EN EL REINO DE GRANADA HASTA LA VENIDA DE LOS ALMORÁVIDES

42. Destitución y luego expulsión del visir Simāŷa. ʻAbd Allāh decide gobernar por sí mismo

43. El pleito de la frontera almeriense. Sus vicisitudes y solución

44. Campaña victoriosa contra Tamīm ibn Buluggīn, príncipe de Málaga, hermano del autor

45. Fin de las rebeliones de Kabbāb ibn Tamīt, gobernador de Archidona y Antequera, y de los Banū Tāgnāūt

CAPÍTULO VII. REINADO DEL AUTOR DE ESTE LIBRO, ʻABD ALLĀH IBN BULUGGĪN (III): VENIDA DE LOS ALMORÁVIDES A ESPAÑA Y CAMPAÑAS DE SAGRAJAS Y ALEDO

46. Antecedentes de la intervención de los Almorávides en España.

47. Embajadas andaluzas a Marruecos. Los Almorávides ocupan Algeciras por la fuerza

48. Concentración de los coaligados musulmanes

49. Batalla y victoria de Sagrajas contra Alfonso VI

50. Consejo posterior a la batalla. Primeras rencillas y separación de los aliados musulmanes

51. Nueva venida de Yūsuf ibn Tāšufīn. Campaña y estéril asedio de Aledo

52. El campamento de Aledo, reflejo de la anarquía andaluza

53. El pleito entre Ibn ʻAbbād e Ibn Rašīq. Prisión de este último

54. Levantamiento del sitio de Aledo. Dispersión de los sitiadores y rencillas entre ellos

CAPÍTULO VIII. REINADO DEL AUTOR DE ESTE LIBRO, ʻABD ALLĀH IBN BULUGGĪN (IV): POLÍTICA DE ʻABD ALLĀH DESDE EL REGRESO DE ALEDO: MEDIDAS DEFENSIVAS Y DIPLOMÁTICAS

55. Pesimismo de ʻAbd Allāh al regreso de Aledo. La conducta de Garūr

56. Dañinas intrigas y defección final de al-Qulayʻī

57. Reconciliación con el ejército y medidas defensivas

58. Tratos con Álvar Háñez

59. ʻAbd Allāh paga los tributos atrasados a Alfonso VI y hace con él un nuevo pacto

60. Amenazas almorávides. ʻAbd Allāh se sincera de su conducta

CAPÍTULO IX. REINADO DEL AUTOR DE ESTE LIBRO, ʻABD ALLĀH IBN BULUGGĪN (V): LOS ÚLTIMOS CONFLICTOS, PRESAGIOS DE LA CATÁSTROFE

61. Rebelión de los judíos de Lucena

62. El pleito de los Zanāta
63. Defección y sublevación de Mu'ammal en Loja
64. Semblanza del tránsfuga Nuʿmān
65. La cuestión del matrimonio de la princesa, hermana de ʿAbd Allāh
66. Digresión sobre los consejeros del príncipe
67. Vuelve a hablar del matrimonio de la princesa
68. Intervención de ʿAbd Allāh en el negocio de Murcia. Enojo de al-Muʿtamid
69. Embajada de ʿAbd Allāh a Ŷūšuf ibn Tāšufīn en Ceuta. Sus embajadores le hacen traición

CAPÍTULO X. REINADO DEL AUTOR DE ESTE LIBRO, ʿABD ALLĀH IBN BULUGGĪN (VI): SU RENDICIÓN AL SOBERANO ALMORÁVID, PRISIÓN, EXPOLIO Y DESTIERRO

70. Nuevo paso a España de Yūsuf ibn Tāšufīn y ruptura de hostilidades con ʿAbd Allāh
71. Las tropas almorávides llegan ante Granada
72. Situación interna de la ciudad de Granada
73. ʿAbd Allāh no encuentra otra solución que rendirse
74. Rendición de ʿAbd Allāh y expolio de sus bienes
75. Destierro de ʿAbd Allāh a Marruecos
76. Destronamiento y destierro del rey de Málaga, Tamīm, hermano de ʿAbd Allāh

CAPÍTULO XI. DESTRONAMIENTO Y SUERTE POSTERIOR DE LOS DEMÁS REYES DE TAIFAS

77. Actitud de los Reyes de Taifas durante la campaña de Granada
78. Campañas almorávides contra Almería
79. Tensión de las relaciones entre Al-Muʿtamid y el soberano almorávid
80. Toma de Córdoba y Sevilla. Destierro de Ibn ʿAbbād
81. Regreso de Yūsuf ibn Tāšufīn a Marruecos
82. Destronamiento y muerte de al-Mutawakkil de Badajoz, y desaparición de este reino
83. Actividad almorávid contra los cristianos. La toma de Valencia por el Cid
84. Reflexiones sobre las vueltas de la Fortuna

CAPÍTULO XII. REFLEXIONES FINALES, EN EL DESTIERRO

85. ʿAbd Allāh y la poesía
86. Digresión del autor sobre su propio horóscopo y su destino
87. Consideraciones sobre la astrología
88. Consideraciones médicas sobre los alimentos y el vino
89. Vuelve a hablar de astrología
90. Cuestiones astronómicas

91. Limitación de las ciencias naturales y de la medicina

92. Contra la negación de que los genios hablen

93. Sobre el placer, la melancolía amorosa y la juventud

94. Consideraciones teóricas y autobiográficas sobre la ambición y el desasimiento de los bienes mundanos

95. ʻAbd Allāh habla de su paternidad

96. El autor se dirige a sus lectores, favorables o adversos.

97. ʻAbd Alldh se defiende de posibles imputaciones contra su vida privada.

BIBLIOGRAFÍA EXCLUSIVA DE LAS OBRAS CITADAS ABREVIADAMENTE

Lista de ilustraciones

FIGURAS

1. Cuadro genealógico de los Zīríes

2. Extensión aproximada de los territorios zīríes de Granada y Málaga, entre los de Sevilla y Almería

LÁMINAS

I. Folio 48a del ms.

II. Folio 66a del ms.

III. Pila de estilo califal, hoy en el Museo Arqueológico de la Alhambra, procedente de Elvira o mandada copiar por el rey zīrí Bādīs, cuya inscripción en la margen superior rehizo apropiándosela el nazarí granadino Muḥammad III en 1305 (Lévi-Provençal, Inscr. ar., n.º 220)

IV. Restos del llamado Puente del Cadí sobre el Darro, bajo la Alhambra de Granada, obra de tiempos zīríes

V. a) Casa de la Lona en el Albaicín de Granada, edificada donde estuvo el palacio de los Zīríes;
b) Inmediaciones de la Casa de la Lona

VI. Fortificaciones zīríes en el Albaicín de Granada

Advertencia

La ocasión prevista en las últimas líneas de la Introducción a este libro se ha presentado antes de lo pensado, gracias a la «conjunción astrológica» de no pocos factores: el interés de un amigo incomparable, la generosidad del Banco Urquijo, la hospitalidad de la Sociedad de Estudios y Publicaciones y las varias competencias de quien dirige «Alianza Editorial». No cito nombres porque el censo sería largo, con riesgo de penosa omisión. Lo que sí doy a todos de corazón es las gracias.

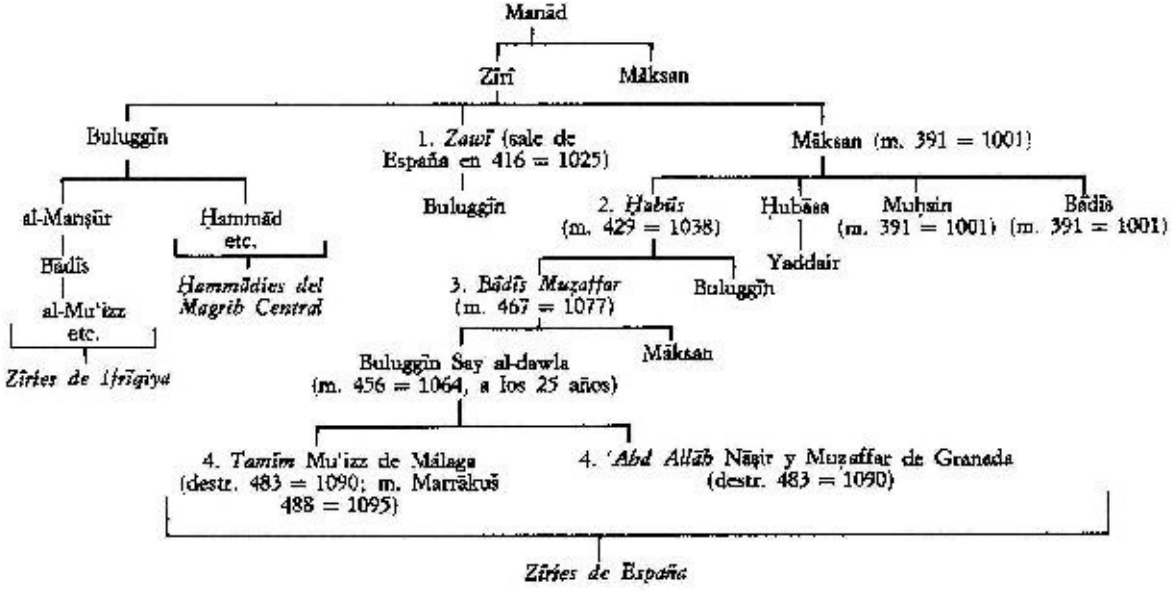
También al final de la Introducción puede verse la «génesis e historia de este libro». Se cumple, aunque con demora, lo proyectado, porque incluso lo estaba la supresión actual de los Apéndices, aunque tal vez aparezcan éstos más tarde en tomo suplementario, completamente modernizados. No ocurre lo mismo con una archimínima parte de la anotación a las «Memorias», pese a que todos los libros necesarios figuran en mis anaqueles. Bien sabe Dios que no lo he hecho por pigricia, sino a sabiendas. Para el lector no arabista hay todo lo necesario. A los especialistas bueno es abrirles campo en que puedan colaborar. El libro es, pues, joven, salvo algún insignificante detalle bibliográfico. (A Balzac le gustaba idear personajes que bajo Carlos X seguían vistiendo algunos indumentos de la época napoleónica, porque habían servido en la «Grande Armée»).

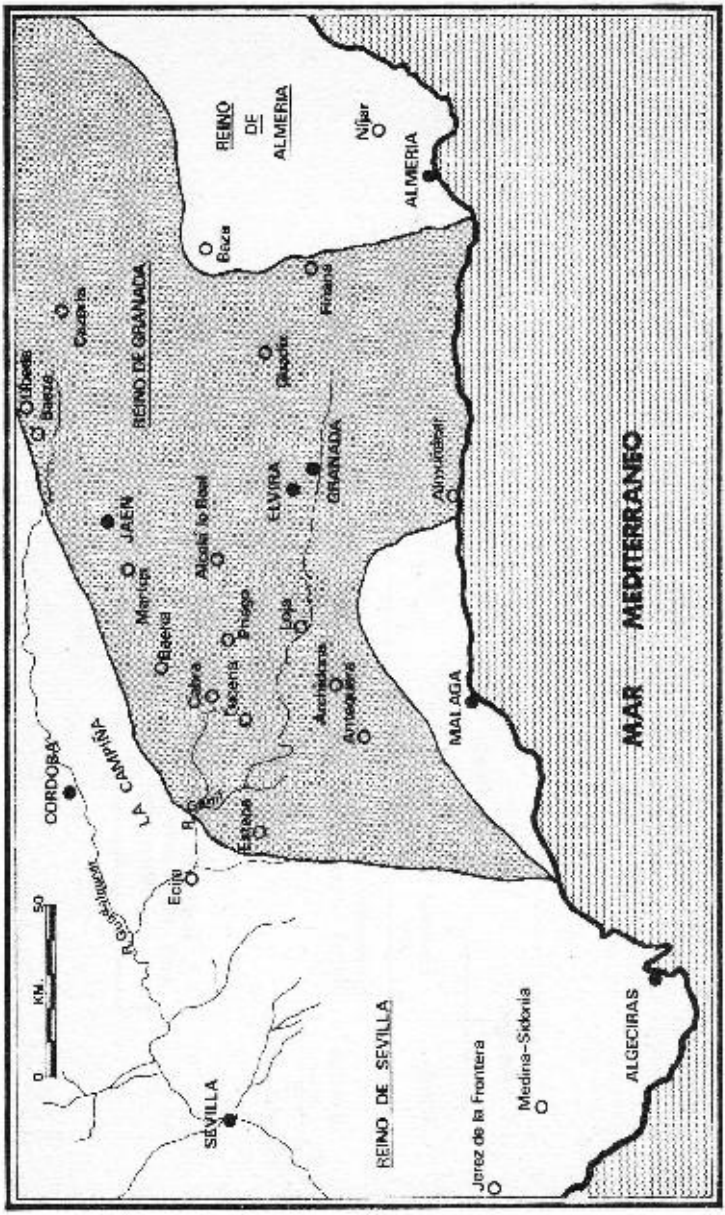
Lo he pasado muy bien revisando estas páginas porque, mientras lo hacía, he podido revivir los años centrales de mi vida intelectual, cuando, desaparecidos ya mis maestros, tenía que contar con mi sola iniciativa. Me ha alegrado empaparme en la atmósfera de mis relaciones fraternales con Lévi-Provençal, a cuyos manes, me conmueve ofrecer todavía un fruto común de nuestra colaboración científica. El primer grupo de fragmentos que él publicó (1935-1936) me iba dedicado, junto con Félix Hernández y Leopoldo Torres Balbás, los dos muertos también. ¡Grandes nombres! Yo asimismo quiero recordarlos hoy, y decir a sus sombras elíseas que no me consuelo de haberlos perdido, y que, como a Lévi-Provençal e igual que éste hizo, les consagro mi esfuerzo. A ninguno de los tres maté. Al revés, el destino se los llevó. Pero, como don Juan Tenorio, tengo con sus efigies ideales y con tantas otras un panteón junto a un Guadalquivir de ensueño, al que me gusta ir para hablar con ellos. Porque hay terrenos científicos en los que hoy es preferible conversar con los muertos.

Mayo, 1980.

E. G. G.

CUADRO GENEALÓGICO DE LOS ZĪRIES




0
KM.
50
SEVILLA
CORDOBA
LA CAMPIÑA
Ecija
Estepa
JAEN
Mancha Real
Baeza
Cazorla
Alcalá la Real
Cabra
Priego
Loja
Archidona
Antequera
ELVIRA
GRANADA
Guadix
Baza
Huéscar
Orcera
Iznalloz
Fiñana
REINO DE GRANADA
REINO DE ALMERIA
Níjar
ALMERIA
Almuñécar
MALAGA
MAR MEDITERRANEO
ALGECIRAS
REINO DE SEVILLA
Jerez de la Frontera
Medina-Sidonia

Introducción

No ha habido muchos destinos en la Historia tan extraños como el de ʿAbd Allāh, el último zīrí granadino. Era un príncipe incapaz, criado en el serrallo y al que encaramaron, todavía muy mozo, a un trono bamboleante, para recoger una herencia política confusa y hacerlo soberano de un Estado de indecisas fronteras. La población de este Estado no podía ser más abigarrada: andaluces, árabes y muladíes; beréberes, tanto Ṣinhāŷa, que eran los de su misma tribu, como Zanāta, o sea, los del clan adverso; muchos mozárabes; judíos en gran número. El reyezuelo, grotesco y vacilante, iba a sufrir la estrecha tutela de su madre y de las mujeres de palacio, y a vivir en perpetua tirantez con su hermano mayor, el principillo de Málaga, a quien, de buena o de mala gana, había tenido que entregar, al subir al trono, una parte de los estados del sultán difunto.

Había de vivir, cuando no en declarada guerra, en continua cautela respecto a sus poderosos vecinos de los otros reinos de Taifas. Era un fantoche, siempre alerta, luchando sin tregua, ojo avizor, por escapar entre las apretadas mallas de las mil redes de intriga que se tejían en su propio palacio; un tiranuelo impopular, detestado por sus propios vasallos, y que, aunque daba muestras —como todos sus colegas contemporáneos— de una piedad exterior harto espectacular, no sabía hacer frente a sus pasiones, y gustaba de beber y de armar fiesta, aunque no fuese más que para olvidarse de Al-

fonso VI, que se decía su amigo, pero que, ducho en conocer a los hombres, lo juzgaba tal como era y apretaba un poco más cada día el nudo corredizo que le tenía puesto en la garganta.

No era menos extraña la corte de que se rodeaba el sultán granadino. La componían, en increíble mezcolanza, tanto visires y señores beréberes, más o menos emparentados con la familia real, como eunucos eslavos y alfaquíes andaluces, que a porfía consumían su tiempo en conspirar y en denunciarse unos a otros, con la sola mira de enriquecerse y sin reparar en los medios ilícitos de que se valían al desahogar su codicia. Sus mismas mujeres, para remate, metían también su cucharada en todos los negocios turbios.

Este castillo de naipes, este microcosmos podrido, se hallaba condenado a caer por tierra al primer soplo un poco recio. La ola puritana que venía del Marruecos almorávid, al romper en España y ganar por la mano los pacientes trabajos de zapa que venía haciendo la Reconquista, lo barrió sin esfuerzo, como tanteo preliminar para su inmediata labor de ir derribando uno por uno los apuntalados edificios que formaban la disminuida herencia del Califato de Córdoba. Y el zīrí granadino, tras de haber entregado su reino al vencedor africano, tendrá que expatriarse, lo mismo que, cuatro siglos más tarde, Boabdil, cuando puso sus estados en manos de los Reyes Católicos. Uno y otro hallarán en la compañía de sus respectivas madres un poco de bálsamo con que medicinar las llagas del destierro, si bien ʿAbd Allāh no hubo de sufrir, como Boabdil, los reproches de la suya, ni dejó escapar —que sepamos, al menos— ningún último «suspiro del Moro».

Aturdido por los imprevistos sucesos, víctima de la sevicia de Garūr, su cancerbero implacable, el destronado monarca no volverá a cobrar algún aliento, sino lejos de sus perdidos

estados, a la otra ribera del mar, en la ciudad beréber de Āgmāt, bajo la protección de quien lo ha derribado del trono, pero que, fiel a su palabra, y contra lo que podía esperarse, lo ha dejado con vida. En ese retiro lejano, el principillo —que, como su nuevo señor, es beréber (a lo que debe indudablemente haber escapado al verdugo), y por beréber realista— acabará por conformarse pronto con su nueva y mediocre condición. Desde luego, no va a usar de su tiempo como Muʿtamid —aunque, por otra parte, está a mil leguas de poder hacerlo— en componer largos y patéticos poemas con que llorar su infortunio y las mudanzas de la suerte. Pero, poco a poco, en la tranquilidad recobrada y en la casi certidumbre de un futuro apacible y sin sobresaltos, irá precisándose en su pensamiento la necesidad de reaccionar contra la opinión de sus contemporáneos, que hasta entonces lo han tenido por un mentecato y un traidor al Islam, que sólo a la magnanimidad del vencedor del momento debe el haber podido escapar a la última pena.

A esta razón psicológica obedece, sin duda, el hecho de que, al cabo de algunos años de destierro, con la cabeza un tantico más turbia, pero siempre con esa mezcla de candidez y de truhanería que hacen de él un personaje tan curioso, se resuelva a escribir sus «memorias», como un alegato más que nada, en pro de su causa, como una intentona de disculparse frente a sus émulos y ante la posteridad, y como una justificación de su conducta; todo ello sin olvidar, claro está, los respetos y los halagos al monarca almorávid, que sigue siendo árbitro de su destino.

Por tales circunstancias podemos gozar de su autobiografía, que hoy al fin publicamos en una versión completa y ordenada de todo lo existente y que, a no dudarlo, constituye con mucho, en el terreno de las historias por tan estrecho modo unidas de la España musulmana y cristiana del siglo

XI, el documento más completo y más lleno de vida de que disponemos hasta ahora.

I.—Ojeada de conjunto sobre el contenido de las «Memorias» de ʻAbd Allāh. Su difusión por el Occidente musulmán hasta fines de la Edad Media

En no pocos pasajes de su libro, y de modo especial en la última parte, ʻAbd Allāh explica con suficiente claridad el designio que lo mueve: «En esta obra —dice, por ejemplo (§ 83)— yo me he limitado a hablar de lo que personalmente me concierne, colocándome en la postura del que siempre se hubiera hallado en mi situación actual, si bien formulando algunos juicios y tomando escarmiento de los reyes que me precedieron y de los que fueron mis vecinos». Por consiguiente, se trata, ante todo, de un Memorial en que el autor será como el centro y el eje. Sobre los comienzos de la dinastía de la que él había de ser el último soberano —comienzos de que, por otra parte, tenía un conocimiento insuficiente— se limitará a proporcionar a sus lectores algunos datos sumarios. La narración se ampliará, sin embargo, notablemente cuando llegue al reinado de su abuelo y predecesor inmediato Bādīs ibn Ḥabūs, porque para ello le bastará ahondar en sus propios recuerdos, o, mejor, traer a la memoria los relatos que oiría en su camarilla de los acontecimientos más salientes del largo reinado antedicho, ya que, dada la corta edad con que subió al trono, sólo de muy pocos de ellos pudo haber sido testigo. De cualquier modo, aun esta exposición pormenorizada de la época de Bādīs no es —en su mente— más que una vasta introducción a la historia de su propio reinado. En su libro, él es, y quiere serlo, el personaje central.

A lo que parece, este tipo de «Memorias» alcanzó después una cierta boga en el occidente musulmán de la Edad Media, y a esa boga debemos, para los siglos posteriores a la época almorávid, no solamente las autobiografías de personajes tan famosos como Ibn al-Jaṭīb e Ibn Jaldūn, sino también la originalísima exposición de los comienzos del movimiento almohade y de la dinastía mu'miní por al-Bayḏaq[1]. Sin embargo, creemos que es único el caso de ʻAbd Allāh, es decir, el de un príncipe musulmán de Occidente, que, aunque destronado, narra por sí mismo su propio reinado, tras de haber hablado de los de sus predecesores, y lo narra con prolijidad detallista y ordenada, proporcionándonos, a pesar del carácter subjetivo del relato, una fuente histórica de primerísimo orden.

Tales circunstancias no fueron, desde luego, desconocidas. Al hablar en pocas líneas de la suerte que el soberano almorávid reservó al último príncipe del reino zīrí granadino del siglo XI, el anónimo autor de la breve crónica titulada *al-Ḥulal al-mawšiyya*[2] declara que tales acontecimientos fueron objeto «de un detallado relato por parte de dicho emir ʻAbd Allāh ibn Buluggīn en un libro que compuso sobre la dinastía fundada por su familia». Y más explícito es aún el testimonio de Lisān al-dīn Ibn al-Jaṭīb, que, en el capítulo referente a ʻAbd Allāh de la historia de la España musulmana que ocupa buena parte de su *Kitāb aʻmāl al-aʻlām*[3], nos dice claramente: «Yo he podido leer una obra suya, escrita de su puño y letra, y compuesta en la ciudad de Āgmāt, ya una vez destronado, en la que cuenta sus andanzas y su mala fortuna, en forma que sorprende gratamente, dada su condición. Me regaló este manuscrito el predicador de la mezquita de Āgmāt (¡Dios tenga misericordia de él!)».

No es imposible que el manuscrito de al-Qarawiyyīn, utilizado por nosotros, sea el mismo exactamente que Ibn al-Jaṭīb se trajo de ese viaje a Āgmāt, adonde fue, como él mismo dice, el año 761 = 1359-60, a visitar piadosamente la tumba del rey poeta Muʿtamid de Sevilla[4]. En efecto, cuando el visir granadino fue más tarde asesinado en Fez[5], dicho manuscrito pudo ser confiscado con los restantes libros del difunto y venir a parar, por orden del príncipe marīní de la época, a la biblioteca que en la Mezquita mayor había fundado el sultán Abū ʿInān a mediados del siglo XIV[6]. De otra parte, aunque el manuscrito de al-Qarawiyyīn no es, hablando con absoluta exactitud, el «original», sí podría ser una copia en limpio *(mubayyaḍa)* del mismo y con él colacionada, ya que en varias ocasiones se lee en sus márgenes la indicación *ṣaḥḥa* o *aṣl*^{un}, como confirmación de una grafía dudosa o de la adición de un miembro de frase omitido en el texto.

Tampoco es imposible, además, que el propio Ibn al-Jaṭīb hubiera comunicado dicho manuscrito, por él traído de Āgmāt, a otro gran personaje de Granada, con el que por mucho tiempo sostuvo excelentes relaciones amistosas, que luego habían de trocarse en un odio mortal e irreconciliable. Nos referimos al cadí Abū-l-Ḥasan ʿAlī ibn ʿAbd Allāh ibn al-Ḥasan al-Ŷuḏāmī, más conocido por Ibn al-Ḥasan al-Nubāhī. En efecto, este magistrado, que era hombre de letras y que, como todos los sabios de aquella época, tomaba notas de cuantas obras leía, cita por lo menos dos veces las «Memorias» de ʿAbd Allāh en su colección de biografías de juristas andaluces, titulada *Kitāb al-marqaba al-ʾulyā fi-man yastaḥiqq al-qaḍāʾ wa-l-futyā*, que uno de nosotros ha publicado en 1948[7]. Además, al-Nubāhī nos revela el título árabe de las «Memorias», tal como debía de figurar en el primer folio, hoy perdido, del manuscrito de al-Qarawiyyīn, y que

reza: *al-Tibyān ʻan al-ḥādiṯa d-kā'ina bi-dawlat Banī Zīrī fī Garnāṭa*, o sea, «Exposición de los sucesos acaecidos en el Estado de los Banū Zīrī de Granada»; título, como se ve, deliberadamente sobrio y sencillo, nada conforme a la moda, por aquellos tiempos reinante en los países islámicos, de dar a los libros rótulos grandilocuentes y complicados, llenos de flores retóricas y de aliteraciones internas.

Podemos considerar que, salvo azar imprevisible, disponemos de las «Memorias» de ʻAbd Allāh en todo lo que ha podido escapar a la implacable avaricia del tiempo. Se trata de un texto compacto y seguido, sin la menor división interior en capítulos o secciones. Para comodidad del lector nos ha parecido oportuno paliar este grave defecto dividiendo el texto llegado a nosotros en doce capítulos de extensión aproximadamente idéntica, y subdividiendo, además, cada uno de ellos en tantas secciones o párrafos como ha sido conveniente para encerrar en precisos límites las consideraciones, históricas o no, que tienen cierta autonomía. Merced a esta división, facticia pero racional, creemos que las «Memorias» ganarán en claridad y perderán ese carácter de madeja infinita de hechos menudos que, a primera vista, y por lo menos en el texto árabe manuscrito, hacen tan confusa y difícil su lectura.

El primer capítulo y el último forman, respectivamente, la introducción y la conclusión de la obra. Así, mientras aquél consta de una larga serie de consideraciones preliminares en que el autor intenta definir de antemano la misión del historiador objetivo y subrayar la dificultad de mostrarse imparcial, éste queda formado por una acumulación no poco heterogénea de reflexiones y digresiones sobre el destino y la predestinación humanas, así como sobre su propio horóscopo y sobre cuestiones médicas. Acá y allá, algunas revelaciones del regio escritor sobre su persona y su vida privada

contribuyen a dar a estas páginas, tanto las iniciales como las finales, por lo común unas y otras bastante sosas y aburridas, un cierto sabor íntimo y un particular poder evocador.

El capítulo segundo, con el que comienza la parte verdaderamente histórica de las «Memorias», relata en algunas páginas, demasiado breves para nuestra curiosidad, los comienzos de la dinastía zīrí de Granada hasta la muerte de Ḥabūs; el tercero y el cuarto, el reinado, o por lo menos sus dos primeros tercios, del mayor soberano de la dinastía, Bādīs al-Muẓaffar, y los demás, hasta el onceno inclusive, son los que constituyen propiamente la autobiografía de ʻAbd Allāh.

Por muchas indicaciones nuevas que contenga, como en efecto sucede, la parte histórica que refiere los acontecimientos anteriores a la subida al trono del autor, la falta que en ella se advierte de un armazón metódico hace que no baste por sí misma para reconstituir la zona correspondiente de la evolución zīrí, trazada por otros cronistas con datos que nos permiten seguir mejor la trama y la cronología. Por esta razón nos ha parecido útil reconstituir a seguido, en sus líneas fundamentales, esa evolución, según las fuentes de que disponía Dozy, y que poseíamos nosotros, con anterioridad al descubrimiento de las «Memorias»[8].

II.—Resumen de la historia de los Zīríes de España hasta 467 = 1075

A semejanza de lo ocurrido en Sevilla, Badajoz, Toledo, Zaragoza, Valencia, Denia, Almería y otros lugares de menos importancia, la anarquía que siguió al desmembramiento de la España califal, a comienzos del siglo XI, hizo de Granada la capital de un Estado independiente, fundado por beréberes

Ṣinhāŷa que desde hacía algún tiempo habían venido de Ifrīqiya para instalarse en la Península Ibérica. Estos Ṣinhāŷa habían ya desempeñado un papel de cierto relieve en la historia del último periodo del Califato cordobés, cuando la dictadura ʿāmirí, y las circunstancias de su llegada a España no dejaron de ser bastante curiosas[9].

Sabido es, en efecto, cómo el califa fāṭimí Maʿadd ibn Ismāʿīl, al abandonar la Berbería oriental para dirigirse a Egipto, había dejado como lugarteniente en sus antiguos dominios, para que los gobernara en su nombre, a Buluggīn, hijo de Zīrī, personaje este último que había ayudado eficazmente al soberano herético en sus conquistas. Padre e hijo, grandes señores beréberes los dos, muy fieles a sus vínculos étnicos, habían sido figuras sobresalientes de la epopeya fāṭimí. Algo más tarde, muy a principios del siglo XI, un hijo de Buluggīn ibn Zīrī, llamado Ḥammād, iba por su parte a fundar en el Magrib central otra segunda dinastía zīrí, cuya capital fue primeramente la Qalʿa de los Banū Ḥammād y luego Bugía. Con esta familia de los Ṣinhāŷa Zīríes, reinantes en Ifrīqiya y en el Magrib central, empalma directamente la rama de los Zīríes de España, cuyo trasplante vamos a explicar ahora rápidamente.

A la muerte de Buluggīn ibn Zīrī, el gobierno de Ifrīqiya había pasado a su hijo al-Manṣūr, quien, a su vez, se lo legó a su hijo Bādīs ibn al-Manṣūr, constituyéndose así una dinastía hereditaria, de padres a hijos, que regía el país como vasalla de los Fāṭimíes. Este orden de sucesión directa iba en detrimento de los miembros de la familia zīrí pertenecientes a las ramas laterales, y tanto los hermanos de Buluggīn ibn Zīrī como los de al-Manṣūr ibn Buluggīn vieron frustrada su esperanza de ocupar el poder. Tal fue la causa de una rebelión sangrienta en la que murió, con dos de sus hijos,

Māksan ibn Zīrī ibn Manād, hermano menor de Buluggīn. Tras ella, quedó como jefe, o mejor decano, de los zīríes alejados del poder otro hijo de Zīrī ibn Manād, llamado Zāwī, el cual logró persuadir a todos sus parientes descontentos de que lo más sencillo era ir a probar fortuna en otra parte, y, como corrían los tiempos en que los ʻĀmiríes de Córdoba favorecían por todos los medios la recluta de mercenarios africanos que quisieran alistarse en España, dichos Zīríes dirigentes aceptaron una oferta que les hizo el hijo del gran Almanzor, ʻAbd al-Malik al-Muẓaffar.

De esta suerte fue como pasó a España un grupo de Ṣinhāŷa, acompañado de no pocos contribulos y clientes. Sus jefes eran, a más de Zāwī ibn Zīrī, dos hijos de su hermano Māksan —el que había muerto en la revuelta ifrīqí— llamados Ḥubāsa[10] y Ḥabūs. Al llegar a Córdoba, estos contingentes fueron muy bien tratados, y eso que el asunto ofrecía no flojas dificultades, ya que el antepasado de la familia —Zīrī, padre de Zāwī— había sido matado, años antes, por los Zanāta del Magrib, vasallos tradicionales de los Omeyas de Córdoba, ciudad a la que había llevado como trofeo la cabeza del Ṣinhāŷí muerto en batalla. Sólo, pues, un singular trastorno de la fortuna es el que había obligado al hijo y a los descendientes directos del difunto a venir a ofrecer sus servicios militares al primer ministro de una dinastía que hasta entonces venían aborreciendo.

Las tropas mandadas por Zāwī ibn Zīrī llegaron a ser muy pronto en España uno de los elementos más importantes y turbulentos del ejército beréber que pagaban los ʻĀmiríes para contrarrestar la creciente enemiga del partido legitimista andaluz, y probablemente no fueron ajenos a la audaz tentativa con que el tercero y postrer ḥāŷib ʻāmirí de Córdoba, ʻAbd al-Raḥmān Sanchuelo, quiso arrogarse el título califal, con detrimento de los príncipes de la casa omeya. Algo más

tarde, ya iniciada la *fitna*, abrazaron la causa del campeón del partido beréber en España, Sulaymān al-Mustaʿīn, y contribuyeron activamente a colocarlo sobre el trono califal. En pago de sus servicios, y cuando, a comienzos del siglo XI, Sulaymān hizo un reparto de feudos a sus mejores auxiliares[11], otorgó a los Zīríes el distrito de Elvira, o sea, el fértil territorio del valle del alto Genil y los macizos montañosos que lo rodean; distrito que tomaba nombre de su capital, la vieja ciudad de Elvira, a la cual iba pronto a suplantar la vecina Granada[12].

Zāwī ibn Zīrī, acompañado de sus sobrinos y de las gentes de su casta, fue, pues, a instalarse en el corazón mismo de su nuevo feudo, y desde el primer momento se dio en él aires de señor absoluto. Granada vio, a partir de entonces, crecer su población, y se convirtió en una gran ciudad activa y próspera, que Zāwī eligió como residencia. No parece, sin embargo, que el jefe ṣinhāŷí, a pesar de su situación independiente, se arrogara ningún título soberano, ni siquiera el de *ḥāŷib*, adoptado por sus sucesores y que los cronistas árabes suelen dar casi siempre a los príncipes beréberes de la España del siglo XI[13]. Por el contrario, y durante bastante tiempo, los Zīríes granadinos se afiliaron al partido y se declararon vasallos nominales de los Ḥammūdíes de Málaga y Algeciras, que conservaban el título supremo de Príncipe de los Creyentes, para oponerse al otro partido del pseudo-califa Hišām, ficción mantenida y aprovechada por los ʿAbbādíes sevillanos.

De su lealtad a los Ḥammūdíes dio Zāwī ibn Zīrī no pocas pruebas. Ya llevaba mucho tiempo instalado en Granada con sus Ṣinhāŷa cuando el antiguo gobernador de la plaza omeya de Ceuta, ʿAlī ibn Ḥammūd, avanzó contra Córdoba, se apoderó del gobierno y tomó el título de Califa. Pues bien: Zāwī

abrazó sin vacilación su causa. Más tarde, a partir de 407 = 1016-17, un pretendiente omeya llamado ʻAbd al-Raḥmān al-Murtaḍà levantó en su propio favor las comarcas levantinas. Al cabo de algunos meses la rebelión fue creciendo —eran ya los días del segundo ḥammūdí, o sea, al-Qāsim—, y el pretendiente, con sus tropas de libertos ʻāmiríes y de beréberes Zanāta, creyó llegado el momento de ir a Córdoba con el designio de ocuparla. Pero como su camarilla le aconsejara que, de paso, debía ir a Granada para combatirla y someter a los Ṣinhāŷa, bien conocidos por su adhesión a los Ḥammūdíes, dio nueva ocasión a Zāwī de demostrar su fidelidad, y, en efecto, Zāwī, que estaba sobre aviso, derrotó durísimamente, haciendo considerable botín, a los andaluces, los cuales se dispersaron, abandonando a al-Murtaḍà, asesinado a poco por sus mismos partidarios[14].

Con estos antecedentes, que abonaban su conducta y acrecían más cada vez su autoridad, presagiando nuevos éxitos, se explica la sorpresa con que los historiadores árabes comentan la decisión inesperada, que Zāwī tomó muy poco después, de salir de la Península, abandonando su principado granadino, para regresar a sus tierras natales de Ifrīqiya. Ibn Ḥayyān —el gran historiador, cuya autoridad es siempre la primera— nos ha conservado el texto de un discurso[15] que Zāwī habría dirigido a sus Ṣinhāŷa para persuadirlos a acompañarlo; discurso que es de pensar no sea auténtico, pero que, a pesar de ello, merece ser reproducido aquí por tratarse de un documento del mayor interés para conocer la psicología del jefe zīrí y porque la versión de Ibn Ḥayyān confirma a la vez que amplía la mucho más breve que da también ʻAbd Allāh en sus «Memorias». He aquí las palabras atribuidas a Zāwī:

«El triunfo que acabamos de obtener no debe haceros olvidar las precauciones que se imponen, porque no habéis de

creer que la derrota de estas gentes se debe tan sólo a nuestra fuerza, sino que se la debemos a la Providencia y a la manera como estos príncipes traicionan a su país para perderlo. Me di cuenta de ello el mismo día en que nos atacaron, y por eso os infundí confianza. Allāh, en efecto, nos ha librado de ellos, y ahora se han dispersado. Pero tendrán que darse otro jefe, pues reemplazar a éste ha de serles muy fácil, y no estoy nada seguro de que no vuelvan todos juntos a atacarnos de nuevo dentro de poco, sin que entonces podamos acaso resistirlos. A mi juicio, lo que debemos hacer es salir de su tierra, gozar de tranquilidad con el botín que hemos ganado y volver a nuestra patria que dejamos, para defender a nuestras mujeres y a nuestros hijos, alejándonos de los Zanāta, nuestros enemigos, que no desperdiciarán ocasión de hacernos daño, sobre todo ahora que los hemos puesto en fuga y hemos reavivado sus secretos rencores. Si, siendo como somos tan pocos, se juntan para combatirnos o ayudan en contra nuestra a los Andaluces, nos veremos entre las quijadas de un león y nos exterminarán. He aquí el consejo que me creo en el deber de daros. Yo me voy de al-Andalus, y el que me obedezca que me siga».

La verdadera causa de la determinación de Zāwī habría, pues, que buscarla, según esta versión, en el odio secular que siempre dividió en África a los Zanāta antifāṭimíes y a los Ṣinhāŷa filofāṭimíes; odio que perduraba intacto en España. Por otra parte, los Zanāta cobraban cada vez mayores bríos en la Península, pues ocupaban casi todas las serranías meridionales desde Ronda hasta Carmona, y disponían de considerables fuerzas, mientras que los Ṣinhāŷa del feudo granadino eran más bien escasos. Por último, es posible que Zāwī ibn Zīrī no hubiera venido a España más que con el secreto deseo de vengar a su padre, cuya cabeza, para diversión de los Zanāta, había estado expuesta sobre una de las puertas

de Córdoba, y, como ya se había vengado, instalando en el antiguo trono de los Omeyas al representante de una nueva familia —ʻAlī ibn Ḥammūd—, y éste, en recompensa, le había devuelto la cabeza paterna, tal vez Zāwī pensara que la afrenta estaba lavada y el honor de los Zīríes a salvo, por lo cual debía ya pensar en retornar a sus lares.

El hecho fue, sin embargo, que el «quien me obedezca, que me siga» del jefe ṣinhāŷi encontró escaso eco entre los suyos. Su sobrino Ḥabūs —el otro, Ḥubāsa, había muerto en combate ante los muros de Córdoba— y los restantes Zīrīes prefirieron quedarse en su feudo de Granada, donde eran los señores y los primeros, a regresar a Ifrīqiya para hacer papel de segundones. Cuando Zāwī se hizo a la mar en Almuñécar para Ifrīqiya, no le acompañaban más que los miembros más allegados de su familia directa y unos pocos Ṣinhāŷa. Corría el año 416 = 1025. Previamente, el viajero había pedido autorización para su regreso al soberano de la Berbería oriental, al-Muʻizz ibn Bādīs, biznieto de su hermano mayor Buluggīn, quien se lo había concedido, pues nada tenía que temer de este venerable anciano que deseaba morir en su patria, sin contar con que los Zīrīes de Qayrawān no podían verlo volver con aprensión, siendo como era el decano de la familia, ante quien —según el *Bayān*[16]— no se velaban más de mil mujeres, por ser sobrinas suyas, o hijas o nietas de sobrinas. Lo recibieron, pues —se dice— con todo honor, tanto más cuanto que volvía con una inmensa fortuna y con la aureola de haber vengado el honor de su padre, que era al mismo tiempo el honor de todos los Zīríes.

Nos creemos, sin embargo, en el caso de advertir que ésta es la versión tradicional y hasta ahora recibida de los sucesos. Las «Memorias» de ʻAbd Allāh —y hay que reconocer que con no poca autoridad— cambian bastante radicalmente el panorama. Para él la causa principal del inopinado retorno

de Zāwī ibn Zīrī a la corte de sus parientes los monarcas ṣinhāŷíes de Qayrawān habría sido la ambición de apoderarse del trono ifrīqí, para reinar por fin en su patria, ya que nunca dejó de sentirse extraño en tierra andaluza. Y, siempre según nuestro regio autor, el resultado habría sido lo más contrario a sus esperanzas. En vez del trono que apetecía, la corte de Qayrawān le reservaba un frío recibimiento, y a poco se desembarazó del importuno huésped, envenenándolo.

El sucesor en Granada de Zāwī ibn Zīrī, o sea, su sobrino Ḥabūs ibn Māksan, había de reinar trece años, desde 416 = 1025 a 429 = 1038, ejerciendo el mando de los Zīríes que quedaron en España. De creer a Ibn Jaldūn[17], este mando habría recaído primero en un hijo de Zāwī, que muy pronto se habría hecho impopular, siendo reemplazado, a iniciativa del alfaquí granadino Ibn Abī Zamanīn[18], por su primo Ḥabūs, que residía en el castillo de Iznájar; pero las «Memorias» de ʿAbd Allāh más bien desautorizan, con su silencio, esta hipótesis.

El reinado de Ḥabūs —que tomó el título de *ḥāŷib* y el sobrenombre honorífico de Sayf al-dawla— consistió principalmente en un reajuste del Estado zīrí, mediante pequeños conflictos y alianzas con los principillos vecinos, que le permitió anexionar a sus estados algunos territorios nuevos, en particular el distrito de Cabra. ʿAbd Allāh en sus «Memorias» nos pinta a su bisabuelo como extremadamente cuidadoso de no rozar la susceptibilidad de los jefes Ṣinhāŷa que lo rodeaban, y de conllevar con la mayor habilidad posible su carácter, tan difícil como quisquilloso. La constitución del Estado parece ser entonces la de una federación de feudos vasallos, sobre los cuales el monarca ejercía cierta soberanía un tanto nominal. Dentro de su propia familia, se inclinaba del lado de su sobrino Yaddayr, hijo de su hermano Ḥubāsa,

que indudablemente le habría sucedido si su propio hijo Bādīs, con una seguridad y una decisión de las cuales más adelante iba a dar tantas otras pruebas, no hubiese, desde mucho antes de morir su padre, hecho todo lo necesario para que la herencia de la monarquía paterna fuese a parar a sus manos. En general, son muy escasos los detalles y las fechas que poseemos sobre el reinado de Ḥabūs.

Como antes se ha indicado, lo que los cronistas ponen de relieve en este periodo es el esfuerzo que realizó el soberano para organizar su reino, y en esta organización debió de tener parte el famoso judío Samuel ibn al-Nagrela, dentro de las funciones administrativas. Por haberlas muy bien contado Dozy[19], no hay necesidad de insistir sobre las circunstancias en que Ḥabūs, aconsejado de su visir Abū-l-Qāsim ibn al-ʻArīf, confió a dicho personaje entrada en su gobierno. Esta elección, por extraña que pueda parecer al primer momento en un príncipe musulmán, no deja de encontrar justificaciones. De un lado, la comunidad judía que desde hace mucho tiempo habitaba Granada era muy nutrida, sumamente rica, y había ganado mucho con la instalación de los Zīrīes en la ciudad. De otra parte, era muy difícil que Ḥabūs encargara esa función a una persona distinta, ya que para el caso no podía servir ninguno de los beréberes, faltos de la cultura necesaria para dirigir con eficacia las oficinas de la cancillería real, ni menos ninguno de los árabes ni aún de los andaluces, enemigos declarados o encubiertos de la dinastía africana, en quienes jamás hubiera podido el soberano depositar su confianza. Ayudado del inteligente judío, Ḥabūs, según el testimonio de Ibn Ḥayyān, se esforzó por no hacer mal papel en el concierto de los restantes y cultísimos soberanos árabes, o hispanizados, de la Península. Él mismo adquirió un superficial barniz literario y hasta procuró enmascarar sus orígenes puramente beréberes con una ficticia as-

cendencia ḥimyarī[20], mientras Ibn al-Nagrela, con notable soltura, maniobraba hábilmente en el terreno diplomático y contribuía a consolidar la alianza de los Zīríes granadinos con su vecino Zuhayr, soberano de Almería.

Al morir en ramadán de 429 (= 7 junio 6 julio 1038)[21], dejaba Ḥabūs dos hijos: Bādīs y Buluggīn, ninguno de los cuales había sido designado por su padre, ni jurado por el pueblo, como príncipe heredero; pero Buluggīn renunció todos sus derechos en favor de su hermano Bādīs, y éste fue quien se hizo cargo del poder.

Bādīs ibn Ḥabūs había de ser el mayor soberano de la dinastía zīrí. Muy poco después de su subida al trono —y una vez vencida la conjura de los partidarios de Yaddayr, hecho sobre el cual no nos informa más que ʻAbd Allāh en sus «Memorias»— su posición, que se había hecho muy sólida, se halló considerablemente reforzada por la sangrienta derrota que infligió al príncipe Zuhayr, su antiguo aliado almeriense. Había éste incurrido en los reproches granadinos por haber gestionado una alianza con el principillo beréber de Carmona, Muḥammād ibn ʻAbd Allāh al-Zanātī, ya que los Ṣinhāŷa y los Zanāta seguían siendo en España, como antes en África, enemigos irreconciliables. Para resolver la cuestión, se había decidido una entrevista de Bādīs con Zuhayr; pero éste se adelantó en dirección a Granada sin haber pedido a aquél permiso de cruzar la frontera —cosa que molestó grandemente a Bādīs—, y, además, se mostró increíblemente insolente en las negociaciones. Fracasadas éstas, y furiosos los Ṣinhāŷa por el tono de altanería del eslavo ʻāmirí, Bādīs se resolvió a detener a Zuhayr en su viaje de regreso, para lo cual hizo ocupar sólidamente el desfiladero de La Fuente *(al-Funt).* Zuhayr se vio cercado, sus Andaluces fueron diezmados por los Ṣinhāŷa, que cogieron un considerable botín, y el mismo soberano almeriense quedó muerto. En cuanto al pri-

mer ministro de Almería, el famoso Ibn ʿAbbās, fue traído a Granada, cargado de hierros, y condenado a muerte, con enorme contento de Ibn al-Nagrela, que era su enemigo personal. Ocurrían estos hechos en 429 = 1038[22].

Al quedar vacante el trono de Almería por la muerte de Zuhayr, el soberano de Valencia, que era el ʿāmirí ʿAbd al-ʿAzīz, acudió a apoderarse de dicho principado. Con ello se reforzaba la coalición agrupada en torno del cadí sevillano Ibn ʿAbbād y del pseudo-califa Hišām II, un antiguo esterero convertido en fantoche político; coalición dirigida fundamentalmente contra los Beréberes, quienes, aunque por modo nominal, seguían reconociendo como califa al principillo ḥammūdí de Málaga. Ibn ʿAbbād de Sevilla quiso aprovechar los acontecimientos y urdir una rebelión, dentro de la misma Granada, contra Bādīs, que empezaba a perder popularidad entre sus súbditos, acusado de crueldad y de desordenado alcoholismo. El alma de la conjura fue un árabe procedente de Asia, llamado Abū-l-Futūḥ Ṭābit ibn Muḥammād al-Ŷurŷānī, venido a España a instancias de Muŷāhid de Denia, el príncipe más culto de la época, y que había aparecido en Granada con pretexto de dedicarse a la enseñanza. Ŷurŷānī instigó obstinadamente a Yaddayr, un primo de Bādīs, para que destronase a éste; pero la conspiración fue pronto descubierta, y los conjurados hubieron de escapar a Sevilla. Poco después, en 431, el señor de Sevilla atacó al príncipe beréber de Carmona, el cual pidió ayuda a los Ḥammūdíes de Málaga y a nuestro Bādīs de Granada. Bādīs, unido al ejército Ḥammūdí, esperó a los sevillanos cerca de Écija, los derrotó con facilidad y regresó a su corte para ejecutar a Abū-l-Futūḥ al-Ŷurŷānī, instigador de la última conjura[23].

Tal nuevo éxito convenció a Bādīs de que ya no tenía sentido seguir mostrándose vasallo nominal del califilla

ḥammūdí de Málaga, y no sólo decidió sacudirse tan incómoda dependencia, sino incorporar a sus dominios el principado malagueño. No le costó mucho. Aunque en Málaga, aparte los beréberes, había muchos andaluces, se la anexionó en 449 = 1057, y los príncipes ḥammūdíes todavía vivos fueron desterrados al África[24].

Los comienzos de la segunda mitad del siglo XI fueron el apogeo de la política antiberéber de Muʿtaḍid de Sevilla, que no tardó en suprimir los pequeños principados de Ronda, Jerez y Arcos, e incorporárselos. Así se robusteció el poder del bloque árabe-andaluz, a expensas del beréber, cuyo único reducto sólido era el de los Zīríes de Granada. Bādīs veía con amargura este avance ʿabbādí, sorprendido más que nada por la prisa con que la población árabe de los reinecillos desaparecidos tomaba partido por el invasor contra los intrusos africanos. No estaba Bādīs muy seguro de la población árabe de su reino, acrecida tras la toma de Málaga, y se resolvió a adelantarse y proceder a una exterminación de los árabes de sus Estados[25]. Su visir judío Samuel trató de disuadirlo, y, al no lograrlo, advirtió en secreto al mayor número posible de las futuras víctimas. A pesar del fracaso de la matanza, Bādīs, movido por los beréberes refugiados en Granada tras el avance de Ibn ʿAbbād, se decidió a invadir el territorio sevillano; pero fue derrotado. Vuelto a Granada furioso, expulsó a los refugiados beréberes, quienes tuvieron que emigrar al África del Norte, donde nadie los acogió y una gran hambre acabó con ellos[26].

La derrota de Bādīs por los sevillanos, animó a los árabes de Málaga a pedir de Muʿtaḍid que los liberara, y se sublevaron en la capital y castillos circundantes, mientras un ejército de Sevilla, mandado por el príncipe heredero, el futuro Muʿtamid, llegó y se apoderó sin dificultad de la región, ex-

cepto la Alcazaba de Málaga, defendida con denuedo por su guarnición beréber. Muʿtamid no estuvo entonces a la altura de las circunstancias, y, cuando Bādīs acudió, pudo echar al ejército sevillano hasta Ronda. Las represalias beréberes en Málaga fueron sangrientas[27].

No es siempre fácil, dentro del largo reinado de Bādīs, fechar con precisión todos estos acontecimientos, contados con bastante vaguedad por algunos cronistas. Es incluso dudosa la fecha exacta de la muerte del visir judío Ismāʿīl (Samuel) Ibn al-Nagrela. No pudo ser (según Ibn al-Jaṭīb[28], que cita a Ibn Ḥayyān) el año 459 = 1066, pues entonces su hijo Yūsuf (José), que le sucedió, sólo habría sido visir unos meses, en contradicción con los nuevos datos de las «Memorias» de ʿAbd Allāh. Hay que dar a la muerte de Samuel la fecha de 1055 (Munk[29], según el judío Abraham b. David) o de 1056 (más sólidamente establecida por Schirmann)[30]. Sólo así se explica que Yūsuf (José) pudiera, ya bien asentado, envenenar a Buluggīn Sayf al-dawla, heredero presunto de Bādīs (y que, según Nubāhī, era el señor de Málaga) en 456 = 1064.

Las «Memorias» de ʿAbd Allāh ofrecen gran lujo de detalles, al que no estábamos acostumbrados, sobre este asesinato del príncipe Buluggīn, a la sazón esperanza de los granadinos contra el judío, a manos de éste, seguramente con la complicidad de las mujeres de palacio. Una vez asesinado el príncipe, el judío Yūsuf intentó conciliarse el favor de Māksan, segundo hijo de Bādīs, del que conocíamos la existencia, pero no el nombre[31]. ʿAbd Allāh en sus «Memorias» hace de él un retrato poquísimo lisonjero en ningún sentido. Su padre Bādīs lo odiaba y se lo mostró bien. Había de morir en Zallāqa.

Las «Memorias» de ʿAbd Allāh sacan del olvido (lo mismo que a Māksan) a un individuo llamado al-Nāya, que no aparece en ninguna otra crónica y cuyo nombre surge, sólo una vez, en los *Collares de oro*, de Ibn Jāqān[32]. Se trata de un aventurero que, tras haber intervenido en la rebelión del príncipe Ismāʿīl contra su padre Muʿtaḍid[33], logró escapar de la pena capital que le esperaba y, jurando odio eterno a los ʿAbbādíes sevillanos, se pasó a Granada. Este personaje, cuya actividad iba a dominar los últimos años del reinado de Bādīs, ganó progresivamente la confianza de éste, y consiguió —prestando al soberano servicios eficaces— sortear los escollos de la malevolencia granadina. Las «Memorias» nos detallan por primera vez las intrigas de toda índole que se cruzaban en esta pequeña corte beréber, hispanizada hacía poco y que, pese a las apariencias, seguía siendo muy africana. En ella las princesas zīríes intervenían continuamente en la política interior. Al-Nāya pudo con sorprendente habilidad desencadenar la furia popular contra el visir judío, y suplantarlo. Yūsuf (José) fue la primera víctima del famosísimo pogrom de Granada en 459 = 1066 (aquí también Ibn al-Jaṭīb da otras fechas falsas). No deja de extrañarnos que ʿAbd Allāh pase por alto hechos tenidos hasta ahora, quizá con error, por certísimos, como la honda impresión que en los Ṣinhāŷa granadinos produjo la virulenta casida anti-judía de Abū Isḥāq de Elvira[34].

El reinado de Bādīs había de prolongarse ocho años más, hasta 467 = 1075. Tocante a la política exterior, el relato de ʿAbd Allāh aporta muchos y nuevos detalles, pese a su desorden, aunque no permite precisar exactamente la cronología fluctuante. Por más que el soberano hubiese envejecido y cargase muchos negocios en hombros ajenos, recobraba su antiguo vigor cada vez que un vecino osaba violar sus fronteras.

No hizo paz con los ʿAbbādíes, y el odio que le separaba de ellos desde más de un cuarto de siglo permanecía intacto. La guerra tuvo sus alternativas, que se reflejaban en las lindes granadinas; pero Málaga quedó desde 1057 en poder de Bādīs, quien, gastando enormes sumas, hizo de su alcazaba un reducto estratégico inexpugnable. Seguramente pensaba, además, que en circunstancias desesperadas, bien por hostilidad exterior, bien por rebelión interna, podría servirle de refugio, incluso con posibilidad de embarcarse desde ella a Ifrīqiya.

Del lado opuesto, o sea, el de Almería, tampoco estaba despejada la situación. El tuŷībī Abū-l-Aḥwaṣ Maʿn Ibn Ṣumādiḥ, a quien Bādīs había ayudado en 1041 a suceder al usurpador ʿāmirí al-Manṣūr de Valencia, había muerto diez años después, y su hijo y sucesor, Muḥammād al-Muʿtaṣim, rompió la alianza con Granada y se apoderó de Guadix y su distrito, no sabemos hasta qué punto en connivencia con Yūsuf Ibn al-Nagrela sobre una posibilidad de que el reino de Granada quedase unido al de Almería. Sea de ello lo que fuere, el trágico final del judío quebró, de haber existido, tal esperanza, y Bādīs salió en persona a recobrar Guadix, como lo consiguió con ayuda de al-Maʿmun Ibn Ḏī-l-Nūn de Toledo, a quien tuvo, sin embargo, que pagar dándole Baza; pero al-Muʿtaṣim se vio obligado a declararse vasallo del viejo zīrí.

Aún quedaban nubarrones por el Norte. Un general ṣinhāŷí de Bādīs, llamado Musakkan, se declaró independiente en Jaén, reforzado por la presencia a su lado del segundo hijo del rey de Granada, Māksan, a quien había acogido cuando su padre lo expulsó. La situación quedó restablecida con el recobro de Jaén, si bien en esta oportunidad Bādīs prefirió, antes que al asedio, recurrir al soborno de la guarnición.

III.—El reinado de ʿAbd Allāh (467-483 = 1075-1090)

La muerte de Bādīs, con la entronización de ʿAbd Allāh, ha sido fijada por Ibn al Jaṭīb[35] en 465 = 1073, y por Ibn al-Qaṭṭān (apud Ibn ʿIḏārī)[36] en 469 = 1077; pero parece más plausible la fecha de 467 = 1075 que nos da Ibn Jaldūn[37], puesto que ʿAbd Allāh era ya rey de Granada cuando Ma'mūn de Toledo se apoderó de Córdoba en 467 = 1075, y esta toma provocó la evacuación por los sevillanos de la fortaleza de Belillos.

Los candidatos al trono podían ser tres: Māksan (vuelto a Jaén, tras una estancia en Granada, que otra vez le había granjeado odio universal) y los dos hijos del asesinado Buluggīn Sayf al-dawla: Tamīm y ʿAbd Allāh. Por este último se decidieron los Ṣinhāŷa y la corte. Tamīm, el primogénito, hacía años que gobernaba Málaga, y en ella permaneció como príncipe independiente, con lo que el reino de Bādīs quedó amputado.

ʿAbd Allāh, según la *Iḥāṭa* de Ibn al-Jaṭīb[38], había nacido a fines de 447 = 1056. Era, pues, muy joven cuando llegó al trono. Antes de aparecer sus «Memorias» se sabía de él muy poco, y ello merced al *Bayān* almorávid de Ibn ʿIḏārī y al *Kitāb aʿmāl al-aʿlām* y a la *Iḥāṭa* de Ibn al-Jaṭīb[39], los dos, probablemente, según datos de la perdida crónica de los Almorávides por Ibn al-Ṣayrafī[40]. Según estos cronistas, ʿAbd Allāh tomó los títulos de al-Muẓaffar bi-llāh[41] y de al-Nāṣir li-dīn Allāh. Como era muy joven, asió eficazmente las riendas del poder, en calidad de visir-regente, el ṣinhāŷí Simāŷa, quien según Ibn al-Jaṭīb gobernó nueve años (sería, pues, de 467 a 476), y que supo tenérselas tiesas contra un Muʿtamid deseoso de apoderarse de Granada, a seis leguas de la cual elevó una fortaleza (que ahora sabemos fue Belillos). Simāŷa era valiente, honrado y buen musulmán (prohibió el vino)[42].

Pero un buen día, cuando ʿAbd Allāh lo destituyó, se fue a Almería, donde vivió bien considerado hasta su muerte.

Los mismos historiadores guardan después silencio sobre ʿAbd Allāh hasta que consignan brevemente: que participó en las campañas de Sagrajas[43] y de Aledo[44], una vez venidos a España los Almorávides; que mantuvo tratos con Alfonso VI, y que estos tratos trajeron como consecuencia su destronamiento en 483 = 1090. Sólo el *Bayān* (bajo la rúbrica del año 482 = 1089) señala la expulsión por ʿAbd Allāh del general Zanāta Muqātil ibn ʿAṭiyya, y la efímera rebelión en Loja de un liberto *(mawlà)* de Bādīs llamado Mu'ammal[45]. De ambos personajes, los dos importantes y cuyas carreras están llenas de interés, ha trazado biografías Ibn al-Jaṭīb en la *Iḥāṭa*[46]. Sin ningún propósito de pretender quitar importancia a los datos de Ibn al-Jaṭīb, pues —al revés— han de ser tenidos muy en cuenta, hay que decir que los hechos fundamentales se ilustran más ampliamente y con mucha más coherencia en las «Memorias» de ʿAbd Allāh.

Debemos añadir, además, que todo el relato de éstas anterior a la rendición de Granada a los Almorávides forma una sucesión de hechos y de alusiones históricas que no era antes fácil poner en claro según la historiografía hispanomusulmana existente sobre el siglo XI. En el nuevo contexto se dibujan con perfecta claridad las figuras de ʿAbd Allāh (inquieto, reticente, desconfiado); de Muʿtamid (enérgico, pero progresivamente consciente del abandono de sus súbditos y del lento pero implacable cierre de la tenaza almorávid); de Alfonso VI (como dudoso de si podría proseguir su política de expansión y de extorsión); de Yūsuf ibn Tāšufīn (quien, pese a su fracaso en Aledo y al poco partido sacado de Sagrajas, se revela para el rey cristiano un adversario de gran talla y de temple totalmente distinto al de las tropas an-

daluzas). En plano inferior se encuentran asimismo bien buriladas semblanzas de gentes de todas las etnias: los judíos Banū Nagrela, el árabe andaluz Ibn ʻAmmār, el castellano Alvar Fáñez, el almorávid Garūr, entre tantos otros[47]. Es particularmente perspicaz el pasablemente mal intencionado capítulo XI, nuevo en su conjunto y en no pocos detalles. En él narra ʻAbd Allāh la suerte corrida por sus colegas los taifas de Almería, Sevilla y Badajoz, que es humano no dejara de complacerle[48].

ʻAbd Allāh nos da, por otra parte, un relato pormenorizado y a ratos dramático de las circunstancias de su rendición al Almorávid. Por supuesto, tales circunstancias eran sabidas en su conjunto, pero como un eco amortiguadísimo de la realidad ahora enfocada a plena luz. Y no hay duda de que, incluso con algunas atenuaciones para sus verdugos, ʻAbd Allāh dice la verdad en su patético relato.

En todo caso, las riquezas que Yūsuf ibn Tāšufīn encontró en Granada fueron inmensas y provocaron la estupefacción del rudo Sahariano. Sin contar las grandes sumas de oro, en moneda o lingotes, la Alcazaba zīrí de Granada contenía cantidades incalculables de alhajas, gemas, vasos y pomos de cristal, telas raras y colgaduras de brocado. Fue, sin duda, el primer contacto verdadero del Africano con los refinamientos de la civilización hispano-musulmana[49].

Otro tanto hay que decir de las precisiones completamente ignoradas que nos da ʻAbd Allāh acerca de su viaje al destierro y sus encuentros con su hermano Tamīm y luego con el célebre Muʻtamid. Sobre la vida subsiguiente de ʻAbd Allāh en Marruecos tenemos en otros libros algunos datos que encajan a la perfección con los que nos aporta el mismo interesado. Mientras que al príncipe de Málaga, Tamīm, se le obligó a vivir medio prisionero en el Sūs, ʻAbd Allāh se ins-

taló en Āgmāt, donde no pensó más que en justificar el trato de favor que le daban los Almorávides. Según su propia declaración, corroborada por Ibn al-Jaṭīb[50], tuvo en el cautiverio varios hijos, y a su muerte, cuya fecha no conocemos, dejó alguna fortuna.

Ibn al-Jaṭīb en la *Iḥāṭa* y en los *Aʿmāl* transcribe dos breves semblanzas de ʿAbd Allāh radicalmente diferentes. La una, de Gāfiqī Mallāḥī[51] dice del rey zīrí que conocía la retórica y las ciencias profanas; era buen versificador y poeta inspirado; buen calígrafo, a quien se debía un admirable ejemplar del Corán, por él escrito, que se conservaba en Granada dentro de su cofre. La segunda, de Ibn al-Ṣayrafī[52], afirma en cambio que era cobarde, mal jinete, nada aficionado a las mujeres, muy impresionable y asustadizo, dado a los placeres, y que confiaba los visiratos a sinvergüenzas[53]. Pero lo curioso es que ambas pinturas pueden tener su parte de verdad. Las «Memorias» nos revelan un ʿAbd Allāh letrado y que, pese a la frecuencia con que le falla la claridad de exposición, maneja la lengua con soltura y con copioso vocabulario; pero también descubren una persona avezada a razonamientos especiosos y que, para justificarse, trata por medios poco sinceros de disimular su incapacidad, sus vacilaciones y una prudencia no muy distante de la cobardía. Unas páginas del relato de los últimos años de su reinado bastan para que nos demos cuenta de que, por más que busque en todo momento defender su pleito, no tiene la habilidad suficiente para convencer a sus lectores. Pero de todo esto ya se ha hablado en los primeros párrafos de esta Introducción, aunque no exhaustivamente.

¿Qué añadir ahora? Podría ser mucho, y nos limitaremos a lo esencial. En punto al pensamiento, es inútil repetir que ʿAbd Allāh no revela más que una cultura vulgar, y que sus razonamientos teóricos, cuando los hace, quedan en una

zona bajísima al lado de la altura de los teólogos, si habla de materias religiosas, y pierde más en comparación con algunos cronistas profesionales si trata de historia. ¡Qué inconmensurable diferencia con Ibn Ḥayyān! Tocante al lenguaje, añádase a lo ya dicho que el propio ʻAbd Allāh reconoce su dificultad en utilizar la prosa artística (§ 1); que su estilo, relativamente fácil, está francamente esmaltado, si no de vulgarismos, al menos de hispanismos, y que su fraseo es a menudo muy particular y poco amoldado a la articulación sintáctica normal de la prosa más culta. No abusa de las citas poéticas (repite algunas y, en general, son versos que podemos suponer patrimonio tópico de las gentes de cultura mediana). Algo mayor uso hace de los refranes, algunos clásicos y otros hispánicos, con cierta pintoresca pertinencia. Para este tipo de expresiones, y en general para todo el libro, es una suerte que el manuscrito único sea en general bastante bueno. Al publicar cinco fragmentos uno de nosotros, añadió un glosario, que puede ser consultado por el filólogo, pero que es inútil para una versión en la que ya están asimiladas las acepciones raras o las que parecen nuevas.

Pese a la preciosa documentación que las «Memorias» de ʻAbd Allāh constituyen para la geografía política de la época, sigue siendo difícil colocar exactamente en un mapa la línea de castillos que entre 1085 y 1090 jalonaban la frontera, siempre bastante imprecisa, del reino zīrī de Granada. Del lado de Málaga, su jurisdicción cesaba sin duda poco más abajo de Alhama y de Loja. Del lado de Almería, la linde seguía una línea casi recta desde Baza (que quedaba fuera) hasta el mar (con Fiñana dentro). Hacia el Norte, el límite granadino coincidía *grosso modo* con el valle del Guadalquivir. Hacia Sevilla, por último, la frontera granadina incluía dentro de sí, de N. a S., Castro del Río, Lucena y Antequera, con un avance hacia Estepa. Desde que Málaga pasó a poder

de Tamīm, el reino granadino de su hermano ʿAbd Allāh tenía a Almuñécar como su mejor puerto mediterráneo.

La lectura de las «Memorias» de ʿAbd Allāh sigue dándonos la impresión de que en el reino de Granada, como en los demás andaluces, buena parte de la población seguía siendo mozárabe, con todas las implicaciones que esta certeza supone[54]. Nos sugieren igualmente (como en sentido contrario ocurrió luego con los moriscos) que estas poblaciones estaban en relación constante con los cristianos. Hay, por la zona, en este periodo, como en otros anteriores, un trasfondo de polémica religiosa.

Pero parece ocioso que sigamos subrayando todo lo que en las «Memorias» de ʿAbd Allāh nos parece nuevo, pintoresco, interesante o discutible. Una Introducción no debe aspirar más que a «situar» el libro de que se trate, pero sin el intento de suplantar las impresiones espontáneas del lector común que lo lea ingenuamente, queriéndole influir en lo que debe entender o ser objeto de su interés, y sin el vano propósito de coaccionar al especialista, que hará su propia composición de lugar y que, a nuestro juicio, debe colaborar en la valoración de la obra, pues nunca hemos aspirado a ser completos o doctrinarios, y en modo alguno nos engañamos pensando que nuestra labor, por cuidadosa que haya querido ser, va a resultar ni mucho menos definitiva.

Terminaremos diciendo que ʿAbd Allāh, tal vez pese a él mismo, y a contrapelo de sus deseos de justificarse, de aparecer como más importante de lo que era (cuando en realidad no pasaba de ser un fantoche, juguete de los acontecimientos), y de no excitar *a posteriori* a los Almorávides que lo habían consentido vivir con cierta holgura, deja transparentar, más de lo que él supone, su rencor por los sayones que le atormentaron, especialmente Garūr, y la importancia

que realmente tienen, aunque él quizá no quiera paladinamente reconocerla, los grandes protagonistas de la tragedia en la que él no era más que un comparsa, por ejemplo: Muʿtamid, Alfonso VI y Yūsuf ibn Tāšufīn.

Muʿtamid, héroe, poeta, víctima del Destino, conquistador de la piedad y de la admiración de todos sus contemporáneos musulmanes, muchísimo menos feliz en el destierro que el monarca zīrí, no sale, pese a la emulación, mal parado en las «Memorias» de ʿAbd Allāh. Acaso con razón, la hiel del granadino salta toda a la cara de Ibn ʿAmmār, el visir de Muʿtamid, gran poeta, pero tan aventurero, resentido y criminalmente complejo.

No obstante, los grandes protagonistas de la historia española a fines del siglo XI son dos, quiéralo ʿAbd Allāh o no (la verdadera grandeza salta la barrera de todas las reticencias): Yūsuf ibn Tāšufīn y Alfonso VI. De Yūsuf y de la actitud que frente a él tiene que adoptar ʿAbd Allāh ya hemos hablado lo suficiente. Queda Alfonso VI.

El conquistador de Toledo aparece en las «Memorias» a una luz no especialmente favorable, pero sí con suficiente claridad para iluminar de modo llamativo las ideas claves de su política frente a los príncipes musulmanes de la Península, que en parte le dictaba la sabia experiencia de su «consejero en asuntos musulmanes», Sisnando Davídiz, a quien hubiese debido hacer más caso[55]. Con notable tesón, desarrolló un complicado juego de intrigas, enzarzando unos contra otros a los reyes de taifas y enriqueciéndose con hacerse pagar carísima su asistencia efectiva o moral, año tras año, al soberano (en realidad todos le importaban lo mismo) que le pagase mayor tributo. La táctica era la extorsión debilitadora, más que la guerra, que no estaba dispuesto a hacer sin seguridades de éxito. Los discursos que le atribuye ʿAbd

Allāh (y los demás reyezuelos musulmanes pensarían lo mismo), muestran que éste no se engañaba respecto a las promesas cristianas y que conocía bien lo que pensaba a fondo Alfonso VI, el cual, aparte incidentes toledanos en los que quizás no tuvo toda la culpa, se pasó de raya y provocó la intervención almorávid. Vencido en Sagrajas-Zallāqa[56], gran victoria que Yūsuf ibn Tāšufīn no supo explotar bien, vio con tristes ojos que la toma de Granada y Sevilla por los africanos truncaba su carrera, antes siempre ascendente, de *magnificus triumphator*, y que su estrella empezaba a declinar, como lo mostró el desastre de Uclés y la evacuación de la Valencia cidiana. No había desmayado, sin embargo, después de Sagrajas, como lo muestran el triunfo moral que para él significó el levantamiento del sitio de Aledo por los Saharianos y sus últimos tratos con ʿAbd Allāh. Las «Memorias» de éste serán para el sucesor de Menéndez Pidal que quiera seguir profundizando en la psicología de Alfonso VI un documento contemporáneo sin igual.

¿Habría sido posible en España un Estado interconfesional, en el que Castilla hubiese empezado por tener como apéndices unos protectorados arabigoandaluces, que habrían acabado por perder toda independencia política, pero no seguramente su religión? ¡Vaya usted a saber! La Providencia tiene inescrutables designios. En realidad, la imparable Reconquista hubo de mudar rumbo y abrir una nueva puerta. También tiene que abrirla la historia que se ocupe de ella. Y para suavizar las bisagras de esa puerta histórica pocos aceites habrá mejores que este libro que hoy ponemos españolizado en manos de quienes se interesen por el pasado medieval de España.

E. Lévi-Provençal
(ob. 1956)

Emilio García Gómez

ADICIÓN

IV.—Las fechas y los apéndices

Dado lo mucho que las «Memorias» de ʿAbd Allāh nos ofrecen, sería pedir peras al olmo exigirles que nos proporcionen además fechas precisas. En realidad, de este tipo no nos da más que una en el § 26: «la noche del sábado 10 de ṣafar [459 = 31 diciembre 1066]»[57], como la de la reunión de Yūsuf ibn al-Nagrela con unos ʿabīd de Bādīs, la cual surtió el efecto contrario: la organización del pogrom. Tal ausencia de fechas no debe extrañarnos demasiado. No es ʿAbd Allāh un cronista profesional, sino un rey que escribe sus «Memorias», y además en el destierro. O no le interesaba la datación precisa de los sucesos que narra, o creía que sus lectores la sabrían y suplirían, o sencillamente la ignoraba para lo anterior y la había olvidado en lo suyo. Muchas personas (entre ellas, la modestísima que escribe estas líneas) tienen una indecisión total para precisar con exactitud muchas fechas de su propia vida o de ciertos acontecimientos que ha presenciado o en los que incluso ha intervenido.

Suplir esta falta de las «Memorias» nos preocupó siempre a Lévi-Provençal y a mí. Aparte haber fijado o discutido la mayoría de fechas en las notas a la Introducción y al texto, nos proponíamos trazar, además, una tabla completa aparte, que ha quedado sin hacer. Aquí de la colaboración de los especialistas, a la que apelamos en uno de los párrafos finales del apartado anterior. La erudición se debe hacer entre todos.

En cierta complicidad con la fijación de las fechas, pero desde luego con un propósito más amplio de confirmación

del texto de las «Memorias» y ampliación de sus asertos, hubiéramos querido Lévi-Provençal y yo adicionar este libro con una serie de apéndices, consistentes en la traducción de biografías de sus personajes y en versiones complementarias de sus noticias tomadas de otras fuentes. La edición en «Al-Andalus» (III y IV = 1935-1936) de los primeros fragmentos por Lévi-Provençal lleva ya como apéndices el texto árabe, sin traducción, de dos extractos del *Bayān* almorávid y de tres biografías de la *Iḥāṭa* de Ibn al-Jaṭīb. Los mismos apéndices aparecen en la edición también por él del texto árabe completo de las «Memorias», de la cual hablaremos más adelante. La serie de suplementos que ahora nos proponíamos era, con generosa ambición, de mucha mayor amplitud, y además crecía constantemente. En gran medida esa labor recayó sobre mí, y, si no terminada, está hecha en buena parte. Lo que ya hay, que es bastante, podría haber sido incorporado a este volumen; pero ha resultado imposible por razones editoriales ajenas a mi voluntad. No está excluida, sin embargo, la posibilidad de que en un próximo porvenir aparezca en un volumen aparte que sería continuación de éste de ahora.

V.—El comentario de Menéndez Pidal a las «Memorias»

Como era de suponer, una de las personas más interesadas en las «Memorias» de ʿAbd Allāh, cuando fueron descubiertas y publicados sus primeros fragmentos, fue don Ramón Menéndez Pidal, autor de *La España del Cid*. A su pluma se debe un corto artículo titulado *Leyendo las «Memorias» del rey zīrí ʿAbd Allāh*, que yo edité en «Al-Andalus», IX [19441-1, pp. 1-8. Lévi-Provençal y yo teníamos la idea de que el venerable maestro de los estudios románicos españoles pusiese prólogo a esta traducción nuestra, y él aceptó.

Pero la demora en su edición, debida a la muerte de Lévi-Provençal en 1956, y luego la enfermedad y fallecimiento de Menéndez Pidal en 1968, impidieron la realización del proyecto. Me parece, pues, oportuno resumir aquí las observaciones del ilustre romanista, que tienen mucho que ver con los problemas de fechas y apéndices de que me he ocupado en el apartado anterior. Voy a dar esas observaciones numeradas:

1.ª Las «Memorias» decepcionan un tanto por la omisión de aspectos importantes, que revelan «insensibilidad política y militar»; por ejemplo, la mínima y desconcertante referencia, sin fecha, a la batalla de Sagrajas[58].

2.ª MP fija la ascensión al trono de ʿAbd Allāh en 1073 (dada por Ibn al-Jaṭīb; nosotros hemos preferido la de 1075, suministrada por Ibn Jaldūn). Se basa MP principalmente en que Ma'mūn de Toledo aconsejó a ʿAbd Allāh pagar el tributo a Alfonso VI antes de que el toledano tomase Córdoba en enero de 1075.

3.ª MP se extiende sobre la política musulmana de Alfonso VI. Para él no fue elaborada lentamente, sino practicada «desde el primer año de su reinado», como recibida, aunque exagerada por él, de su padre Fernando I. «En ninguna otra parte mejor que en las *Memorias*... vemos la acción desesperante que las crecientes demandas de Alfonso produjeron en los reyes de taifas, obligándoles a introducir en la Península a los Almorávides»[59].

4.ª Subraya MP como recomendables los textos en que ʿAbd Allāh describe «el recelo mutuo entre Almorávides y Andaluces», añadiendo que la versión de las «Memorias» sobre la ocupación de Algeciras por Yūsuf «es sin duda más precisa y clara que ninguna».

5.ª Cree MP que la intervención solicitada de Yūsuf por Tamīm de Málaga deberá de ser fechada en 1082, y el apartamiento del visir de Sevilla, Ibn ʻAmmār, en 1079.

6.ª El relato de ʻAbd Allāh sobre el cerco de Aledo «merece entera fe —a juicio de MP—, porque está en lo esencial apoyado por las fuentes cristianas». No habla el zīrí, como hacen otros, de que Alfonso VI abandonara Aledo ni del agotamiento de su guarnición. Aledo siguió en actividad hasta 1092, año en que lo tomó Ibn ʻA'iša, hijo de Yūsuf.

7.ª En los autores árabes —señala MP— orientales y occidentales existe el mayor desacuerdo sobre la fecha del sitio de Aledo y de la toma de Granada con el destronamiento de ʻAbd Allāh por Yūsuf el Almorávid. Aparte la venida de éste para el encuentro de Sagrajas, ¿volvió una o dos veces más? Hay quien cree que sólo una, en la que levantó el sitio de Aledo y tomó luego Granada; pero hay quien cree que dos, una para cada cosa. Las «Memorias» de ʻAbd Allāh no dejan lugar a dudas sobre que la buena solución es la segunda, como ya opinó Codera (*Decadencia de los Almorávides*, página 227) y sostenía ya antes MP, interpretando la *Historia Roderici*. La primera venida fue para Aledo en 1087, y la segunda para la toma de Granada en 1090[60].

8.ª De las quejas de los Zanāta y otros descontentos contra ʻAbd Allāh, según las «Memorias» (§ 62), se desprende para MP la influencia que dentro de Granada seguían teniendo los mozárabes y los musulmanes partidarios de los cristianos del Norte; en suma, los partidos hostiles a los Almorávides.

VI.—El hallazgo moderno del manuscrito de las «Memorias»

Hora es ya de que nos ocupemos del hallazgo moderno del manuscrito de las «Memorias» de ʻAbd Allāh, al cual en

el apartado I de esta Introducción dejamos encerrado en la Mezquita de al-Qarawiyyīn, y del que más adelante hablamos como encontrado, y después ordenado por nosotros, sin haber dicho cómo.

En 1930 o 1931 los arquitectos y arqueólogos franceses a quienes se consintió por fin estudiar a fondo la célebre gran Mezquita de Fez, en pleno Protectorado, encontraron —al levantar un plano del complicadísimo edificio— que una anomalía en las mediciones obedecía sin duda a la existencia de una «cámara murada». Localizada ésta y perforada, apareció dentro de ella, en la mayor confusión y desorden, entre la suciedad que es de suponer, y en vías de completa destrucción, un informe amasijo de preciosos manuscritos, desvencijados, entremezclados, desencuadernados, y comidos de insectos y algunos medio destruidos, que habían sido «emparedados». Dios sabe cuándo, probablemente seis siglos antes. Su salvación y recuperación fueron lentas; su ordenación duró bastantes años. De ellos, en la rebatiña inicial fueron vendidos algunos; otros desaparecieron entonces o han desaparecido después. La mayoría creo que han pasado a la Biblioteca Real de Rabat, las «Memorias», después de haber estado catalogadas en la de al-Qarawiyyīn (número 1886). Algunos códices eran verdaderas preciosidades sobre la historia y la literatura arabigoandaluzas: bastará citar, pues no se trata de hacer un catálogo, tomos que se creían perdidos del *Muqtabis* de Ibn Ḥayyān. Entre ellos figuraban las «Memorias» de ʿAbd Allāh.

Fueron apareciendo éstas, durante la ordenación, en tres golpes: tres fragmentos, en 1931; dos más, en 1941; cuatro últimos, en 1947; en suma, nueve fragmentos. No parece que hayan aparecido o puedan aparecer más. Pero nunca se sabe: la esperanza es lo último que se pierde. Desde luego, todos los trozos pertenecen a un mismo ms., con papel grueso de

gran formato (23 × 31 centímetros) y en buena cursiva andaluza que revela antigüedad y origen hispánico. Fuera de algunos folios, el estado de conservación no es malo.

Los tres primeros fragmentos constaban, respectivamente, de 12, 18 y 8 folios; los dos siguientes, de 8 y 2 folios; los cuatro últimos, de 8, 2 (rotos), 10 y 12 folios. En suma: 80 folios.

Los tres primeros fragmentos fueron designados I, II y III; los dos siguientes, A y B; los cuatro últimos, 1, 2, 3 y 4.

Su ordenación es como sigue, después de numerados como es debido:

El reino zīrí hasta ʿAbd Allāh	[Laguna inicial] fragm. inédito 1 (fols. 1-8) fragm. A (fols. 9-16) fragm. I (fols. 17-28) [laguna]
Reinado de ʿAbd Allāh e intervención almorávid	fragm. II (fols. 29-46) fragm, inédito 2 (fols. 47 y 48, rotos) [laguna] fragm. III (fols. 49-56) fragm. inédito 3 (fols. 57-66) fragm. B (fols. 67 y 68) fragm. inédito 4 (fols. 69-80) fragm. inédito 1 (fols. 1-8)

De las tres lagunas señaladas, la inicial (que hace al ms. acéfalo, tal como está) no debe de ser grande. Sí lo es la de en medio (entre los fragmentos I y II). Del tamaño de la tercera laguna (entre los fragmentos II y III) no se puede juzgar. Al final el ms. está completo: consta el colofón. En resumen, la obra queda casi entera. No debe de faltarle mucho, salvo la lamentable pérdida del relato de los años finales del reinado de Bādīs.

Los fragmentos hallados en 1931 (I, II y III) fueron publicados por E. Lévi-Provençal en la revista «Al-Andalus», vol. III [1935], pp. 233-344, y vol. IV [1936], pp. 29-145, con el título *Un texte arabe inédit sur l'histoire de l'Espagne musulmane dans la seconde moitié du XIe siècle: Les «Mémoires» de ʻAbd Allāh, dernier roi zīride de Grenade, Fragments publiés d'après le manuscrit de la bibliothèque d'al-Qarawiyīn à Fès, avec une introduction et une traduction française.* El trabajo va dedicado: «A mes amis E. García Gómez, F. Hernández Giménez et L. Torres Balbás». Lleva, además, una lámina (reproducción del actual f.º 29 r.º, entonces 13 r.º), unos apéndices de que se ha hablado antes en el apartado IV de esta introducción, un glosario, una página de adiciones y correcciones, un índice general y la tabla de materias. Se hizo tirada aparte de los dos trozos en que fue publicada la monografía.

Los fragmentos hallados en 1941 (A y B) fueron asimismo publicados por E. Lévi-Provençal en la misma revista «Al-Andalus», vol. VI [1941]-1, pp. 1-63, con el título *Deux nouveaux fragments des «Mémoires» du roi zīride ʻAbd Allāh de Grenade, publiés et traduits par...* Va dedicado el trabajo: «Rev. Pat. M. M. Antuña, O. S. A., sodalis desideratissimi, piis manibus», con un verso de Ibn al-Jaṭīb aplicable al trágico fin del sabio agustino en la guerra civil. Lleva una breve introducción, un apéndice sobre «el título árabe de las *Memorias* de ʻAbd Allāh», un suplemento al glosario, otro al índice general y la tabla de materias. Se hizo tirada aparte.

Los fragmentos hallados en 1947 (1, 2, 3 y 4) fueron publicados en árabe por E. Lévi-Provençal en su edición casi póstuma de todo el texto original de las «Memorias» de la que hablaremos en el apartado siguiente. Pero no existía de ellos, hasta ahora, ni traducción francesa ni española.

Sobre la biobibliografía de mi ilustre colaborador puede verse la necrología *(E. Lévi-Provençal: 1 enero 1894 - 23 marzo 1956)* que le dediqué en «Al-Andalus», volumen XXI [1956]-1, pp. I-XXIII[61]. En ella puede comprobarse cómo nuestra amistad, que databa de 1930, se estrechó con dos importantes jalones (Córdoba, 1935, y Madrid, durante la segunda guerra mundial). A partir de 1945 no sólo la amistad se hizo íntima, casi fraternal, sino que además dio origen a traducciones mutuas y a una estrecha colaboración científica, que dio de sí muchos frutos, y que habría dado muchísimos, más de no haber muerto prematuramente Lévi-Provençal, a los sesenta y dos años, en 1956.

Uno de los frutos pendientes y ya casi maduros (otros se helaron en flor con su muerte) es precisamente este libro.

Puesto que los últimos fragmentos hallados de las «Memorias» aparecieron en 1947, cuando Lévi-Provençal — según puede verse en la biografía necrológica que de él hice — se hallaba enfrascado en mil trabajos simultáneos, que no sé cómo pudo soportar (mejor dicho, sí lo sé: acaso le produjeron la muerte) y metido en un delirio de continuos viajes, la génesis de este trabajo debió de surgir pasado el año 1950. Iba yo entonces a menudo por París y él venía con frecuencia a España. Quiere decirse que nos veíamos varias veces al año y que nuestra confianza e identificación eran ilimitadas. Convencidos ambos de la importancia de las «Memorias», lo que convinimos fue lo siguiente.

Haríamos una traducción española, completa y ordenada, del libro de ʿAbd Allāh. Él aportaría los textos y traducciones ya publicadas, más el establecimiento del texto árabe de los últimos fragmentos hallados. Yo traduciría todo al español sobre el árabe, ayudándome, como es lógico, para los textos

ya conocidos, de sus traducciones al francés, y haciendo directamente la de los trozos recientes. Me encargaría yo, además, una vez ordenado por él todo el texto, de dividirlo en capítulos, y los capítulos en parágrafos, para hacer la lectura más digerible (a la tal división se alude en el apartado II de esta Introducción). La Introducción y las notas serían de mi incumbencia, ambas cosas a base de las antiguas, cuando las había, o a mi arbitrio, si no existían, con algunas indicaciones suyas no desarrolladas, y con facultad, por mi parte, de abreviación, reforma o innovación. A su vez, él se reservaba una lógica supervisión general y el derecho a publicar en Oriente todo el texto árabe y en Europa una traducción francesa de los últimos fragmentos. Todo iría acompañado de apéndices (aludidos en el apartado IV de esta Introducción), cuya lista inicial, que trazamos juntos, aumenté yo luego mucho con su anuencia, y que me correspondería a mí traducir al español.

Hice la versión completa, que es la que hoy ofrezco, y que Lévi-Provençal leyó y aprobó enteramente. De ella se mecanografiaron tres copias: una para él, otra para mí, y la tercera para don Ramón Menéndez Pidal (debe de hallarse en su biblioteca), pues pensábamos, de acuerdo con él, que escribiera el prólogo. En esa traducción introduje el reparto en capítulos y parágrafos, que encontró su aceptación entusiasta. Leyó asimismo sin objeción las notas a la traducción y una mitad larga de los apéndices convenidos. Él, por su parte, en uno de sus frecuentes viajes a El Cairo, entregó el texto árabe a la «Dār al-Maʿārif», que lo incluyó, con el n.º 18, en su colección «Ḏajāʾir al-ʿArab», con el título *Muḏakkirāt al-amīr ʿAbd Allāh, ājir mulūk Banī Zīrī bi-Garnāṭa (469-483), al-musammà bi Kitāb «al-Tibyān»… min al-nusja al-waḥīda al-maḥfūẓa bi-Ŷamiʿ al-Qarawīyyīn bi-Fās.* El libro lleva la fecha 1955; pero tengo para mí que salió

después, puesto que en mi necrología («Al-Andalus», XXI, p. VIII, nota 3), escrita a raíz del fallecimiento de Lévi-Provençal, digo: «la muerte [le] ha sorprendido… sin ver terminada una nueva edición completa del texto árabe». En esa edición ya adoptó sin cambiar una iota mi reparto del texto en capítulos y parágrafos. En el «avant-propos», breve, anuncia nuestra traducción española común, a cuyas «notas históricas y geográficas» remite al lector árabe.

Solamente faltaba a nuestro libro un tercio de la Introducción y las notas a ésta. Pero entonces se arracimaron los inconvenientes. El mayor, por supuesto, fue la muerte inesperada, en marzo de 1956, de mi llorado amigo, que me paralizó. Dos años después mi vida cambiaba de rumbo al ser nombrado Embajador, cargo que desempeñé en varios países del Oriente Medio. Cuando regresé, a Madrid, a fines de 1969, hacía un año que había muerto, casi centenario, don Ramón Menéndez Pidal. Por supuesto, hubo otras dificultades —no literarias ni atribuibles a Lévi-Provençal ni a mí— que no es del caso referir ahora.

Y, un buen día, casi al cuarto de siglo de la muerte de mi inolvidable amigo, he pensado que debía pagar la deuda de honor que tenía con su memoria. He terminado la Introducción, y con ella el libro, como lo habíamos proyectado, salvo los Apéndices y el nuevo título, algo llamativo, que es de mi cosecha. Queda, al menos, presto para ser editado, apenas se presente la coyuntura. Nunca es tarde si la dicha es buena.

EMILIO GARCÍA GÓMEZ

«EXPOSICIÓN DE LOS SUCESOS ACAECIDOS EN EL REINO DE LOS BANŪ ZĪRĪ DE GRANADA»

ESCRITA EN EL DESTIERRO
POR SU ÚLTIMO REY

ʻABD ALLĀH IBN BULUGGĪN IBN BĀDĪS
(TRADUCCIÓN)

I.
Folio 48a del ms.

II.
Folio 66a del ms.

I

CONSIDERACIONES PRELIMINARES

1: Normas que debe seguir el historiador.—2: Verdad del Islam y refutación de los que no lo profesan.—3: Incapacidad del conocimiento racional sin la ayuda de la verdad revelada.—4: Necesidad de la instrucción y de la experiencia.—5: Formación política del autor.—6: Dificultad de la imparcialidad histórica.—7: El azar en historia. El caso de Almanzor, antecedente obligado de los Reinos de Taifas.

1. *Normas que debe seguir el historiador*

... e imaginar por deducción analógica cosas extraordinarias que no entendería mucha gente. Esto, además, obligaría al escritor a usar de términos groseros, nada agradables de oír.

Sólo las palabras que salen del corazón van derechas al corazón ajeno. Nada bueno puede esperarse de un arquero que tiembla ni de un interlocutor temeroso, porque la timidez procede del temor, y el temor de la desconfianza. Ahora bien: el que desconfía no razona bien, y quien es presa del miedo no ve claro en su vida, y, en estas condiciones, no hay dotes literarias ni talento persuasivo que logren imponer una opinión. Cuando el alma se ve impedida de llegar a §1 aspiración, da un espectáculo de desorden, y la impresión de que se debate en las angustias de la locura.

Conviene, por otra parte, que el que habla o escribe no siga los impulsos de su propia pasión, porque quien está dominado por ella quiere siempre imponer sus argumentos, sin saber desecharlos, y por ende es como si edificara sobre arena y obrara a tontas y a locas. Incluso puede suceder que trabaje en favor de otro y en contra de sí mismo, sin darse cuenta de ello ni comprender que su acción puede tener doble interpretación. Trate, pues, de ir derecho a su fin y lograr su propósito, sin detrimento de su reputación ni beneficio de sus enemigos. Cualquier exposición que no alcance el objetivo propuesto no es más que inútil charlatanería.

Suélese también alabar en el que compone un libro o narra un hecho histórico nada más que su talento literario, puesto que [por lo común] el asunto ha sido ya tratado por sus predecesores, de suerte que la labor personal de cada cual se limita a sus propios recursos expresivos, ya que el precursor no ha dejado al continuador ningún hecho nuevo que decir. Ahora bien: si nadie pudiera hablar más que basándose en la autoridad ajena, a nadie se le habría oído ordenar el bien o prohibir el mal[62] ni desplegar sus propias dotes en ningún asunto. Lo mejor en este caso es ajustarse a la prescripción dictada por Dios cuando dice: «Los bien dirigidos serán los que han escuchado mi palabra y han seguido lo mejor de lo que contiene [XXXIX-19]».

Para el fin que nos hemos propuesto no presenta, en efecto, ninguna utilidad narrar circunstanciadamente todos los sucesos, añadiéndoles anécdotas agradables, historietas extraordinarias o conceptos abstractos, destinados a instruir al lector o a procurarle provecho. Seguramente tú, oh lector que tomes en tus manos este libro, echarás de ver que falta en él la detallada relación de muchos sucesos notorios referentes a nuestra dinastía, y tal vez acuses al autor de incapacidad, siendo así que la causa no es otra que la ya indica-

da[63]. Aunque claro es que eso sucederá tan sólo cuando no se trate de un relato que exija del autor el deber de ponerse de parte del protagonista o de defenderlo contra las acusaciones que podría levantar contra él un lector ignorante o que querría utilizar un oyente malévolo, sin cuidarse de investigar la verdad. En este caso el autor no debe hablar por hablar, haciendo el juego a los que no tienen nada que perder cuando atacan la honra ajena y a los que murmuran de los ausentes o los muertos, que no pueden venir a defenderse ni aducir pruebas en apoyo de su proceder.

De esta suerte habrá coyunturas en que el autor tendrá que hacer consideraciones con las que demostrar su destreza y saber, que luego serán citadas según las diga y se difundirán a la posteridad. Aquí es donde habrá de desplegar su mejor esfuerzo y acudir a los recursos de su inteligencia y de su sensibilidad, para trazar una narración concisa, asistido tanto por la idea de merecer elogios del lector, como por la repugnancia a salir del paso con un relato mediocre y por el placer de gozar de merecida fama. Escriba, pues, con todo el ardor y el ímpetu del talento juvenil, pues, de no ser así, quedaría incompleto el relato y la lengua se movería con dificultad.

No hay forma de reunir en un mismo individuo, o en cualquiera criatura, dos estados contradictorios, pues no puede aparecer el uno hasta que el otro cesa, como la muerte cuando sucede a la vida; la enfermedad, a la salud, o el consuelo, a la desgracia. Así se encadena todo, y quien aspira a obrar sin tacha con vistas al otro mundo, por fuerza ha de dejar de ocuparse de su vida humana. Pues otro tanto le sucede al autor de una obra: si lo que se propone es tan sólo concertar ordenadamente las frases y usar de la prosa rimada, este propósito dañará la claridad de su exposición, a menos que no use de estos recursos estilísticos con cierta parquedad y

tras de precisar la idea claramente. En todo caso, la expresión completa de un concepto entraña siempre ciertos vicios formales. ¿No se ha dicho que cuando la inteligencia es perfecta fallan las palabras?

Por otro lado, soy de opinión que, en un libro, el encadenamiento de unas partes con otras da al conjunto mayor cohesión y mejor orden que tratarlas por separado. Por ello intentaremos presentar el relato en todos sus aspectos, conforme al refrán que dice que «toda narración tiene múltiples caras»[64], y presentar con lógica la sucesión de las ideas, porque de esta suerte el suceso histórico aparecerá a la vista de un solo golpe y la redacción no hará sino ganar con ello.

2. *Verdad del Islam y refutación de los que no lo profesan*

El que nada conoce de esta vida del mundo, en el que se ha criado y que puede percibir con la vista y los demás sentidos, menos conocerá todavía de la otra vida, que sólo podemos percibir por la meditación y la reflexión, a base de los preceptos del Libro revelado y de las tradiciones del Profeta (¡sobre él sea la salvación!). Por eso ha dicho Dios Altísimo: «Sólo los hombres dotados de inteligencia pueden acordarse [XIII-19]». Por otra parte, lo que conviene a uno puede no convenir a otro. La base de toda la ciencia consiste ciertamente en el conocimiento que el hombre tiene de su religión y en su certeza de que habrá de retornar a su Creador y de que no ha sido creado en vano[65]; pero su perfecto conocimiento de todo esto debe ser aplicado como regla de vida en este mundo terrenal que tiene ante los ojos.

Tres categorías hay de seres humanos: el que posee la ciencia y la pone por obra, que es el llamado al reino celes-

tial; el que posee la ciencia y no la pone por obra, que es el que será dos veces castigado, y el que ni la posee ni la practica, que morirá como un pagano y sin que su conocimiento de la religión le haya servido de nada, puesto que no la aprovechó para contradecir al infiel o al hereje. Si, al contrario, ha sabido discernir los defectos del partido incrédulo, por ello mismo habrá sabido apreciar las ventajas del suyo y se habrá formado una opinión cierta y correcta, no basada en la incuria ni en la servil imitación[66], que son las que producen la pasividad y la duda.

El error de los herejes que no pertenecen a la gente de los dos Libros[67], o sea, de los politeístas y de otros de su jaez, es un error tan evidente, que para refutarlo no hay que recurrir al razonamiento analógico[68] ni a investigaciones profundas. Y respecto a las gentes del Libro, cuando arguyen que están en posesión de la verdad; que su religión es más antigua [que el Islam], y que su creencia anula todas las demás, hay que contestarles diciendo: «Si pretendéis que después de vuestro Profeta no puede haber ya Profeta ni Zuna[69], este razonamiento no puede ser válido, a menos que neguéis también la misión de los Profetas que precedieron al vuestro. ¿Es que antes de Moisés no había habido otras leyes, otros libros revelados y otros profetas en buen número? Por tanto, si Moisés hubiera procedido como vosotros, ninguna religión hubiera abrogado la anterior. Vale más no responderos nada».

Dios Altísimo no ha dejado a su grey abandonada ni sin pastor[70], como El mismo ha dicho. No hay nación a la que no haya enviado un apóstol. Evidentemente, en los interregnos entre una y otra misión profética se abría plaza el error y los hombres rendían culto a los ídolos o se adoraban unos a otros, y Dios, por Su providencia y Su voluntad, consentía que el hombre abandonara Su religión —sin que esto supu-

siera indulgencia para los que adoraban otra divinidad que no fuese Él—, hasta que envió a Muḥammād (¡Dios le bendiga y salve!) como apóstol y nuncio de la Verdad, para que difundiera la palabra del Alcorán, hiciese la guerra santa en el camino del Misericordioso, dictase preceptos, ordenase el bien y prohibiera el mal[71]. Por este tiempo las gentes del Libro estaban sumidas en el error, en plena discrepancia, y tan opuestas unas a otras, que ninguna ley aceptada por los unos era admitida por los otros ... [laguna de varias palabras] ... Pero desde entonces Dios puso un sello a las misiones proféticas[72], enviando a nuestro Profeta (¡Dios le salve!) para que pusiera de manifiesto Su verdad y la colocara por encima de cualquiera otra religión[73]. Frente a las gentes que seguían diciendo: «No ha venido a nosotros nuncio ni apóstol», Dios Altísimo dijo: «Para cada uno de vosotros hemos establecido un código y un camino que seguir [V-52]», aduciendo, según ya hemos dicho, contra los incrédulos argumentos evidentes tanto por la pura razón como por el método deductivo. En cuanto a la explicación de la misión del Profeta (¡Dios lo salve!) queda patente en los versículos que le fueron revelados, demasiados en número para recapitularlos aquí.

Con estos argumentos podrás aniquilar de golpe las pretensiones de todos los infieles que entablen controversia. Si alguno de ellos, cuya ciencia se vea acompañada de espíritu jurídico y de rectitud de juicio, se viese obligado a confesar que Mahoma es Profeta, pero fue solamente enviado a los Árabes, hazle ver la contradicción en que incurre, porque, al hablar así, habrá aceptado la realidad de su misión profética, y desde ese mismo instante se verá obligado a creer en todo lo que el Profeta ha dicho y revelado. Ahora bien: Dios ha dicho: «Te hemos enviado para todas las gentes como nuncio y apóstol [XXXIV-27]», y el mismo Profeta (¡Dios lo

salve!) ha corroborado: «He sido enviado lo mismo al negro que al blanco, al esclavo como al libre»[74], y los infieles no pueden rechazar estas afirmaciones en conjunto, ni aceptar una y desechar otra.

3. *Incapacidad, del conocimiento racional sin la ayuda de la Verdad revelada*

El conocimiento del Creador Altísimo por vía racional es una necesidad, puesto que Él ha dicho: «Si les preguntas por quién les ha creado, responderán: Dios [XLIII-87]». Ahora bien: si en estas materias se dejase a las gentes limitadas a su simple razonamiento analógico y a lo que puede alcanzarse por pura reflexión, el resultado que lograsen sería bien poca cosa; se juzgarían impotentes e incapaces de aplicar como quisieran los preceptos relativos a la práctica del bien y a la prohibición del mal; los ignorantes y el vulgo se sentirían arrastrados a la injusticia; nadie prestaría atención a la palabra divina ni sacaría de ella la menor aplicación. Pero, felizmente, Dios, con su infinita benevolencia y con su deseo de que reine la justicia en el mundo, ha enviado entre los hombres a los Profetas, para que sus palabras reveladas sean medicina de los pechos, guía y muestra de misericordia[75]. Y el que previamente, y mediante la razón, haya conocido a Dios, ése es el que gozará del beneficio completo de Su gracia, porque le habrá enseñado la verdad cierta, le habrá anunciado el premio y le habrá prevenido contra el castigo, para que rechace toda duda, esté cierto de que ha de retornar a Él y pueda someter a sus órdenes, de buen o mal grado, a las gentes del vulgo.

¿No ves que no hay cosa de este mundo terrenal cuya realidad sea perceptible si no es mediante la certeza? Qué

pasará, pues, con la otra vida, que ... [laguna] ... a los que se han apartado de ella. Además, la duda hace embusteras las palabras... Por otra parte, ¿cómo someteríamos las sentencias del Creador Altísimo a las leyes del razonamiento analógico, siendo así que Él es el que ha creado este razonamiento analógico y el que nos ha concedido la razón mediante la cual percibimos todas las cosas? ¿No ves tú, además, que nadie puede llegar a conocer verdaderamente lo que es el alma, y que sobre ella hay mil controversias entre los sabios, tanto juristas, como naturalistas y epicúreos?[76]. La verdad no reside más que en un sitio, y ellos avanzan a tientas. Si examinas la cuestión de la verdad, no podrás encontrarla más que en poder de las gentes de la Zuna, que, por disponer del Alcorán y de las tradiciones del Profeta, hablan con fundamento, mientras los demás se basan sólo en el razonamiento analógico: «no siguen más que opiniones y no son otra cosa sino embusteros [VI-116]».

Encontrarás muchos impíos que no creen en las cosas invisibles y que dicen: «Yo no sé más que lo que perciben mis sentidos, como lo cálido y lo frío, lo húmedo y lo seco, o bien las cosas que ya han sido y que puedo aprehender con mi razón. Pero no puedo saber lo que será, porque yo sólo soy testigo del presente». La refutación será decirle: «¿Y sabes en virtud de qué conoces todo eso?». Responderá que gracias al alma, que lo conoce mediante la razón, la cual constituye el más alto de los grados. Entonces le objetaremos: Y si conoces mediante la razón las circunstancias en que te encuentras, ¿no admitirás la existencia de algo anterior, que te ha permitido conocer tu razón y sin lo cual no podrías obedecer a tu alma ni conocerla, porque en ello reposa el fundamento de tu razón y de tu juicio? El que te ha concedido la razón, que es El que te ha creado y te ha dispuesto como ha querido, puede preservarte del mal, y no te deja abandonado

ni te ha creado por juego[77]. Y deberías todavía saber, oh desgraciado, que la razón, si te sirves de ella para negar los prodigios de tu Señor[78], te será del todo inútil el día del Juicio, conforme a las palabras divinas: «Ni sus orejas, ni sus ojos ni sus corazones les sirvieron de nada, puesto que usaron de ellos para negar los signos de Dios [XLVI-25]». También dijo Dios: «[El hombre] nos propone parábolas, olvidando su propia creación [por Mí] [XXXVI-78]». Y los profetas vinieron con prodigios que se salen de las leyes de la naturaleza precisamente para proporcionar al mundo hechos sobrenaturales y milagrosos, en los cuales creyese la mayoría del género humano. Dios Altísimo ha ordenado creer en [ciertas cosas] que escapan a la razón y al argumento analógico, y en su inmenso poder no existe incapacidad para anular lo que pretenden los negadores impíos.

De idéntico modo, sostienen los naturalistas que es la naturaleza quien todo lo gobierna; que ella es más sabia que todos los sabios y más docta que todos los doctos, y que su acción produce en los cuerpos efectos que no lograrían los médicos aunque en ello pusieran el máximo esfuerzo. Otros dicen que la naturaleza es un nombre que se aplica a todo aquello que no sabemos lo que es. La manera de refutarlos es decirles: «Esta naturaleza de que habláis, ¿es una sola o hay muchas naturalezas diferentes?». Y si contestan, como suelen, que cada cosa tiene su naturaleza, se les hará ver que eso supone la existencia de estados contradictorios imposibles de concebir, pues unos entrañarían la perfección divina y otros la imperfección. Tal fue el argumento empleado por Abraham contra su pueblo, y el modo con que refutó el error de los que sostenían que el sol, y nada más que él, era la vida del inundo. «Veo —les dijo (¡sobre él sea la paz!)— que la sombra hace lo contrario de lo que hace el sol, y el Creador no puede contradecirse a sí mismo»[79]. De esta manera afir-

mó la unicidad divina mediante una prueba decisiva y evidente.

Se refiere de Sócrates, que vivía en una época de paganismo, cómo, con la sabiduría de que estuvo adornado, se dirigía al Creador (¡honrado y exaltado sea!) con estas palabras: «¡Oh eternidad de la eternidad, oh el primero de los primeros, oh Antiguo! Nunca cesará en mí tu fuego, porque sé que estas criaturas son tu honra». Ahora bien: no tenía Sócrates secuaces que siguiesen sus enseñanzas ni comprendiesen sus palabras, hasta el punto de que lo condenaron a muerte[80].

Con todo esto se relaciona lo que ya dijimos antes, o sea, que ninguna ley se perfecciona por el razonamiento analógico de los sabios, ni por el entendimiento de las gentes, sino tan sólo por la misión profética, aun cuando todo ser dotado de razón no pueda dudar que las criaturas han sido dispuestas por Dios como causas unas de las otras, y que no han sido creadas al azar y por juego[81], y que toda causa supone otra anterior, hasta llegar al Creador (¡honrado y exaltado sea!), sobre el cual ya no existe nada. Esto es lo mismo que se desprende de la conversación que sostuvo Platón con Moisés (¡sobre él sea la paz!). Díjole Platón, queriendo informarse: «¿De quién eres enviado, hermano mío?». Moisés le respondió: «Soy el enviado de la Causa». «¿Y qué es la Causa?», le interrogó Platón. «No lo sé —contestó Moisés—, porque, si lo supiera, sería yo mismo la Causa, y no soy más que una consecuencia». Entonces Platón le dijo: «Vete y transmite a los hombres lo que quieras, porque ahora estoy convencido de que eres realmente un enviado»[82].

De acuerdo con esto, la parte no puede abarcar el todo, mientras que es el todo el que abarca todas las cosas, conforme a las palabras del Altísimo: «Los hombres no abarcan de Su ciencia nada más que lo que Él quiere [11-256]».

Es así también como los geómetras y los astrólogos reconocen que el sistema planetario ha sido creado y armoniosamente dispuesto… Así lo confiesan al menos los que son inteligentes, aunque muchos otros se esfuerzan en aplicar su especulación sobre estos temas aunque se les haya prohibido. Pocas son, en efecto, las inteligencias humanas que se encaminan a la verdad. Destruir se hace con más rapidez que construir, y el entendimiento humano tiende más a extraviarse que a dejarse bien guiar. [Pero tú, lector mío,] debes dejar aquello que es dudoso por lo que no ofrece duda alguna.

También dicen los astrólogos que las estrellas ejercen influencias favorables y adversas sobre los seres humanos, afirmando que hay en la esfera celeste dos astros de signo favorable —Júpiter y Venus—; dos de signo adverso —Saturno y Marte—, y dos luminosos —el Sol la Luna—, y que no es posible que el astrólogo determine su influjo sino poniéndolos en relación unos con otros. Ahora bien; ¿cómo va a ser posible que estos astros puedan decidir la suerte humana, siendo como son contradictorios entre sí, cuando en el supremo Decididor no cabe suponer contradicción? La verdad es que toda la autoridad pertenece al Creador del bien y del mal, y que Él es quien fija los destinos humanos como le place (¡no hay otro dios más que Él, el Poderoso, el Providente!)[83].

Nada hay duradero en el mundo. Este principio es el que rige nuestra existencia terrena y a él se ajustan dinastías y creencias. Todo llega en su momento, y nada rebasa su hora. La religión es la única salvación del mundo y no hay justicia más que con ella. El soberano debe, pues, asistirla y protegerla, ya que es el sostén del mundo, conforme a lo dispuesto por el Creador (¡honrado y ensalzado sea!).

4. *Necesidad de la instrucción y de la experiencia*

Has de saber que la razón necesita de la instrucción; que la instrucción nada vale sin la experiencia, y que la misma experiencia no se logra sino tras mucho esfuerzo y afán. El hombre es lo que el ejercicio ha hecho de él y nadie hay que pueda ser feliz sin haberse aprovechado de los consejos ajenos. Ahora bien: en la condición humana entra el dejar las cosas para más adelante y el contentarse con decir «tal vez» o «quizá», y sólo si se ve obligado a tomar una resolución, es cuando el hombre abrirá los ojos y adquirirá enseñanzas; pero aquel que recurra a su alma para ver claro, la encontrará vacía, si previamente no ha puesto su confianza en otros seres humanos. Al contrario, el hombre inteligente debe emplearse en hacer ejercicio y práctica de todo, antes de que las vicisitudes de la fortuna le obliguen a hacerlo. Ocupe, pues, su inteligencia y haga trabajar su atención pensando en las cosas, por miedo de tener que hacerlo un día a la fuerza, ya que el bienestar no es cosa que siempre dure. De este modo, si necesita recurrir a las experiencias de su alma, las encontrará, y si, por su suerte, no necesita recurrir a ellas, estimará en más la excelencia de su estado y sentirá mucho mayor placer, porque quien no conoce el infortunio no apreciará la felicidad como es debido. Pensar en las cosas es una manera de experimentarlas, y la previsión de las desgracias que todavía no han ocurrido es una preocupación que sí existe, y que nos adoctrina, enseña y es de provecho, y que, como se disipa, es más soportable que la que duele y dura.

Se ha dicho que la ciencia no consiste en el mucho leer, sino en una especie de luz que Dios enciende en los corazones. Ningún hombre encontrará excusa de ignorar aquella ciencia que le conviene, porque Dios Altísimo ha dicho: «Interrogad a las gentes de las Escrituras, si es que no sabéis

[XVI-45]». Ahora bien: el buen musulmán debe dejar a un lado los conocimientos que no le conciernen, porque todas las cosas que Dios ha ordenado y prohibido no son accesibles a la generalidad de los seres humanos, y, por el contrario, en todas ellas hay normas que el hombre inteligente cumplirá a la perfección, pero que el ignorante nunca podrá cumplir bien, aunque ponga en ello su mayor esfuerzo.

5. *Formación política del autor*

Nosotros, los miembros de la familia real, estimábamos que la mejor instrucción que podíamos recibir era la de practicar continuamente la política para obtener el poder, la de hacer todos los esfuerzos para conseguirlo y la de emplear en ello nuestra inteligencia. Cualquiera de nosotros que hubiera abandonado este aspecto de su instrucción, y aun cuando se hubiese convertido en la persona más versada en todas las otras ciencias, nos hubiera parecido incompleto e indigno de reinar. Todos rivalizábamos en este punto.

Por lo que a mí toca, aprendí a fondo la política, no sólo por disposición natural de mi espíritu, sino también porque mis ascendientes me lo habían impuesto y me habían abierto los ojos en estos asuntos desde mi más tierna edad.

En efecto, la política es un oficio que es necesario aprender para determinadas necesidades prácticas; un oficio como tantos otros que procuran a los hombres sus medios de vida y que, por consiguiente, han de ejercitar a la fuerza. Por otro lado, el buen gobernante ha de ser el hombre más sabio y el más inteligente, ya que ante él se despliegan todas las inteligencias de sus súbditos y, sin moverse de su puesto, adquiere mayor experiencia que la del que anda recorriendo tierras. A él llegan todas las noticias; ante él se querellan las

gentes; hasta él suben las peticiones; en él desembocan los asuntos y confluyen los intereses. Cada día ve y oye cosas nuevas, que ignoraba el día anterior. Decía ʻUmar ibn ʻAbd al-ʻAzīz (¡Dios esté satisfecho de él!)[84]: «Yo no soy un engañador; pero ningún engañador sería capaz de engañarme». «Fulano —le dijeron a uno— no sabe lo que es el mal». Y contestó: «Entonces está en el mayor peligro de caer en él».

Mi abuelo al-Muẓaffar[85] (¡Dios esté satisfecho de él!) estaba dotado de notoria sagacidad y capacidad para discernir las vicisitudes de la fortuna, y una de las cuestiones que más le inquietaban era la designación de aquel de sus descendientes que hubiera de sucederle, porque esta designación no tendría, a su juicio, pleno valor más que si el elegido se ejercitaba en la política y se ocupaba de todos los negocios, para adquirir cierta experiencia y no ignorar ninguno de los problemas del gobierno que más tarde habrían de ser objeto de su atención.

Como yo era uno de los miembros de la familia que, gracias a Dios, le eran más afectos y sumisos, dio orden de que me sacaran de la escuela para ver cómo me desenvolvía bajo su dirección. «Ya tienes —me dijo (¡Dios refresque su rostro!)[86]— conocimientos bastantes de escritura y de recitación del Alcorán. Ahora vas a emprender unos estudios más convenientes. Deberás aplicar tu inteligencia a comprender el alcance de mis decisiones y de los acontecimientos de mi reinado, en esta época de guerras civiles, porque el tiempo es pésimo y la vida demasiado corta para que desde ahora no te esfuerces en aprender todas aquellas cosas que los soberanos tienen interés de que las conozcan sus hijos».

Conforme con estas recomendaciones suyas, me esforcé desde el primer momento en mostrarle el más profundo respeto y en impedir que de ningún modo pudiera pasarle por

las mientes la idea de que yo deseaba acelerar mi subida al trono o anhelaba hacerme cargo del mando. Por el contrario, manifesté por mi actitud lo lejos que me hallaba de ello, y jamás decidía un asunto entre dos partes sin consultarle y sin recabar el concurso de sus visires más ancianos y experimentados, cuya opinión escuchaba con una atención filial. Produjo mi actitud en estos dignatarios una impresión tan favorable, que vieron con buenos ojos la idea de que yo sucediera al rey, y así coincidió su opinión con la de mi propio abuelo (¡Dios se apiade de él!).

No pasó día durante este periodo del que no sacase algún provecho, acumulando experiencia y prudencia, y, en los negocios que ignoraba, encontraba la ayuda de los visires, que me enseñaban la buena solución; asistencia tanto más preciosa, cuanto que yo discrepaba de ellos rara vez y les trataba con los mayores miramientos.

Tales fueron los caminos por los que Dios había de permitir que yo sucediera a mi abuelo, aun cuando había en la familia real quienes hubieran podido aspirar antes que yo a la sucesión. Tenía yo, en efecto, un hermano mayor[87], un tío paterno[88] y otros parientes cercanos de los que hubiera sido de temer que me tomasen como blanco y me vendiesen; enemigos que, aunque hubiese yo gastado todas las riquezas del mundo para aplacar su hostilidad, no lo habría conseguido. Pero Dios Altísimo alejó de mí los peligros de que recelaba, y me hizo salir con bien de todas las dificultades que turbaban mi sosiego. Debemos enumerar los favores de Dios y obrar con justicia en reconocerlos, obedeciendo el mandato de Dios, cuando dijo a su Profeta (¡Dios lo salve!): «Los beneficios de tu Señor, cuéntalos [XCIII-11]».

Mi padre Sayf al-dawla (¡Dios se apiade de él!) había estado, por su parte y antes que yo, designado por mi abuelo

como presunto heredero. Su padre lo amaba mucho, reunía riquezas para él y lo había hecho adiestrarse en todos los negocios. Estaba, además, dotado (¡Dios esté satisfecho de él!) de prudencia, generosidad, bondad y grandeza de alma; cualidades todas bien conocidas en el país y que le procuraban el cariño unánime de los vasallos. Era, por último, el hijo único de mi abuelo al-Muẓaffar[89]. Pero murió (¡Dios se apiade de él!) a los veinticinco años. Más adelante contaré, si Dios quiere, lo que fue de él, al narrar la historia completa de la dinastía.

6. *Dificultad de la imparcialidad histórica*

Por ahora lo primero que conviene recordar es cómo fue la entrada de nuestra familia en al-Andalus y de qué manera hemos venido gobernando el país hasta el momento reciente bien sabido[90].

Ahora bien: cuando tengamos que referir en esta obra un acontecimiento que nos sea agradable de recordar, no faltará alguien que nos oponga: «Bueno estaría eso si se basase en un fundamento laudable o si recordase un gobierno satisfactorio». Pero el que así hablase, diría palabras vanas, no apoyadas en la experiencia ni en la equidad. De ninguna dinastía se habla bien sino en tanto que persiste y en sus días más brillantes, aunque sea tiránica, ni se dice mal sino después de caída y sustituida por otra, aunque hubiese procedido con justicia, siendo así que a las monarquías pasadas las gentes habrían de mirarlas con ojos de justicia, cada día más raros, y no con ojos de pasión.

Vemos que no hay nada en el mundo que no esté, a la vez, en fortuna y en desgracia, y en lo que uno de estos dos estados no se mezcle un tanto con el otro. Ahora bien: quien

habla de la fortuna se suele limitar a ella, sin mezclar el menor desconcierto, y quien habla del infortunio no suele introducir en él ningún asomo de alegría. Ir al mismo tiempo hacia adelante y hada atrás sólo puede hacerse al terminar el período estudiado.

Por otra parte, nunca estarán todas las gentes de acuerdo en alabar o censurar a un individuo, no sólo porque el beneplácito unánime de la masa es cosa inalcanzable, sino porque es forzoso que el que gobierna se tenga que poner necesariamente, al decidir un asunto, del lado de una de las partes en contra de la otra, y, por consiguiente, aquel que tiene la sentencia en contra queda furioso, y el que tiene la sentencia a favor se ve satisfecho, y cada uno habla de la feria según le va en ella. ¿Cómo, pues, ha de ponerse de acuerdo el vulgo para elogiar un beneficio? Sólo Dios Altísimo tiene poder para atribuir igual valor a los hechos de Sus criaturas, a pesar de las apariencias, o, por el contrario, para colocar a unos encima de otros en grados diferentes.

7. *El azar en historia. El caso de Almanzor, antecedente obligado de los Reinos de Taifas*

Si reflexionas en los cambios de la fortuna en el mundo, basándote en cualquier suceso de esta vida terrena, verás que este suceso debe, por lo común, su existencia a la causa más fútil. Por consiguiente, ¿qué diferencia encontraremos entre un necio afortunado y un hombre hábil y embaucador? Si profundizas en analizar su situación y en saber si de verdad la ha merecido, no encontrarás ni en sus palabras ni en sus hechos nada que te parezca excepcional. Porque claro está que no has de fiarte de la opinión de las gentes despreciables, ya que entre los individuos del vulgo domina la ig-

norancia, y las vaciedades son las que entran más pronto en sus cerebros, y a causa de ello tienen por importante lo que un hombre inteligente despreciaría, y no hablan de las cosas sino por fuera, sin aplicarles los criterios de la razón. Los hombres no pasan de lo aparente, y sólo Dios conoce el fondo de las cosas. Por eso el gobernante, aunque sea un hipócrita, goza siempre de la mayor fama y de los mejores elogios.

Consideremos, en apoyo de lo dicho, el caso de al-Manṣūr ibn Abī ʻĀmir[91]. A pesar de su condición modesta, al comienzo de su carrera; de que no pertenecía a la familia real, lo que le hubiera procurado el poder por herencia; pese también a los pocos recursos materiales de que disponía, logró alcanzar una situación extraordinaria gracias a su astucia y a sus dotes para embaucar al populacho, ayudado por su buena estrella, que fue la causa más determinante de su encumbramiento. Un especialista en astrología me ha referido que el hombre cuyo horóscopo reúne, entre los signos del Zodiaco, los de Piscis y Sagitario, está especialmente predestinado para alcanzar el poder temporal o para la esterilidad.

Es indudable que al-Manṣūr proclamaba obrar por cuenta del Califa; que le testimoniaba el mayor respeto; que aparentaba estarle sometido y trabajar para la restauración de su poder, y que, adornado del título de ḥāŷib[92], llegó a anular a los dignatarios que habían pertenecido a la corte de al-Ḥakam II e incluso a condenarlos a muerte[93], estimando que con ello purificaba la atmósfera de su gobierno y reforzaba su poder, pues dejarlos con vida no hubiera servido más que para multiplicar los desórdenes, desencadenar la guerra civil y llevar a la ruina a los musulmanes. De esta forma alcanzó todas sus esperanzas y llegó al más extremo límite de sus propósitos. Evidentemente, si otro cualquiera hubiese intentado hacer nada más que una parte de lo que él

hizo, sin basarse en una razón suficiente y sin aparentar estar sometido al soberano, [habría sido ejecutado] inmediatamente, aunque se hubiera tratado de un miembro de la familia califal. Pero Dios permitió incluso que el poder de al-Manṣūr fuese heredado [por su hijo], que observó buena conducta y siguió un camino laudable[94]. Al-Manṣūr, por su parte, atacó muchas veces al enemigo cristiano en su propio territorio, y, en sus días, el Islam alcanzó el apogeo de su gloria en al-Andalus, mientras los cristianos llegaban al colmo de la humillación.

II

ANTECEDENTES Y PRIMEROS PASOS DE LA MONARQUÍA ZĪRÍ: ZĀWĪ IBN ZĪRĪ Y ḤABŪS IBN MĀKSAN

8: Reforma militar de Almanzor, venida de los Zīríes a España y formación de los Reinos de Taifas.—9: Establecimiento de los Zīríes en Elvira a petición de sus habitantes.—10: Reacción en al-Andalus ante la creación del Estado zīrí. Fundación de Granada.—11: Desastrosa campaña de al-Murtaḍà contra los Zīríes Ṣinhāŷa.—12: Zāwī ibn Zīrī parte para Ifrīqiya y muere allí envenenado.—13: Reinado de Ḥabūs ibn Māksan.—14: Intrigas en favor de la sucesión de Yaddayr ibn Ḥubāsa. Muerte de Ḥabūs.

8. *Reforma militar de Almanzor, venida de los Zīríes a España y formación de los Reinos de Taifas*

Abrigaba al-Manṣūr el temor de que sus tropas regulares, las cuales formaban al principio un grupo homogéneo, se pusieran de acuerdo para tratar de arruinar su poderío, o se coaligaran para resistirle, cuando les ordenaba algo que habrían de cumplir de buena o mala gana. Tras de examinar este hecho con ojos bien despiertos, llegó a la conclusión de que sus tropas deberían estar compuestas de gentes de diferentes tribus y de elementos heterogéneos, para que, si uno de los grupos intentaba rebelarse, pudiera reducirlo apoyado en los demás. Por otro lado, sentía la necesidad de reformar su ejército y acrecentarlo con el mayor número posible de

soldados, para poder penetrar en territorio enemigo y sembrar en él la devastación cuando quisiese[95].

Movido por estas razones, hizo venir a al-Andalus aquellos señores, guerreros y soldados beréberes de cuyo espíritu militar y valor tenía noticia. Al mismo tiempo, difundida entre las gentes la noticia de la guerra santa, acudieron a reunirse con él desde la Berbería oriental caballeros cuyas hazañas, virtudes y valentía son harto notorias, y con los cuales pudo al-Manṣūr organizar contra los cristianos campañas en las que ellos formaban el núcleo más sólido del ejército; núcleo en el que, llegado el momento del combate y del encarnizamiento de la lid, podía depositar mayor confianza. Entre estos jefes beréberes, de los que tenían una inteligencia más sutil y unas miras más elevadas eran nuestro tío abuelo Zāwī ibn Zīrī, y, tras él, su sobrino Ḥabūs ibn Māksan (¡Dios esté satisfecho de entrambos!). Ellos daban siempre su opinión, cuando se les consultaba en los asuntos, y, además, tenían jurisdicción sobre los demás elementos del ejército, que les estaban subordinados[96].

Fue de esta suerte como Ibn Abī ʻĀmir llevó a cabo su reforma militar, realzó el prestigio del Califato, subyugó a los politeístas y exhortó a todos los musulmanes a participar en sus campañas. Los súbditos de las tierras de al-Andalus se declararon, sin embargo, incapaces de participar en ellas, haciendo valer ante Ibn Abī ʻĀmir que no se hallaban preparados para combatir y, por otra parte, que su participación en las campañas les impediría cultivar la tierra[97]. No eran, en efecto, gente de guerra, y, en vista de ello, Ibn Abī ʻĀmir los dejó emplearse en la explotación del suelo, a cambio de que todos los años, previo acuerdo y a satisfacción de todos ellos, le entregasen de sus bienes los subsidios necesarios para equipar tropas mercenarias que los sustituyesen[98]. Les fijó, pues, tributos, ingresó en las cajas del Tesoro aquellas sumas

que le entregaban las gentes, y les sacó [todo el dinero que podían darle], con lo cual equipó su ejército. Dichos tributos continuaron pesando sobre los andaluces ... [laguna] ... e Ibn Abī ʻĀmir pudo así lograr el fin que se había propuesto, como ya hemos explicado.

Hasta entonces la población había podido vivir tranquilamente, sin más que pagar el azaque sobre sus bienes, ya consistiesen en numerario, o en cereales o en ganado[99]; azaque que era distribuido entre los menesterosos de cada localidad, sin que los gobernantes tomasen nada de él, a no ser para el sostenimiento de los ejércitos y la organización del gobierno, sin los cuales nada subsistiría en el mundo, porque si los soberanos no protegiesen y defendiesen a sus súbditos, ni fortificasen sus Estados, entonces los súbditos no encontrarían gusto a la vida ni les sería agradable vivir fijos sobre un determinado territorio. Todo iba, pues, perfectamente en el país, donde reinaban el orden y el bienestar. Al-Andalus, tanto en lo antiguo como en lo moderno, ha sido siempre un país de sabios, alfaquíes y gentes de religión, que eran a quienes estaban confiados todos los negocios, salvo lo concerniente al séquito, esclavos y milicias del soberano. Podía éste sacar dinero a los unos y dárselo a los otros, con objeto de constituir un ejército y elegirlo entre lo mejor para ofrecer a los musulmanes la conveniente defensa, tanto más cuanto que tales sumas que le entregaban no pesaban sobre los bienes raíces ni sobre las ganancias de sus súbditos, y estaban destinadas únicamente a velar por el interés de los musulmanes. Las injusticias de que éstos podían ser víctimas, así como las diferencias que podían surgir, y en general todos los litigios, se resolvían conforme a la Zuna y eran de la competencia del cadí del lugar[100].

Cuando concluyó la dinastía ʻāmirí y la población se quedó sin imam[101], cada caíd se alzó con su ciudad o se hizo

fuerte en su castillo, luego de prever sus posibilidades, formarse un ejército y constituirse depósitos de víveres. No tardaron estos caídes en rivalizar entre sí por la obtención de riquezas, y cada uno empezó a codiciar los bienes del otro. Ahora bien: si es difícil de resolver un asunto entre dos personas, ¿cuánto más no había de serlo entre múltiples soberanos y pasiones contradictorias? ... [laguna de tres líneas ilegibles por la humedad] ... en virtud de un decreto previo establecido por la voluntad] de nuestro Señor, que carece de asociado.

9. *Establecimiento de los Zīríes en Elvira a petición de sus habitantes*

Cuando vieron los señores [salāṭīn][102] de Ṣinhāŷa y de los Banū Zīrī que cada emir se había creado un feudo personal en el país, y que ellos no gozaban ya del prestigio e influencia de antaño, se resolvieron a emigrar de al-Andalus y pasar a Berbería, de regreso a sus antiguas moradas. Pusiéronse de acuerdo sobre ello, después de muchos sucesos, que sería prolijo referir, y de ocurrir no pocos desórdenes, que tampoco citaremos por completo, dado que nuestro propósito es hablar particularmente de nuestra dinastía, si bien por fuerza habrá que hacer algunas indicaciones sobre las restantes, cuando parezca necesario.

La ciudad de Elvira[103], situada en una llanura, se hallaba poblada por gentes que no podían sufrirse unas a otras, hasta el punto que había persona que se hacía construir delante de su casa un oratorio y unos baños para no tropezarse con su vecino. Por un lado, no querían someterse a nadie ni aceptar las decisiones de un gobernador; pero, de otra parte, eran las gentes más cobardes del mundo, y temían por la

suerte de su ciudad, ya que eran incapaces de hacer la guerra a nadie, aunque fuese a las moscas, de no ser asistidos por milicias [extranjeras] que los protegieran y defendieran. Viendo los conflictos que habían surgido entre los principados de al-Andalus, así como el fuego que los devoraba, y temiendo ser víctimas de algún golpe de mano, enviaron al mencionado Zāwī mensajeros que le expusiesen la crítica situación en que se hallaban con estos términos: «Si antes de hoy vinisteis para hacer la guerra santa, nunca tendréis mejor ocasión que ésta de ahora, pues no os faltan almas que devolver a la vida, casas que defender y honra que ganar. Dispuestos estamos a asociarnos a vosotros con nuestras personas y bienes, de tal suerte, que nosotros pondremos el dinero y la residencia, a cambio de que nos protejáis y defendáis».

Los beréberes Ṣinhāŷa aceptaron la proposición, satisfechos de tal deferencia y contentos de apoderarse de esta ciudad mejor que de ninguna otra, viendo además que la oferta no podía encerrar engaño, ya que los habitantes de Elvira estaban sumamente desunidos, y que les ofrecían el poder sin tener ellos grupos étnicos o familiares de quienes fuese de temer coalición hostil. En consecuencia, una vez reunidos, y tras de habérseles incorporado todos los que tenían ascendencia beréber, se encaminaron a Elvira y acamparon en su llanura. Los habitantes les hicieron regalos y donativos en dinero, que les devolvieron un cierto desahogo de vida, y les ofrecieron su más sincero concurso, del mejor grado y sin asomo de mala voluntad. Por otro lado, a su llamada respondieron también no poca parte de los castillos de la región, como Jaén y sus distritos, e Iznájar, por el Oeste.

Una vez que se les sometió el territorio, los Zīríes se pusieron de acuerdo en repartírselo, echándolo a la suerte, como los beréberes tenían por costumbre, para que ninguno

sintiese envidia de la parte que había tocado a su hermano. En este reparto Elvira correspondió a Zāwī, e Iznájar y Jaén entraron en el lote de su sobrino y bisabuelo mío Ḥabūs (¡Dios tenga misericordia de ellos!). Quedaron concertados para que, en caso de que el enemigo atacase el territorio de uno de ellos, todos los demás le asistieran personalmente y con sus hombres.

10. *Reacción en al-Andalus ante la creación del Estado zīrí Fundación de Granada*

Cuando los rebeldes de al-Andalus tuvieron noticia de estos hechos, se desazonaron y pusieron en guardia, no fuera a ser que, reforzado el poderío de los beréberes, cuya animosidad e inteligencia conocían de sobra, viniesen a atacarlos y a apoderarse de sus tierras. Llenos de disgusto por verlos instalados en aquel territorio y movidos del odio que profesaban a su casta, se concertaron para pasar a la ofensiva e ir a atacarlos con sus tropas, para lo cual se dieron por jefe a un individuo, al que llamaron al-Murtaḍà, que pretendía ser de linaje qurašī[104], pensando que, con proclamarlo Califa, el grueso de las gentes se regocijaría y que en él recaería de nuevo la autoridad general. Este ejército de los atacantes vino a acampar cerca de los dominios zīríes.

Algo antes, sabedores los Zīríes de que el enemigo reclutaba tropas y las concentraba para venir a atacarlos, reunieron a los habitantes de Elvira y les dijeron: «Nosotros no hemos venido para ser causa de la ruina de vuestra tierra, ni nos hemos instalado en ella por la fuerza. Si vinimos, fue por vuestra libre elección. Ahora se encaminan estas bandas a atacarnos. Si estamos seguros de vuestra lealtad, os defenderemos; pero, si no ha de ser así, avisádnoslo, y nos iremos de

aquí en los mejores términos, ya que no han de faltarnos bienes que conquistar con nuestras espadas». Los habitantes de Elvira les respondieron: «Mantenéos en vuestro propósito de combatir al enemigo, defendiéndoos y defendiéndonos, porque nosotros somos vuestros súbditos obedientes y nos fiamos de vuestras cortantes espadas». Entonces Zāwī ibn Zīrī les añadió: «Si tal es vuestra opinión, lo mejor que podemos hacer es abandonar esta ciudad y elegir para instalarnos, cerca de ella, un lugar mejor fortificado, en el que podamos refugiarnos con nuestras familias y nuestros bienes ... [dos líneas con roturas e ilegibles por la humedad] ..., porque la guerra tiene muchas alternativas..., y se puede vencer o ser vencido, y ser tenido en este caso por incapaz. El mismo Profeta (¡Dios lo salve!), cuando los politeístas reclutaron tropas para atacar a Medina, ordenó cavar un foso en torno de la ciudad y prescribió la resistencia enérgica[105]. Y si él procedió así, estando asistido por la Revelación, ¿qué no deberemos hacer nosotros?».

Dijeron más los Ṣinhāŷa a los habitantes de Elvira: «Estamos dispuestos a no imponeros esos tributos que soléis pagarnos tan puntualmente, con tal que gastéis ese dinero en lo que os concierne, es decir, fortificando vuestra ciudad y reclutando entre vosotros milicias de infantes, sostenidas a vuestra costa, y que os servirán como auxiliares en materia de vigilancia, espionaje y otras análogas. Reclutad, pues, a cuantos sepáis que pueden hacer servicio armado, o bien construid una muralla, pues, si no lo hacéis, siempre habrá una brecha por la cual pueda entraros la desgracia. Lo demás es cuenta nuestra, pues habéis de saber que no hemos venido a al-Andalus sin traer con nosotros las riquezas suficientes para no depender de nadie, y dispuestos a quedarnos, en caso de necesidad. No hemos, pues, venido como menesterosos y mendigos, sino exclusivamente movidos por el afán de

la guerra santa, para conservar la honra que nos ha hecho famosos entre nuestros enemigos, si no más allá, y para consagrar el resto de nuestras vidas al servicio de Dios. Ahora, la adversidad nos ha reducido a esta situación. A nadie queremos mal, ni hemos atacado injustamente a ningún ser humano. Éstos que vienen contra nosotros son unos insolentes ávidos y orgullosos. Pero al que sea víctima de la tiranía Dios lo asistirá [XXII-59]', y el que muera defendiendo su familia y sus bienes será mártir por la fe».

Los habitantes de Elvira oyeron con agrado estas palabras, que aumentaron a sus ojos el prestigio de los Zīríes, y, por decisión unánime, se resolvieron a escoger para su nueva instalación una altura que dominase el territorio y una posición estratégica de cierta elevación en la que construir sus casas y a la que trasladarse todos, hasta el último; posición de la que harían su capital y en cuyo interés demolerían la mencionada ciudad de Elvira ... [dos líneas ilegibles] ...

... y contemplaron una hermosa llanura, llena de arroyos y de arboledas, que, como todo el terreno circundante, está regada por el río Genil *[Wadī Šanīlī]*, que baja de Sierra Nevada *[Ŷabal Šulayr]*, Contemplaron asimismo el monte en el que hoy se asienta la ciudad de Granada, y comprendieron que era el centro de toda la comarca, ya que tenía delante la Vega *[al-Faḥṣ]*, a ambos lados los términos de al-Zāwiya y de al-Saṭḥ, y detrás el distrito del Monte *[nazar al-Ŷabal]*.

El lugar les encantó, porque vieron que reunía todas las ventajas, y se dieron cuenta de que estaba en el punto central de una región muy rica y en medio de sus focos de población, y de que, si un enemigo venía a atacarlo, no podría ponerle sitio, ni impedir en modo alguno que sus habitantes se aprovisionasen, dentro y fuera, de todos los víveres necesarios. En consecuencia, y en tanto Elvira quedaba arruina-

da[106], comenzaron a edificar en aquel sitio, y cada uno de los hombres del grupo, lo mismo andaluz que beréber, procedió a levantar allí su casa[107].

11. *Desastrosa campaña de al-Murtaḍà contra los Zīríes Ṣinhāŷa*

Un poco antes de que estuviera acabada la construcción de la ciudad, se presentaron, llenos de codicia, los insolentes taifas en orden de batalla, imaginándose que, con sólo llegar ellos, la nueva urbe no les resistiría ni siquiera una hora, y enviaron por delante al mencionado Zāwī una carta en la que pretendían ordenar a él y a los suyos que se retirasen, gozando del *amán*, porque de ningún modo podían permanecer allí, ni les dejarían quedarse en aquel sitio; intimación con la que entendían tener excusa para, si vencían, no darles cuartel.

Una vez que le fue leída la carta de al-Murtaḍà, que era el instigador de esta empresa, Zāwī mandó reunir sus hombres y envió recado a su sobrino Ḥabūs con orden de que acudiera. Hízolo así Ḥabūs, entrando en la ciudad con todas sus tropas, a la vista de los asaltantes, sin dar ningún rodeo ni ocultarse de ellos. De esta suerte se reunió en Granada poco menos de un millar de Ṣinhāŷa que eran de lo mejor, mientras las insolentes taifas contaban con cerca de cuatro mil jinetes.

A continuación el mencionado Zāwī ordenó que se llevase a al-Murtaḍà la respuesta, que él mismo dictó, diciendo a su secretario: «No añadas ni una palabra a esto que te voy a dictar. Escribe: ‘Os preocupa el ansia por acrecentar vuestras riquezas y hasta visitáis los cementerios para contar los

muertos. Perfectamente. Ya sabéis. Y una vez más: perfectamente, ya sabéis [CII-1/4]».

Al recibir esta respuesta, admiraron su ingenio y decían: «Este hombre no rehusaría someterse a nosotros, de no ser porque confía en su valor y en el de los suyos, o porque está resignado a morir, o porque le ciega un orgullo que ha de perderlo». Y con esto, dieron la orden de ataque.

Los Ṣinhāŷa estaban muy dispuestos para salir a su encuentro, y, aunque Zāwī les dio orden de estarse quedos y no lanzarse al combate, hasta ver en qué forma venía el enemigo, ellos dijeron a una: «Nada mejor podemos hacer que ir a su encuentro, puesto que sabemos a ciencia cierta que nada nos valdrá con ellos más que vencerlos o morir a sus manos, y no nos queda otro escape que luchar con ellos. Si nos estamos quedos, no han de dejarnos, sino que nos sitiarán, a nosotros y a nuestros vasallos, al ver que no los rechazamos. Por tanto, 'o a perecer o a triunfar'[108], pues morir frente a ellos, tras hacer cuanto esté de nuestra mano, mejor es que el que se apoderen de nuestra ciudad».

En esta disposición se lanzaron contra el enemigo, llenas las almas de audacia y decididas a morir, e irritados los corazones que anhelaban el sacrificio. Pero no había pasado el tiempo necesario para dar una palmada, cuando pusieron en fuga a los enemigos, quienes huyeron ante ellos derrotados y llenos de consternación, buscando cada uno salvar su propia vida, sin cuidarse de los demás. Los Ṣinhāŷa los persiguieron, y sobre ellos cayeron los beréberes, que, para saciar su cólera, los mataban a placer y se apoderaban a manos llenas de sus bienes y de las armas que habían abandonado.

Fue esta batalla la primera victoria que consolidó a los Ṣinhāŷa en los territorios que ocupaban. La gente les cobró miedo y sus vasallos se les adhirieron más y más. De esta

suerte, se afirmaron en la posesión de Granada, y además se les sometieron la mayor parte de los territorios de sus derrotados enemigos[109].

12. *Zāwī b. Zīrī parte para Ifrīqiya y muere allí envenenado*

Pero Zāwī ibn Zīrī, una vez sopesadas las circunstancias, viendo cómo se coaligaban los andaluces contra los suyos y de qué manera los odiaban, tras de reflexionar largamente, se dijo: «Sé y estoy cierto que tal será siempre su norma de conducta, y que, si por esta vez los hemos vencido al primer empujón, no por eso han de estar seguras en ningún momento nuestras personas ni nuestras casas. Muere uno de ellos, pero hay tras él otros mil, sin contar que tienen de su lado la simpatía de los vasallos, que son de su misma casta. En consecuencia, aumentará su fortaleza tanto como decrecerá la nuestra, ya que nosotros no podremos nunca reemplazar a cualquiera de los nuestros que perdamos». Veía, pues, la situación en aspecto que le parecía real y que no era de su gusto. Como, además, tuviese por entonces noticias de que había muerto Bādīs ibn Manṣūr[110], rey de Qayrawān y padre de al-Muʿizz[111], y de que este hijo suyo le sucedía en el poder siendo todavía un niño, concibió la idea de apoderarse de su trono y de partir para ir a ocuparlo, aunque Dios tenía previamente decretado que no había de lograr el gobierno que deseaba, y que éste que abandonaba pasase a manos de su sobrino.

Tenía Zāwī varios hijos[112], cada uno de los cuales valía por cien jinetes a causa de su arrojo, energía e inteligencia. Uno de ellos, Buluggīn ibn Zāwī, tomó a mal la decisión de su padre, y le dijo: «¿Es que has edificado este reino para

otro, a cuyo lado vas a quedarte como servidor o asalariado? No dejes lo cierto por lo dudoso, y mantente en un puesto al que no has llegado sino al cabo de gran esfuerzo y de haber estado muchas veces a pique de morir». Pero Zāwī le respondió: «Dejaré al frente de la ciudad, de entre los jeques de Talkāta[113] de quienes se puede uno fiar en las circunstancias graves, gentes que la tengan en un puño y hagan mis veces, mientras yo voy a darme cuenta por mí mismo de cómo andan las cosas en Qayrawān y qué tal marcha aquel gobierno. De esta suerte, o bien se realizarán mis planes, o bien regresaré a mi capital».

Se dispuso, por tanto, a partir, so pretexto de asociarse a al-Muʿizz y de ir a ofrecerle que el principado zīrí de al-Andalus sería para él una reserva de hombres y de material, y que ambos Estados procederían unidos en los negocios graves, con otras propuestas de las que suelen emplearse en semejantes contratos de sociedad *[mušārakāt]*, A los jeques que dejó tras de sí les hizo jurar que no tomarían ninguna iniciativa peligrosa ni cederían ninguna de sus prerrogativas a su sobrino ni a cualquiera otra persona, haciéndoles ver que su partida era en interés de todos y obedecía al deseo de procurarles una residencia mejor que la que ahora tenían.

Terminado todo esto, salió de la ciudad, como el que es llevado, sin saberlo, a su ruina[114]. En efecto, apenas se había alejado de ella una jornada, cuando sus delegados en Granada enviaban cartas a Ḥabūs ibn Māksan[115], calificando de estúpida la decisión de Zāwī e invitándole a él a venir apresuradamente a la ciudad, ya que era el más indicado para gobernarla, antes de que cualquier otro, que no tuviera el beneplácito de los jeques, manifestara deseos de hacerlo, o que el bocado le apeteciera a cualquier glotón que abriera la boca para tragarse lo que Zāwī dejara. Ḥabūs no se retrasó en llegar, y los Ṣinhāŷa le acogieron con muestras de obediencia y

de sumisión a su autoridad. De todo ello tuvo noticias Zāwī, yendo de camino, todavía muy cerca de Granada, y tuvo que arrepentirse de lo hecho y sufrir los reproches de sus hijos.

Por lo demás, se cuenta que, llegado Zāwī a Qayrawān, algunos de los visires de al-Muʿizz sospecharon sus propósitos y los reprobaron, temiendo que los pusiera a ellos en peligro y les enturbiara el agua, por parecerles que el gobierno de al-Muʿizz —dadas su corta edad y la familiaridad e influencia que con él tenían— habría de serles más soportable que el de un hombre tan astuto como Zāwī, junto al cual no gozarían ni de un átomo de poder. En consecuencia, le enviaron en secreto alguien que lo envenenara, y así murió por aquellas tierras de Ifrīqiya[116].

13. *Reinado de Ḥabūs ibn Māksan*

Ḥabūs ibn Māksan encontró despejado su camino, y procedió de la mejor manera y de la forma más equitativa. Delegó en los cadíes de sus tierras la misión de dictar sus sentencias, y él apenas intervenía en nada, guardándose muy bien de cometer ningún acto prohibido por la religión ni de sacar dinero a sus súbditos. Las gentes le amaban, ya que en su tiempo estaban seguros los caminos, eran raros los desórdenes y desapareció la injusticia.

Amaba también este príncipe a sus parientes y a los Ṣinhāŷa de su tribu, y nunca reivindicó para sí nada de lo que les pertenecía: antes bien, dividió su territorio entre ellos en circunscripciones militares, ordenando a cada caíd que reclutara un cierto número de soldados, proporcionado a la importancia del territorio recibido[117]. «Con nada —les decía—, ni enviándome dinero ni objetos preciosos, podéis serme tan útiles como aumentando el número de los contin-

gentes capaces de tomar las armas *[aŷnād]*. Cuando llame a uno de vosotros para algo importante, y vea yo que su ejército es el más nutrido y el mejor preparado, ése será el preferido para mí y mi favorito». De esta suerte, los contingentes susceptibles de ser movilizados se apresuraron a alistarse, crecieron durante su reinado los efectivos del ejército regular *[ŷayš]*, y se reforzó la disciplina militar entre los soldados, que rivalizaban en poseer virtudes guerreras y espíritu marcial.

Cada uno de los contribulos de Ḥabūs era un señor *[sulṭān]* del territorio que le había sido asignado, ya que de él gozaba por entero y ejercía el mando exclusivo de sus tropas. Ḥabūs —¡Dios tenga misericordia de él!— no tomaba ninguna decisión sin contar con ellos ni formaba ningún plan sin consultarlos. Incluso, cuando había que reunirse con ellos para un consejo de gobierno *[ḥukm]*, lo celebraba en un lugar fuera de palacio, en vez de hacerlos venir a él, por delicadeza de su parte, para que no tuviesen que sufrir humillación ni se engendrasen en ellos resentimientos[118]. Los trataba con miramientos, los favorecía y les escuchaba con benevolencia. «Los Ṣinhāŷa —solía decir— son para mí como los dientes de mi boca, porque si me quedo sin uno, ya no podré recuperarlo». En efecto, merced a ellos, pudo dárselas de fuerte e imponerse a sus enemigos, todos los cuales se dieron cuenta de que lo mejor que podían hacer era renunciar a la presa del reino de Granada y vivir en paz con él, sin codiciar ninguna de sus posesiones ni sentir deseos de atacar el menor de sus territorios.

14. *Intrigas en favor de la sucesión de Yaddayr ibn Ḥubāsa. Muerte de Ḥabūs.*

Ḥabūs ibn Māksan (¡Dios se apiade de él!) tenía un sobrino llamado Yaddayr, hijo de su hermano Ḥubāsa, al que prefería a sus propios hijos, por cuanto veía en él inteligencia y afición a los libros y al trato de los juristas, y al que encargaba de recibir a los embajadores y confiaba los negocios graves. Este Yaddayr tenía mucho respeto a Ḥabūs y a todos los dignatarios del reino. Uno de los personajes que le demostraban mayor afecto era el secretario de Ḥabūs, conocido por Abūl-l-ʿAbbās[119], al que encantaban los miramientos con que Yaddayr lo trataba y lo bien que se desenvolvía en los asuntos que se le encomendaban. De esta suerte fue adquiriendo Yaddayr grandísima influencia entre los Ṣinhāŷa, que acabaron por preferirlo a cualquiera otro príncipe.

En efecto, mi abuelo Bādīs ibn Ḥabūs (¡Dios se apiade de él!) era hombre orgulloso, de altas miras y temperamento duro, al que era muy difícil que nadie le embarcara en ningún asunto, y que, por tener ciega fe en su estrella, no cedía el paso a ninguno de sus contribulos. No entraba en su naturaleza someterse ni usar de palabras halagadoras, por pensar que nada de eso acrecería su fortuna, sino que en todo se mostraba enérgico y resuelto a obrar tras madura reflexión. Cuando se enajenaba la simpatía de un bando, ganaba la del otro, y los ponía en continuo conflicto. De aquí vino el que varios personajes de la corte se alarmaran de su conducta y se llenaran de temor y de miedo, recelando que, si llegaba al poder, procedería de manera muy distinta a aquella a que los tenía acostumbrados su padre, y por todo ello buscaban en su fuero interno ocasión de perderlo; preferían al citado Yaddayr y deseaban su elevación al poder, sin saber que trabajaban para su desgracia y aceleraban el fin de sus días felices.

Yo mismo oí referir a al-Muẓaffar Bādīs (¡Dios se apiade de él!) parte de este asunto en su propia cámara, del modo siguiente: «Estaba yo un día de pie en presencia de mi padre

Ḥabūs (¡Dios se apiade de él!), cuando un jeque de Ṣinhāŷa, comisionado al efecto, entró a decirle: 'Una de las cosas más urgentes en que has de mirar, puesto que la muerte nunca se está parada, es designar para que te suceda a una persona cuya conducta en relación con los musulmanes y con sus contribulos pueda estar marcada por la bendición divina'. Entonces dijo Abū-l-'Abbās, el secretario: 'Nadie hay más indicado para ello que Yaddayr, que es puro, sobrio y amado del pueblo'. Entre los jeques presentes yo tenía un amigo, llamado Firqān[120], que era hechura mía y a quien yo tenía ganado, y le oí replicar a Abū-l-'Abbās en estos términos: 'No te está bien hablar de ese modo. ¿Cómo podría subir al trono persona distinta del hijo de nuestro soberano, que es quien está al corriente de todos los asuntos? Lo que tú has dicho nada vale. Por Dios, que ya me parece ver lo que ocurrirá a la muerte de Ḥabūs, y es que le sucederá Bādīs; que Yaddayr cometerá la necedad de hacerle frente, y que Bādīs lo vencerá y matará'. Las palabras de Firqān —continuó Bādīs— me alegraron sobremanera y le recompensé con mil dinares».

Todo, en efecto, había de suceder como había previsto Firqān. Bādīs supo ganarse a algunos notables de Ṣinhāŷa, les prometió favores e hizo los mayores esfuerzos para que resolvieran el asunto de la sucesión en favor suyo, hasta lograr que hablaran de la cuestión con su padre y que éste diera su consentimiento, ordenando al pueblo que obedeciese a Bādīs. Yaddayr, por su parte, protestó en una asamblea pública, y Bādīs le dijo: «No desees lo que no es para ti, oh hijo de Ḥubāsa», llamándole adrede con este nombre.

Todas estas cosas engendraron en el ánimo de Yaddayr una viva ojeriza contra Bādīs. Desde este momento obró hostilmente para con él, oponiéndosele y agrupando facciones en contra suya, y hasta logró separar del grupo de los

Ṣinhāŷa a algunas gentes que se pusieron de su lado. Ganó incluso la amistad de Buluggīn, hermano uterino de Bādīs (¡Dios se apiade de entrambos!), que era hombre valiente y arrojado, pero con ningún conocimiento de la política del reino. Uno de los secuaces de Yaddayr, viendo la amistad de éste por Buluggīn y que trabajaba, al menos públicamente, en su favor, se lo reprochó diciéndole: «Si no trabajas por tu propia causa y si los esfuerzos que te vemos hacer son en favor de otro, más lo merece Bādīs, que es el mayor, el de mejor suerte y en quien recaerá el poder». Pero Yaddayr le respondió: «Mis trabajos en pro de Buluggīn no quieren decir que lo prefiera a mí mismo. Pero es un hombre de buena intención, nada ducho en los artificios de la política y, además, hermano uterino de mi enemigo. Para hacer daño a éste no encontraré a nadie más eficaz que a su propio hermano. Lo único que hago es servirme de él para mi caza. Si las cosas marchan bien y si logro que Bādīs muera a manos de su hermano, enseguida podré acabar con Buluggīn y me será posible destronarlo».

De esta suerte, Yaddayr alentaba continuamente a Buluggīn para que matase a su hermano y le indicaba cómo podía conspirar contra él; pero Buluggīn, en todo el negocio, se mantuvo firme, con repugnancia de hacer mal a su hermano, y así continuó hasta la muerte de Ḥabūs ibn Māksan (¡Dios se apiade de él!)[121].

III

REINADO DE BĀDĪS IBN ḤABŪS (I): DESDE SUS COMIENZOS HASTA LA MUERTE DE IBN NAGRELA

15: Comienzo del reinado de Bādīs ibn Ḥabūs y encumbramiento del visir judío Abū Ibrāhīm.—16: Fracaso de la conjura de Yaddayr ibn Ḥubāsa contra Bādīs.—17: Victoria de Bādīs sobre el príncipe Zuhayr de Almería.—18: Carácter del príncipe Buluggīn Sayf al-dawla, padre del autor.—19: Actividad e intrigas de José ibn Nagrela, hijo del judío Abū Ibrāhīm.—20: Envenenamiento del príncipe Buluggīn Sayf al-dawla.—21: Privanza absoluta de Ibn Nagrela.—22: Bādīs se apodera de Málaga.—23: Relaciones de Bādīs con los Banū Ṣumādiḥ de Almería.—24: Llegada de al-Nāya a Granada. Su valimiento y rivalidad con el judío.—25: Expulsión del príncipe Māksan ibn Bādīs.

15. *Comienzos del reinado de Bādīs ibn Ḥabūs y encumbramiento del visir judío Abū Ibrāhīm*

Cuando Ḥabūs murió, le sucedió en el trono mi abuelo Bādīs[122] (¡Dios refresque su rostro!), que hubo de hacer frente a graves negocios y sufrir la hostilidad de todo el grupo de los Ṣinhāŷa, los cuales, impulsados por Yaddayr, querían derribarlo, sin contar con que los demás sultanes de al-Andalus también atacaban su territorio. En tan críticas circunstancias se mostró siempre, sin embargo, adornado de excelentes cualidades políticas y paciente para resistir la adversidad.

Un judío llamado Abū Ibrāhīm[123] era uno de los secretarios dependientes de Abū-l-ʻAbbās, que era el secretario de Ḥabūs. Cuando murió el mencionado Abū-lʻAbbās, dejando varios hijos, Ḥabūs (¡Dios se apiade de él!) nombró al mayor para suceder a su padre, y lo empleó en idénticas funciones, pero, como el muchacho era demasiado joven para poder desempeñar normalmente un puesto oficial, fue víctima de los engaños de Abū Ibrāhīm el judío, quien de esta suerte logró ponerse al servicio directo del soberano. Siempre que el hijo de Abū-l-ʻAbbās estaba ausente, Abū Ibrāhīm estaba presente, y cuando Ḥabūs le preguntaba por aquél, respondía, so pretexto de excusarlo, pero en el fondo para hacerle daño con sus palabras: «Como ves, el hijo de Abū-l-ʻAbbas es un muchacho que prefiere divertirse, y merece que hagas la vista gorda y que lo disculpes. Aquí estoy yo, que soy su siervo, para hacer sus veces. Mándame lo que quieras y se hará enseguida». Usando continuamente de este proceder, se afirmó en su puesto, pues saltaban a la vista sus servicios y su celo para ingresar dinero en el tesoro.

Junto con todo esto, no habían escapado a la perspipacia de Abū Ibrāhīm la buena estrella y la sutileza de Bādīs, por lo cual se creyó en el deber de ponerse a su servicio y trabajar por complacerlo, en cuanto le fuera posible, ya que era el momento en que las gentes intrigaban y conspiraban contra él; todo lo cual hacía con el pensamiento de ligar su suerte a la de Bādīs.

Cuando los enemigos de éste se concertaron con Yaddayr para matarlo, entraron en tratos con Abū Ibrāhīm y pensaron tener en casa del judío una reunión para decidir el asesinato de Bādīs y la designación de Yaddayr como heredero. Abū Ibrāhīm, después de señalarles la hora de la junta, corrió a informar a Bādīs del suceso, y se lo trajo a su casa, diciéndole: «Mejor es ver las cosas que saberlas. Oye las cosas

con tus propios oídos y guárdalas en tu corazón». Bādīs se escondió en un lugar encima de la habitación en la que se tramaba la conjura, y Abū Ibrāhīm en el curso de la conversación, decía a voces: «¡Oh tú que ves y a quien no se ve!», como si se dirigiera al Creador, pero, en realidad, aludiendo a mi abuelo Bādīs, que los estaba viendo y a quien ellos no veían.

Bādīs quedó muy agradecido a Abū Ibrāhīm en esta coyuntura, habiendo tenido la certeza de su fidelidad y lealtad. Desde este día lo tomó a su servicio y le consultó en la mayor parte de las decisiones que tomó contra sus contribulos.

Tenía este judío una inteligencia y una ductilidad en el trato que casaban a maravilla con la época en que ambos vivían y con las gentes con quienes tenían que habérselas. Bādīs se servía de él, desconfiando de todos los demás, porque sabía el odio que le profesaban sus contribulos. Por otra parte, el tal judío era un tributario, que no podía aspirar a ningún puesto de gobierno, y al mismo tiempo no era un andaluz de quien fuese de temer que tramase intrigas con los demás sultanes que no eran de la casta de su soberano. Por último, Bādīs necesitaba dinero con el que amansar a sus contribulos y arreglar los negocios del reino. Tenía, pues, absoluta necesidad de un hombre como éste, capaz de reunir todo el dinero preciso para realizar sus proyectos, sin molestar para ello, con derecho o sin él, a ningún musulmán; tanto más cuanto que la mayoría de los habitantes de Granada y los agentes fiscales *[ʿummāl]* eran judíos[124] y este individuo podía sacarles el dinero y dárselo a él. Así, encontró una persona que expoliase a los expoliadores, y que fuese más capaz que ellos para llenar el tesoro y hacer frente a las necesidades del Estado.

16. *Fracaso de la conjura de Yaddayr ibn Ḥubāsa contra Bādīs*

Una vez que Bādīs se hizo cargo del poder, aumentaron la hostilidad contra él y los tumultos. Conforme ya hemos dicho, sus enemigos estaban concertados para asesinarlo y sustituirlo por Yaddayr. Con tales miras éste había repartido entre las gentes meticales y diplomas *[ṣakk]* concediendo feudos *[inzāl]*[125] de importancia.

Tenía el nuevo sultán por costumbre salir a un lugar llamado la Rambla *[al-Ràmla]*[126], a cuyo lado había una almunia[127], con dos puertas, que era donde su padre Ḥabūs solía tener su consejo de gobierno[128]. Los conjurados decidieron celebrar en la Rambla una carrera de caballos *[malʿab]* y asesinar al soberano cuando saliese de la almunia. Se habían puesto cotas de malla por debajo de los vestidos, decididos a cometer el crimen.

Uno de los que habían sido comprados para llevarlo a cabo, que era un jeque de Ṣinhāŷa llamado Firqān[129], el cual había recibido como premio de su intervención quinientos meticales y un diploma sobre un feudo en el pueblo de Güéjar *[Qūlŷar]*, distrito de al-Saṭḥ, se dijo, sin embargo: «Jamás encontraré ocasión más propicia que ésta para ganarme el favor de Bādīs». Con esta idea, hizo que su caballo pasase de la meta en la carrera, como si se le hubiese desbocado, y, entrando en la almunia, encontró a Bādīs dispuesto a salir por aquella puerta. «Escapa —le dijo furtivamente—, saliendo por la otra puerta, porque la multitud te está acechando para matarte». E incluso le mostró los meticales que había recibido por participar en la conjura. Bādīs entonces salió por la otra puerta, a todo galope, camino de su alcazaba.

Los conjurados, ignorantes de lo sucedido, aguardaban todavía, cuando vieron venir hacía ellos a ʿAll ibn al-Qarawī [130], acompañado de sus colegas los visires de Bādīs y de los hombres de confianza de éste, que les dijeron: «El sultán ha recibido de una de sus provincias cierta noticia inquietante que hace necesaria su partida. Excusadle, pues, si no viene a reunirse con vosotros. Por lo demás, ninguna cosa se le oculta». Al oír estas palabras todos los que estaban en el secreto huyeron al punto, y con ellos Yaddayr ibn Ḥubāsa, abandonándolo todo, con el solo afán de salvar la vida.

Tras de la huida de Yaddayr, todas las cuestiones se aclararon para Bādīs y muchos de los que antes lo odiaban vinieron a ofrecerle su lealtad. Su mismo hermano Buluggīn subió a verlo a palacio, y, llorando ante él, le pidió perdón de haberse dejado arrastrar a la conjura por su criminal primo, añadiendo que éste no cesaba de solicitar de él que lo matase, cosa que habían siempre impedido su firmeza y el amor que al príncipe tenía. En cuanto a Yaddayr, salió de Granada para internarse en territorio enemigo, y no hubo príncipe de los que por turno emprendían la guerra contra mi abuelo (¡Dios se apiade de él!) al cual no se juntase y entre cuyos auxiliares y tropas no se alistase, para servirles de adalid por el país, enseñarles los atajos y mostrarles los puntos flacos de la defensa del territorio que ellos ignoraban, de suerte que no cejaba en combatir a Bādīs y en asolar su territorio, no dejando a mi abuelo ningún respiro y obligándole a estar en continuo movimiento.

A pesar de todo, los Ṣinhāŷa seguían en relación con él, y en manos del sultán Bādīs (¡Dios se apiade de él!) cayeron muchas de las cartas que le dirigían. Estas cartas comprometían a más de doscientas personas, de las más importantes, a quienes Bādīs, llevado de su cólera, quiso matar. Pero, habiendo consultado el asunto con Abū Ibrāhīm, éste le dijo:

«Me parece que lo más acertado es no castigar a nadie por estas cartas, ni dar a entender que las tienes en tu poder, y mandar ahora mismo que traigan fuego para quemarlas y hacer desaparecer sus huellas. El fundamento de una conducta razonable es la ductilidad con las gentes. Si te pusieses a castigar, ¡a cuántos no tendrías que castigar, que son tus tropas y tus brazos! Busca otro modo de solucionar el asunto». Bādīs aceptó este consejo, y desde entonces lo que hizo fue irse apoyando en unos contra otros, derramar entre ellos sus dádivas, y hacer que fuera el propio hijo el que matara a su padre, y el hermano a su hermano.

Respecto a Yaddayr, siguió siempre así, sin cesar de atacar el país y de renovar sus golpes de mano, sin fatiga ni descanso, hasta que mi abuelo pudo apoderarse de él y meterlo en prisión. Se dice que murió de muerte natural, a consecuencia de una congestión[131]. Con su desaparición[132] las cosas fueron mejor para Bādīs, cuyo cielo se despejó sobremanera.

17. *Victoria de Bādīs sobre el príncipe Zuhayr de Almería*

La primera victoria que Dios le concedió fue aquella en que derrotó al eunuco Zuhayr, príncipe de Almería[133].

Tenía éste un secretario, llamado Walad ʿAbbās[134], uno de los hombres más necios y altaneros que puede haber, siempre inclinado al mal y a sembrar la cizaña entre los soberanos; pero que era el que le dictaba todas sus decisiones. No valía Zuhayr para nada, por su estupidez y su ignorancia; había reunido en torno suyo a todos los eunucos de al-Andalus, y desplegaba en su corte una pompa exagerada. Al tener noticias de la muerte de Ḥabūs ibn Māksan, sintió codicia de apoderarse de Granada, y avanzó hasta sentar sus reales

cerca de ella, en el lugar llamado la Fuente *[al-Funt]*, Por decisión de Dios, que tenía decretada su pérdida, así como la de los eunucos sus congéneres, venía lleno de desprecio contra los que mandaban en Granada, creyéndolos gente para poco y que, con la muerte de Ḥabūs, su autoridad se iba desmoronando.

Mi abuelo Bādīs (¡Dios se apiade de él!) había visto en sueños, por aquellos días, que todos los álamos de Granada se caían por tierra. Espantado por esta visión, y con el temor de que fuese un presagio de su derrota, hizo venir a un intérprete de sueños *[muʿabbir]*, al que refirió el suyo. «¡Albricias por esta visión! —le dijo el intérprete—. Los álamos se parecen a los eunucos en que no tienen fruto ni hondas raíces en que sostenerse. Lo mismo que a ellos les pasará a los eunucos, o sea, que indudablemente caerán y perecerán a tus manos». Y así había de ser, en efecto.

Bādīs puso al frente de sus tropas a su hermano Buluggīn, hombre de los más valientes que podía haber, y a quien el soberano, con ocasión de la muerte de su padre, había puesto en posesión de todo lo que había querido, mejorándolo en el reparto de la herencia con relación a sí mismo, excepto el numerario *[nāḍḍ]* indispensable para la buena marcha del Estado. Buluggīn marchó al encuentro de las abyectas tropas almerienses y en menos de una hora las desbarató por completo, matando a todos los eunucos que formaban en ellas. El mismo Zuhayr desapareció del ejército, y no se le volvió a encontrar ni vivo ni muerto. Fue ésta la primera manifestación de la buena estrella de Bādīs, como la derrota de al-Murtaḍà lo había sido de la de su padre. Tras ella vino la conquista del territorio de Zuhayr y la anexión de las comarcas que rodean a Almería. Incluso se apoderó de su enemigo Walad ʿAbbās, el secretario de Zuhayr, al que mandó matar, declarándole responsable de haber instigado esta discordia, y

en venganza por otros muchos agravios anteriores, como hablillas groseras y criminales manejos que le hizo saber al condenarlo.

Así se consolidó el reino de mi abuelo Bādīs, se extendió su fama e inspiró temor a las gentes, ya que, después de estos sucesos, nadie osó enfrentarse con él.

Tocante a su hermano Buluggīn, murió muy poco después de esta batalla (¡Dios se apiade de él!), cuando mi padre Sayf al-dawla iba creciendo y era ya un muchacho. Dejó Buluggīn un hijo[135], al que tenía apartado, por temor de su mucha maldad y por recelo de que le acusara calumniosamente con motivo de los acontecimientos pasados. Este hijo abandonó Granada con todos sus bienes y la herencia paterna, sin que nadie le pusiese el menor obstáculo.

18. *Carácter del príncipe Buluggīn Sayf al-dawla, padre del autor*

No tenía mi abuelo al-Muẓaffar por esta época más hijo que mi padre Buluggīn (¡Dios se apiade de ellos!)[136], al que trataba con el mayor cariño y afecto, velando por que, al morir él, no tuviese que sufrir, de parte de sus enemigos y de sus contribulos, lo mismo que él había tenido que sufrir a la muerte de su padre. Y así, apenas tenía noticias de que alguno tramaba una intriga o manifestaba cualquier hostilidad, veía el modo de pararle los pies, oscureciéndolo, desterrándolo o confiscando sus bienes, con el fin de que su hijo no encontrase más tarde en nadie ni resistencia ni desacato.

Mi padre Sayf al-dawla era, en cambio, al revés en todo que el suyo, clemente y compasivo, sin duda por su falta de experiencia en los negocios y por no haber tenido que soportar lo que Bādīs había soportado. A todo el mundo pro-

metía mercedes para cuando reinase, diciéndoles: «Yo os haré olvidar la conducta de mi padre». Cualquiera que hubiera merecido de su padre condena de muerte u otra más leve, encontraba en él un valedor, y siempre intercedía en favor suyo con el soberano, hasta lograr su absolución. El pueblo entero, grandes y pequeños, lo amaban a porfía, no sólo por sus nobles prendas, sino también por la influencia que ejercía sobre su padre y por su largueza en el reparto de dádivas.

19. *Actividad e intrigas de José ibn Nagrela, hijo del judío Abū Ibrāhīm*

Mi abuelo al-Muẓaffar, padre de Sayf al-dawla, tenía por esta época como visires a los dos Ibn al-Qarawī, llamados uno ʻAlī y otro ʻAbd Allāh, los cuales se habían criado con él, habían sido sus compañeros de escuela y habían luego llegado a generales, a quienes incumbía decidir en caso de guerra. Abū Ibrāhīm, el šayj judío, mantuvo siempre buenas relaciones con ellos y de ellos se ayudaba.

Al morir Abū Ibrāhīm[137] dejó un hijo[138], que había de ser visir de mi abuelo y que heredó muchísimo dinero. Junto con la fortuna, su padre le dejó también instrucciones para que, una vez que el gobierno del príncipe estuviera bien asentado, trabajase para hacer caer a los visires, y le expuso los medios de acabar con cada uno, aprovechándose de la circunstancia de que poseían muchas tierras y de que tenían el monopolio de la cobranza de los impuestos *[ŷibāyāt]*.

Puso inmediatamente el puerco manos a la obra; pero, como al-Muẓaffar (¡Dios se apiade de él!) no le habría tolerado que acusase a ningún musulmán, jamás le hablaba directamente de estos asuntos. Lo que hacía era repartir dinero y

dar regalos a las gentes de su confianza y a sus siervos, sugiriéndoles que hiciesen las denuncias que le interesaban, mientras él permanecía en silencio y sin decir palabra. Así, por ejemplo, intrigaba para que uno cualquiera fuese denunciado ante el eunuco Muwaffaq, el zalmedina, hombre de confianza de Bādīs y encargado de estos negocios[139]. El citado Muwaffaq acudía, con toda su buena fe, al soberano para hablarle de aquella persona de quien se decía que era criminal. Se mandaba entonces a por el judío, y el príncipe le decía: «He tenido noticias de esto y de lo de más allá». El judío le demostraba la inocencia del acusado. «Todo eso que te cuentan —le decía— son mentiras. No te dejes impresionar». Y como el príncipe le replicase: «Me lo ha referido una persona de cuya buena fe no tengo duda», dejaba caer como últimas palabras: «A la maldad no se le pone coto sino con mucha política». De esta suerte, con su suficiencia y embaucamiento hacía creer a las gentes que tenía mucha capacidad, cuando en realidad todo era superchería y engaño.

A la muerte de Abū Ibrāhīm, el šayj, era su hijo todavía muy mancebo, por lo cual mi abuelo rehusaba darle el puesto de su padre y dijo a ʿAlī ibn al-Qarawī: «Ocúpate tú de la cancillería del reino, que tú lo harás mejor»; pero ʿAlī no quiso. El hijo de Abū Ibrāhīm lo atrajo entonces a su causa mediante sumas considerables y le propuso: «Yo no quiero ser más que como tu siervo y tu hijo adoptivo. Siempre a tus órdenes, podría ser secretario dependiente de ti, y me haré cargo de todos los gastos de tu casa, aunque los miembros de tu familia sean más que los guijarros». Movido de codicia con estas palabras, ʿAlī habló al sultán sobre el asunto: «Si conservas —le dijo— a tu servicio al hijo de Abū Ibrāhīm, que fue tu fiel consejero, podré esperar que hagas otro tanto con mi hijo cuando yo me muera. Además, yo lo vigilaré». Entonces el sultán accedió a esta petición y puso al hijo de

Abū Ibrāhīm al frente de los agentes fiscales *[ʻummāl]* y de la cobranza de tributos, mientras confería a ʻAlī puestos muy importantes en la gobernación del Estado, que desempeñó hasta edad muy avanzada.

El hijo de Abū Ibrāhīm dio al sultán muchas pruebas de lealtad, que lo afianzaron en su puesto, y con respecto a ʻAlī y a los otros visires se las daba de Barmakī[140]. Su posición al lado del príncipe llegó a ser tan firme, que ya no hacía el menor caso ni de ʻAlī ni de ninguna otra criatura de Dios. Incluso encizañaba al príncipe diciéndole: «Todo el dinero que se embolsa ʻAlī debería ser tuyo. Tiene ese hombre muchos hijos y demasiada familia. Si tú no me proteges y me ayudas, tu dinero pasará a su poder, y entonces, cuando se lo haya comido todo, codiciará hasta tu reino. Yo, en cambio, soy un simple tributario, sin otra preocupación que la de servirte y de reunir dinero para tu tesoro». El príncipe acabó por dar crédito a sus palabras, diputándolas como prueba de inteligencia, e impidió que ʻAlī y las demás gentes cortaran los vuelos del judío. ʻAlī, por su parte, viendo que su posición empeoraba tanto como mejoraba la del judío, se arrepentía de lo que había hecho por él en un comienzo, y sentía violenta cólera y pesar, al ver cómo había perdido su autoridad con el sultán sin que le quedase ninguna industria para recobrarla.

Tenía ʻAlī por entonces en su poder la ciudad de Guadix, a cuyo frente había puesto a su hermano ʻAbd Allāh, y se comía codiciosamente sus rentas, ya que no pagaba por ella al tesoro arriba de 15 000 dinares, abonados en dirhemes, siendo así que valía más de 100 000 dinares ṯuluṯíes[141]. Con esta acusación comenzó el judío su campaña contra él, diciendo al sultán: «Quítale Guadix, y yo te garantizo que te dará más de cien mil». Pero Bādīs le respondió: «No puedo quitársela de esa manera, pues sería contraproducente, y,

además los miembros de esa familia la vienen administrando desde siempre».

El judío encontró entonces un ardid para quitar Guadix a Ibn al-Qarawī, con pretexto de dársela a mi padre Sayf al-dawla, porque se dijo: «Arrancaré la ciudad de manos de un enemigo para ponerla en las de un príncipe *[sulṯān]*, que me lo agradecerá y me lo tendrá como prueba de fidelidad y lealtad». Con esta idea dijo a mi padre: «La lealtad y obediencia que te debo me obligan a ser para ti lo mismo que soy para tu padre. Yo veo que tienes muchos hijos, que te obligan a gastos considerables para mantener el decoro de tu elevada posición, y es una injusticia que los visires de tu padre sean más ricos que tú. La ciudad de Guadix, esa "hija" *[bint]*[142] de Granada, no debería tenerla nadie más que tú, y yo te la administraría de suerte que sacases de ella cien mil dinares». Estas palabras regocijaron grandemente a mi padre (¡Dios se apiade de él!), que le dio las gracias por su consejo y le prometió, para cuando tomara el poder, ascenderlo en su puesto. Entonces el judío fue a ver al soberano, le expuso sus planes y le refirió la situación de su hijo. «En ese caso —consintió al-Muẓaffar— hay que quitar Guadix a los hijos de al-Qarawī». Y al punto mandó llamar a ʿAlī, al que dijo: «Mi hijo, que necesita dinero, me ha pedido Guadix. Si yo te la quitara para dársela a otro de tus iguales, comprendería que te pesara; pero, tratándose de mi hijo, debes apresurarte a entregársela». ʿAlī se limitó a responder: «Lo que es bueno para el señor se hace ilícito para el esclavo». Con esto el judío se hizo cargo de Guadix, como administrador de mi padre, a condición de entregarle sus rentas, en los diversos vencimientos anuales, conforme a un convenio que estipularon. Estas buenas relaciones entre príncipe y visir continuaron por bastante tiempo.

20. *Envenenamiento del príncipe Buluggīn Sayf al-dawla*

Sin embargo, cuando los visires del Estado, así como ʿAlī y su hermano, vieron el valimiento de que gozaba el judío al lado del soberano y de su hijo, se encolerizaron y desazonaron grandemente. Juzgando que la situación era intolerable, se concertaron para encizañar estas relaciones suyas con mi padre. Como los hijos de ʿAlī y los de ʿAbd Allāh eran visires de Sayf al-dawla y no se separaban nunca de su lado, a través de éstos y por sus propios esfuerzos los viejos dignatarios maniobraron de todas las formas, y decían a Sayf al-dawla: «Las sumas que el judío se engulle y cuya propiedad se arroga, te corresponden y deberían ser tuyas. Ese individuo se monta encima de ti, como encima de todo el Estado. Si lo matases, tu padre no podría decirte nada, porque ¿cómo iba a ensañarse con su hijo?».

De esta suerte, los criminales aspiraban a suprimir a su enemigo por mano del hijo del soberano, echándose ellos fuera del asunto, para que si el soberano quería castigar al culpable, castigara a su hijo, y ellos pudieran seguir apoderados de los puestos del Estado, sin incurrir en los reproches del monarca. No cesaron, pues, de instigar al príncipe contra el judío, calumniándolo y atribuyéndole falsedades, al mismo tiempo que iban al judío con mentiras que ponían en boca del príncipe. El resultado fue que mi padre se volvió contra el judío y que éste se indispuso también con mi padre.

Como mi padre Sayf al-dawla tenía muy poca experiencia en los engaños humanos, concibió la idea de matar al judío y constantemente hablaba de ello, revelando su proyecto a los visires que venían a despachar con él, sin atreverse al mismo tiempo a llevarlo a cabo. Pero como no ocultaba sus propósi-

tos, el judío, que veía además con sus propios ojos el cambio de actitud del príncipe, se dio buena cuenta de todo y se resolvió a adelantársele. En cuanto a mi padre, la verdad era que pensaba asesinar al judío e incluso tenía preparados para hacerlo a sus esclavos; pero que a última hora desistió, reflexionando en la terrible reacción de su padre.

Tenía Sayf al-dawla un hermano pequeño llamado Māksan[143], o sea, mi tío paterno, el que más tarde había de morir, mártir por la fe, en la batalla de Badajoz[144]. El puerco se reunió en consejo con los jeques *[mašīja]* de los judíos de Granada, y les refirió el cambio de actitud para con él de Sayf al-dawla. Uno de ellos, el de juicio más sagaz, le dijo: «No esperes que cuando muera el šayj [Bādīs ibn Ḥabūs], hayas de prosperar con Sayf al-dawla. Lo que has de hacer es mirar a quien colocar en el trono, a la muerte de tu soberano. ¿Lo has encontrado? Para mí es Māksan, el hermano, hoy oscurecido, de Sayf al-dawla. Arréglatelas para envenenar a éste último, pues cuando lo hayas quitado de en medio y asegurado el trono al otro, le habrás hecho un servicio que no olvidará jamás».

Desde este momento, el judío abrigó el pérfido designio de envenenar a Sayf al-dawla, cosa que le era tanto más fácil, cuanto que mi padre solía beber frecuentemente con él y para ello lo visitaba a menudo en su propio domicilio. Un día, en efecto, que como de costumbre había estado bebiendo en casa del visir, apenas salido de ella, vomitó cuanto tenía en el estómago y cayó por tierra. Sólo tras grandes esfuerzos consiguió llegar a su residencia, y al cabo de dos jornadas de agonía murió (¡la misericordia de Dios sea sobre él!).

A uno de los grandes eunucos de Bādīs oí referir lo siguiente: «Sayf al-dawla me mandó a buscar un día para decirme: 'Vete a las princesas madres *[ummahāt]* y diles que

estoy resuelto a matar al judío'. Entonces yo —prosiguió el eunuco— le contesté: 'No iré con esa comisión porque es inevitable que el judío la conozca. Si verdaderamente te propones matarlo, no conviene que se lo digas ni a mí ni a ninguna otra de las criaturas de Dios'. Y me di cuenta de que su estado de embriaguez era el que le inducía a hablar así».

Otra de las circunstancias que, con anterioridad, había ya contribuido a envenenar las cosas fue que las relaciones de mi padre con las princesas madres que habían educado a su otro hijo, mi hermano al-Muʿizz[145], estaban muy lejos de ser buenas, ya que daban a este hijo, todavía muy niño, un dinero que a él rehusaban. Mi padre tuvo, pues, que recurrir al judío para procurarse dinero, y como las princesas se lo reprochaban y procuraban apartarlo del trato del judío, éste acabó por darse cuenta, y mi padre se puso de acuerdo con él para denunciar a las mujeres ante el soberano y acusarlas de haber sustraído dinero del tesoro para situarlo en otro lugar. Al examinar mi abuelo el asunto, vio la discordia que separaba a las princesas madres y a Sayf al-dawla, y éste tuvo que sufrir, al mismo tiempo, los reproches de su padre y de las mujeres, ya que éstas se las ingeniaron para declararse inocentes de la calumnia de que eran objeto. Viendo, pues, Sayf al-dawla que su padre se ponía de parte de las mujeres, se encontró en la necesidad de hacer las paces con ellas, y todas las culpas cayeron sobre el judío, lo que fue causa de que arreciara en su odio y su deseo de venganza, haciéndolo instrumento del decreto divino que poco después había de perder a Sayf al-dawla.

Además, al principio de estas disensiones, el judío había retenido en su poder muy buena parte del dinero procedente del impuesto de Guadix, cosa de la que Sayf al-dawla se quejó a su padre. Pero el puerco se las ingenió para invitar a mi padre a beber en su casa, y, cuando lo hubo embriagado,

ordenó que sus hijos y las mujeres de su familia salieran vestidos de luto. Sorprendido mi padre por su aspecto y por sus lloros, dijo al judío: «¿Es que se os ha muerto alguien?». «Lo que se me ha muerto —contestó el judío— es una gran suma de dinero que no he podido entregar a causa del retraso de los vasallos en pagarla. Pero hoy es un buen día. Consuela a los míos escribiéndome un recibo como si yo te hubiera entregado esa cantidad, hasta que de verdad pueda entregártela, pues este asunto los tiene llenos de miedo, y de temor. Completa tus beneficios escribiéndome este recibo». Sayf al-dawla se vio cogido y lo escribió; pero entonces el judío se fue con el recibo a ver a su padre [Bādīs], y le dijo: «En lo que gasta tu hijo su dinero es en dárselo a los visires y en beber sin tregua. Aquí tienes el recibo que me ha firmado. Por tanto, ¿de qué se queja?». De este modo Sayf al-dawla, que ya había caído en desgracia con el visir y con las mujeres, se vio además reprendido por su padre. Y es que Dios tenía decidido poner fin a sus días (¡Dios le haga valer en el otro mundo sus buenas intenciones y la pureza de su conducta con grandes y pequeños!).

21. *Privanza absoluta de Ibn Nagrela*

La muerte de mi padre fue una de las mayores calamidades que pudieron caer sobre la población, que tenía puestas en él sus esperanzas de verse tratada con justicia; así que, al saberla, las gentes se amotinaron y pensaron en asesinar al judío. Fueron éstos los primeros anuncios de su muerte, que sólo retardó el miedo a los castigos del soberano.

El judío, sin embargo, continuó persiguiendo a los Awlād al-Qarawī, haciendo pensar a al-Muẓaffar que eran los hijos de éstos los que habían aficionado a su propio hijo a beber

continuamente vino, hasta provocar su muerte. De aquí vino la gran desgracia de los Awlād al-Qarawī, que se vieron desterrados y con sus bienes confiscados, sin contar con que algunos visires que andaban en torno de mi padre fueron condenados a muerte, como sospechosos, mientras el verdadero culpable del crimen permanecía impune. Más aún, el judío, a la muerte de Sayf al-dawla, se las dio de Barmakī[146] y trabajó por asegurar la sucesión a mi tío Māksan.

Entremedias, mi abuelo iba teniendo muchos años, se daba más cada vez al descanso, y, tanto por la edad como por la muerte de su hijo, cesó de proseguir sus conquistas territoriales y permitió que, en lugar suyo, se hiciera cargo de todos los negocios el judío, que desde entonces, disfrutó a su antojo de todos los resortes del Estado.

22. *Bādīs se apodera de Málaga*

El único asunto que aún excitaba los más vivos deseos de mi abuelo y en el que desplegó los mayores esfuerzos fue la toma de Málaga[147]. En efecto, cada vez que se apoderaba de alguno de los castillos de al-Andalus, se enteraba de que al-Muʿizz ibn Bādīs[148] decía siempre: «El señor de Granada me escribe que ha tomado tales campos y pueblos. Sólo si lo que hubiese tomado hubiera sido Córdoba o Málaga o alguna capital parecida, podríamos reconocer su superioridad». Estas palabras le animaron a poner todo su afán en el negocio de Málaga, de un lado porque veía la decadencia de sus sultanes[149], y porque temía, por otra parte, no la tomase otro príncipe que desde ella le pusiese en un aprieto. Durante años enteros no cesó de intentarlo, sin tregua ni descanso, hasta que por fin lo consiguió.

Fue entonces cuando edificó la alcazaba de esta ciudad[150], de modo tal como ninguna otra persona pudiera haberlo hecho en su tiempo, abasteciéndola de todo lo necesario para resistir las mayores pruebas y gastando en ella todo lo que había heredado de su hijo y mucho más, ya que, temeroso siempre de que los voraces sultanes de al-Andalus se coaligasen contra él, quería convertirla en un refugio seguro donde resistir mientras pudiese, o, si no, en un apeadero desde el cual pasar, con su familia y sus riquezas, a las tierras de Berbería donde reinaban sus primos los Zīrīes africanos. A partir del momento en que tomó Málaga ya no tuvo mi abuelo otra ambición.

Ibn ʿAbbād[151] intentó luego arrebatársela, y recibió la sumisión de sus habitantes, a excepción de la guarnición de la alcazaba, obligando a mi abuelo a enviar contra ella a sus ejércitos, que derrotaron al invasor. De esta suerte recobró Málaga, tras haber desesperado de volverla a ocupar. Pero ningún sultán tuvo que sufrir por una ciudad lo que mi abuelo sufrió por Málaga, tanto con motivo de las discordias civiles que allí estallaron como del dinero que hubo de gastar en reducirlas. Por eso, cuando la dominó por completo, llegó al colmo de sus esperanzas, se dio por satisfecho y no pensó más que en gozar de lo que ya poseía, camino por el que le vinieron nuevas contrariedades, ocasionadas por la confianza que puso en los visires y en los gobernadores de las comarcas, según referimos más adelante.

Si mi propósito no fuese el de hablar especialmente de nuestra dinastía, podría contar no pocos detalles sobre el gobierno de los Banū Ḥammūd en Málaga, y sobre cómo fue decayendo progresivamente su autoridad hasta pasar a manos de mi abuelo (¡Dios se apiade de él!); pero habré de limitarme a narrar, si Dios quiere, los hechos que sean necesarios para el entendimiento de mi relato.

Durante algunos años, en que no se oyó hablar de guerras ni se vio surgir el menor disturbio, estuvo sosegada la situación, se sucedieron los acontecimientos felices, y se llenaron las arcas del tesoro. Luego se descompusieron las cosas, por la traición de que nos hizo víctima el judío (¡Dios lo maldiga!); porque Guadix con todos sus territorios anejos pasó a poder de Ibn Ṣumādiḥ[152], y porque los restantes soberanos se lanzaron contra nuestros dominios, no dejándonos más que Granada, Almuñécar, Priego y Cabra. Cuando corrió entre los vasallos la nueva de que había muerto el «príncipe excelso» *[al-ra'īs al-aŷall]*[153] Bādīs, que por mucho tiempo no se había mostrado a ellos[154], nuestras guarniciones evacuaron los castillos y éstos fueron ocupados ilegalmente por los habitantes del país, en las condiciones que, si Dios quiere, voy a referir.

23. *Relaciones de Bādīs con los Banū Ṣumādiḥ de Almería*

La primera cosa que conviene relatar es cómo [Abū-l-Aḥwaṣ Ma'n] Ibn Ṣumādiḥ se hizo soberano de Almería, y cómo mi abuelo (¡Dios se apiade de él!) le ayudó a lograr este principado y lo afianzó en su trono.

Ibn Abí 'Āmir[155] estaba entonces en guerra contra mi abuelo, lleno de animosidad y hostilidad. Al-Muẓaffar le había hecho anteriormente grandísimos favores, tales como no los había recibido de ninguno de su casta; pero el pago que recibió de Ibn Abī 'Āmir fue que éste tuvo la audacia de invadir las tierras de Almería y aceptó las ofertas de servicio de los Catalanes *[Ifranŷ]*[156], a los que prometió grandes sumas de dinero.

Muŷāhid[157] había en un principio acogido bien tales proyectos del valenciano, cuando éste se los expuso; pero luego reflexionó sobre sus inconvenientes, y así, estando ya Ibn Abī ʻĀmir para salir de Lorca, camino de Almería, se hizo el remolón para no incorporársele. Al-Manṣūr se dio perfecta cuenta de que Muŷāhid tenía el propósito de dejarlo y abandonarlo, y, cuando por fin se presentó, le pidió explicaciones. Entonces dijo Muŷāhid, dirigiéndose a él y a sus mejores generales: «Si vosotros, oh gentes, no conocéis a los beréberes ni sabéis por experiencia lo que es hacerles la guerra, yo, por Dios, sí que lo sé. Tened cuidado de no perecer a sus manos, y sabed que una guerra normal de veinte años es mejor que encontrarse con ellos una sola hora, en la que puede caer una dinastía, cambiar un trono y quedar aniquilado un gran ejército. No os precipitéis». Ibn Abī ʻĀmir le respondió: «Eres un cobarde. Vuélvete a Denia y no desmoralices mi ejército». En vista de ello Muŷāhid se retiró inmediatamente, ofendido por la injuria que se le hacía.

No tardó, sin embargo, en entrar la disensión en el ejército. Los soldados vieron con inquietud la retirada de Muŷāhid, y los Catalanes, llenos de codicia, formularon exigencias imposibles de satisfacer. Ibn Abī ʻĀmir tuvo, pues, que desistir de la campaña, descorazonado.

Reunió entonces al-Muẓaffar a sus hombres y les dijo: «¿Qué os parece la victoria que hemos logrado sobre este ejército, sin necesidad de combatir?». «Que indudablemente —le contestaron— has sido asistido por la Providencia. Vosotros, los reyes, no recibís el encargo de mandar a los hombres, hasta que Dios no os elige para ello, haciendo que vuestra inteligencia sea más excelsa y preciosa que la del común de los mortales, y así, por ella superáis a vuestros inferiores». Al-Muẓaffar regresó, pues, victorioso y triunfante, y Abū-l-Aḥwaṣ se convirtió en un fiel vasallo suyo, hasta el

punto de que aquél lograba hasta la menor cosa que se le antojaba en Almería[158] y todos los encargos que hacía en ella llegaban inmediatamente a su poder. Esta situación se prolongó durante varios años.

Por aquel tiempo estaba Córdoba en la misma situación que Almería, ya que la gobernaba Ibn al-Saqqā'[159], que no sabía negarse a ninguna petición de al-Muẓaffar.

Así quedaron las cosas hasta la muerte de Abū-l-Aḥwaṣ. Dejó éste un hijo[160] (el que más tarde había de morir en Almería —¡Dios se apiade de él!— al conquistarla los Almorávides), que era entonces de corta edad, y que escribió al punto a al-Muẓaffar pidiéndole que le concediese el mismo apoyo y protección que había dispensado a su padre; diciéndole que él le sería todavía más obediente y sumiso que éste, y rogándole que renovase con él la alianza y la identificación. Accedió al-Muẓaffar a todas estas peticiones, prometiéndole una protección mayor aún que la concedida a su padre, declarándole su identificación y renovando con él la alianza. De esta suerte se afianzó el gobierno del almeriense y se consolidó su situación, y este estado de cosas duró por mucho tiempo, durante el cual no se oyó hablar de discordias ni hubo que soportar tumultos.

En todos estos años hubo una cohesión perfecta entre el judío, que era el visir del sultán y el depositario de sus secretos, y los altos funcionarios de nuestra dinastía, hechuras unos del judío, y enriquecidos gracias a él, y enemigos otros por dentro, pero deferentes en apariencia, para no atraerse su rigor. Los negocios iban bien por este camino, y todos se ayudaban mutuamente en el servicio del sultán, confortados con merecer la confianza del judío, y con ese recíproco apoyo que se prestaban. Tocante a al-Muẓaffar, una vez arreglados los asuntos y afirmada la dinastía, después de las

guerras y otros desórdenes ya dichos, y luego que se hubo apoderado de Málaga, tras no pocas fatigas y de haber casi desesperado de conseguirla, renunció a más actividad, se consagró al ocio con que suelen deleitarse los reyes, y delegó su autoridad en el visir y en los restantes funcionarios.

24. *Llegada de al-Nāya a Granada. Su valimiento y rivalidad con el judío*

En el periodo más floreciente y próspero de su reinado fue cuando al-Nāya[161] se acogió a la protección de al-Muẓaffar. Era un antiguo esclavo de al-Muʿtaḍid ibn ʿAbbād (¡Dios se apiade de él!), que había formado parte del grupo de los conjurados para traicionarlo, presididos por su hijo, cuya historia es bien conocida[162]. Empujado, pues, por el destino, contra el que no hay refugio, vino a Granada, donde se interesó por él un núcleo de importantes ʿAbīd, que solicitaron en favor suyo las dádivas del soberano, y éste accedió a su petición, para tenerlos contentos y para que le sirviesen con mayor lealtad. «Viene este hombre a ti —le decían— tras haberse levantado contra tu enemigo[163] y solicitado tu asistencia. Tiene puestas en ti sus esperanzas, y lo que hagas por él no será más que el premio de sus sentimientos».

Pudo así entrar en Granada en una hora que fue tan favorable para él como aciaga para el reino. Al principio procedió de la mejor manera posible con los grandes dignatarios y se les sometió humildemente, logrando que éstos alabaran su conducta y hablaran bien de él al sultán, que acabó por darle un empleo y por confiarle un puesto de mando en el ejército. Movido por su deseo de vengarse de los Banū ʿAbbād, demostró su capacidad en la guerra de Málaga, se ganó la simpatía de algunos grupos del ejército regular y

desempeñó en la ciudad funciones directivas, a las órdenes del general Muqātil ibn Yaḥyà[164]. Este Muqātil, siempre que había correrías por tierras de Ibn ʻAbbād, no dejaba de informar a al-Muẓaffar del buen papel que en ellas desempeñaba al-Nāya, hasta casi atribuirle todo el éxito; tanto es así, que acabó por recibir un despacho en que el sultán los asociaba en el mando, y se convirtió en gobernador militar de la ciudad junto con Muqātil. Fue de este modo creciendo en fortuna y aumentando en fama, mientras al-Muẓaffar le hacía objeto de redoblados favores. Cuando el sultán iba a Málaga, se hospedaba en su casa y bebía con él, y estos honores y acrecentamientos de fortuna iban progresando con los días.

Prevaliéndose de esta intimidad con el sultán, siempre que estaba con él a solas o que podía aprovecharse de su estado de embriaguez, denigraba al judío ante el soberano. «Se come tu dinero —le decía—, se ha hecho dueño de la mayor parte de tu fortuna y se ha construido un palacio mejor que el tuyo. ¿A qué esperas para destituirlo y conciliarte con su ruina el afecto de los musulmanes?». En estas ocasiones al-Muẓaffar le hacía promesas y le decía: «Por fuerza tendré que hacerlo así, y a ti te encargaré de matarlo».

Tales palabras no dejaban de caer en los oídos de alguno de los ʻAbīd, en quien no había reparado, o en los de algún otro de los servidores del soberano, que inmediatamente se las comunicaban al judío, para recibir algo por ellas. El alma del puerco se iba llenando así de cólera y espanto, y casi moría de cuidados e irritaciones, sin contar con la envidia que profesaba a al-Nāya por el puesto con el que había sido distinguido, en su propio detrimento. Con el mayor empeño intentaba perderlo ante el sultán, sin que éste le hiciera el menor caso. Viendo, pues, que se afianzaba más cada vez la situación de su rival, y temiendo que éste pudiera inducir al soberano a matarlo a él, perdida toda esperanza, se dijo: «Si

yo he tratado con desdén a todo el mundo, era en provecho de la gloria del sultán, y pensando que la protección y la solicitud de éste me habrían de defender. Pero ahora ya he perdido toda esperanza. No me puedo fiar del sultán; un malvado me persigue ante él con su odio, y la plebe desea mi muerte, siendo, además, nosotros, los judíos, pocos y despreciados en el país».

25. *Expulsión del príncipe Māksan ibn Bādīs*

Ya desde antes había intentado el judío conciliarse el favor de mi tío Māksan, con la esperanza de apoyarse en él; pero Māksan lo trataba siempre con el máximo despego. Como este príncipe no tenía en torno suyo a nadie que lo dirigiese bien y que le aconsejase usar de moderación, había acabado por decirle al judío cara a cara: «¿Es que quieres matarme como hiciste con mi hermano?». Y estas palabras hicieron profunda impresión en el judío.

Por otra parte, era Māksan hombre de mala conducta, irrespetuoso y de lenguaje grosero, que a todo el mundo amenazaba, con lo cual se atrajo el aborrecimiento y el odio de los cortesanos de su padre, que recibía frecuentes quejas de su comportamiento.

La madre de Māksan cortó, además, todo trato con el visir judío que había intentado atraerse a su hijo, y marcó su predilección por un tío hermano de este visir, otro judío llamado Abū-l-Rabīʿ ibn al-Maṭūnī, que era el que cobraba las rentas del patrimonio real[165], y al que escribía continuamente para pedirle dinero a título de préstamos.

Celoso el judío de esta preferencia, se decidió a perseguir a Māksan, a su madre y a toda su camarilla, y para ello forjó ante el sultán una acusación que atestiguaron en su favor al-

gunos de los cortesanos, los cuales tenían, como ya dijimos, antiguos resentimientos contra Māksan Instigado el sultán contra los acusados y movido de repugnancia contra el crimen que se les imputaba, condenó a muerte a la madre y a las nodrizas de Māksan, así como a algunas mujeres de su servicio. El visir, por su parte, asesinó a traición en su misma casa y cuando estaba bebido, a su tío materno, por habérsele opuesto en ése y en otros asuntos, y, para evitar que el soberano le pidiera cuentas de este asesinato, le envió en compensación una considerable suma de dinero, que el sultán aceptó, deseoso de que cada día matase a un judío y le diese por él dinero.

Tocante a su hijo Māksan, no tardó al-Muẓaffar en desterrarlo. Otra de las causas más principales que motivaron esta medida fue la siguiente: Un día en que el sultán había salido a revistar las tropas regulares con ocasión de la guerra contra Ibn Ṣumādiḥ, se le presentó, comisionado por los demás, uno de los jeques del ejército, que le dijo: «No está bien que nos pongas como jefes a ʻAbīd o a otras personas, y que des de lado a este hijo tuyo (aludiendo a Māksan). Envíalo con nosotros y le seguiremos, sea cual sea nuestra suerte». Esta proposición fue penosa para el soberano, pues, sobre la irritación que le producía la conducta que veía en su hijo y las demás cosas que le contaban de él, temió que detrás de aquellas palabras se ocultase el propósito de apartarlo y de entronizar a su hijo. A su vez, el judío fue presa del espanto y dijo: «Ese día me di por muerto». Transmitió, pues, todas sus sospechas al sultán, y éste ordenó inmediatamente que el príncipe fuese desterrado, encargando a uno de sus ʻAbīd que lo acompañase hasta dejarlo fuera del territorio del reino. El judío (¡Dios lo maldiga!) dio por su parte instrucciones a este esclavo para que lo llevase a cierto lugar que le

designó, y en el cual, sin que nadie se enterase, debería cortarle la cabeza.

Mi hermano al-Muʿizz había sido criado por nuestro abuelo, y todas las princesas, que habían sido muy bien tratadas por él, lo amaban en memoria de nuestro difunto padre. Todas estaban, pues, concertadas con el judío para matar a Māksan y nombrar presunto heredero a al-Muʿizz[166], temiendo que, si Māksan hubiese de llegar al poder, las trataría mal y las castigaría por el amor que profesaban a su sobrino y por haberlo criado. El destierro de Māksan colmaba, por tanto, sus deseos.

Mi tío salió, en consecuencia, de Granada en las peores condiciones, lleno de angustia y de terror, ya que muchos aconsejaban su muerte, si bien otros se limitaban a exigir su destierro total del país. Acabó por tomar cierto camino, y la muerte del judío, según referiremos dentro de poco, iba a libertarlo de sus cuidados.

IV

REINADO DE BĀDĪS IBN ḤABŪS (II): DESDE LA MUERTE DE IBN NAGRELA HASTA EL FINAL

26: Conjura del visir judío Ibn Nagrela. Motín contra él de los Ṣinhāŷa y su asesinato.—27: Campaña victoriosa para recobrar Guadix de Ibn Ṣumādiḥ.—28: Campaña victoriosa para recobrar Málaga de Ibn ʻAbbād.—29: La pesquisa y la disidencia de Fiñana. Al-Nāya, visir.—30: Jaén, recobrada.—31: Toma de Baeza por al-Nāya.—32: Conjura contra al-Nāya, al que asesinan.—33: Se vuelve a llamar al príncipe Māksan ibn Bādīs.—[Laguna].

26. *Conjura del visir judío Ibn Nagrela. Motín contra él de los Ṣinhāŷa y su asesinato*

En efecto, el puerco (¡Dios le maldiga!), viendo la agitación de las mujeres de palacio, divididas en bandos que patrocinaban la entronización de aquel de los descendientes del sultán que habían respectivamente criado[167], viendo, además, el cambio de conducta de su señor para con él y la insistencia con que al-Nāya lo perseguía, para alcanzar él mayor poderío, no encontraba en toda la tierra lugar adonde huir ni manera cómo escapar. En una consulta que hizo sobre este asunto a los más prudentes de los doctores judíos de su camarilla, uno de éstos le aconsejó: «Lárgate de aquí y envía por delante el grueso de tu fortuna al país que prefieras, donde vivirás rico y tranquilo». Pero él le contestó: «Eso sería posible si no supiese de antemano que el ʻexcelso prín-

cipe'[168] me reclamaría del señor de ese país a que me fuera, diciéndole: 'Mi visir ha huido llevándose mis riquezas. O me lo entregas o te haré la guerra'. ¿Crees que, en este caso, el soberano tomaría mi partido? Tal cosa no sería posible más que en el caso de que yo diese a ese supuesto soberano una parte del territorio del mío, pues, de esta manera, yo podría estar seguro al lado de aquel a quien hubiera puesto en posesión de dichas tierras, ya que no podría entregarme después de adquirir, gracias a mí, nuevos dominios y excelsa gloria». De acuerdo con este parecer decidieron dirigirse a Ibn Ṣumādiḥ, que era el soberano más indicado, por su vecindad y por la facilidad con que podría obtenerse de él cualquier auxilio necesario.

Ibn Arqam, embajador de Ibn Ṣumādiḥ[169], a quien eligieron por entonces para esta comisión, me refirió más tarde lo siguiente:

«Acompañaba yo cierto día a al-Muẓaffar (¡Dios se apiade de él!), que había salido a una de sus fincas de recreo. Lo acompañaba al-Nāya, y el visir judío estaba detrás de él. De pronto al-Nāya vio a un médico judío del séquito del visir, y, para afrentarlo, lo hizo descabalgar a presencia del soberano, con una actitud llena de insolencia y para ofender gravemente al visir judío. Dolióse éste grandemente del insulto y me dijo: 'Ahí tienes las afrentas que tengo que sufrir y para las cuales ya me falta paciencia. Mirad si podéis ayudarme de algún modo, porque, si no, tendré que echarme en otros brazos'. Yo le respondí: 'Lo que debes hacer es resistir. ¿Qué necesidad tienes de acudir a nosotros, si los vasallos están en tus manos y eres tú el que cobra los impuestos? El sultán no ha cambiado en nada respecto a ti, y no hay más que las pullas de este difamador. Procura aguantar hasta la muerte del šayj Bādīs, tanto más cuanto que ya es muy viejo, y luego adquirirás ascendiente sobre su nieto al-Muʿizz y recobrarás

a su lado el mismo puesto que has tenido al de su abuelo. Ésa es la mejor manera de salvar la situación'. Pero el judío me replicó: 'Así lo haría, si al-Muʿizz no fuese tan pequeño y si no estuviese sometido a las princesas madres, a las diferentes clases de las mujeres de palacio y a las camarillas. ¿Cómo podría yo triunfar de todas ellas, si mi situación sería entonces aún más crítica, dada la contraposición de sus intereses? Además, me consta que el niño me guarda rencor por el rumor público de que envenené a su padre. He dado muchas vueltas a todas estas cosas y no encuentro mejor solución que la de echarme en brazos de al-Muʿtaṣim'. Entonces —prosiguió Ibn Arqam— entré a ver a al-Muẓaffar, le aludí con palabras veladas a esta conversación y le dije: 'Abre bien los ojos, y Dios te asista. Aún no eres tan viejo ni has llegado a edad que te obligue a descuidar el gobierno de tu reino'. Esperaba yo que a continuación me pediría una explicación de mis palabras y que podría referirle algo más del asunto; pero, en vez de hacerlo, cuando me fui, llamó al judío y le encargó: 'Vete a ver a Ibn Arqam y pregúntale por qué acaba de decirme que abra bien los ojos. Interrógale sobre el asunto'. Cuando el judío vino a mí y me contó esta comisión, me quedé estupefacto y como muerto, sin saber qué contestar; pero el puerco sospechó de mí y escribió a al-Muʿtaṣim sobre mi actitud, pidiéndole que me relevara de la embajada y enviara en mi puesto a otra persona más de fiar. Así lo hizo al-Muʿtaṣim enviando a su hermano de leche, con instrucciones de tramar el asunto con el judío».

Ahora bien; ¿cómo podría ingeniárselas éste para entregar al almeriense el gobierno de Granada, siendo como era esta ciudad una mina de soldados y estando en ella los Ṣinhāŷa, que no habrían de pasar por semejante maniobra en contra suya? El nuevo embajador dijo al judío: «No os metáis, ni tú ni al-Muʿtaṣim, en un asunto que no podrá llevarse a cabo, y

en el que te cubrirás de vergüenza frente a al-Muẓaffar, que es hombre muy rico y muy capaz de sostener una guerra. Quedaríamos envilecidos y serías causa de tu propia ruina y de los daños que podrían venirle a al-Muʿtaṣim». El puerco pensó entonces que lo que procedía era hacer salir de Granada a todas aquellas personas cuya resistencia fuese de temer.

Para ello eligió un cierto número de personajes de relieve entre los Ṣinhāŷa y los ʿAbīd de quienes recelaba hostilidad, y aconsejó al sultán que los enviara a los castillos más importantes, provistos de los oportunos nombramientos. Por su parte, él dijo en secreto a estos individuos: «Vosotros sois mis hermanos, que habéis sido humillados como yo, según me habéis visto. Yo sé bien las decisiones del gobierno de este sultán que no pueden merecer vuestra aprobación: cómo os pone por jefes gentes que no son de los vuestros y que no tienen los mismos intereses que vosotros. Su reinado será una vergüenza para vosotros y un eterno oprobio. Bien he aconsejado ya al sultán lo que había de hacerse; pero nunca me ha escuchado ni me ha sido posible obrar en contrario. Ahora tememos, sin embargo, que nombre para gobernar estas nobles tierras y estos magníficos castillos a gentes del partido de al-Nāya, que hagan sufrir a todo el mundo, que nos impidan gobernar el reino y que nos tengan a merced de sus ataques, sin que podamos recurrir a nadie más que a al-Nāya. Si, por el contrario, retenemos los castillos en nuestras manos y vuestros contribulos permanecen en la capital, al-Nāya no osará dispersarnos, perderá toda influencia, podremos matarlo si quiere alterar el orden de las cosas, y si, por consejo de al-Nāya, el sultán se encoleriza con alguno de nosotros y ordena su destierro, podrá refugiarse en el castillo de uno de sus amigos».

Todos aprobaron sus palabras, tanto más cuanto que estaban ávidos de obtener mandos territoriales, y se apresuraron

a salir para sus puestos. De esta suerte hizo salir a Yaḥyà ibn Ifrān[170] para Almuñécar, a Musakkan ibn Ḥabūs al-Magrālī [171] para Jaén, y a otros para otras cabezas de partido. En cuanto al sultán, le pintó la medida como del mayor interés para él, diciéndole que la defensa de las ciudades de importancia no había de ser confiada más que a personas de relieve, y que de los destituidos le constaba a él su negligencia e incuria; todo lo cual aceptó el soberano, que no escuchaba más opinión que la suya en cosas tales, por la confianza que en él tenía depositada.

Inmediatamente después escribió el judío a Ibn Ṣumādiḥ informándole de que las personas de temer habían salido ya de la ciudad; de que no quedaban en ella más que gentes sin importancia, que podría segar con su espada en cuanto entrase, y de que él se hallaba dispuesto a franquearle las puertas de Granada, en cuanto emprendiera su expedición y se presentase ante ellas.

De los demás castillos que no eran de ciudades importantes no se ocupó para nada, y como quien se olvida, dejó de aprovisionarlos con hombres y municiones, hasta que fueron quedando desmantelados, de todo lo cual no tenía al-Muẓaffar la menor noticia, por estar dedicado al vino y a la ociosidad. Al ir quedando desocupados los castillos, sus desmedradas guarniciones, visto el abandono en que se las tenía y que el sultán no se mostraba a sus ojos, tuvieron por cierto el rumor de que había muerto, y, corriéndose la noticia de unos a otros, desalojaron las fortalezas y las comarcas. Estas circunstancias fueron las que aprovecharon los hombres de Ibn Ṣumādiḥ, que las ocuparon, hasta el punto de que no quedó [en poder del reino zīrí] otro castillo que el de Cabrera *[Qabrīra]*, cerca de Granada, en el camino de Guadix.

Inmediatamente envió el judío un mensajero a Ibn Ṣumādiḥ, para instarlo a que avanzara contra Granada, donde no encontraría ningún impedimento; pero Ibn Ṣumādiḥ buscó pretextos para no mover un dedo, con temor de osar acercarse a una ciudad como Granada.

Se iba entretanto ensanchando el abismo que separaba al judío de la población y la agitación iba en aumento. Temeroso el judío del populacho, se trasladó desde su casa a la alcazaba, en espera de ver realizados sus proyectos; pero las gentes se lo tomaron a mal, lo mismo que el que construyera la fortaleza de la Alhambra[172], que era donde contaba encerrarse con su familia, al entrar Ibn Ṣumādiḥ en la ciudad y hasta que se restableciera el orden. Plebe y aristocracia estaban ya hartos de la perfidia de los judíos, por las innovaciones que habían introducido, por los puestos que acaparaban, en contra de la tradición, y porque Dios tenía decretada ya su pérdida.

En la noche del sábado 10 de ṣafar [459 = 31 diciembre 1066][173] convidó el judío a beber a un cierto número de ʿAbīd de al-Muẓaffar, que habían hecho pacto con él y con quienes estaba de acuerdo, si bien había entre ellos quienes lo odiaban en secreto. En esta reunión les informó del asunto de Ibn Ṣumādiḥ, anunciándoles que iba a llegar y que les concedería en propiedad tales y cuales aldeas de la Vega *[faḥṣ]* de Granada. Uno de ellos, de los que lo detestaban en secreto, se destacó entonces para decirle: «Todo eso ya lo sabemos; pero, en vez de hablarnos de la concesión de estos feudos, lo que has de decirnos es si nuestro señor está vivo o muerto». Alguien del séquito del judío le replicó, reprendiéndolo por estas palabras, y entonces el esclavo, mortificado, salió de la casa, y, al huir derechamente, en estado de embriaguez, iba gritando a las gentes y diciendo: «¡Oh gen-

tes! ¡Habéis de saber que el judío ha asesinado a al-Muẓaffar y que Ibn Ṣumādiḥ está a punto de entrar en la ciudad!».

Estas palabras corrieron por la población, lo mismo entre los nobles que entre los plebeyos, y todos se congregaron resueltos a matar al judío. Ingenióselas éste con al-Muẓaffar para mostrárselo a la turba, diciéndoles: «Aquí tenéis vivo a vuestro sultán», y el soberano intentó también calmarlos; pero no lo logró y la situación se hizo cada vez peor. En vista de ello, el judío huyó hacia el interior del alcázar; pero la plebe amotinada lo persiguió, consiguió apoderarse de él y lo mató. A continuación pasaron a espada a todos los judíos que había en la ciudad y se apropiaron muy buena parte de sus riquezas[174].

Con estos sucesos se envalentonaron los Ṣinhāŷa y mostraron con sus hechos poca sumisión al soberano, que tenía que hacer frente a los tumultos que estallaban contra él por todas partes. Dichos Ṣinhāŷa se convirtieron en visires y ocuparon los altos puestos del Estado. Al-Muẓaffar, entre tanto, estaba temeroso y achicado. Los odiaba por lo que habían hecho con su visir, ya que él nada sabía de las intrigas de éste, ni prestaba crédito a lo que decían en contra suya; pero tuvo que convivir con ellos, usando de ductilidad y de paciencia, hasta que pudo recobrar por las armas su territorio y reducirlo a la obediencia, conforme expondremos a continuación, si Dios quiere.

En cuanto a Musakkan, cuando —según ya dijimos[175]—, partió para Jaén, se encontró en el camino con mi tío Māksan, que iba conducido por al-Ṣiqillī[176], y entonces lo libertó y se lo llevó a Jaén, diciéndose: «Nada me será más útil que tener a mi lado a este hijo del soberano para apoyar mi pretensión de apoderarme de Jaén o de cualquier otra plaza, pues las gentes se le someterán y yo adquiriré grandes ri-

quezas». Y así, en efecto, sucedió. Se hizo gobernador de Jaén, en nombre de Māksan; se asoció con sus contribulos para administrar la ciudad; se apoderó de una cantidad incalculable de riquezas pertenecientes a los judíos de la localidad, y continuó dentro de ésta como rebelde, en las circunstancias más favorables.

27. *Campaña victoriosa para recobrar Guadix de Ibn Ṣumādiḥ*

Viendo al-Muẓaffar los ataques del enemigo, las codicias que despertaban sus dominios y el desorden que reinaba por doquier, reunió a sus hombres y les dijo: «¿Qué opináis en el negocio de Guadix, de cómo la ciudad ha pasado a manos de Ibn Ṣumādiḥ y de cómo éste ha invadido mis tierras?». Sus generales y su séquito militar le respondieron: «El único remedio es que gastes el dinero, abandones tu ociosidad y te ocupes personalmente de las cosas». Entonces él añadió: «Lo que me ocurre con Ibn Ṣumādiḥ me recuerda lo que le pasó a la alondra que, viendo cerca de sí un nido de oca y gustándole los huevos que en él había, se dijo: 'Empollaré estos huevos, que son mejores que los míos'; pero, al querer hacerlo, no pudo, porque no le llegaban las alas, y, al volver a sus huevos, los encontró echados a perder. Otro tanto le ocurrirá a Ibn Ṣumādiḥ, que ha invadido mis estados, pero que no tardará en salir de ellos y de otros muchos que antes tenía en su poder». Las gentes se sintieron reanimadas, y el soberano, revestido de decisión y de energía, se preparó a salir en campaña. Reunidos los ejércitos y repartidas entre ellos las gratificaciones, sentó sus reales junto a Guadix con el propósito de asediarla.

Al principio de la guerra civil, viendo al-Muẓaffar la sublevación de sus vasallos y temiendo que la revuelta se extendiera a todo el territorio, se había dirigido a Ibn Ḏī-l-Nūn, señor de Toledo[177], informándole de estos inesperados sucesos y pidiéndole ayuda, a cambio de la cual le daría, de entre los territorios que recobrase, aquel que eligiera y fuese de su gusto. Ibn Ḏī-l-Nūn se apresuró a aceptar y se incorporó a al-Muẓaffar, cuando éste asediaba Guadix y la plaza estaba a punto de rendirse. El encuentro tuvo lugar con magnífica ceremonia y perfecto protocolo, mientras en la alcazaba de Guadix se hallaban reunidos, en ese mismo momento, los visires del rey de Almería y sus más altos dignatarios. Los ataques contra la plaza sitiada arreciaron, y el dinero corrió sin tasa. Según yo mismo vi en un escrito de puño y letra de mi abuelo (¡Dios se apiade de él!), los gastos del asedio agotaron seis cámaras del tesoro, repletas de dirhemes ṯuluṯíes, cada una de las cuales contenía monedas de esta clase por valor de un millón de dinares ṯuluṯíes. La resistencia de mi abuelo y los enormes gastos que hizo entonces se hicieron proverbiales entre las gentes.

Viendo los magnates de Almería, reunidos en la alcazaba, lo que se les venía encima, y que no les quedaba otro recurso que morir o escapar, sin que vieran la manera de lograr esto último, se las ingeniaron, ya a punto de perecer, para enviar un mensaje a Ibn Ḏī-l-Nūn, informándole de la situación en que se hallaban y de cómo habían perdido toda esperanza de recibir socorros de su señor, para pedirle que intercediera en su favor con al-Muẓaffar y lograra su perdón, de suerte que pudieran salir sanos y salvos, a cambio de lo cual le prometían, si les salvaba, poner en su posesión el reino de Almería. Como Ibn Ḏī-l-Nūn era extremadamente codicioso, más que ningún otro príncipe, se llenó de avidez con estas ofertas y abordó a mi abuelo para hablarle en favor de los sitiados.

Accedió mi abuelo, y así, pudieron salir y desalojar la alcazaba, que mi abuelo ocupó con sus hombres.

No tardó Ibn Ḏī-l-Nūn en exigir de al-Muẓaffar el cumplimiento de su promesa, diciéndole: «Lo que me apetece de estas tierras es Baza». Al-Muẓaffar no tuvo más remedio que cumplir su palabra y ordenó evacuar Baza, para entregársela.

En esta campaña conquistó el ḥāŷib[178] mi abuelo muchos territorios, más de los que había antes perdido. Por su parte, Ibn Ṣumādiḥ, le envió luego un embajador a pedirle perdón y excusa de su actitud, diciéndole que jamás hubiera osado hacer nada de todo aquello, de no ser por el judío, y por el miedo de que, al quedar abandonado el territorio, no le hostilizasen desde él aquellos cuyas intrigas temía. Se echó por completo en brazos de mi abuelo, y vino en persona para hablarle del asunto y renovar un tratado de alianza, como en efecto lo logró de al-Muẓaffar, que aceptó sus excusas. Se cuenta, que al encontrarse, las primeras palabras de Ibn Ṣumādiḥ fueron para decirle: «¡Oh padre nuestro!, implora perdón por nuestras faltas, porque hemos sido pecadores» [XII-98], y que al-Muẓaffar le contestó sin vacilación: «Hoy no hay ningún reproche contra vosotros. Dios os perdonará» [XII-92].

28. *Campaña victoriosa para recobrar Málaga de Ibn ʻAbbād*

Recobrados por al-Muẓaffar todos los territorios perdidos, se consolidó de nuevo su gobierno. Antes de esta toma de Guadix había también recobrado Málaga[179], en una campaña a la que había dado prioridad sobre todos sus otros negocios, y en la que tuvo el mando supremo del ejército Yaḥyà

ibn Ifrān[180]. Era este individuo uno de los notables de Talkāta, con gran autoridad sobre su gente, y que durante todo el período de la guerra civil había dado a mi abuelo graves disgustos, pues al envalentonarse los Ṣinhāŷa, según ya dijimos, a la muerte del judío, los había capitaneado y hecho grave mella en el dinero y en el honor del soberano, cosa que éste le tenía guardada. Además, mi abuelo sabía que el tal Yaḥyà estaba decidido, al volver de la conquista de Málaga, a tratar de destronarlo y a alzarse en contra de él con sus contribulos. Pero Dios Altísimo decretó que Yaḥyà pereciera en esta expedición, muerto en combate. Al saberlo dijo al-Muẓaffar: «En un mismo día hemos tenido dos alegrías: una, la muerte de Yaḥyà, y la otra, la conquista de Málaga». Después de estos sucesos es cuando partió inmediatamente para Guadix, e hizo para lograrlo lo que ya dijimos.

La conquista de Málaga fue consecuencia de la entrada en ella de Ibn ʿAbbād. No logró éste, sin embargo, dominar la resistencia de la alcazaba, defendida como estaba por intrépidos magribíes, mandados en aquella sazón por Majlūf ibn Mallūl, jeque importante de toda la confianza de al-Muẓaffar. Estos soldados aguardaban la llegada de las fuerzas de su príncipe, llenos de constancia, confiados en el número de los que sobrevivían y por repugnancia de manchar con la capitulación el honor de los defensores de la alcazaba. Los ejércitos granadinos llegaron, en efecto, y, al salir a su encuentro la guarnición de Ibn ʿAbbād, la derrotaron y entraron por fuerza en la ciudad.

El que Ibn ʿAbbād hubiese logrado poner su mano en ella se debió a connivencia con sus habitantes, que le tenían simpatía y lo preferían a nosotros, no obstante los beneficios que al-Muẓaffar (¡Dios se apiade de él!) les había dispensado, ya que los encontró en la miseria y mejoró enormemente su situación, y además concedió monturas y señaló excelentes

emolumentos a los alfaquíes y lectores alcoránicos *[muqri'ūn]* de Málaga, como se hizo notorio en todas partes, siendo así que anteriormente vivían con escasez y sin remuneración alguna. Pero tal fue el pago que le dieron, a pesar de lo cual mi abuelo, una vez vencidos, les perdonó todo e incluso les aumentó el sueldo. Es más, sabiendo como sabía que, mientras Ibn ʿAbbād había estado en Málaga, se había hecho el sermón del viernes en nombre suyo y que en este sermón se había dicho de su parte: «Hoy es cuando he perfeccionado vuestra religión, he completado mis beneficios para con vosotros y he quedado satisfecho de ver que al final profesáis el Islam como religión» [V-5], tuvo por buena política no castigar a ninguno de ellos, porque todos eran igualmente culpables y nadie puede retener en su poder una ciudad sin contar con sus habitantes.

Tras estas campañas, se consolidó el reino de mi abuelo, se recobró el dinero gastado y se aumentó el rendimiento de los tributos.

29. *La pesquisa y la disidencia de Fiñana. Al-Nāya, visir.*

Al pasar por Fiñana, después de la campaña contra Guadix, llamó mi abuelo a los dos generales[181] que habían ejercido el mando durante el asedio de la ciudad, y les exigió cuentas de las sumas gastadas, para ver si lo habían sido en cosas necesarias o había habido fraudes, dada la importancia alcanzada por dichas sumas. La investigación se llevó a cabo con el máximo rigor, a presencia de los dos generales y de los secretarios de contabilidad.

Al-Nāya, como hombre experimentado que era y que pensaba en las consecuencias de las cosas, había descontado esta

posibilidad y se había puesto al abrigo de toda sospecha, ya que, cuando llegaba de Granada el dinero para los pagos, se abstenía de intervenir, no tocaba nada de él y decía al portador: «Llévalo a la tienda del jeque ʿAbd Allāh ibn al-Qarawī, que sabe mejor lo que ha de hacerse y que tiene más edad y experiencia». Por consiguiente, pudo aducir estos hechos ante al-Muẓaffar, los probó y fue declarado inocente. Toda la cólera del ḥāŷib se concentró contra ʿAbd Allāh, cuyo destierro ordenó.

La mayoría de las tropas regulares odiaba a al-Nāya, por las razones ya dichas, y prefería a ʿAbd Allāh, que se había criado con ellos. El castigo de éste les afectó, pues, de modo tan profundo y les produjo tal consternación, que desertaron por consideración a ʿAbd Allāh y abandonaron por él los reales, conducta que imitaron a poco todos los notables de Ṣinhāŷa. A la mañana siguiente no le quedaba al ḥāŷib, en Fiñana, ninguno de ellos, y todos esperaban que les rogaría para que volvieran y que lo atemorizarían con esta actitud. El mismo al-Nāya vino temblando de miedo a contar al soberano lo que pasaba. Pero al-Muẓaffar se dijo para sus adentros: «Nada he de ganar con la vuelta de estas gentes, pues eso no haría más que fomentar su rebeldía y acostumbrarlos, siempre que quisieran amotinarse, a adoptar una actitud parecida. Ninguna necesidad tengo de retenerlos. Por el contrario, si se van, gano en botín y en tranquilidad». En consecuencia, se calló y los dejó seguir su capricho. Los disidentes se dispersaron en bandadas: unos fueron a Jaén, en busca de su contribulo Musakkan; otros, se retiraron hacia el Levante de al-Andalus; otros, en fin, regresaron de hurtadillas a Granada, para aparentar que no habían figurado en el grupo de los revoltosos.

Al-Muẓaffar, por su parte, salió de Fiñana y llegó a Granada, sin haber sufrido ningún perjuicio por estos sucesos y sin

que le faltaran tropas. Al llegar, nombró visir a al-Nāya y gozó por mucho tiempo de tranquilidad y poderío.

30. *Jaén, recobrada*

La noticia de que Māksan se había apoderado de Jaén y de que Musakkan lo acompañaba en su rebeldía, unido a sus contribulos, desazonó a mi abuelo, tanto como asustó e inquietó a al-Nāya, siempre temeroso de que los beréberes de Jaén pudieran concertarse con los que quedaban en Granada para matarlo y entregar el poder a Māksan. Al-Muẓaffar (¡Dios se apiade de él!) no pensaba, sin embargo, que había que reducir a éste por las armas, sino que sería mejor procurar atraérselo con habilidad, puesto que en hacerle la guerra habría deshonra y motivo de hablillas, y la gente diría: «Al-Muẓaffar no ha vacilado en hacer la guerra contra su propio hijo, mientras que en cosas más graves se ha declarado incapaz de reaccionar». Prefería, pues, dejar las cosas como estaban, juzgando que lo mejor era usar de hábiles industrias.

Al-Nāya, por su parte, lleno de miedo por su suerte, desplegaba todos sus esfuerzos en este negocio y procuraba sobornar a los magribíes, enviando disfrazados a algunos de ellos para que ganasen a los de la alcazaba de Jaén.

Dentro de esta ciudad, Musakkan tenía oscurecido a mi tío Māksan, se había arrogado toda la autoridad y allegaba riquezas por su propia cuenta. Māksan no era para él más que una especie de halcón que utilizaba para su caza, y a mi tío no le quedaba otro recurso que soportar este estado de cosas, ya que no tenía más partidarios que aquéllos, y, por otra parte, estaba satisfecho con su suerte, puesto que Musakkan le había salvado la vida y él pensaba que seguir con

el alma unida al pellejo era ya un botín que le dispensaba de aspirar a otras cosas.

Como al-Nāya no cesaba nunca de minar el terreno con dinero, acabó por atraerse a todos los magribíes de la alcazaba. Por otra parte, Māksan, mientras residió en Jaén, recibía continuamente cartas de grupos de Ṣinhāŷa en las que proclamaban el afecto que le tenían, como lo hacían también en fiestas y reuniones, tanto en público como en privado, pues pensaban que el gobierno de este príncipe sería para ellos mejor que el verse mandados por ʿAbīd, por judíos o por gentes del mismo jaez, cosa de que ya estaban hartos y por la cual sentían hacia al-Muẓaffar tal odio y coraje, que, de haber podido, lo habrían destronado. Claro es que la buena estrella y la permanencia que Dios decreta para un hombre no pueden ser interrumpidas. Sin embargo, el soberano estaba por este asunto bajo el peso de una grave amenaza, y al-Nāya temía, mañana y tarde, que lo mataran, pues las hablillas sediciosas crecían a cada momento contra él.

No obstante, las intrigas de al-Nāya produjeron a la postre su efecto. Los magribíes se alzaron en la alcazaba contra Māksan, que tuvo que salir de ella, fugitivo, con sus secuaces. Musakkan hubo de escapar también, abandonándolo todo. Uno y otro no buscaban más que salvar la vida, estupefactos, sin saber lo que ocurría, cuando oían gritar en medio de la noche: «Sólo obedecemos a al-Muẓaffar». El ḥāŷib, desde luego, se apresuró a ocupar sólidamente Jaén y se vio libre de esta taifa de revoltosos.

Cuentan que al-Muẓaffar (¡Dios se apiade de él!), cuando se le deparó esta fortuna, vio muy cabizbajo a al-Nāya, y que, habiéndole preguntado el motivo, al-Nāya le contestó: «Me inquieta que esta pandilla haya escapado con vida, porque nunca estaremos a seguro de que no sigan infestando el

país. [Como dice el refrán], 'de la piel del toro vivo no se hacen abarcas'[182]. Además, tu hijo sigue teniendo mucho prestigio». Pero al-Muẓaffar le replicó: «Lo que les ha pasado es peor que la muerte, ya que han tenido que abandonar sus residencias y se han visto obligados a emigrar con sus familias en busca de alguien que los quiera tomar a su servicio, les dé monturas y los aposente. Al lado de esta situación, la muerte les hubiera servido de descanso».

Māksan se encaminó a Toledo, donde fue muy honrosamente acogido por Ibn Ḏī-l-Nūn, quien le confió un puesto en el ejército. Musakkan fue recorriendo diversos reinos ofreciendo sus servicios militares. En suma, todos se dispersaron.

31. *Toma de Baeza por al-Nāya*

Creció mucho en Granada la importancia de al-Nāya, quien humilló a los Ṣinhāŷa y les manifestó odio —a causa, según decía, de la hostilidad mostrada por ellos contra el judío y contra el ḥāŷib en beneficio del hijo de éste—, y, en cambio, distinguió, favoreció y acercó a los Banū Birzāl[183], que eran sus partidarios y defensores y a los que colmó de regalos. En cuanto al sultán, volvió a darse a la ociosidad.

Viendo al-Nāya que toda la autoridad estaba en sus manos, pensó que debía ganar fama y renombre público, haciendo una campaña por territorios ajenos, o ganando alguno de éstos mediante intrigas políticas. Su elección recayó sobre la ciudad de Baeza, que pertenecía entonces al hijo de Muŷāhid[184]. «Ya tengo ganada a parte de sus habitantes», le decía a al-Muẓaffar; pero éste le respondía: «No emprendas nada contra ella, ahora que estamos tranquilos. ¡Por Dios! ¿Cómo va a parecerme bien gastar en eso dinero y perder

hombres, sin sacar ninguna ventaja?». Pero al-Nāya insistió tanto y le pintó el negocio con tan bellos colores, que el sultán acabó por acceder a lo que le pedía y por ordenarle que se pusiera en camino, tras de prepararle un ejército y entregarle el correspondiente dinero.

Baeza se le reveló, sin embargo, como empresa muy penosa y en ella tuvo que hacer frente a dificultades que casi le hicieron desesperar de tomarla. Para colmo, el sultán, aburrido de tanto gasto, dejó de enviarle dinero. En el consejo regio había, además, un secretario de al-Muẓaffar, llamado Ibn Aḍḥà[185], que trataba de hacer daño a al-Nāya con este asunto, diciendo al ḥāŷib: «Baeza y diez ciudades como ella no valen ni siquiera parte de ese dinero que estás gastando sin necesidad». Enterado al-Nāya de todo esto, hacía algunas algaras en que ganar botín, para enviárselo a su señor y enjugar parte de los gastos; pero Ibn Aḍḥà vendía este botín a bajo precio y, al llevar el dinero al soberano, le decía: «¿Qué es esta miseria en relación con lo que has gastado?». Así excitaba continuamente a al-Muẓaffar contra al-Nāya.

Supo éste, no obstante, resistir, y logró que los jeques de Jaén le prestaran víveres en abundancia. Por otro lado, se hallaba decidido, si no lograba algo, a huir directamente por otro camino, sin volver a aparecer por Granada. Pero al cabo conquistó Baeza a fuerza de tesón y tenacidad, y pudo de esta suerte confundir a sus detractores y llegar a Granada en triunfo y con gloria, muy honrado por el sultán, amenazando a sus acusadores y manifestando públicamente su superioridad.

Antes de su llegada había prevenido a al-Muẓaffar diciéndole: «No entraré en la ciudad hasta que ordenes el destierro de Ibn Aḍḥà. Si no lo haces, daré media vuelta desde este mismo sitio». El ḥāŷib pensó que desterrar a Ibn Aḍḥà era

menos malo que producir desórdenes en su ejército, y ordenó su expulsión, tras de multarle y afrentarlo. Ibn Aḍḥà salió, pues, en aquel momento, y desde entonces no cesó de calumniar y trabajar en contra de la dinastía hasta que, en la época de mi reinado, Dios hizo que me apoderara de él, conforme referiré posteriormente.

32. *Conjura contra al-Nāya, al que asesinan*

Una vez que los visires y buena parte de los ʿAbīd de la corte vieron lo hecho por al-Nāya en Baeza, la autoridad y honor que con ello había ganado, y que, además, gobernaba en lugar del sultán y hasta se decía que aspiraba al mando supremo y a alzarse apoyado en los Banū Birzāl, experimentaron grave disgusto y sintieron gran indignación y vil envidia. Todos ellos (quiero decir los gobernadores de las diferentes comarcas, entre los que figuraban Walad al-Qāḍī, señor de Priego; Ibn Yaʿīš, señor de Cabra; Wāṣil, señor de Guadix, e Ibn al-Ḥasan al-Nubāhī[186], cadí de Málaga) se pusieron de acuerdo para asesinarlo en cuanto se dirigiera a cualquiera de estas regiones, y para mandar llamar enseguida a Māksan y conferirle el poder, con o sin la anuencia de su padre. Más tarde, sin embargo, dichas personas volvieron a reunirse y, reflexionando sobre las posibles consecuencias de su conjura, decidieron que el que había de asesinar a al-Nāya era el renegado *[ʿilŷ]* Wāṣil en Guadix, por ser la manera más discreta de hacerlo y la menos comprometida para ellos, ya que, si el sultán castigaba a alguien, habría de castigar a su liberto y ellos figurarían como inocentes. Al mencionado Wāṣil le prometieron nombrarle visir, en sustitución de al-Nāya, y le garantizaron arreglar su asunto con el sultán, de tal suerte que acabaron por imbuir esta idea en el ce-

rebro del renegado, y éste se mostró dispuesto a cometer el crimen.

Efectivamente, surgió a poco un negocio en Guadix que obligó al soberano a enviar a su visir a dicha ciudad. Se trataba de hacer una comprobación de cuentas y de investigar el origen de ciertas fortunas. Al-Nāya se puso en camino en mala hora y movido por el más nefasto destino. Hay que advertir que Wāṣil era una de las hechuras de al-Nāya, que le había colmado de favores, ascendido en la estima del soberano y levantado de la nada. Por otra parte, entre las gentes había ya circulado el rumor de que Wāṣil tenía el propósito de asesinarlo.

Un beréber me refirió lo siguiente: «Yo le advertí de estos rumores y le aconsejé que no fuera a casa de Wāṣil, porque una persona como él no debía hospedarse en dicha casa; pero él me contestó: 'Lo que queréis es quitaros de encima las sospechas que pesan sobre vosotros, y hacerlas recaer sobre la persona que me es más leal'».

Partió, pues, para Guadix y se aposentó en casa de Wāṣil, quien lo recibió con unas muestras de respeto y consideración mayores que las que le había dado nunca, merced a las cuales al-Nāya se confió y despidió a su guardia personal. Pasada buena parte de la noche, y cuando estaba borracho, Wāṣil se acercó a él con su lanza y lo atravesó de una lanzada, con tanta fuerza que señaló el golpe en la pared. Luego le cortó la cabeza y la hizo pasear en ignominia por la ciudad a la mañana siguiente, pregonando: «Éste es el castigo de quien ha aspirado a lo que no le concierne».

La noticia llegó por sorpresa a Granada, donde todo el mundo quedó estupefacto y nadie sabía a qué carta quedarse. Había quien decía: «El sultán es quien lo ha inducido a hacerlo, pues no es posible que este renegado se haya atrevi-

do por sí solo». Pero la realidad es que la noticia afectó profundamente al sultán, comprendiendo que se trataba de una conjura contra él, y que le sumió en un mar de confusiones, hasta el punto de tenerlo despierto toda la noche y sin consagrarse a sus placeres. Ante las gentes, sin embargo, se mostró firme, aplacó al ejército regular, y envió su amán a Wāṣil, ordenándole que viniera a verlo y dándole las gracias por lo hecho; todo, por pura política y para aplacar el conflicto, hasta tanto que pudiera ver cómo iban las cosas y reflexionar tranquilamente sobre la situación.

Acreció todo esto el necio desvanecimiento del renegado, que proclamó públicamente: «No he sido yo sólo el que ha puesto mano en este asunto, sino que me han ayudado en él personas que están por encima de cualquier ataque». En esta actitud vino a Granada, exigiendo su nombramiento de visir. Walad al-Qāḍī habló en su favor a al-Muẓaffar diciéndole: «Si bien este siervo ha cometido un crimen contra ti, asesinando a tu visir, lo ha hecho sólo movido del afecto que te profesa y para crecer en tu favor. En realidad, lo merece, puesto que es hechura tuya». Asimismo, los demás cortesanos se interesaron por él y solicitaron su perdón. Al-Muẓaffar se dio entonces cuenta de todo; tuvo certeza de que la trama no era otra cosa que una conjura urdida en contra suya, y ya se veía destronado sin remedio, tanto más cuanto que los conjurados, inmediatamente después del asesinato de al-Nāya, mandaron a buscar a Māksan a Toledo, enviándole el anillo de la víctima, para que se cerciorara de su muerte, y diciéndole: «Ya no hay en Granada quien se te oponga ni te haga frente», si bien Māksan no osó comparecer hasta ver en qué paraba el negocio. Sin embargo, el ḥāŷib guardó para sí su cólera, aunque le abrasaba el corazón; puso buena cara a todo el mundo; hizo como que aprobaba el crimen de Wāṣil, diciéndose: «Éste es un fuego ar-

diente del que no me libraré más que viendo tranquilamente cómo he de apagarlo», y dio órdenes de poner a Wāṣil al frente de la caballería.

33. *Se vuelve a llamar al príncipe Māksan ibn Bādīs*

Todas las gentes de la corte, junto con algunas de las mujeres de palacio, se concertaron para hacer volver a Granada, contra al-Muẓaffar, a su hijo Māksan, y para destronar a toda costa a aquél en favor de éste.

Sabedor al-Muẓaffar de este acuerdo, previendo todavía mayores contrariedades y no teniendo ninguna persona en quien poner su confianza, mandó llamar a Abū-l-Rabīʿ el cristiano[187], que en otros tiempos había sido secretario para el ejército de mercenarios *[kātib ḥašam]*, había conocido al judío y había trabajado a sus órdenes. La negociación se llevó en secreto tras de haber recibido el soberano cartas del cristiano que contestó de su puño y letra. Como todo ello empeoraba la situación y aumentaba el desorden del Estado, al saberlo Walad al-Qāḍī, señor de Priego, tuvo una conversación con al-Muẓaffar, al que dijo: «Si te decides a hacer venir a Abū-l-Rabīʿ, no nos quedaremos a tu lado, y no encontrarás a nadie a tu alrededor». Pero el soberano respondió: «¡Ojalá Dios no deje a ninguno de vosotros!». En esta ocasión perdió, así, un tanto de su paciencia habitual, principalmente por saber que su soberanía sobre Priego, plaza en poder de su interlocutor, era prácticamente nula. Sus palabras impresionaron mucho al señor de Priego y a los cortesanos. Con este motivo, se desasosegaron más las gentes, crecieron las hablillas sediciosas y el señor de Priego se concertó con el de Cabra[188], que era su antiguo amigo.

Por fin llegó Abū-l-Rabīʿ, procedente de Denia, donde había residido desde los tiempos de la muerte del judío. Al-Muẓaffar descargó en él inmediatamente el peso de los negocios y le informó de su situación. Entonces Abū-l-Rabīʿ le dijo: «Estoy seguro de que estas gentes han llamado a tu hijo, y que nadie se le opondrá. En tales condiciones tú no puedes luchar al mismo tiempo con la plebe y con la aristocracia. A mi juicio, la industria de que has de usar es contemporizar y enviar a buscar a tu hijo, escribiéndole de tu puño y letra que le perdonas, que le prefieres a cualquier otro hombre de gobierno que te convendría, y que lo nombrarás en primer término para sucederte y heredar tu trono. Si haces esto, aplacarás los corazones de esta gente y te ganarás su simpatía. Y luego, una vez que tengas a tu hijo delante, podrás elegir lo que ha de hacerse con él y proceder con calma en este negocio. En todo caso, soportarlo de cerca es mejor que soportar sus maldades desde lejos, porque, sea cualquiera el sitio a que vaya, no estarás a cubierto de sus engaños».

Aceptó al-Muẓaffar este consejo e inmediatamente envió, en busca de su hijo, a un alfaqui viejo de los que le rodeaban, para que le hiciese llegar el amán, le tranquilizase y le hiciese saber las buenas disposiciones de su padre y su deseo de hacerle nombrar por su sucesor, puesto que no había en la familia real y entre sus descendientes nadie más indicado que él para este puesto. Al mismo tiempo, escribió a Ibn Ḏī-l-Nūn pidiéndole que lo dejase partir[189]. Estas determinaciones llenaron de alegría a todo el mundo. Los espíritus recobraron el sosiego y las gentes coincidieron en el amor por Māksan y en esperar los bienes que con él habían de venir.

Llegó por fin Māksan con el augurio más nefasto y la suerte más funesta. Su padre le acogió bondadosamente y le prodigó el dinero; pero, deseando su mal y que las gentes se

desviaran de él, se puso a darle los más nocivos consejos. Lo primero que le imbuyó fue que debía mostrarse duro y cruel. Luego le hizo odiar a los Ṣinhāŷa, diciéndole: «Tú sabes bien lo que he tenido que sufrir con ellos desde la muerte de mi padre Ḥabūs. Trátalos, pues, con rigor, para que te teman, porque, fuera de ti, no hay en la familia real más príncipe que los hijos de tu hermano y todavía son unos niños pequeños».

La necedad, la irreflexión y la escasa inteligencia de Māksan no eran un secreto para nadie; pero en esta ocasión demostró enormemente redoblados tales defectos. Al coincidir sus aviesas inclinaciones con los pésimos consejos de su padre, la maldad se apoderó de él por entero, y nada tenía en más que insultar y burlarse de las gentes. Lo asombroso era que contra quienes mostraba mayor odio era contra los que le amaban y habían trabajado en su favor. Tales ataques hizo a su honor y tantas obligaciones imposibles les impuso, que todo el mundo pasó a odiarlo y se dio perfecta cuenta de su poco seso. Unánimemente se pensó que nada bueno podía esperarse de él[190].

Como su prima hermana Umm al-ʻUlū, mujer muy influyente en la familia y que gozaba de las simpatías de la mayor parte de las esposas de los militares del ejército regular, hubiese mostrado deseos de casarse con él, empezó por ultrajarla e insultarla, diciendo que no le convenía, con lo cual fomentó la animosidad y la hostilidad contra él en todas partes.

La esposa de al-Muẓaffar, que después de haber intrigado para que mataran a la madre de Māksan estaba ahora de parte de éste, veía con malos ojos el proyectado matrimonio de Māksan con su prima, temiendo de ésta no la diera un día de lado y redujera su posición. Parecidos temores abrigaban

Wāṣil y su mujer, que dijeron a la esposa de al-Muẓaffar: «Ningún beneficio puede venirte de ese matrimonio de Umm al-ʻUlū. Lo mejor que puedes hacer es dar a Māksan una muchacha de las criadas por ti, gracias a la cual podrás dominar en su casa». Así lo puso por obra la esposa del soberano, enviándole, con dinero, una de las muchachas de su séquito, y, para que el sultán no la echase de menos en palacio, le hizo creer que había muerto, mediante una confusión con otra que efectivamente había fallecido a su lado.

Todos estos manejos indignaron a la prima de Māksan, que se puso a intrigar en contra de éste, junto con las mujeres de los beréberes. Primeramente sembró la cizaña entre la mujer de Wāṣil y la esposa del soberano, diciendo a ésta: «Si lo que quieres es guardar para ti sola a Māksan, ¿qué es lo que mueve a la mujer del renegado a vivir con él?». En consecuencia, la esposa de Wāṣil no pudo entrar en casa de Māksan, cosa que la irritó sobremanera, y como, además, su esposo Wāṣil la desdeñaba por una sirvienta que ella tenía y la maltrataba por su culpa, llena la mujer al mismo tiempo de celos y de indignación por haber sido expulsada de casa de Māksan, no tardó en presentarse a Abū-l-Rabīʻ el cristiano y en decirle: «Yo soy la esclava de al-Muẓaffar. Que mire por sí mismo, porque se trama contra él de tal y cual manera…». Y le explicó en detalle todas las conjuras que se urdían.

Abū-l-Rabīʻ fue inmediatamente a ver al ḥāŷib y le dijo muy contento: «Mira qué gran fortuna se te presenta para poder dispersar a todas estas gentes. La mujer de Wāṣil me ha contado tales y cuales cosas. ¿No te dije…?». [Laguna].

V

REINADO DEL AUTOR DE ESTE LIBRO, ʿABD ALLĀH IBN BULUGGĪN (I): PROBLEMAS EXTERIORES Y SITUACIÓN DE AL-ANDALUS AL COMIENZO DEL REINADO

[Laguna].—34: Exigencias rechazadas de Alfonso VI. Éste e Ibn ʿAmmār hostigan a Granada desde Belillos, hasta que, con la toma de Toledo, abandonan la plaza.—35; ʿAbd Allāh transige con Ibn Ṣumādiḥ y firma con él una tregua.—36: Alfonso VI, instigado por Ibn ʿAmmār, vuelve contra Granada y ʿAbd Allāh tiene que pactar con él.—37: La toma de Toledo por Alfonso VI.—38: La toma de Denia por Ibn Hud. Noticias sobre los Banū Hūd.—39: Ibn ʿAmmār se rebela en Murcia contra al-Muʿtamid y es expulsado luego por Ibn Rašīq. Posteriores andanzas y muerte violenta de Ibn ʿAmmār.—40: Paces de ʿAbd Allāh con el rey de Sevilla.—41: Digresión sobre el método.

34. *Exigencias rechazadas de Alfonso VI. Éste e Ibn ʿAmmār hostigan a Granada desde Belillos, hasta que, con la toma de Toledo, abandonan la plaza*

… Cerciorado Alfonso de la existencia de estas disensiones, comprendió que no podía haber para él mejor fortuna ni ocasión más favorable de pedir dinero. En vista de ello me envió su embajador, siendo ésta la primera vez que entrábamos en negociaciones. Se trataba de Pedro Ansúrez[191], que vino a exigirme la entrega de un tributo. Yo me negué a ello, decidido a no hacer nada, y pensando que ningún mal había

que temer de parte de Alfonso, por existir entre uno y otro las tierras de un tercer soberano, o sea, las de Ibn Ḏī-l-Nūn[192], ya que no podía imaginarme que nadie [de nuestra religión] podía aliarse con el cristiano contra un musulmán. El embajador se retiró, pues, sin que llegáramos a un acuerdo.

Tal fue la coyuntura que aprovechó Ibn ʿAmmār[193]. Aguardaba éste al embajador en Priego, para enterarse de lo tratado conmigo, y, al ver que no se había hecho nada, se puso inmediatamente a su disposición y le dijo: «Si él rehúsa darte veinte mil dinares (que era efectivamente el tributo que me había pedido), yo te daré cincuenta mil, a cambio de un pacto común contra Granada, en virtud del cual la capital será mía y tuyos los tesoros que hay en ella». Concertados en estos términos, estuvieron conformes en que había que edificar contra Granada un castillo, que la pusiera en aprieto, en tanto caía en sus manos. Ibn Aḍḥà[194] —el personaje de quien antes hablamos y al que al-Nāya expulsó de Granada— se les había unido para mostrarles los puntos flacos de la defensa de la ciudad y señalarles el sitio desde el cual, edificando allí un castillo y dejando en él una guarnición, se la podría hostigar y apremiar con más eficacia. Él fue quien, con este objeto, les indicó el castillo de Belillos.

Para reforzar la fábrica de este castillo alquiló Ibn ʿAmmār los servicios de un ejército de Alfonso y aprestó grandes sumas de dinero, si bien, en ocasiones, difería entregárselas a los cristianos, mediante promesas y trapacerías, hasta que estuvieran acabadas las obras. El mismo al-Muʿtamid[195] vino en persona para vigilar cómo iban los trabajos y, durante todo el tiempo que estuvo allí, hizo continuos desfiles militares por las cercanías de Granada, con la esperanza de que los habitantes de la ciudad se sublevarían en su favor. Terminada la obra del castillo, dejó en él una guarnición, avi-

tuallada de todos los víveres necesarios, y le dio órdenes de comenzar su labor de hostigamiento. La situación era, en efecto, lo suficientemente grave para hacerme olvidar el negocio de Alcalá[196].

Retirados de Belillos al-Muʿtamid y los soldados cristianos, puse en pie de guerra un ejército considerable para tratar de apoderarme del castillo; pero nada logré. Los súbditos empezaron con ello a perder las esperanzas puestas en mi gobierno, al ver que los que deseaban su caída se habían puesto de acuerdo con el cristiano, y yo tuve que arrepentirme de haber desaprovechado la ocasión de arreglarme con él desde un principio, en las condiciones que me había fijado. Tomar un castillo a filo de espada hubiera sido, desde luego, magnífica cosa para un príncipe musulmán como yo; pero lo que ocurría era que se presentaba ante él y no podía ocuparlo, por la defensa que oponía y por los preparativos hechos dentro; que tampoco podía sitiarlo hasta que se agotaran sus reservas, porque al enemigo no dejaban de venirle socorros, y que, a la postre, tenía que levantar el sitio. Tomar la plaza por asalto sólo hubiera podido hacerlo el más fuerte, y, en este punto todos estábamos más o menos lo mismo. No quedaba más recurso a cada rey que pagar un ejército, y si otro soberano quería destruirlo y verse libre de él, tampoco le quedaba otra solución que pagar más.

Por consiguiente, como la guarnición de Belillos devastaba y hostigaba la vega de Granada, y como no había otro modo de desembarazarse de ella, acabé por prometer a Alfonso el pago de las sumas que antes me había pedido inútilmente, reconociendo mi falta en la ruptura de las negociaciones precedentes, y precaviéndome de antemano contra las nuevas exigencias de dinero que eran de temer por su parte. Actuó de mediador en estos tratos Ibn Ḏī-l-Nūn, que se esforzaba en procurar dinero a Alfonso tratando de conci-

liárselo[197]. Al mismo tiempo, esperaba que se deshiciera mi reino, para apoderarse de él o al menos sacar en su provecho alguna parte, pues, conforme ya dije, era enemigo mío en el fondo, aunque aparentaba amistad.

Por aquel entonces no cesaba Ibn Ḏī-l-Nūn de entrometerse en los negocios de Córdoba y de desplegar sus mayores esfuerzos por lograrla: cosa que al fin decretó Dios. Se apoderó, en efecto, de ella por sorpresa[198], en connivencia con algunos de sus habitantes, gentes sin escrúpulos, y allí murieron el hijo de Muʿtamid, llamado ʿAbbād[199], y el general sevillano Ibn Martīn[200].

Cuando tales sucesos trágicos ocurrieron en Córdoba y fueron sabidos por la guarnición de Belillos, abandonó ésta al punto la plaza, que fue ocupada por mis hombres y pasó a mi poder con todas sus defensas y edificaciones intactas, gracias a lo cual pude estudiar las mejoras defensivas que llevé luego a cabo en la alcazaba de Granada[201]. Así, y cuando menos se pensaba, quedó mi capital libre de la amenaza que representaba Belillos.

35. *ʿAbd Allāh transige con Ibn Ṣumādiḥ y firma con él una tregua*

El caíd de la ciudad de Baza, Ibn Malḥān[202], era un individuo fatuo, codicioso de obtener categoría real, al que mi abuelo al-Muẓaffar (¡Dios se apiade de él!) había confiado el mando de dicha población, en sustitución de su padre. Cuando yo empecé a reinar y aumentó la influencia de los visires, cada uno de éstos empezó a exigirle dinero y a pedirle preciosos regalos, y aquellos a quienes no se los dio intentaron perseguirlo y molestarlo, aprovechándose de mis pocos años. No encontrando otro medio de defenderse y de quejar-

se a quien hubiera podido protegerlo y asistirlo, se echó en brazos de Ibn Ṣumādiḥ que lo acogió bien y se hizo cargo de la plaza, sabedor de que nadie le inquietaría en ella mientras durasen las hostilidades entre Ibn ʻAbbād y yo. Más adelante llegó incluso a apoderarse por sorpresa del castillo de Šīleš[203] sin que, por mi parte, yo pudiera entonces responder a su actitud dañándole en sus dominios. Opté, pues, por concertar con él un trueque de dicho castillo de Šīleš por el suyo de Šant Aflaŷ, que a la sazón cayó en mi poder, y firmé con él una tregua que me permitiese ganar tiempo hasta ver qué es lo que había de hacerse con Ibn ʻAbbād.

36. *Alfonso VI, instigado por Ibn ʻAmmār, vuelve contra Granada y ʻAbd Allāh tiene que pactar con él*

Ibn ʻAmmār había quedado empeñado con el cristiano, ya que, por el compromiso adquirido cuando alquiló un ejército [infiel] para lo de Belillos, le debía grandes cantidades e importantes sumas, que había de pagarle y le tenía prometidas. Con este motivo ponía a su soberano [Ibn ʻAbbād] en graves aprietos, porque no quería dejarle reposar un momento, para hacerse el indispensable en medio de las discordias, y no vacilaba en atraer el mal contra los musulmanes. Siempre que al-Muʻtamid se esforzaba por aplacar la situación, o que yo quería hacer paces con él, o que surgía una tregua, Ibn ʻAmmār no descansaba hasta anularla y atizar de nuevo la hoguera de la disensión.

Por segunda vez fue a visitar al cristiano Alfonso y a presentarle como fácil el negocio de Granada, pintándome a sus ojos como un ser incapaz para todo, por mi flaqueza y mis cortos años. Le garantizó, además, que, con la toma de Granada, todos los tesoros de esta ciudad pasarían a su poder, a

cambio de que el cristiano le asegurase que, una vez hecho dueño de la plaza, la pondría bajo su soberanía y le dejaría apropiarse de mi peculio personal. No dejó paso por dar para decidir a Alfonso a ir contra Granada, y no sólo le entregó considerables sumas con ese propósito, sino que incluso le prometió que, una vez acabado el negocio, le daría cincuenta mil meticales, a más de lo que encontrase en la ciudad, para animarle a ponerse al punto en camino.

Tales proposiciones excitaron la codicia del cristiano. «Es éste un negocio —se decía— en el que de todos modos he de sacar ventaja, incluso si no se toma la ciudad, porque ¿qué ganaré yo con quitársela a uno para entregársela a otro, sino dar a éste último refuerzos contra mí mismo? Cuantos más revoltosos haya y cuanta más rivalidad exista entre ellos, tanto mejor para mí». Se decidió, pues, a sacar dinero de ambas partes, y hacer que unos adversarios se estrellaran contra los otros, sin que entrase en sus propósitos adquirir tierras para sí mismo. «Yo no soy de su religión —se decía echando sus cuentas—, y todos me detestan. ¿Qué razón hay para que desee tomar Granada? Que se someta sin combatir es cosa imposible, y, si ha de ser por guerra, teniendo en cuenta aquellos de mis hombres que han de morir y el dinero que he de gastar, las pérdidas serán mucho mayores que lo que esperaría obtener, caso de ganarla. Por otra parte, si la ganase, no podría conservarla más que contando con la fidelidad de sus pobladores, que no habrían de prestármela, como tampoco sería hacedero que yo matase a todos los habitantes de la ciudad para poblarla con gentes de mi religión. Por consiguiente, no hay en absoluto otra línea de conducta que encizañar unos contra otros a los príncipes musulmanes y sacarles continuamente dinero, para que se queden sin recursos y se debiliten. Cuando a eso lleguemos, Granada, incapaz de resistir, se me entregará espontáneamente y se so-

meterá de grado, como está pasando con Toledo, que, a causa de la miseria y desmigamiento de su población y de la huida de su rey se me viene a las manos sin el menor esfuerzo».

Yo sabía que tales eran sus propósitos, por lo que contaban sus ministros y por lo que me repitió Sisnando[204], con ocasión de este viaje. «Al-Andalus —me dijo de viva voz— era en principio de los cristianos, hasta que los árabes los vencieron y los arrinconaron en Galicia, que es la región menos favorecida por la naturaleza. Por eso, ahora que pueden, desean recobrar lo que les fue arrebatado, cosa que no lograrán sino debilitándoos y con el transcurso del tiempo, pues, cuando no tengáis dinero ni soldados, nos apoderaremos del país sin ningún esfuerzo». Pero todos los príncipes musulmanes capeaban las circunstancias y veían correr los días, diciéndose: «De aquí a que se nos termine el dinero y que nuestros súbditos perezcan, como los cristianos pretenden, Dios nos hará salir del paso y vendrá en socorro de los musulmanes».

De todos modos, la venida de Alfonso en compañía de Ibn ʻAmmār me produjo grave consternación, pues estaba seguro de que el último no venía más que aspirando a sucederme en el reino, luego de haber obtenido de Alfonso las estipulaciones antes mencionadas. El rey cristiano me envió enseguida un mensaje, con el aviso de su llegada y la orden de salir a su encuentro, queriendo hacer ver que lo que se proponía era renovar nuestro tratado y ponerse de acuerdo conmigo sobre lo que había de hacer con los demás príncipes. No dudaba yo que el proyecto que abrigaba era apoderarse de mí y cumplir lo que había estipulado con mis enemigos; pero mis asesores y consejeros, reunidos en torno mío, me dijeron: «¿Qué es lo que te propones hacer? Se trata de un enemigo que viene a buscarte y al que no puedes resistir.

Tanto da que vayas a su encuentro como que no vayas. Ahora bien: si no vas, caerán sobre ti las mayores calamidades, la ruptura será definitiva, y los que te persiguen verán abierto el camino para obrar. La situación será peor que la primera vez, cuando rechazamos a Pedro Ansúrez e Ibn ʻAmmār logró interesar a Alfonso y hacer que edificara contra nosotros el castillo de Belillos. No habríamos, pues, salido de este ahogo sino para caer en otro más duro y más amargo. Por lo demás, si tus súbditos advierten la menor disensión por causa de este ejército, no se estarán quedos ni aguantarán a pie firme las calamidades de la otra vez; las esperanzas se perderán, todos perecerán, y tú mismo serás aquí preso sin la menor estipulación de paz, y quedaremos sin la menor garantía. Por consiguiente, de los dos términos de la disyuntiva, el mejor es salir al encuentro de Alfonso, porque si el resultado es la paz, alabarán tu actitud y se consolidará tu reino, y si no lo es, saldrás al menos con seguridad y podrás disfrutar de sosiego. Vete, pues, a su encuentro, háblale con palabras conciliadoras y deja a Dios el cuidado de solucionar tu asunto».

En consecuencia, me preparé en este sentido lo mejor posible, reuní en torno mío aquellos de mis hombres que me merecían confianza, y, con la solemnidad requerida por las circunstancias, salí a encontrarme con Alfonso en las cercanías de la ciudad[205]. La necesidad me forzó a tratarle con el máximo respeto, y él me mostró un semblante risueño, me trató con benevolencia, y me prometió que me defendería con el mismo empeño con que defendería su propio territorio.

Entabladas luego las negociaciones, yo le envié mis embajadores y él me mandó los suyos para informarme de los compromisos que había adquirido, movido, según decía, por las circunstancias, y para comunicarme: «Llevo lentamente

este asunto y no apresuro mi partida, para saber cuáles son tus intenciones. Si me tratas bien y ves el modo de complacerme, me iré de buena manera; pero, si no, aquí me tienes con mis aliados». Al mismo tiempo me exigió cincuenta mil meticales. Yo me quejé de los pocos recursos de mi territorio, de que tal cantidad era superior a mis fuerzas y de que, caso de pagarla, quedaría tan extenuado, que Ibn ʿAbbād aprovecharía inmediatamente la ocasión. «Si Ibn ʿAbbād se apodera de Granada —añadí— aumentarán sus posibilidades y ya no se te querrá someter. Toma, pues, lo que puedo darte y déjame algunos alientos con los que pueda subsistir. Por otra parte, lo que dejes, aquí lo encontrarás cuando lo pidas». No sin gran esfuerzo aceptó estas excusas, y por fin llegamos al acuerdo de que le pagaría veinticinco mil meticales, o sea, la mitad de la primera cifra. Además, para alejar de mí su maldad, le preparé muchos tapices, telas y vasos, y lo reuní todo en una gran tienda en la que le invité a entrar, si bien, al ver las telas, las miró con desprecio[206]. En resumen, acabamos conviniendo que yo aumentaría aún cinco mil meticales, para completar con ellos treinta mil, y se los pagué hasta el último, para no comprometer, rehusando lo menos, lo que valía mucho más. Él se mostró agradecido, y, de buen talante, se volvió hacia Ibn ʿAmmār para decirle: «Me mentiste al hablar de la debilidad de Granada y de que su señor, a causa de su juventud, es hombre de poco juicio. Todo lo que he visto de la organización y la riqueza de la ciudad casa mal con tus palabras».

Aún insistió Ibn ʿAmmār en pedirle que firmáramos un pacto, al que habríamos de atenernos, y le inclinó a que me cogiera Estepa, importante castillo próximo a la región de Sevilla y del que mi caíd Kabbāb[207] se había apoderado durante las hostilidades. En vista de eso, yo le pregunté qué se

iba a hacer con Alcalá, y al cabo nos pusimos de acuerdo en trocar Qalʿat Aštalīr[208] por Estepa.

Y todavía tratamos de Qāštro y Martos, los dos castillos que son la llave de Jaén, hasta el punto de que, por no tenerlas, se quedó aislado el señor de dicha ciudad, mi tío paterno Māksan[209], pues la posesión de Jaén carece de sentido sin ellas. Ibn ʿAmmār insistió mucho con Alfonso sobre el asunto de estas dos plazas y le prometió por Martos mucho dinero, como si se la comprase. Entonces Alfonso, siempre ávido de dinero, me obligó a cedérsela, y, a cambio de Qāštro, ofreció darme al-Matmar, que era otro castillo en la frontera de los dominios de Alfonso con los míos. Se hallaba a la sazón en poder de Ibn Ḏī-l-Nūn; pero él me aseguró su palabra de que se haría el trueque, y, aunque yo impugné el negocio cuando me fue posible, no logré nada, como le pasa siempre al débil con el fuerte.

Tras de todo esto, y con tales condiciones, se concluyó en su presencia el acuerdo, añadiendo que ningún príncipe musulmán habría de agredir a su vecino, y consignando lo que habríamos de pagarle anualmente como tributo, que, en mi caso, era la suma de diez mil meticales por año. En dulce tono me añadió: «Ibn ʿAmmār hubiera querido que te tratase de mala fe; pero Dios me libre de que se diga por el mundo que un hombre como yo, grande entre los cristianos, haya venido a ti, que eres grande en tu religión, para luego traicionarte. Quédate, pues, en la seguridad de que no te obligaré a otra cosa que al tributo, que habrás de mandarme todos los años, sin ninguna dilación, pues, caso de retrasarte, te enviaré mi embajador a reclamártelo, y esto te obligará a nuevos gastos. Date, pues, prisa en pagarlo». Yo acepté cuanto dijo, pensando que quedar a cubierto de su maldad, aunque fuese pagando diez mil meticales por año, era mejor que el que perecieran los musulmanes y quedara asolado el

país, puesto que no podía hacerle frente ni medirme con él, y tampoco encontraba entre los príncipes de al-Andalus quien me ayudase contra él, sino, al revés, quien le impulsaba a venir a mí para perderme.

En fin, las cosas quedaron en paz, sosegadas y pacíficas durante algún tiempo en el que no se oyó hablar de guerra.

37. *La toma de Toledo por Alfonso VI*

Poco después, y gracias al favor divino, me vi libre de las perversas instigaciones en contra mía, al perder de vista a Ibn ʿAmmār, que empezó a ocuparse del negocio de Murcia[210], y al desaparecer Simāŷa[211] y sus secuaces de mi lado.

Antes había muerto Ibn Ḏī-l-Nūn[212], cuando, habiendo colmado sus esperanzas con la toma de Córdoba, todo al-Andalus temblaba ante él, y los demás soberanos del país lo temían. En efecto, falleció muy a poco de apoderarse de dicha ciudad. ¡Así ocurre con todas las cosas, que decrecen luego de llegadas a la perfección! Por otra parte, los astrólogos habían predicho que, cuando tomara Córdoba, acabarían sus días, puesto que todo lo que llega a su apogeo comienza a declinar.

Tras él, su nieto y sucesor [al-Qādir][213] fue destronado, por haberse sublevado contra él sus súbditos, y buscó refugio en la corte de Alfonso, el cual le hizo volver a Toledo, dominado y sojuzgado por él. Le sacó, además, enormes sumas de dinero. La más grave obligación que le impuso fue que comprara un castillo de Alfonso, vecino a Toledo, en 150 000 meticales de buena ley, sin contar con que cada noche había de entregarle en concepto de *ḍiyāfa*[214] 500 almudes de grano, durante el tiempo que permaneció junto a él. Todo

esto hubo de tomarlo Ibn Ḏī-l-Nūn de sus vasallos, que quedaron reducidos a la miseria. Además, Alfonso no se apartó de Toledo, hasta que cayó en su poder, dando a su soberano, a cambio de dicha ciudad, la de Valencia, sin impedirle que se llevara su familia y sus riquezas, pero no el oro ni la plata.

El nieto de Ibn Ḏī-l-Nūn, durante su brevísimo reinado en Toledo, no había tenido mayor preocupación que hacer perecer a al-Ḥadīdī[215], visir de su abuelo, movido por el empeño de sus enemigos, que lo denigraban. Su alma perversa le sugirió, además, que la muerte de al-Ḥadīdī había de ser precisamente a manos de las mismas gentes que su abuelo había mandado encarcelar por sugestión de su visir, a los que puso en libertad para que se apoderaran de al-Ḥadīdī, como lo lograron, haciéndole sufrir los peores ultrajes una vez que cayó en sus manos, porque sólo querían vengarse. Estos individuos, que tuvieron la mayor culpa en la caída del reino de su soberano, eran los Banū-l-Lawārankī[216], los Banū Mugīṯ[217] y las gentes que se les habían adherido. El príncipe hubiera podido matar al visir sin contar con ellos; pero su apatía y su poco seso le volvían siempre ciego para adoptar la conducta más razonable.

38. *Toma de Denia por Ibn Hūd. Noticia sobre los Banū Hūd.*

Por este tiempo también se apoderó Ibn Hūd de la ciudad de Denia[218], aprovechándose de la negligencia de su soberano en mantener un ejército, y de la pasión que este soberano tenía por el dinero. Por otra parte, intervinieron las intrigas desplegadas por Ibn al-Royōlo[219], visir de dicho príncipe, que se fue, huyendo de él, a Zaragoza, y que movió a Ibn Hūd contra él, logrando que Ibn Hūd fuera a la ciudad y

la entrara por sorpresa, sin el menor esfuerzo, apoderándose de considerables tesoros, pues se trataba de una población muy rica. El soberano de Denia, hijo de Muŷāhid, quedó al lado de Ibn Hūd, muy honradamente tratado, hasta su muerte[220].

Una vez que Ibn Hūd se apoderó de Denia, se echó a perder su natural carácter, porque le entró la ambición de aumentar aún más sus dominios, y dejó de hacer contra los cristianos la guerra santa, como antes solía. Codicioso de Valencia, entregó por ella grandes sumas a Alfonso, el cual, como antes dijimos, cogía siempre el dinero, pero no aseguraba formalmente a nadie que le prestaría su concurso para tomar ninguna ciudad. Murió en éstas Ibn Hūd[221], a poco de ocupar Denia y de lograr con ello sus esperanzas; acontecimiento que había anunciado el astrólogo Ibn al-Jayyāṭ[222], pues yo mismo había leído en una de sus obras dicha predicción antes de que ocurriese el suceso y de que yo lo presenciara con mis propios ojos.

Lo que le ocurrió a Ibn Hūd con Denia fue lo mismo que le pasó a Ibn Ḏī-l-Nūn con Córdoba: al apoderarse de la plaza, todo al-Andalus se conmovió y todos los príncipes, al ver que la había entrado sin combatir y en un abrir y cerrar de ojos, se alarmaron y comenzaron a hacer preparativos para precaverse de su maldad, hasta que Dios los libró de él, haciéndolo morir en plena guerra y a punto de lograr sus esperanzas.

Le sucedió su hijo al-Muʿtamin[223], que no tardó en morir. Este príncipe, dándose cuenta de que Ibn al-Royōlo, visir de su padre, andaba en malos tratos con Alfonso, y quería ponerse a su servicio, de la misma manera que Ibn ʿAmmār, para obtener con arterías y procedimientos injustos primacía sobre sus contemporáneos, lo mandó matar.

A la muerte de al-Muʿtamin heredó el trono su nieto al-Mustaʿīn[224], el que gobierna ahora [en Zaragoza, como vasallo de los Almorávides].

Era al-Muʿtamin hombre sabio, que había leído muchos libros, y junto con ello se interesaba en la adivinación del porvenir, gracias a lo cual pudo saber que su muerte estaba próxima. No le desvanecía ser rey y, en la mayor parte de las cosas mundanas, era un verdadero asceta. Uno de los jefes de su ejército, que solía asistir a su cámara, me contó que una vez enseñaba a los cortesanos sus tesoros, tales como no los había podido reunir ningún otro rey, y que, como los presentes le felicitaran por poseerlos, les dijo: «¿Y qué voy a hacer con ellos, si la vida es tan corta, y, cuando la deje, para entrar en mi sepulcro, no he de llevarme más que mi mortaja?». Aquellas palabras les conturbaron; pero el rey, en efecto, murió a poco.

Su hermano al-Munḏir[225] gobernaba en Denia, si bien su padre el šayj, sabedor de la fogosidad y violencia de su carácter, no le daba dinero, por miedo de que hostilizase a su hermano. Sin embargo, a la muerte de al-Muqtadir, en enzarzó la guerra entre ambos, porque al-Munḏir no quiso someterse a al-Muʿtamin, y se las tenía tiesas con él, dado que había hecho muchos beneficios a sus soldados, dándoles parte de su propio peculio. Murió al-Munḏir después que su hermano, y le sucedió un hijo pequeño[226], bajo la tutela de su visir.

39. *Ibn ʿAmmār se rebela en Murcia contra al-Muʿtamid y es expulsado luego por Ibn Rašīq. Posteriores andanzas y muerte violenta de Ibn ʿAmmār*

Algo antes de esta época Ibn ʿAmmār estaba a punto de distanciarse de al-Muʿtamid, al que había metido en la empresa de conquistar Murcia, produciéndole con ello mil fatigas y gastos. Sabido es que en esta campaña cayó prisionero el hijo de al-Muʿtamid[227]. Ibn ʿAmmār anduvo ocupado mucho tiempo en este negocio de Murcia, procurándose partidarios a costa de mucho dinero, y haciendo creer a su soberano que trabajaba por él, pues quería hacer de la ciudad una fortaleza independiente, en la cual reinar él, como, en efecto, lo logró.

Las gentes versadas en la ciencia de los vaticinios y en la astrología decían que el reino de los Banū ʿAbbād iría creciendo hasta llegar a Tudmīr[228], pero que a partir de entonces acabaría. Las gentes temían, pues, la caída de dicho reino, cuando los esfuerzos de Ibn ʿAmmār en el negocio de Murcia; pero la caída no se produjo sino después, en el instante prefijado por el destino.

La conducta seguida por Ibn ʿAmmār en Murcia[229] fue desastrosa: su altanería para con las gentes, su vida libertina y su pasión por el vino le enajenaron el afecto de los habitantes. Su actitud para con Muʿtamid era una fingida obediencia que frisaba en la rebeldía. Llegó incluso a herir públicamente su honor[230], satirizándolo por cosas de que Dios había librado al príncipe. Obró, pues, como los hombres más bajos y ruines.

Fue entonces cuando Ibn Rašīq[231] vino a Murcia, donde conservaba grande predicamento, y, aprovechándose de que Ibn ʿAmmār no se ocupaba de él para atender tan sólo a sus placeres, tejió contra él una red en los castillos vecinos, ganándose partidarios de todas partes. Por aquella sazón salió Ibn ʿAmmār de Murcia, para defender su causa, en embajada hacia el rey cristiano, con el pretexto de ocuparse de la suer-

te de los territorios de Levante vecinos al suyo, por si podía apoderarse de ellos (por ejemplo, de Santa María [de Albarracín]), y para ver si contrarrestaba el daño que le infería Ibn Rašīq, dado que era impotente contra él, por la saña que contra Ibn ʿAmmār mostraba. Puesto en camino para encontrarse con Alfonso, lo primero que intentó fue ganar a los toledanos a la causa de éste, tratando de convencerles para que se gobernasen por sí mismos, pagando tributo al rey cristiano, sin necesidad de rey alguno. Cuando llegó a Toledo, so capa de embajada, estaba en la ciudad Ibn Ḏī-l-Nūn, y su llegada coincidió además con que Alfonso estaba acampado junto a dicha plaza: eran los días en que el príncipe *[ḥāŷib]* toledano había vuelto a su capital, luego de haber sido destronado por sus habitantes. Ibn ʿAmmār decía venir para cumplir su promesa de ayudar a restablecer a Ibn Ḏī-l-Nūn en el trono, pero en realidad hizo lo contrario, o sea, procurar su muerte. Enterado el nieto de Ibn Ḏī-l-Nūn, consiguió vencer al bando de los revoltosos contra él, algunos de los cuales lograron huir y encontrar su salvación en Alfonso. Ibn ʿAmmār se vio obligado asimismo a escapar.

Fracasado en este servicio que pensaba prestar a Alfonso, se dirigió al señor de Zaragoza, al que ofreció facilitarle la toma de Segura (ciudad en la que había de ser cogido y enviado a al-Muʿtamid). Cierto de que Ibn ʿAmmār se hallaba al lado de Ibn Hūd, Ibn Rašīq se apoderó por sorpresa de Murcia, tras de haberse ganado a sus habitantes, que se felicitaron de verse gobernados por él. A partir de entonces ya no pudo Ibn ʿAmmār regresar a Murcia, y se quedó al servicio de Ibn Hūd, señor de Zaragoza. Pero en cuanto se instaló en aquella nueva comarca, la prendió también fuego con atizar la hoguera de la guerra civil. Primero partió como embajador hacia los Catalanes *[Ifranŷ]*.

Ibn Hūd lo trató bien y lo acercó a sí, con la esperanza de lograr por su intervención idénticos beneficios que al-Muʿtamid, ya que Ibn ʿAmmār gozaba de una reputación que debía, más que a sus hechos, a la buena estrella de su anterior soberano.

La enemistad entre Ibn ʿAmmār y al-Muʿtamid fue por causa del hijo de éste, al-Rašīd[232], pues, en su criminal conducta, Ibn ʿAmmār procedía desdeñosamente con los hijos de su soberano, quería someterlos a estrecha tutela, y maltrataba a los parientes de su rey, cuando hubiera debido tratarlos con respeto. A pesar de todo, al-Muʿtamid se mostró paciente, dado que Ibn ʿAmmār había sabido conciliarse la simpatía de los cristianos, y, gracias a sus tretas, estaba en buena relación con ellos, tanto que, cuando surgía por parte de éstos algún negocio grave, siempre enviaba para hablar con ellos a Ibn ʿAmmār, y se desvanecía el peligro que oprimía el pecho del soberano. Claro que todo esto sucedía por el dinero y por la buena estrella de este último; pero Ibn ʿAmmār, en su necedad, se figuraba que era por su intervención y se atribuía todo el mérito. Tales cosas acabaron por indisponerlo con al-Muʿtamid, hasta que a la postre éste le dio el fin que merecía, pues Dios hizo que se apoderase de él y le impusiera la pena inevitable, de la que nadie era más digno que él. En efecto, Segura había sido evacuada por al-Muʿtamid, y el que se había instalado en ella, que era uno de los esclavos de Sirāŷ al-dawla[233], aspiraba a ponerla en manos de este príncipe. A su llegada a Zaragoza, Ibn ʿAmmār fue a hablar con el mencionado esclavo, por ver si lo atraía a la obediencia de Ibn Hūd; pero el esclavo lo que hizo fue cogerlo prisionero y enviárselo a al-Muʿtamid, que entonces le dio la peor muerte[234].

Ocurrido esto, Ibn Rašīq cayó en la tentación de sublevarse contra al-Muʿtamid. Se justificaba diciendo: «No ha queri-

do darme el gobierno de Murcia», y pretendía que eran los habitantes de la ciudad los que le habían elegido, y que Ibn ʻAmmār, al abandonar la plaza, era el que le había puesto al frente de ella. Más adelante, al hablar de los Almorávides (¡Dios los ensalce!) y de su tentativa contra Aledo, referiré lo que fue de él, tras de tener en este asunto la intervención que es bien sabida.

40. *Paces de ʻAbd Allāh con el rey de Sevilla*

No todo el mundo conoce el secreto de los negocios, tal como aquí los describimos. La prueba de lo que antes dijimos sobre las buenas disposiciones de al-Muʻtamid, y de cómo prefería la paz, es que apenas el criminal Ibn ʻAmmār desapareció de su gobierno, no volvió a haber más discordias entre él y yo. Él se mostró siempre tan puntual en todos los negocios comunes como yo con él, y concertamos un nuevo tratado en el que, con mutua satisfacción, establecimos ciertos trueques, en los cuales no entraron las plazas que se hallaban desde antiguo en su poder y que nosotros habíamos perdido en los días de al-Muẓaffar, porque eran presa de guerra y nada bueno podía venir de reclamarlas, ni podía hacerse otra cosa que mantener la paz.

Desde entonces la situación se estabilizó, y cada uno de los dos hubiera estado satisfecho con su reino, de no ser por la espada extranjera, o sea, la amenaza cristiana que pesaba sobre nuestros territorios. En ese punto el peligro era el mismo para ambos, y la colaboración inevitable. Si no podíamos prestárnosla uno a otro en refuerzos materiales, por nuestra debilidad, podíamos al menos asociarnos en las negociaciones, en la adopción de resoluciones, en llamarnos

mutuamente la atención sobre cualquier circunstancia de que uno no se hubiera percatado, y en cosas parecidas.

41. *Digresión sobre el método*

En todo esto que precede he relatado buen número de sucesos harto notorios, ocurridos en al-Andalus, tal como sucedieron, a mi juicio, dejando a un lado las otras versiones contradictorias, porque la verdad se encuentra en un solo lado, y las noticias, tal como se divulgan, suelen exceder de lo que realmente ha sabido uno de ciencia cierta o visto con sus propios ojos. Lo que hemos consignado es lo que se ajusta a lo razonable, con supresión de hipérboles y ambigüedades.

Otra cosa muy distinta es cuando narramos un suceso acaecido en nuestro propio gobierno, en el que hemos intervenido y que hemos presenciado. Ahí nos hemos extendido más, refiriéndolo en pormenor hasta el final, desentrañando el secreto oculto tras las apariencias y sus más menudas causas. Relatar con detenimiento aquello en que uno ha intervenido puede hacerse con más elocuencia y precisión que describir los negocios ajenos de que uno ha sido testigo, pero sin interés personal; lo mismo que relatar lo que uno ha presenciado, aunque no le concierna peculiarmente, puede hacerse con más elocuencia que referir lo que se ha oído de un tercero, sin comprobación personal de su veracidad. En este último caso hay que limitarse a contar lo que no repugna a la razón, y emplear el propio discernimiento en dar una versión más verosímil que la que corre en lenguas del vulgo, aun a riesgo de ser acusado de embustero.

Por este motivo hemos resumido los acontecimientos más notorios de al-Andalus, suprimiendo muchos detalles, y, en

cambio, nos hemos extendido tan sólo en aquéllos que nos concernían, por haber intervenido en ellos o por haber sido en ellos testigo de vista.

La verdad histórica es de gran utilidad para el que quiere describir algo en verso o prosa, trátese de elogios o de censuras. Si el hombre encuentra ancho campo para hablar, puede hacerlo amplia y elocuentemente, aun con un poquito de exageración, sólo posible en las cosas más comunes y corrientes, porque en estos dos casos le creerán, ya que las gentes conocen los sucesos.

Aunque este libro mío está exclusivamente dedicado a describir, de modo especial, nuestro reino, la verdad es que las cosas se enredan, y a veces no hay más remedio que hacer digresiones, cuando resulta necesario hacerlas, o traer a cuento un refrán que adorne el discurso, o fundamentar un argumento, o dar vueltas en torno a la verdad por medio de perífrasis.

VI

Reinado del autor de este libro, ʻAbd Allāh ibn Buluggīn (II): problemas internos en el reino de Granada hasta la venida de los Almorávides

42: Destitución y luego expulsión del visir Simāŷa. ʻAbd Allāh decide gobernar por sí mismo.—43: El pleito de la frontera almeriense. Sus vicisitudes y solución.—44: Campaña victoriosa contra Tamīm ibn Buluggīn, príncipe de Málaga, hermano del autor.—45: Fin de las rebeliones de Kabbāb ibn Tamīt, gobernador de Archidona y Antequera, y de los Banū Tāgnāūt.

42. *Destitución y luego expulsión del visir Simāŷa. ʻAbd Allāh decide gobernar por sí mismo*

Sosegada la situación y consolidado mi reino, merced a la paz hecha con al-Muʻtamid y al pacto de tregua estipulado con el rey cristiano, que me dio cierta tranquilidad mediante el pago de un tributo anual, dediqué mi atención a arreglar los asuntos de mi territorio, a enterarme de cómo les iba a mis súbditos y a investigar la conducta de los gobernadores de mis distritos, para ver si eran honrados o no. En cuanto mis cortesanos y las gentes que tenían entrada en mi consejo advirtieron mi propósito, rivalizaron todos en informarme de lo que cada cual sabía y en ponerme al tanto de las cosas que se me habían escapado, durante el período de la guerra;

pero yo no aceptaba lo que cada uno me decía del otro sino tras maduro examen, no buscando más que la verdad, por miedo a que les moviese a hablar la envidia mutua o un deseo de venganza nada compatible con el verdadero temor de Dios.

El visir de mi gobierno, Simāŷa, de quien ya he hablado antes, se enteró también de mi designio; cosa que lo resintió conmigo. Lleno de preocupación y profundamente impresionado, se quejó ante sus contribulos. «Nuestro único deseo —les dijo entre otras cosas— ha sido hasta ahora dominar a este príncipe y tener en las manos el gobierno, mientras ha sido joven, es decir, de cortos años. Ahora, sin embargo, no tenemos ya manera de impedir que gobierne por sí mismo, porque no contamos con partidarios que nos guarden las espaldas, ni hay manera de aducir ante el vulgo que lo tenemos apartado por su poca edad y su inexperiencia, sobre todo cuando lo que se propone es ver cómo anda su reino e investigar su situación». «No podrás hacer otra cosa —le contestaron— que procurar conciliártelo, proporcionarle sus deseos y llevarle lo menos posible la contraria, para que tus enemigos no se apoderen de ti y no se ceben en ti tus émulos. Si él ve que tú le das cuanto desea, no tardará en aburrirse de cuidar por sí mismo los negocios del gobierno y en volver a confiarte el poder, con lo cual, cuando esté distraído y entregado a sus placeres, podrás hacer lo que te plazca. Procúrale, pues, mujeres y apresúrate a comprarle esclavos, porque no estamos seguros de que no te guarde rencor por haberlo tenido hasta ahora apartado de los placeres, y creemos que de él no hay que pensar otras cosas que las propias de sus años».

Así procedió, en efecto, Simāŷa, y esta tregua que me dio fue para mí una suerte y me proporcionó el modo de colmar mis esperanzas en cuanto a mi propósito de gobernar mi

reino por mí mismo. Comenzó, desde luego, por urdir intrigas contra mí, valiéndose de sus contribulos, en las diferentes plazas fuertes, de las cuales la más hostil en contra mía fue la ciudad de Almuñécar. Al mismo tiempo me soltó las riendas en todo lo que yo deseaba, me compró esclavos y me incitó a salir al campo y divertirme, queriendo hacerme ver que me trataba con consideración y miramientos.

Era Simāŷa hombre reflexivo y que temía siempre las malas consecuencias de cualquier acción. Ya anteriormente había andado con miedo, por causa de unas cartas que algunos enemigos suyos habían dirigido a un grupo de Ṣinhāŷa; cartas que falsamente circulaban como si fueran mías y en las que se ordenaba darle muerte, siendo así que yo era completamente ajeno a estos manejos. Apoderado de dichas cartas, me hizo partícipe de sus sospechas y ordenó la muerte de las personas nombradas en la tal correspondencia, así como de algunas mujeres del harem de Bādīs (¡Dios se apiade de él!), sospechosas de intervención en la conjura.

Fueron todas estas cosas como los prolegómenos de su destitución. Cuando, por consejo suyo, decidí la expedición a Guadix, yo, que ya me había dado cuenta del fondo de su pensamiento, por deducción y por comparación de unas noticias con otras, me dije para mis adentros: «Este hombre está acostumbrado a ejercer como quiere la autoridad, y ve con malos ojos que yo me haya puesto al frente del gobierno. Todo lo que ahora hace no es por su gusto, y, como todas las cosas que el hombre hace a la fuerza, no hay que fiarse de que no vuelva a lo contrario, y se eche para atrás y cambie de conducta, en cuanto esté a seguro de que no ha de ocurrirle nada desagradable. Por tanto, siempre tendré que sufrir de él cosas inconvenientes. Si dejo pasar esta ocasión, seré como el que, advertido y puesto en guardia en un asunto, se hunde, sin embargo, en las calamidades. Si ahora hago

la vista gorda, cuando vuelva a las andadas y yo vea que no me obedece, tendré, no obstante, que aguantarme, porque entonces las precauciones de que se haya rodeado serán más eficaces que mi decisión, y ésta tendrá que ser tomada de improviso, sin haberla sopesado y pensado largamente en ella. Las ocasiones, en efecto, pasan deprisa como las nubes por el cielo. Ahora que estoy en libertad de hacer con él lo que quiera, no voy a esperar que sea él quien esté en libertad de hacer lo que quiera conmigo».

A Simāŷa le hubiera gustado que la noticia de su destitución se hubiera publicado en la capital, cuando preparábamos el viaje; pero a mí me pareció que no me convenía hacerlo sino una vez fuera de Granada, para que hiciese mayor efecto en las gentes y cortar radicalmente en los súbditos toda esperanza de sublevación, sin contar con que, de haberlo publicado en la capital, Simāŷa hubiera empezado a maniobrar, no hubiera dicho nada a nadie, y su mujer habría intrigado en palacio.

En cuanto llegué a Guadix hice saber a sus habitantes que podían denunciarme todas las injusticias de que se creyeran víctimas. El gobernador de la ciudad, Ibn Abī Ŷūš[235] hechura del mencionado Simāŷa, fue objeto de denuncias, y mandé encarcelarlo.

Las gentes desaprobaron entonces a mi visir y manifestaron su indiferencia por lo que pudiera ocurrirle. Yo lo que hice fue reunir al pueblo y a los visires, y fijar a éstos los límites exactos de sus atribuciones, para que no hubiera en lo sucesivo ningún intermediario entre mis súbditos y yo. En cuanto a Simāŷa, le ordené que se ocupara únicamente de sus negocios personales, porque en adelante no había de haber otro primer ministro del gobierno que yo mismo.

Prescribí a cada funcionario cuál había de ser su conducta, de la que no había de salirse.

Todos los visires se regocijaron con estas medidas, puesto que los ponía en pie de igualdad y les daba libre acceso a mi cámara para exponerme por sí mismos sus necesidades, sin la mediación del primer ministro, que ahora quedaba a su nivel, si no más bajo. Los súbditos, por su parte, también se alegraron de verse libres de sus opresores.

Ordené asimismo la destitución de todo sospechoso de traición, enviando nuevos gobernadores a todos los territorios, para renovar por completo mi gobierno. Los parientes de Simāŷa quedaron destituidos de los castillos que tenían, si bien algunos de ellos, enterados de lo ocurrido, habían escapado de sus respectivas plazas y las habían abandonado, con lo cual las guarniciones me habían enviado razón de que les nombrase nuevos caídes. Todo esto se hizo sin la menor dificultad, salvo con el gobernador de Almuñécar, primo de Simāŷa. Temeroso éste de que, si no intervenía, yo pudiese tomar represalias contra él, me informó de la cosa y me pidió que enviara un nuevo caíd, con lo que el otro quedó destituido. Zāwī me pidió también que no dejara a su hermano Balbār en Guadix[236].

Todos estos acontecimientos se desarrollaron con la máxima fortuna y por el más generoso decreto divino, por haber querido Dios que terminara el visirato de Simāŷa.

A éste le concedí el amán para su persona y le dejé en posesión de todos sus bienes salvo el oro y la plata; le concedí un feudo del que pudiera vivir, y le ordené que asistiera asiduamente a mi consejo, asegurándole que, mientras yo viviera, sería bien tratado. Él aceptó su nueva situación y se sometió a todo lo que quise, sin rebeldía ni manifestación ostensible de desobediencia, porque era hombre tímido, nada

osado para grandes designios, y, además, no contaba con partidarios que le ayudasen. Confiado en todo esto, fue por lo que le concedí el amán para su persona, y, en efecto, durante largo tiempo siguió así, asistiendo asiduamente a mi consejo, sin ningún cargo especial, y nunca dejaba de concurrir.

Más adelante, sin embargo, los funcionarios del gobierno que habían trabajado por su caída le tomaron miedo, recelando que volviese a su puesto. En consecuencia, no cesaron de hostigarme contra él, de transmitirme maledicencias que le atribuían, y de temer que, a la postre, no se sublevara, hasta el punto de que llegué a pensar, en interés de mi persona, que no había realmente manera de que siguiera viviendo en la ciudad.

Pensaban quizá dichas personas que algunas de las calumnias que le atribuían me obligarían a decretar su muerte. Pero yo no podía condenarlo a la última pena basándome en el crimen por él cometido contra la familia real, con la condena a muerte de aquellas princesas de que antes he hablado y de las gentes que siguieron su partido. La razón era que en aquella conjura habían también participado con él algunos jefes de Talkāta. De condenarlo, todos hubieran pensado mal de mí y corría el riesgo de comprometer la situación. Ahora bien: no valía la pena renovar los disturbios del reino y arrastrar las malas consecuencias del asunto porque hubiera que sancionar un crimen ya pasado.

Pensé en vista de ello que lo más acertado para conciliarme el ánimo de las gentes y mostrar mi desinterés por las riquezas ajenas, era que se fuese sencillamente de mi lado, sin más complicaciones y sin excederme en el castigo. Salió, pues, de Granada, con todos sus criados y sus acémilas cargadas de todos sus muebles, ropas y tapices, camino de Al-

mería, donde al-Muʿtaṣim había de tratarlo bien, en atención a mí, pues no desesperaba de que yo lo volviese a su puesto y tuviese entonces en cuenta el buen trato que le había dado. Su mujer salió también con muchas alhajas adornadas de piedras preciosas, sin contar el numerario que pudo ocultar a mis investigaciones. Recobré solamente el oro y la plata que le había dado con mis propias manos al comienzo de mi reino, cuando se abrió el tesoro público; pero no quise cerciorarme de todo lo que había ganado durante el tiempo en que prestó sus servicios, ni hice la menor pesquisa sobre este asunto.

43. *El pleito de la frontera almeriense. Sus vicisitudes y solución*

Con posterioridad al negocio de Simāŷa me ocupé con mayor y más perfecta intensidad en los negocios de mis territorios y de mis súbditos, y designé hombres de confianza para que hiciesen investigaciones, comprobasen las cuentas e hiciesen llegar a mí las denuncias por abuso de poder *[maẓālim]*[237]. Las cosas siguieron así por bastante tiempo.

Supe más tarde que, al llegar el mencionado Simāŷa a Almería, había hablado a Ibn Ṣumādiḥ con desdén de mi reino y le había hecho concebir deseos de apoderarse de él, porque Simāŷa sabía, como todo el mundo, la gran codicia de aquel hombre (¡Dios se apiade de él!).

Al-Muʿtaṣim, a pesar de su mucha ambición, era apocado y débil; pero las palabras de Simāŷa le hicieron gran impresión, y concibió esperanzas de que, conciliándose a mi antiguo visir y tratándolo bien, podría, por su mediación, aprovechar alguna coyuntura que le reportase beneficios, como antes le había pasado con el judío.

Coincidió con estas cosas el que surgió un conflicto de jurisdicción entre los dos gobernadores [el suyo y el mío] del territorio comprendido entre Fiñana y Montawrī. La conservación de este territorio no era posible sin la restauración del citado castillo de Montawrī. Cuando hice mi expedición a Fiñana, había yo enviado un mensajero a Ibn Ṣumādiḥ, que le hiciera saber cómo me dirigía a Montawrī y le pidiera en mi nombre aquellos pueblos cercanos que, por su proximidad, era más lógico que dependiesen de este castillo, ofreciéndole a cambio las más generosas compensaciones; pero él, entre otras cosas, había respondido a mi embajador: «¡De ninguna manera! Los territorios no se obtienen más que construyendo castillos y a filo de espada».

En esta ocasión, sabedor yo de la importancia que tenía dicha fortaleza contra Almería, enterado de que Simāŷa había excitado la codicia de Ibn Ṣumādiḥ, y acordándome de la mala respuesta que éste había dado a mi proposición sobre los pueblos, me llené de irritación y, sin pérdida de tiempo, emprendí a toda prisa la restauración del mencionado castillo, que se convirtió en un serio y fuerte baluarte, en el que instalé una intrépida guarnición. Almería se vio en apuro y pensó en la necesidad de restaurar otros castillos, que compensasen la fortificación de Montawrī, temiendo que yo me adelantase a apoderarme de ellos; pero, en efecto, fui yo el que los restauré con la mayor actividad, y todos ellos formaron una línea defensiva de mi territorio, cerrándolo como con candados y causando daños a los dominios almerienses. Ibn Ṣumādiḥ se vio reducido a la impotencia, sin poder hacer nada, ya que en cuanto enviaba contra mí un ejército a cualquier sitio, yo lo derrotaba, y en Torralbas *[Turralbaš]* llegué a coger prisioneros a sus jefes militares más señalados.

A las guarniciones de los castillos restaurados, que eran siete, les ordené que tratasen bien a las gentes del país y protegieran toda aquella zona, impidiendo que nadie deseoso de hacerme mal pudiera meterse de improviso en mis dominios, porque mi único designio al restaurarlos era mostrar mi fuerza y hacerme respetar, hasta concertar paces con Ibn Ṣumādiḥ, cuando pudiéramos llegar a un acuerdo y él reconociera mi poderío; pero, cuando vino el ataque de los cristianos contra al-Andalus en la forma sabida, aun viendo que si declaraba la guerra a Ibn Ṣumādiḥ lograría la victoria y estando cierto de que él era demasiado débil para hacerme frente, preferí no perseverar en la empresa y no insistir en hostigarlo. «En este asunto —me dije— he llegado a conseguir mis fines y, siempre que quiera, no se me escapará nada. Contentémonos, pues, con lo adquirido. Lo más sensato es dejar las cosas como están y hacer paces con el vecino, sobre todo cuando es débil. Mantenerlo es mejor que no abrir camino a un adversario fuerte e indeseable. Al-Muẓaffar lo vio con claridad cuando le afianzó en el trono y lo dejó subsistir a su lado[238]. Yo no tengo más que imitarlo y seguir su ejemplo».

Fiel a estas ideas, hice la paz con Ibn Ṣumādiḥ y mandé desmantelar los castillos en litigio, con lo cual Almería pareció resucitar y salir de la mortaja. Ibn Ṣumādiḥ, cobró alientos, se me mostró adicto y fue para mí el más sincero de los hombres:

[ṭawīl]

No es buena la magnanimidad si no la acompañan
precauciones que impidan se enturbie su pureza.

A partir de este momento, Ibn Ṣumādiḥ y yo estuvimos unidos y compartimos los buenos y malos sucesos, hasta el

momento en que nos llegó nuestra hora.

44. *Campaña victoriosa contra Tamīm ibn Buluggīn, príncipe de Málaga, hermano del autor*

No pasó mucho tiempo después de estos sucesos cuando mi hermano Tamīm me hizo una negra acción, que no podía pasar por alto, después de haber visto mi hermano las victorias por mí conseguidas, las paces que había firmado con los sultanes de al-Andalus y la situación que me había procurado en tierras de Almería. No distinguía mi hermano entre esa situación mía actual y la del comienzo de mi reinado, cuando, extraviado por la juventud, se entrechocaban las discordias en mi territorio y todo conspiraba en contra mía. Pensaba que las circunstancias eran siempre las mismas, y puesto que antes yo me había callado, por las causas antes dichas, al hablar del comienzo de su reinado[239], creyó que podía continuar obrando de idéntico modo. El caso es que envió sus galeras para atacar Almuñécar y Jete *[Šāt]*, y que, a continuación, unas pequeñas fuerzas de caballería hicieron incursiones por aquellos territorios vecinos.

Los habitantes de la zona vinieron a mí a quejarse de lo sucedido, y yo me dije: «A este hombre no le ha hecho perspicaz el paso del tiempo ni le ha tornado más sensato la experiencia. Si lo dejo continuar sus hostilidades y no le castigo por ellas, seguiré siendo víctima de su maldad, y él pensará que es porque le tengo miedo. Por consiguiente, se crecerá más cada vez, y no le serán de ningún provecho mis exhortaciones ni mis consejos. No hay más remedio que darle una lección y detenerlo por la fuerza, pues si no prestas atención a una cosa pequeña, acaba por crecer. Si hasta ahora he hecho la vista gorda, era únicamente debido a cier-

tos sucesos que han acaecido, y por esperar que volviese al buen camino y viese más claramente la realidad; pero estarse quieto en este momento y permanecer impasible ante sus ataques, dejándole persistir en su error, sería dar muestras de impotencia y cubrirme de vergüenza».

Justo en estos instantes hallábase al-Muʿtamid ocupado con Alfonso, que, valiéndose de la excusa de reclamar sus censos, había venido a sitiar Sevilla[240] poniendo a esta ciudad en gran aprieto. Era el momento propicio para obrar por sorpresa y aprovecharse de la coyuntura. Me apresté, pues, a dirigirme en persona hacia los dominios de Málaga. Y, por Dios, apenas las guarniciones de los castillos malagueños oyeron que me ponía en camino, y cuando aún no había tenido tiempo de salir, esa misma mañana me llegó la noticia de que había pasado a mi poder el castillo de Alcázar *[al-Qaṣr]* del lado de Zalía *[Ṣāliḥa]* y de que su guarnición me rendía acatamiento; castillo que era siempre «el primero en ponerse de parte de los vencedores y el último en rebelarse contra ellos»[241]. Contento con esta noticia, me dirigí a Alhama *[al-Ḥamma]* para tomar desde allí las medidas oportunas.

Me di cuenta enseguida de que lo que había que hacer era atacar Ṣajrat Dūmis —castillo que era el sostén de la comarca de Reyyo, por ser el centro del país, y en el que se habían concentrado la mayor parte de los ejércitos de Málaga con los caídes de su soberano—, pues, una vez arrancada esa espina, tomar las demás plazas sería fácil y hacedero. Me preparé, por consiguiente, para el ataque y, al primer empujón, derrotamos a los ocupantes. Los soldados que se hallaban en la plaza tuvieron miedo, y, esa misma noche, me enviaron mensajeros a pedir el amán y que los dejara irse con sus caballos, salvando la vida. Yo accedí a sus pretensiones, por ver si con esta clemencia podía anexionarme los restantes

castillos. En efecto, evacuaron la Ṣajra, de la que se hicieron cargo mis soldados.

Desde allí me fui a un castillo que el rey de Málaga había construido para cortar las comunicaciones entre su territorio y el mío, al comienzo de su hostilidad antes mencionada, y apenas habíamos llegado delante de él cuando sus habitantes quedaron desbaratados y fue entrado por asalto. Desde este castillo, que era el de Aštanīr, me encaminé a Torre del Mar *[Mariyyat Balliš]*, que cayó sin tardanza, y proyecté continuar hasta Bezmiliana *[Bizilŷana]*.

Cuando Kabbāb ibn Tamīt[242] —caíd mío, gobernador de Archidona y de Antequera, que había procedido injustamente por aquellas comarcas y pretendía no hacer caso de su destitución— se enteró de cómo me había apoderado de los dichos castillos, tuvo miedo de que se me despejara el camino y pudiera yo pensar en ir contra él, e intentó cerrarme el paso hacia Bezmiliana, poniéndome en guardia contra ese proyecto, y, como además había dejado tras de mí el castillo de Bentomiz *[Monte Mās]*, pensé que no podría sitiar Málaga sin haberlo tomado, ya que podía impedir el paso de los víveres hacia los campamentos. En consecuencia, desistí de avanzar contra Bezmiliana y me dirigí al citado castillo de Bentomiz, aparentando seguir el consejo de Kabbāb, cosa que le alegró sobremanera.

Al llegar a Bentomiz, vi que era un castillo muy grande, en el que se habían reunido todos los habitantes de las cercanías. Les propuse que se sometieran, pero se negaron, por miedo de que al día siguiente yo hiciera las paces con mi hermano, y éste les tomara en cuenta su actitud. Les tranquilicé a este respecto, y como en el castillo se habían reunido, además, unos cuantos bandoleros, gente de mala calaña, les hice proposiciones para que se vinieran a mi partido. En fin,

para que unos y otros reflexionaran, los dejamos, y, poniendo en torno suyo puestos de vigilancia, me volví a Granada. En este regreso se me sometieron otros castillos, tales como el de Ayroš y el de Ṣajrat Ḥabīb. Además, desde el primer momento había yo tomado por asalto Riana *[Rayyāna]*, y se me había sometido Jotrón, que eran ambos las alcazabas que defendían Málaga. En dicha campaña el príncipe de esta ciudad vio, por consiguiente, cómo se le iban de las manos una veintena de castillos.

Algo más tarde volvimos por segunda vez a Bentomiz, cuyos habitantes, desesperados del abandono en que los tenía su soberano, se sometieron. Nos apoderamos, pues, de la plaza, que puse en orden de defensa; demolí las fortalezas que no era necesario conservar; restablecí la tranquilidad en la comarca; investigué cuáles eran sus posibles ingresos, que hice consignar por escrito, y aseguré a sus pobladores mi benevolencia.

Viendo mi hermano cómo se producían tales cosas de improviso y la defección de sus vasallos, temió que los habitantes de Málaga se volvieran también contra él; tanto más, cuanto que yo, cuando la toma de Bentomiz, había hecho un paseo militar contra Málaga. En esta expedición ocurrió lo siguiente: un grupo de combatientes enemigos tuvo que replegarse a un lugar lejano de mi campamento, y fue perseguido por la mayoría de mi ejército. Entonces los habitantes de Málaga, viendo las pocas tropas que habían quedado a mi alrededor, quisieron aprovechar la oportunidad, y, saliendo por la puerta de Fontanella, dieron contra mi ejército una carga en la que ambos bandos se enzarzaron con violencia. Viendo que mis gentes huían y que luchaban cuerpo a cuerpo con las tropas de Málaga, pasado el primer momento de sorpresa, enarbolé las banderas y mandé tocar los atabales[243], con lo cual se agruparon en torno mío algunos solda-

dos que vieron desplegados mis estandartes. La ventaja vino a estar en favor nuestro y en contra de ellos, y algunos de los míos, que habían caído prisioneros, fueron libertados por mis tropas que desbarataron a las de Málaga. Formaban entre las tropas malagueñas alrededor de trescientos valientes caballeros de la milicia beréber; pero nada pudieron hacer contra nuestra firmeza, y la mayoría se pasaron a mis filas.

Ciertas personas de mi séquito, al ver la viveza de aquel encuentro, me aconsejaron que debía retirarme, y me quisieron atemorizar con la idea de que podían entrar en la plaza refuerzos enviados por Ibn ʻAbbād, cosa que no era posible; pero yo dije: «Retirarme en estos momentos sería dar una prueba de impotencia, y por todo el país se divulgaría la noticia de que nuestro regreso no tenía otra causa que la derrota. Vale más que nos quedemos dos días, en cada uno de los cuales haremos desfiles militares por los mismos lugares en que anduvo luchando la caballería. Así parecerá que les decimos: ʻSi tenéis fuerzas para ello, repetid lo que hicisteisʼ». Ordené enérgicamente al ejército que no se me apartase nadie, como efectivamente sucedió, y así pudimos luego levantar el campo con honor y regresar a nuestros dominios de la forma más perfecta, mientras que, si lo hubiésemos levantado inmediatamente después de la escaramuza, todos los castillos sometidos a mí hubieran quedado evacuados y habría parecido que no habíamos hecho nada.

Como Málaga seguía estando en crítica situación, mi hermano acabó por enviarme una embajada que me ablandara, pidiéndome perdón y excusa de su falta. Yo reflexioné en el asunto y tomé una resolución acertada. Por un lado, sabía yo que era hombre codicioso, arrebatado y turbulento; que devolverle los castillos era darle alas para el mal; que, si volvía a su antigua situación, nada podría yo contra él; que, en este

supuesto, sus vasallos no volverían a obedecerme, caso de necesitarlos, por ver que los entregaba a mi hermano, ya que temían su castigo; que, además, dichos vasallos me acusarían de mi mal comportamiento y lo publicarían, puesto que yo les había dado formales garantías, aseguradas por solemnes juramentos, de que no los entregaría, y que de lo que decían estos vasallos resultaba que, caso de que se quisiera devolverlos a su antiguo señor, no accederían, se declararían en rebeldía y entregarían las plazas a otro príncipe distinto, cosas que me produjeron el temor que era natural que ocasionaran. Pero, por otra parte, no vi que fuera conveniente persistir en mi actitud contra él, porque, en su necedad, podía poner Málaga en manos ajenas, como hizo mi tío paterno Māksan con Jaén[244], y esto sería una catástrofe para el país, sin contar la grande vergüenza que para mí supondría obligar a mi propio hermano uterino a que se refugiase junto a otro príncipe y se desterrase. Nuestra madre vivía aún[245]; pero aunque no hubiese vivido, yo hubiera tenido que perdonarlo, después de haberle dado el suficiente castigo.

En vista de todo ello, me mostré generoso cediéndole una comarca de cuya población nada tenía yo que temer y que para él era muy importante; evacué, para él, las plazas de Riana y Jotrón, cuyos habitantes eran cristianos y, por estar situados entre ambos territorios, no podían rebelarse contra ninguno de los dos; le di pueblos en que pudiera aprovisionarse con holgura; dejé en su poder los castillos de la Garbía, como Cártama *[Qarṭama]*, Mijas *[Mīšaš]* y Ḥumāris, y, además, le entregué Cámara *[Qāmara]*, comarca de cereales, para que pudiera disponer de tierras de labor. Por el contrario, le privé de otros territorios de cuyos habitantes era de temer que, instigados por él, perturbaran mis dominios.

Todo quedó, pues, arreglado de la mejor manera posible, a satisfacción de nuestra madre y con el elogio de todo el mundo, puesto que yo había respetado los vínculos de la sangre, le había perdonado, cuando podía no hacerlo, y le había castigado por aquellas de sus acciones que podían ser funestas.

La situación de mi hermano se afianzó; pero siempre me guardó rencor y no dejaban de llegarme las malas palabras que sobre mí decía. Sin embargo, yo no hacía caso de ellas. «El que me ofenda de palabra —pensaba yo— es mejor que el que me pudiera ofender de obra, si le hubiera devuelto los castillos. Yo sé que él está en situación cómoda y apacible, gracias al dinero que tiene, que es el que mi abuelo dejó en Málaga, y del que no necesita gastar ni un solo dirhem. Por otra parte, nunca ha sufrido rebeliones ni ha padecido contrariedades. Yo soy, en cambio, el que está en primera fila; el que tiene que combatir, en lugar suyo, contra árabes y cristianos; el que, en sustitución suya, tiene que pagar el tributo, mientras él permanece tranquilo. Sería, pues, excesivo que, viviendo bien como vive, yo dejara en su poder más tierras de las que le son suficientes para sus limitados aprovisionamientos o que puede necesitar para reprimir revueltas o atender a sus gastos personales». Con estos razonamientos me sosegaba, y él, por su parte, se abstuvo de cometer la mayor parte de los crímenes o injusticias que antes solía.

Ningún embajador me venía de su parte, bien fuera de los habitantes de Málaga, bien oficial del ejército, que no me aconsejase tenerlo bien sujeto y me dijese: «El castigo que le has impuesto nos ha hecho felices y ahora no se mete con nosotros, mientras que, si se supiera libre de tu autoridad, nos violentaría y tendríamos que aguantarlo. No hay en el mundo nadie más avisado que tú, cuando le retuviste esos castillos, pues luego no hubieras podido frenarlo jamás».

Las cosas terminaron, pues, de la mejor manera posible; restablecimos la paz en su territorio, encerrándolo en el lugar que debía, y nuestra madre no tuvo que dolerse de su pérdida.

45. *Fin de las rebeliones de Kabbāb ibn Tamīt, gobernador de Archidona y Antequera, y de los Banū Tāgnāūt*

Mi gobernador en Archidona y Antequera, Kabbāb ibn Tamīt, al ver mis victorias contra Málaga, andaba muy contrariado y pesaroso, porque comprendió que le iba a llegar su turno. Este individuo era, en el fondo, un rebelde, aunque mostraba una aparente sumisión que frisaba en la desobediencia, por haber adquirido arraigo en el período de la guerra civil mediante la acumulación de víveres y el despojo que había hecho de los bienes ajenos, salteando los caminos y atrayéndose a las gentes malvadas de toda la comarca.

Su designación era una de las faltas que yo imputé a Simāŷa, que era el que le había nombrado para aquella región, poniéndola en sus manos y en las de sus parientes, hasta que él mismo tuvo que arrepentirse de haberlo hecho. Cuando firmé la paz con al-Muʿtamid ibn ʿAbbād[246], él no hizo caso de lo pactado, siguió sembrando el desorden, sin cuidarse de mis estipulaciones y sin desistir de ofender a los sevillanos. Yo se lo hice presente una vez tras otra y le advertí de las malas consecuencias que podía acarrearle persistir en su absurda actitud. «Cuando a un hombre —le decía— le ha convenido hacer la paz, debe respetarla, y, si tú la violas, es que eres uno de mis enemigos». Pero era tal su orgullo y su necedad, que todo eso no le intimidaba, ni le servían de nada las admoniciones.

No cesaban de llegarme cartas de al-Muʿtamid, llenas de quejas contra él, y él, por su parte, me guardaba un enconado rencor por intentar refrenarlo; pero fue para mí una verdadera suerte el que no procediera bien en sus tratos con ninguno de los dos partidos. Viendo que las quejas contra él eran constantes, yo dije al embajador de al-Muʿtamid: «No puedo destituir a Kabbāb sin esforzarme en reducirlo por la fuerza. Sólo teniendo vuestra garantía de que, si se echa en vuestros brazos, no le daréis acogida, es como puedo garantizaros su destitución». Al-Muʿtamid accedió y se comprometió conmigo a no aceptarlo si acudía a él y a no perdonarle sus faltas. Entonces insistí con Kabbāb en que abandonara las dos plazas [Archidona y Antequera], respetando con ello los compromisos adquiridos con al-Muʿtamid; pero él acrecentó su hostilidad, y lo que hizo fue escribir inmediatamente a Ibn ʿAbbād, pidiéndole que se hiciese cargo de los castillos. Al-Muʿtamid, sin embargo, me envió su carta y me alentó a tratarlo con mano dura y a desembarazarme de él, como así lo hice. Esto comprueba lo que antes dije de la actitud amigable de al-Muʿtamid para conmigo y de cómo no se me opuso desde que se separó de Ibn ʿAmmār, y, al mismo tiempo cómo yo le correspondía del mismo modo, pues en el negocio de Baeza[247], cuando sus habitantes se sublevaron contra él, yo le remití la carta que me habían escrito.

Ya algún tiempo antes, viendo Kabbāb lo que yo había hecho en Málaga, conforme a lo que queda consignado, reflexionó sobre sus pretensiones y se dijo: «Si esto ha hecho con su hermano, y se le han sometido los súbditos, ¿qué no hará con quien no es más que uno de sus siervos?».

Otro tanto pensó el zalmedina de mi capital, Ibn Tāgnāūt[248], hombre perverso, injusto, apartado del bien e inclinado a la maldad. Tenía este personaje un hermano que gobernaba el castillo de Ŷarīša; al que Simāŷa había también

confiado el gobierno de todo el distrito *[iqlīm]* de Nīmeš, y que llevaba en el castillo siete años. Tal individuo abrigaba los mismos sentimientos de rebeldía que Kabbāb, y, en consecuencia, ambos se concertaron y se juramentaron a que si yo quería destituir a uno, el otro haría causa común con él.

Tuve noticias de este acuerdo, y comencé por arreglar el asunto de los Banū Tāgnāūt, que era el más importante para mí, ya que uno tenía mi capital en su mano, y Ŷarīša estaba en poder de su hermano. Concertarme contra este último con al-Muʿtamid me pareció lo más acertado, dado que al-Muʿtamid estaba resentido con Kabbāb y no aceptaría ninguna de sus excusas. También en esta ocasión al-Muʿtamid procedió conmigo perfectamente: me envió tropas que me sirvieran de refuerzo, caso de necesitarlas en el ataque contra Ŷarīša, y me prestó su mejor colaboración, sirviendo de intermediario entre el rebelde y yo. Incluso envió a aquél un mensajero que le dijera: «Si tienes miedo de tu soberano, abandona ese castillo suyo, y yo te garantizo, en su nombre, que nada te ocurrirá y que gozarás de su amán y de su benevolencia. Si tampoco te fías de esto, ven a mí, toda vez que yo te aseguro bajo juramento y te doy la certidumbre de que jamás te entregaré a tu señor». Su respuesta fue preguntar: «¿Y qué harás con el castillo?». «Devolvérselo a su dueño», replicó al-Muʿtamid. Entonces se negó, afirmando: «Lo único que deseo es poner este castillo [de Ŷarīša] en poder de quien esté dispuesto a hacer mal al rey de Granada y a declararle la guerra».

Ibn al-Aṣbāḥī[249], embajador de al-Muʿtamid, que había oficiado de mediador, vino entonces a decirme: «Tienes que decidirte a sitiar a este individuo, pues no hay manera de traerlo al buen camino, está dispuesto al mal y no tiene más deseo que perjudicarte». Entre tanto, el revoltoso seguía salteando rutas, sembrando el pánico entre las gentes y matan-

do a los viajeros de las caravanas, cuyas mercancías se llevaba al castillo; cosas éstas que eran para todo el mundo más claras que el sol, hasta el punto de que nadie se aventuraba a atravesar por aquellos parajes.

Tras de consultar a Dios[250] si debía sitiarlo, me decidí, en efecto, a hacerlo, y permanecí durante seis meses acampado frente a él, sin cuidarme de los considerables gastos que ello entrañaba, hasta que su situación se hizo insostenible; pero antes no cesé de insinuarme con él y de ofrecerle el perdón. A su hermano, que yo tenía en prisión, le envié la orden siguiente: «Escríbele que, si lo cojo sin que haya capitulado, lo mataré públicamente, y que, si antes que lo coja, aunque sea sólo una hora, evacúa la plaza mediante capitulación, no tiene nada que temer de mí». Pero, por Dios, el recibir estas cartas no hacía más que aumentar su insolencia, su rebeldía y su necedad.

Por fin, Dios me permitió cogerlo y entrar su castillo, con lo cual le dio el pago de su maldad, libró al país de ellos e hizo que sus habitantes escaparan a su yugo. Consulté a los magnates y alfaquíes de la ciudad qué se debía hacer con ellos, y me aconsejaron obrar con arreglo a la excitación divina, cuando dice (¡ensalzado sea!): «La única retribución de los que combaten contra Dios y contra su Profeta, y se dedican a hacer mal en la tierra [es la muerte o la crucifixión, o la amputación de las manos y los pies]...» [V-37]. En consecuencia, decidí que merecían ser crucificados; pena mucho más terrible y amarga que la de destierro, pues ésta no nos dejaría a cubierto de sus crímenes. ¡Cuántos musulmanes esperaban lo que les sucedió! Por Dios, no volvía la cara a ningún habitante de mi país, tanto de los altos como de los bajos, que no me hablara de sus tropelías, con las que habían irritado a todo el mundo. El día de su ejecución fue una gran

fiesta para las gentes, contentas y satisfechas de haberse visto libres de su perversidad.

En cuanto al antes citado Kabbāb ibn Tamīt, el ver lo que yo había hecho con los Banū Tāgnāūt no hizo más que aumentar su necedad y su desconfianza. Fue entonces cuando escribió a al-Muʿtamid, conforme antes dije. Por mi parte yo le envié mensajeros a intimarle que evacuara los dos castillos. Todo lo rehusó: se aprestó y proveyó de máquinas de guerra; reunió guardas; sembró el pánico por las vías de comunicación, salteó los caminos, y cometió todas las maldades que son notorias. En vista de ello, tras de consultar a Dios si debía sitiarlo, me decidí a ello y ordené la incorporación de las tropas y la movilización de los suplentes que habían de ir a atacarlo; todo lo cual se hizo del modo más perfecto posible.

Cuando entonces se dio cuenta de su debilidad, y de que no encontraría refugio ni amparo, porque ningún soberano estaba dispuesto a admitirlo, se echó en mis brazos pidiéndome perdón, por miedo de que le pasara lo mismo que a los Banū Tāgnāūt, que no quisieron pedir el amán antes de ser vencidos. Y yo le concedí el perdón que me pedía, para que sirviera de ejemplo a los que solicitaban mi gracia después de haberme ofendido y no desesperasen de que lo mismo haría con ellos en idénticas condiciones. La primera condena había, pues, de servir de escarmiento y de experiencia para todos los revoltosos que no pidieran el amán y persistiesen en su injusta conducta.

Todas estas cosas de cualquier género yo no las decidía sino tras madura meditación y de reflexionar en sus consecuencias, sin hacer caso del consejo de las gentes. En efecto, tenía yo bien sabido su poco deseo de ser exactas; que hablaban al dictado de sus pasiones; que unos, seducidos por un

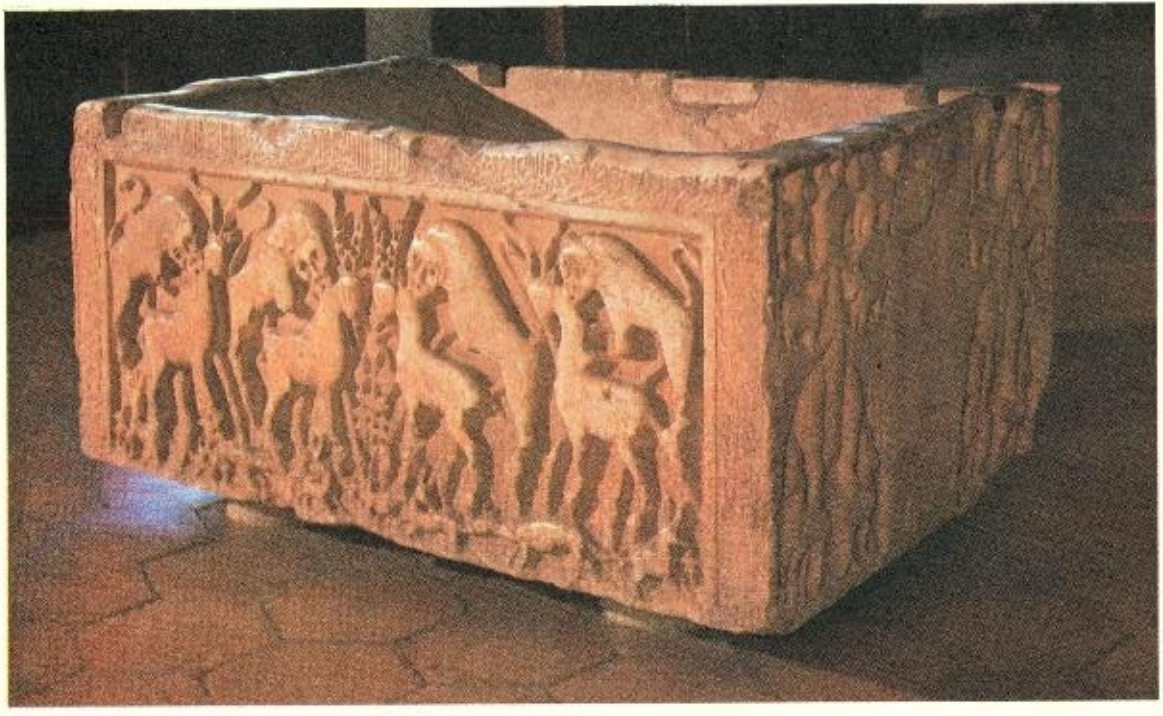
asunto, me lo pintaban con los más bellos colores y me impulsaban a hacerlo, y que otros, enemigos del bien o perseguidores de su prójimo, me sumían en perplejidades sobre todo lo que no se acomodaba a sus pasiones, «y si Dios hubiera seguido las pasiones de estas gentes, cielos y tierra se habían corrompido» [XXIII-73]. En consecuencia, puesto a prueba el carácter de estas gentes y a sabiendas de que cada uno deseaba que las resoluciones fueran por el camino que había elegido, me decidí a seguir exclusivamente mi propia opinión, pensando que mi juicio era más acertado que el de los demás, y que «nadie te rasca la espalda como tus propias uñas»[251].

A pesar de todo, seguía escuchando lo que me decían las gentes, pero con mis orejas, no con mi razón. Comparaba lo que me decían unos y otros, e intentaba ver cuál era su móvil, y, además, no les llevaba la contraria, cosa que me los habría enajenado, sino que les abría, al parecer, mi pecho, y mi mansedumbre fingía acomodarse a sus palabras; pero, llegado el momento de resolver, hacía lo que yo quería, puesto que no estaba obligado ni forzado en nada, salvo por las exigencias de la política o por la previsión de un resultado satisfactorio. Era, pues, como el enfermo que se traga la pócima para verse libre de la dolencia.

Jamás defraudé a nadie en su derecho, ni por ignorancia ni por inadvertencia; pero, en lo demás, me mostraba indulgente, fingía no enterarme de lo que se proponía mi interlocutor, o proseguía por algún tiempo la conversación con afabilidad y absteniéndome casi en absoluto de llevarle la contraria, para desviarla luego a otros asuntos. A mi juicio, el hombre poco inteligente es el que, habiendo dado un consejo y viendo que luego el aconsejado hace lo contrario, vuelve a la carga para hablar de lo mismo, pues, si tuviera sentido común, sabría que la reiteración es prueba de incapacidad, y,

si no sabe la decisión tomada, la insistencia es, por su parte, un descuido o una censura indirecta para su señor. De una persona así, si se escucha el consejo es para hacer lo contrario. A veces también el príncipe ve con evidencia que en un asunto hay que obrar al revés de lo que le dice su consejero, y sabe que en su propio juicio está la avenencia y el bien para ambas partes; pero, como no se lo dice por vergüenza, el consejero sigue censurando aquello cuyos fundamentos ignora, persiste en dar pruebas de necedad, habla por hablar, su intención se desvía sin sentido, y a nadie daña más que a sí mismo.

Volviendo a Kabbāb, le di una prueba de magnanimidad con concederle el amán, y lo mantuve en el ejército, favorecido y bien tratado; pero no volví a confiarle ningún castillo ni puse en sus manos ningún puesto fortificado, porque, como dice el refrán, «un creyente no se deja picar dos veces por el escorpión escondido en una misma piedra»[252].



III.

Pila de estilo califal, hoy en el Museo Arqueológico de la Alhambra, procedente de Elvira o mandada copiar por el rey zirí Bādīs, cuyo inscripción en la margen superior rehizo apropiándosela el nazarí granadino Muḥammad III en 1305, (Lévi-Provençal, *Inscr. ar.*, n.º 220.)

IV.

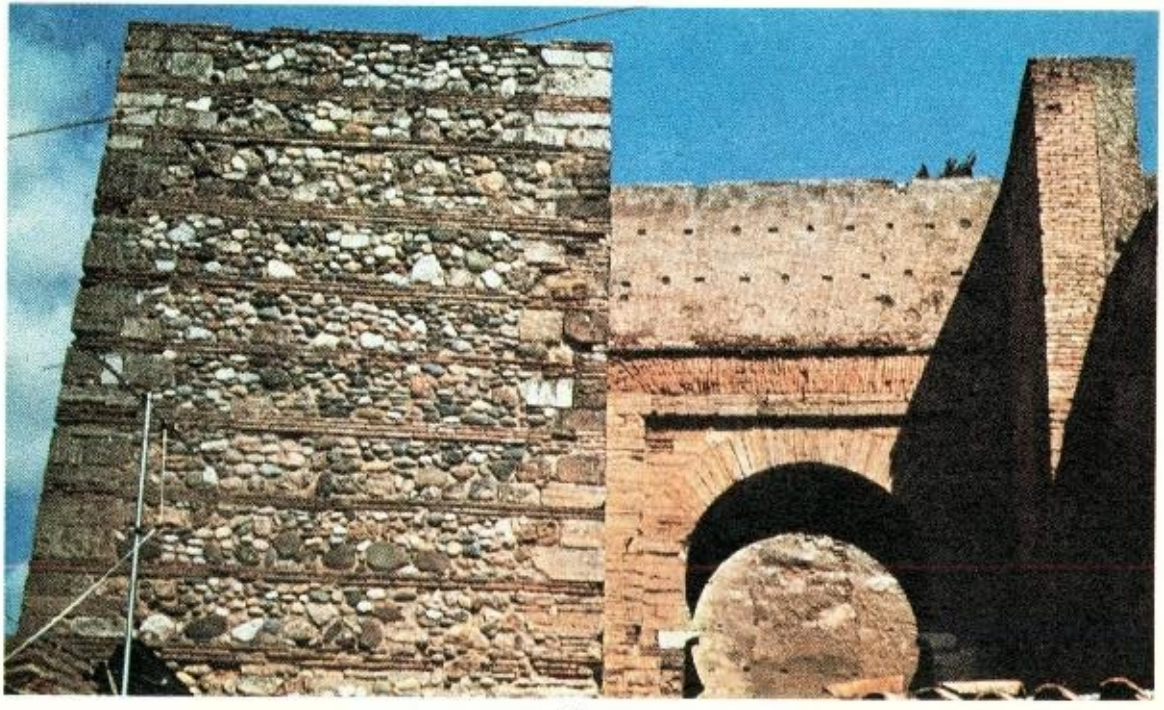
Restos del llamado Puente del Cadí, sobre el Darro, bajo la Alhambra de Granada, obra de tiempos zíricos.

a

b

V.

a) Casa de la Lona en el Albaicín de Granada, edificada donde estuvo el palacio de los Zīries; b) Inmediaciones de la Casa de la Lona.



VI

Fortificaciones zíries en el Albaicín de Granada.

VII

REINADO DEL AUTOR DE ESTE LIBRO, ʻABD ALLĀH IBN BULUGGĪN (III): VENIDA DE LOS ALMORÁVIDES A ESPAÑA Y CAMPAÑAS DE SAGRAJAS Y ALEDO

46: Antecedentes de la intervención de los Almorávides en España.—47: Embajadas andaluzas a Marruecos. Los Almorávides ocupan Algeciras por la fuerza.—48: Concentración de los coaligados musulmanes.—49: Batalla y victoria de Sagrajas contra Alfonso VI. 50: Consejo posterior a la batalla. Primeras rencillas y separación de los aliados musulmanes.—51: Nueva venida de Ŷūšūf ibn Tāšufīn. Campaña y estéril asedio de Aledo.—52: El campamento de Aledo, reflejo de la anarquía andaluza.—53: El pleito entre Ibn ʻAbbād e Ibn Rašīq. Prisión de este último.—54: Levantamiento del sitio de Aledo. Dispersión de los sitiadores y rencillas entre ellos.

46. *Antecedentes de la intervención de los Almorávides en España.*

Mi situación siguió siendo lo más satisfactoria posible y había yo llegado al límite de mis esperanzas, cuando se produjo la intervención de los Almorávides (¡Dios les ensalce!).

Era la época en que el rey cristiano, tras de tomar Toledo, se lanzaba sobre toda la Península, y, después de haber dicho que se daba por contento con que le pagáramos tributo, nos trataba con poca benignidad. Lo que quería era apoderarse de nuestras capitales; pero, lo mismo que había dominado

Toledo por la progresiva debilidad de su soberano, así pretendía hacer con los demás territorios. Su línea de conducta no era, pues, sitiar ningún castillo ni perder tropas en ir contra una ciudad, a sabiendas de que era difícil tomarla y de que se le opondrían sus habitantes, contrarios a su religión; sino sacarle tributos año tras año y tratarla duramente por todos los procedimientos violentos, hasta que, una vez reducida a la impotencia, cayese en sus manos, como había ocurrido con Toledo[253].

La noticia de lo sucedido en esta ciudad tuvo en todo al-Andalus una enorme repercusión, llenó de espanto a los andaluces y les quitó la menor esperanza de poder seguir habitando en la Península[254]. Como, además, habían ocurrido muchas disensiones entre al-Muʿtamid y Alfonso, y éste había pedido a aquél que evacuase en favor suyo ciertos castillos, a cuya cesión juzgaba preferible la muerte, al-Mu tamid, lleno de terror, pensó que podría quebrantarlo mediante las bandas de los Almorávides y hacer que se estrellaran unos contra otros. Todo ello, por un destino querido por Dios, pues

[ṭawīl]

cuando el hombre no recibe la ayuda divina,
su simple esfuerzo le hace cometer muchas faltas.

Ya antes, mi hermano, el soberano de Málaga, con ocasión de la discordia surgida entre él y yo, había entrado en tratos con los Almorávides, pidiéndoles ayuda y esperando que, merced a su socorro, podría vengarse de mí y alcanzar la parte del reino de mi abuelo que no había ido a sus manos. Pensaba que, cuando triunfaran, podría repartir entre él y yo el tesoro de mi abuelo[255].

Todas estas disputas eran una gran suerte para el Emir de los musulmanes, que veía en nuestras disensiones la manera de poder apoderarse de nosotros, moviéndonos a unos contra otros, y cuando quisiera. Pero en aquella ocasión, y, a pesar de que mi hermano insistía, por su poca experiencia, el Emir no accedió a nada de cuanto le pedía, por juzgar que no había sonado todavía su hora.

47. *Embajadas andaluzas a Marruecos. Los Almorávides ocupan Algeciras por la fuerza*

Con alguna anterioridad habían ido a verlo los embajadores de al-Muʿtamid, para informarle que debería aprestarse a hacer la guerra santa y para prometerle que se evacuaría en favor suyo Algeciras, aconsejándole, además, que, al pasar por Ceuta, no dejara de apoderarse de ella[256]. Llegado el Emir a Ceuta, dispuesto a hacerlo así, con todo el ejército que había movilizado, envió sus embajadores a al-Muʿtamid, entre otros el cadí ʿAbd al-Malik[257] e Ibn al-Aḥsan[258]. Al Muʿtamid los retuvo mucho tiempo en Sevilla, mientras el Emir de los musulmanes esperaba con impaciencia su regreso. Por fin, al-Muʿtamid los despachó, en compañía de algunos jeques sevillanos[259] que comunicaron al Emir: «Aguarda en Ceuta treinta días, durante los cuales procederemos a la evacuación de Algeciras, para entregártela». Accedió el Emir; pero, como además le pidieran que les firmase de su puño y letra un escrito asegurándoles que aguardaría, sus consejeros le hicieron entrar en sospechas y le dijeron: «Lo único que pretende Ibn ʿAbbād con esta dilación en enviar un embajador que comunique a Alfonso tu próxima llegada, por ver si, amenazándole contigo, consigue sus deseos y logra estipular con él un tratado en que Alfonso le perdone

el tributo por algunos años. Si realmente lo logra, pedirá al cristiano un ejército y vendrá a Algeciras a impedirte la travesía. Adelántate, pues, a ocupar la ciudad, pues si no pensara en esta connivencia con el rey cristiano, ya te habría mandado aviso de que cruzases el Estrecho».

En efecto, apenas los embajadores de al-Muʿtamid se separaron del Emir, en la creencia de que éste aguardaría los treinta días necesarios para la evacuación de Algeciras, el Emir equipó un ejército de vanguardia, formado por unos quinientos jinetes, y lo envió en pos de los embajadores. Aún no habían éstos llegado a Algeciras al fin de la jornada, cuando ya los soldados habían cruzado el mar tras ellos, y desembarcado en las Atarazanas[260]. La población de la ciudad vio que unos caballeros habían levantado un campamento, sin saber cuándo habían venido, y, así que amaneció, siguieron llegando contingentes que aumentaban y se sucedían, hasta que todo el ejército almorávid se encontró frente a Algeciras, al mando de Dāwūd ibn ʿĀʾiša[261]. Dicho ejército rodeó la plaza para guardarla, y Dāwūd mandó llamar a al-Rāḍī[262] para decirle: «Nos prometisteis Algeciras. Nosotros no hemos venido para apoderarnos del territorio de nadie ni para hacer daño a ningún príncipe, sino para hacer la guerra santa. Por tanto, o evacúas la plaza hoy mismo, desde ahora al mediodía, o si no, mira lo que puedes hacer y hazlo». Además, el Emir de los musulmanes se había dirigido a Ibn ʿAbbād, informándole de lo ocurrido y diciéndole: «Te perdono el aprovisionamiento de mis galeras y el envío de víveres para mis soldados, que me habías prometido». Al-Muʿtamid tuvo que mandar a decir a su hijo al-Rāḍī que evacuara la plaza, en favor de los Almorávides, y Dāwūd se hizo cargo de ella. El Emir vino, entró en ella para inspeccionarla, y se volvió a Ceuta[263] hasta que le llegara la hora de avanzar por España, dejando a Dāwūd la orden de dirigirse a Se-

villa. Todo el ejército tomó, en consecuencia, el camino de esta ciudad.

Mis embajadores habían ido también con los de al-Muʿtamid a ver al Emir de los musulmanes conforme a un acuerdo que hicimos uno y otro, en vista de la situación. Lo estipulado con el Emir de los musulmanes fue que uniríamos todos nuestros esfuerzos, junto con su ayuda, para hacer la campaña contra los cristianos, y que él no hostigaría a ninguno de nosotros en su territorio respectivo, ni prestaría oídos a ninguno de nuestros súbditos que quisieren producir disturbios en nuestros reinos.

48. *Concentración de los coaligados musulmanes*

Al instalarse en Sevilla, el Emir mandó recado a todos los soberanos de que se presentaran. Ibn Ṣumādiḥ se negó, esperando a ver cómo pintaban las cosas y en qué paraba la empresa contra los cristianos. Alegó para ello su mucha edad y su incapacidad física, y envió a su hijo a presentar excusas[264]. En cuanto a mí, me apresuré a ponerme en marcha, muy contento del rumbo de los sucesos, tras de aprestar para la guerra santa cuanto dinero y hombres pude. Previamente había enviado un regalo para el Emir de los musulmanes.

Ya desde que me escribió haber hecho su entrada en Algeciras, había yo mandado tocar los atabales y dar públicas muestras de alegría. Pensaba yo que su venida a al-Andalus era un beneficio divino, tanto más grande a mis ojos, cuanto que uno y otro estábamos unidos por vínculos étnicos[265]. Además, se decía en el país que los Almorávides eran gentes de bien, que venían para asegurarse el paraíso en la otra vida, y que eran justos en sus sentencias. Todos estábamos

decididos a emplear personas y bienes en hacer anualmente con el Emir la guerra santa, sabedores de que quien sobreviviera quedaría honrado, asistido y protegido, y que quien sucumbiera moriría mártir. Era maravilloso en aquella expedición ver el acuerdo de nuestras intenciones y la pureza de nuestros sentimientos, como si todos nuestros corazones se hubieran unido para tender a un solo fin.

Me encontré con el Emir de los musulmanes en Jerez de los Caballeros *[Ŷarīša]*, cuando iba camino de Badajoz. Su cortés actitud y su buena acogida aumentaron mi inclinación por él, y, de haber podido, le hubiera dado mi vida, cuanto más mi dinero. Allí me encontré también con al-Mutawakkil ibn al-Afṭas[266], rodeado de sus tropas. Todos estábamos ansiosos de iniciar la guerra santa, poniendo en ello el mayor empeño, y decididos a morir.

49. *Batalla y victoria de Sagrajas contra Alfonso VI*

Permanecimos algunos días en Badajoz hasta saber de cierto que Alfonso venía a nuestro encuentro con su ejército y con el pensamiento de que derrotaría a nuestras fuerzas, por no tener cabal noticia de su importancia. El destino le impulsó a penetrar en territorio musulmán y a alejarse de sus dominios. Nosotros lo aguardábamos delante de la ciudad, porque, si quedábamos victoriosos, todo iría bien, y, si no, teníamos detrás la ciudad como asilo y fortaleza a que acogernos. Todo esto había sido perfectamente dispuesto por el Emir de los musulmanes, por preferir que el encuentro fuese en aquella comarca, sin necesidad de internarse en tierras cristianas; tanto más cuanto que los Almorávides, acabados de llegar a al-Andalus, ni siquiera distinguían a sus aliados de sus adversarios. Esperaba, además, el Emir que el

rey cristiano, al no encontrar oposición en el camino, siguiera su avance, y que Dios evitaría a los creyentes el combate hasta que «las cosas le mostrasen su verdadera faz»[267]. El rumor que corría era de que el Emir se estaba quieto por una dolencia que le había acometido, pues de no ser por eso —se decía— ya estaría por tierras enemigas, sometiéndolas. El rey cristiano, entre tanto, avanzaba, lleno de fatuidad, sin pararse a pensar que podía ser vencido y que, caso de serlo, se vería lejos de sus tierras, expuesto a ser aniquilado por la espada, y que, en todo caso, siempre tendría el inconveniente del mucho camino y de la larga distancia.

No tardó Alfonso, por mediación de Ibn al-Afṭas, en enviar al Emir de los musulmanes el siguiente mensaje: «Aquí me tienes, que he venido para encontrarme contigo, y tú, en cambio, te estás quedo y te escondes en las cercanías de la ciudad»[268]. No quedó, pues, más remedio que avanzar un tanto, para que nuestras tropas estuvieran más cerca de él. Los dos soberanos convinieron en fijar el encuentro para un día determinado[269]. Entre uno y otro campamento no había más que unas tres millas.

Confiados los musulmanes en la fijación de la fecha, estaban descuidados. Fue lo mejor que pudo ocurrir, porque si los dos bandos hubieran avanzado uno contra el otro, se hubieran separado con la pérdida de la mayor parte del ejército musulmán, como suele ocurrir siempre que se conviene de antemano la fecha del combate. Afortunadamente, el ejército cristiano avanzó por sorpresa, cuando los musulmanes no estaban preparados. Este ataque imprevisto les permitió imponerse en el primer momento y echar su veneno en nuestro campo, en el que perecieron algunos musulmanes que no pudieron defenderse; pero apenas cundió la alarma por el ejército muslim y los musulmanes montaron a caballo para hacer frente a los cristianos, cuando éstos se sintieron cansa-

dos, por el peso de las armas y por la larga distancia recorrida. Los musulmanes los persiguieron a filo de espada y murieron muchos de sus soldados, que quedaron sembrados por el camino. Entre los muertos en combate o de muerte natural, los había que habían caído abrumados por el peso de las armas. Si la batalla hubiese sido como estaba prevista, es decir, poniéndose ambos bandos frente a frente y acometiéndose en un encuentro regular, los dos ejércitos hubieran perdido la mayor parte de sus soldados, como es fuerza que ocurra; pero Dios se mostró benévolo con sus siervos, y fueron muy pocos los musulmanes que perecieron[270]. El Emir de los musulmanes tomó la vuelta de Sevilla, sano, salvo y victorioso.

50. *Consejo posterior a la batalla. Primeras rencillas y separación de los aliados musulmanes*

Terminada esta campaña, el Emir nos reunió en consejo, quiero decir a todos los soberanos de al-Andalus, y nos prescribió que obrásemos de acuerdo y amigablemente y formásemos un solo partido, pues los cristianos no nos atacaban sino al ver nuestra desunión y que unos les pedíamos ayuda contra los otros. Todos asentimos, aceptando esta recomendación, y le dijimos que su victoria nos había reunido a todos en la obediencia, y que todos seguiríamos el buen camino.

En aquel momento mi hermano, el príncipe de Málaga, intervino para decir irreflexivamente: «Yo me encuentro en apurada situación a causa de la hostilidad que muestra mi hermano contra mi territorio y contra la herencia de mi abuelo», como dando a entender que el Emir defendería su derecho contra mí. Cuando acabó de hablar, el Emir de los

musulmanes le preguntó: «¿Has hablado con tu hermano sobre este asunto y has recurrido a él, antes de venir a hablarme?». Contestó que no, y entonces el Emir repuso: «No puedo intervenir en ese asunto sin su asentimiento». En tales circunstancias no podía yo seguir guardando silencio, puesto que debía dar las gracias al Emir y aprovechar la ocasión para exponer mis argumentos y dar mis razones, a fin de que la ruptura no se me pudiese atribuir, como mi hermano lo había hecho. Dije, pues, a mi hermano: «El Emir de los musulmanes no tiene otro propósito que el de proseguir la guerra santa que está en camino de hacer, y no ha de querer modificar lo que nuestros mayores decidieron sobre el reparto de sus territorios entre sus descendientes. Ninguno de nosotros posee nada obtenido por malas artes, sino que lo que tiene se lo debe, primero a Dios y luego a sus mayores, más al asenso unánime de los musulmanes, satisfechos del soberano que se eligieron. El šayj, nuestro abuelo (¡Dios se apiade de él!), dispuso así las cosas, pensando que Málaga no podía separarse de Granada, y me transmitió la soberanía de esa ciudad, para que la ejerciera después de él, como él la había ejercido en vida. Tú eres el que has desechado su decisión, y el que te has separado de mí, queriendo convertirte en independiente sin razón ni fundamento. Si tu abuelo hubiera creído que debía hacerse eso que tú haces, te hubiese preparado las cosas de suerte que no necesitases de mí. Cuando tú, una vez tras otra, me has hostilizado, lo que he hecho yo es intentar restablecer la situación, tal como la arregló el abuelo, sin que haya podido cumplir del todo los fines que eran necesarios, a causa de tu agitación y tu esquivez. Ésta es la verdad de lo ocurrido. Si el Emir de los musulmanes quiere ahora empezar de nuevo y hacer tabla rasa de lo dispuesto por el šayj, consideraré que ocupa el lugar de éste y obedeceré sus órdenes; pero si juzga que lo que hizo

nuestro abuelo es acertado y conveniente, ¿por qué vienes a molestarle con lo que no le concierne?». Tras de expresarme así, reinó el silencio. El Emir de los musulmanes nos dio orden de marcharnos, y ya no volvió a hablarse de este asunto en su consejo hasta la maldita expedición de Aledo.

A seguida, el Emir de los musulmanes emprendió el regreso a su país, tras haberse enterado, de vistas y de oídas, de cómo andábamos divididos, de tal suerte, que no vio manera de que siguiéramos en la Península; pero a todos nos trató afablemente y no continuó en nuestras tierras para no dar pábulo al temor que tenían los sultanes de que sus súbditos se pasasen a él. A cualquier súbdito que en aquel momento le presentaba una queja, le decía: «Yo no he venido para eso. Los sultanes saben mejor que yo lo que han de hacer en sus estados». Esta actitud acrecentó el afecto que ya le guardábamos en nuestros corazones, así como la confianza y la simpatía.

Por nuestra parte, también nosotros regresamos todos a nuestras respectivas tierras.

51. *Nueva venida de Yūsuf ibn Tāšufīn. Campaña y estéril asedio de Aledo*

Así siguieron las cosas, es decir, los cristianos, llenos de miedo y de amargura, y nosotros, en próspera situación, cuando surgió la campaña de Aledo.

Al ver al-Muʿtamid ibn ʿAbbād la rebelión contra él de Ibn Rašīq, y con el intento de dar a su hijo al-Rāḍī el gobierno en Murcia, que le compensara de la pérdida de Algeciras[271], se dirigió en persona a visitar al Emir de los musulmanes, y, una vez cruzado el mar, le hizo ver la confianza que en él depositaba y trató con él de sus propósitos respecto a lo que

había de hacerse en Murcia y en otras partes. Le encareció, sobre todo, la importancia de Aledo[272], diciéndole cómo estaba en pleno corazón del país musulmán y cómo los musulmanes no descansarían más que tomándolo. En definitiva, hizo un concierto con el Emir, en virtud del cual éste vendría en persona a al-Andalus con sus tropas, y, mientras, los sultanes andaluces prepararían sus contingentes y sus pertrechos para dicha campaña, agradecidos de antemano a quien pudiese expulsar a los cristianos de la plaza.

Yo, por mi parte, recibí cartas del Emir en las que me ordenaba que, con motivo de su venida, me preparase para la expedición e hiciese las demás cosas convenientes. Así lo cumplí a toda prisa, por mi deseo de participar en la guerra santa, y por amor y deferencia al Emir. Salido de Granada, me encontré con él en la frontera de mi territorio, llevándole los regalos y objetos preciosos acomodados para una persona como él, y convinimos en seguir juntos el camino hasta Aledo[273].

Sitiamos el castillo de la manera más perfecta posible en punto a hombres y pertrechos. Cada soberano participaba en la campaña con arreglo a sus medios y hasta donde llegaban sus posibilidades y su talento táctico. El castillo estaba lleno con los súbditos cristianos de toda aquella comarca, que se habían prevenido para el asedio de cuanto les era necesario, como quien ha podido hacerlo con desahogo. Además, nos amenazaban con la venida de Alfonso, y, por miedo de nuestras estratagemas, encendían hogueras todas las noches. Nosotros, por nuestra parte, les atacábamos diariamente sin tregua, y en los sitios más vulnerables para ellos construimos plataformas donde emplazar almajaneques y ballestas. No quedó por emplear ninguna de las máquinas de las que suelen usarse para acometer castillos. Ibn Ṣumādiḥ vino incluso con un «elefante» [de madera], aparato insólito que

quedó instalado, y que incendió un tizón enemigo lanzado desde la plaza. Sin embargo, todo resultó inútil, y los musulmanes no pudieron aprovechar ninguna oportunidad favorable, a causa del desacuerdo en que estaban, por voluntad divina.

52. *El campamento de Aledo, reflejo de la anarquía andaluza*

Durante aquella expedición sacó Dios afuera el odio que se tenían entre sí los sultanes de al-Andalus. Además, sus súbditos venían en tropel a quejarse de todo ante quien pensaban que les apoyaría. Los mejores venían a pedir aumento de sueldo; los peores, a satisfacer sus deseos de venganza. Para formular sus denuncias tomaban como mediadores a sus alfaquíes, en cuya busca corrían. Uno de los alfaquíes más favorecidos fue Ibn al-Qulayʿī[274], cuya tienda en el campamento se convirtió en imán de todos los que iban y venían, con los cuales buscaba la manera de perderme, por una decisión decretada por Dios, que lo permitió.

Los sultanes de al-Andalus se desasosegaron y se llenaron de negros pensamientos al ver el insensato odio que les tenían sus vasallos y la resistencia que éstos mostraban a pagar las contribuciones feudales que les obligaban, precisamente en el momento en que los soberanos necesitaban mayor dinero para tanto gasto. En efecto, de un lado, había un ejército anual que mantener; mucho dinero que era forzoso dar a los Almorávides y continuos regalos que había que hacerles, y que, caso de fallar, podían comprometer la situación, y, de otra parte, súbditos que se negaban a pagar los subsidios necesarios para hacer frente a dicha situación. No había más que dos caminos: o el de armarse de paciencia,

que conducía a los reproches y éstos traían aparejado el castigo, o el de protestar, que conducía a la aniquilación, que es lo que sucedió.

Durante todo este tiempo no cesé de oír de los súbditos de mi territorio amenazas y quejas, que tenía que rechazar, porque de esa forma no había manera de ejercer la realeza ni de arreglar ningún negocio. El citado al-Qulayʿī escribía desde el mismo campamento a sus conciudadanos de mi capital que no me pagasen nada, y les anunciaba lo que iba a suceder. Así, cuando iban a verlos de mi parte los agentes fiscales, se negaban a pagar, siendo así que yo estaba más necesitado que nunca de dinero, sobre todo en aquel campamento en el cual no podía procurarme víveres para mis tropas más que comprándolos cada día. Todas estas cosas me producían un desastroso perjuicio. Además, aquel maldito asedio se prolongaba, y era como piedra de toque en la que se distinguían los buenos de los malos y gracias a la cual salían a luz los defectos de todos.

Los soberanos aumentaban por días en su malestar; los súbditos, en su tozudez; los instigadores de tales desórdenes, en su codicia. Y a éstos últimos era a quienes se les daba la razón, merced al desacuerdo reinante entre los príncipes. Porque los príncipes parecían las víctimas de un naufragio: el que perdía la serenidad se asía de su compañero, no menos necesitado de socorro y al que impedía hacer lo que estaba haciendo, con lo cual perecían juntos; mientras el que conservaba su buen juicio permanecía aislado, sin encontrar ayuda, hasta que se internaba en alta mar y se lo llevaba una ola. Todas estas cosas eran el anuncio de la desgracia, la época crítica para los sultanes andaluces y la suerte próxima para los Almorávides.

53. *El pleito entre Ibn ʻAbbād e Ibn Rašīq. Prisión de este último*

En éstas, llegó Ibn Rašīq con la pretensión de anular el acuerdo de Ibn ʻAbbād con el Emir. Para ello entregó mucho dinero a los Almorávides. Se apresuró a complacerlos en todo, y se ganó su simpatía. Puso su confianza en el emir Sīr[275] (¡Dios lo ensalce!), gracias a lo cual éste le distinguió con desproporcionados miramientos. Por su parte, Ibn ʻAbbād se echó en brazos de Garūr[276], y puso su confianza en él para la resolución del pleito, entregándole considerables sumas. Pero como siempre el que da más vence al que da menos, aunque la diferencia sea mínima, el amán cayó del lado de Ibn Rašīq, que llegó a la máxima familiaridad con los Almorávides, lo cual le desvaneció. Lleno de satisfacción, trataba con altanería a Ibn ʻAbbād, daba públicas muestras de rebelión y desvío con respecto a él, y abrazaba el partido del Emir, buscando su apoyo, hasta el punto de que dispuso que la *juṭba* se pronunciase en Murcia a nombre del Emir de los musulmanes, y no al de Ibn ʻAbbād.

Todo esto, que veía, llenaba de irritación a al-Muʻtamid, lo afligía y lo desgarraba de angustia, desde luego con razón. Decidido a no abandonar el pleito, consultó con los alfaquíes, exhibiendo en su favor los argumentos sacados de las sentencias de la Zuna. Entre los alfaquíes a quienes se ganó figuraba Ibn al-Qulayʻī, que se gloriaba de esta intervención ante mí, diciendo: «Ya verá Ibn Rašīq lo que se le va a venir encima, puesto que se me ha consultado sobre su caso. Y si los alfaquíes nos reuniésemos en consejo para juzgar a otros príncipes, haríamos contra ellos otro tanto». Estas palabras me sacaban de quicio y me indisponían en contra suya, unidas a todas sus amenazas durante la campaña, al uso que hacía de refranes alusivos, a la agudeza de sus razonamien-

tos y a su inclinación a la maledicencia; pero, como el Emir de los musulmanes no sabía nada de esto, yo no podía quejarme a él del alfaquí ni aportar pruebas ni argumentos, porque hubiera sido obrar en favor suyo y cubrirme de ignominia, ya que el Emir se empicaba principalmente de tratar bien a los ulemas.

Por último, el Emir de los musulmanes, al ver lo ocurrido entre Ibn ʻAbbād e Ibn Rašīq y la disensión que los separaba, reflexionó en el asunto, pesó los pros y los contras, y se dijo: «A mí no me conviene indisponerme con Ibn ʻAbbād por culpa de Ibn Rašīq, puesto que para esta empresa en que ando metido necesito del concurso de aquél, no estando a seguro de lo que todavía ha de resultar del rey cristiano. Lo mejor que puedo hacer en estos momentos es contemporizar con Ibn ʻAbbād, ʻhasta que las cosas nos muestren su verdadera faz'»[277]. En consecuencia, reprochó violentamente a Ibn Rašīq la pública actitud de rebelión que había adoptado contra su señor, diciéndole: «No había ninguna necesidad de que abrazaras mi partido para alzarte contra tu soberano, atizando odios entre él y yo». Por otra parte, se decía el Emir para sus adentros: «Ibn Rašīq no hace nada de eso por deferencia hacia mí ni por afecto que me tenga, sino para atizar cada vez más el fuego de mi cólera contra su señor, y para hacer que su señor, ocupado conmigo, no pueda dedicarse a castigarlo; tanto más cuanto que a nadie se le oculta que presta ayuda a los cristianos de Aledo, convencido de que sólo si ellos resisten podrá él mantenerse en Murcia». En efecto, Ibn Rašīq los avituallaba constantemente y les proporcionaba las cosas que no podían procurarse de otro modo, para conservarles siempre un resto de vida y porque temía que su desaparición fuese para él una catástrofe.

De estos manejos de Ibn Rašīq llegó el Emir a tener plena certeza. Por su parte, al-Muʻtamid, que no se dormía, pidió

dictamen sobre el caso a los alfaquíes, basándose en que Ibn Rašīq se había rebelado contra él después de haberle jurado fidelidad, a raíz de tomar Murcia. Reunidas todas las pruebas contra Ibn Rašīq, se celebró una junta de alfaquíes en la que éstos dictaminaron que el rebelde debía ser expulsado de la comunidad musulmana y entregado a su sultán. Recurrió Ibn Rašīq al Emir, pero éste le contestó: «Si tu falta hubiera sido en contra mía, yo te la perdonaría; pero yo no puedo oponerme a la aplicación de los preceptos de la Zuna». En consecuencia, mandó que fuese detenido y entregado a al-Muʿtamid, quien lo cargó de hierros, lo sometió a las mayores afrentas, y ordenó a su hijo al-Rāḍī que lo guardase inmediatamente en su campamento, con lo cual desapareció como si nunca hubiera existido. Sin embargo, cuando el Emir envió mensaje a los habitantes de Murcia para que reconocieran de nuevo a su señor y retornasen a la obediencia, todos los murcianos rehusaron reconocer al hijo de al-Muʿtamid y a sus parientes, pusieron su ciudad en pie de defensa y trataron con desconsideración a cuantos iban a verlos. La situación no tuvo salida. A pesar de las muchas tentativas de mediación que se hicieron, no se pudo lograr de ellos nada.

54. *Levantamiento del sitio de Aledo. Dispersión de los sitiadores y rencillas entre ellos*

El asedio, entre tanto, se prolongaba, nuestra permanencia se alargaba y las gentes empezaban a impacientarse, cuando llegó la noticia de que Alfonso se dirigía a Aledo, anuncio que produjo en los sitiadores penosa impresión. El Emir de los musulmanes pensó que lo mejor sería desistir del asedio y dar media vuelta, no sólo por la fatiga y el cansancio de los

soldados, sino también por la gran multitud de cristianos que venían y por la rebelión de Murcia, ya que los cristianos podrían aprovisionarse y avituallarse en dicha ciudad, que en el momento de su rebeldía no había dejado de enviarles embajadores. En consecuencia, emprendió sin más el regreso[278].

Por este tiempo ocurrieron entre al-Muʿtamid y al-Muʿtaṣim, señor de Almería, disputas y reclamaciones poco cordiales, a propósito de unos castillos del «distrito de la Sierra» *[naẓar al-ŷabal]* y del de Sorbas *[Šurba]*, sobre lo cual recurrieron al Emir; pero hubieron de separarse sin ponerse de acuerdo, por un hado nefasto que se cernía sobre ellos.

Otro tanto me pasó a mí con mi hermano el príncipe de Málaga, que volvía a renovar las reclamaciones sobre el mismo territorio del que ya había hablado con ocasión de la campaña de Badajoz. Pretendiendo hallarse dispuesto a proceder contra mí, me dijo con su habitual irreflexión: «Lo que me impidió lograr satisfacción en la primera campaña fue que yo hablé del asunto al Emir cuando éste se hallaba a punto de partir. Como no me entendió, no logré nada. Pero ahora, con más espacio, es indispensable que vuelva a hablarle, y, si no consigo nada, nos las entenderemos tú y yo». No desprecié tales palabras, pero tampoco les di demasiada importancia, a sabiendas de que el Emir no haría caso de ninguna de estas cosas. En efecto, cuando el Emir de los musulmanes vio las múltiples reclamaciones de mi hermano, me envió a Garūr para decirme: «No te inquietes por las denuncias de tu hermano. El sultán no puede decirle: 'Cállate y no vuelvas a reclamar'; pero no le prestará el menor apoyo contra ti. Lo que haremos será dar largas al asunto, jornada tras jornada, hasta que llegue el momento de separarnos». Le di las gracias por esta actitud, y él añadió: «Granada es para el Emir mucho más importante que Málaga, ya que ne-

cesita pasar por ella en sus campañas, y, además, le viene bien avituallarse en ella. Adelántate, pues, desde ahora, y prepara con el máximo empeño todo lo necesario para hospedar al sultán cuando cruce por tus estados, pues ha de detenerse a tu lado en Granada cuando regrese».

Tales noticias me regocijaron sobremanera, y al punto me adelanté a Guadix para prepararle un recibimiento digno de él.

VIII

REINADO DEL AUTOR DE ESTE LIBRO, ʻABD ALLĀH IBN BULUGGĪN (IV): POLÍTICA DE ʻABD ALLĀH DESDE EL REGRESO DE ALEDO: MEDIDAS DEFENSIVAS Y DIPLOMÁTICAS

55: Pesimismo de ʻAbd Allāh al regreso de Aledo. La conducta de Garūr.—56: Dañinas intrigas y defección final de al-Qulayʻī.—57: Reconciliación con el ejército y medidas defensivas.—58: Tratos con Alvar Háñez.—59: ʻAbd Allāh paga los tributos a Alfonso VI y hace con él un nuevo pacto.—60: Amenazas almorávides. ʻAbd Allāh se sincera de su conducta.

55. *Pesimismo de ʻAbd Allāh al regreso de Aledo. La conducta de Garūr*

Al llegar a Guadix, se me representó, sin embargo, la dureza con que anteriormente me había tratado Garūr en Aledo; sus intimidaciones y las amenazas que me había transmitido poniéndolas en boca del Emir, y que éste no había proferido, pero que yo pensaba procedían de él, por saber el valimiento que Garūr tenía con el soberano. Todo ello me hizo concebir grandes temores. Además, yo había visto lo que le había ocurrido a Ibn Rašīq, y había oído las amenazas de Ibn al-Qulayʻī contra mí, y la dureza con que éste me trataba, y cómo rechazaba cualquier responsabilidad en lo que pudiera ocurrirme; todo lo cual acrecentaba mi inquietud, tanto más, cuanto que la desazón y la melancolía

siempre me dominaron y las encontraba en la raíz de mi carácter. Estaba, pues, a punto de morir de tristeza, siendo así que antes no había conocido humillación ni sinsabor. Ahora todo lo veía negro. Los miramientos con que el sultán me había tratado cuando la campaña de Badajoz, los interpretaba al contrario. Veía ahora que Garūr me mostraba hostilidad; que enviaba gentes para que me desacreditaran en mis propios dominios, y que durante la campaña de Aledo me daba órdenes poco cordiales, para humillarme y poner de manifiesto su arrogancia y su injusticia.

Así estaban nuestras relaciones, cuando iba a entrar en mis estados, y quiso reparar los desafueros precedentes. Pero yo comprendí que no era porque hubieran mejorado sus intenciones, sino porque le forzaba la necesidad y no tenía más remedio que obrar así antes de cruzar mi territorio. Por eso me dijo, atribuyéndoselo al Emir, lo que me dijo en el negocio de mi hermano, porque se me hizo patente que, si tales palabras hubiesen procedido del Emir, Garūr no me hubiera pedido por ellas el más pequeño cohecho, y, en cambio, no dejó de exigirme dádivas, como si fueran necesarias para alejar de mí los ataques de mi hermano. De esta suerte me sacó mil dinares murābiṭīes[279], que nunca osé mencionar, mientras vivió, por miedo de que hablase mal de mí al Emir. Además, apenas se había alejado de mí después de dárselos, cuando volvió a pedirme para su yerno[280] otros quinientos dinares, que también le entregué, como todo lo que me pedía autoritaria y amenazadoramente, dando muestras de tan poca clemencia como piedad, y expresándose con grosería. Más tarde, en Granada, le entregué todavía otros mil dinares, so pretexto de que eran para coberturas de sus caballos, y respecto a lo que se apropió cuando su viaje a Badajoz y durante el tiempo que estuvo en Aledo con los demás embajadores [almorávides], fue más de lo que puede contarse, a

pesar de lo cual no hacía sino mostrar cada vez mayores despego y orgullo. Con un intermediario así, un jefe no hace sino perjudicar su causa y atraerse la antipatía general.

Posteriormente, estando yo en Mequínez *[Miknāsa]*, el Emir de los musulmanes me mandó a preguntar cuáles eran las sumas que Garūr había recibido de mí; pero yo pesé con el mayor cuidado posible las consecuencias del asunto, y reflexioné: «Si le digo la verdad, y Garūr sigue teniendo influencia con él, tal vez le enseñe mi carta para avergonzarlo; pero seguramente lo mantendrá en su puesto y entonces pereceré a sus manos. Sólo si estuviese a seguro de sus malas intenciones, podría decir al Emir la verdad. Pero lo más probable es que mi carta caiga en manos de Garūr, aunque sea por azar, y sólo un necio incidiría en este error, porque hay muchas verdades que vale más callarlas, en interés del que las sabe. Por otra parte, tampoco puedo contestar al sultán que no le di nada a Garūr, porque no habría de creerme, ya que sabe con toda certeza que en modo alguno habría podido escapar de entregarle al menos algo…».

[laguna]

56. *Dañinas intrigas y defección final de al-Qulayʿī*

[Mi hermano, el príncipe de Málaga] envió al cadí Ibn Sahl[281] cincuenta meticales, con intento de conciliárselo y de ponerlo en contra mía, con apariencias de legalidad; pero el mencionado Ibn Sahl, indignado de este proceder, le devolvió el dinero.

Entonces Ibn al-Qulayʿī me dijo: «Éste es el momento de que demuestres a ese hombre en lo que estimas su acción. Escríbele con la promesa de que, a tu regreso, lo nombrarás cadí, y con eso no volverá a hacer caso de tu hermano. De-

berás, sin embargo, asociarme a él en ese puesto, pues, si lo haces, ya verás qué maravillosamente marchan las cosas de acuerdo con tus deseos, tanto en lo referente a los Almorávides como en tu propio reino. En efecto, si quieres sacar a cualquiera aunque no sea más que un dirhem contra la ley, las gentes lo tendrán por odioso, y, en cambio, si les sacas mil por vía legal, podrás hacerlo sin que nadie diga nada. No encuentro a ninguno que pueda servirte como este hombre». Y no me dejó hasta que tuve que entregarle una esquela de mi puño y letra, garantizando a Ibn Sahl su nombramiento para el cadiazgo y los emolumentos mensuales y la gratificación anual que habrían de corresponderle.

Me parecía entonces que acceder a esta petición era bueno para mí y malo para mi hermano, y que, además, en aquellas circunstancias, la recta política consistía en atraerme a Ibn al-Qulayʿī y ganar su confianza. Creía, por otra parte, que estaba deseoso de ejercer la autoridad que le confería. Pero no sabía que contra quien iba a comenzar a usarla era contra mí… y que de esto habría de seguirse la descomposición de mi reino y mi destronamiento…

[laguna]

«… y tengo confianza en ti [le respondí a Ibn al-Qulayʿī]. Sin embargo, con lo que has dicho me has puesto en deseos de ese dinero, y me gustaría saber a quién se le podrá sacar». En efecto, apenas osaba dar crédito a sus palabras, dada la extrema penuria de numerario en que yo me hallaba, para hacer frente a los gastos habituales y para mantener este ejército todos los años.

Comenzó entonces a nombrarme gentes que estaban muy por encima de él, en punto a honradez y moralidad. Al que puso por delante fue al curador de los bienes de manos muertas *[ṣāḥib al-aḥbās]*, Ibn Salmūn[282], sobre quien inten-

tó inducirme a sospechas a propósito de su gestión, y luego citó a otras personas que no habían dado pruebas sino de lealtad y probidad.

«¡Dios es grande! —me dije para mis adentros—. Este hombre no va más que contra las gentes que siempre nos han rodeado, a mí y a mis mayores. Sin duda se propone aislarme de todos ellos, para lograr sus propósitos, y dejarme sin un solo amigo en el que pueda descansar. Todo esto, sin contar los malos sentimientos, los siniestros designios y los nefastos proyectos de que da pruebas:

[basīṭ]

Basta mirar al interlocutor a los ojos
para saber si es de tu partido o del adverso...».

Al punto se puso a perseguir [para arrancarles dinero] a los Banū l-Sunaydī[283], a los secretarios de la cancillería y a otros personajes que eran hechuras mías y de cuya integridad estaba seguro. Luego me dijo: «La conducta contigo del sultán almorávid en Aledo [¿no debe inquietarte?]... Ha eludido concederte a ti y a los demás una audiencia... Pero yo obraré de manera que deshaga las pruebas que él cree tener contra ti...».

[laguna]

... Este al-Qulayʿī era un personaje de ningún relieve en los días de mi abuelo el šayj (¡Dios se apiade de él!). Mi abuelo no le consintió vivir en la capital y le ordenó fijar su residencia en una finca de su propiedad, por tener bien conocida su maldad y su capacidad para la intriga. Pero, cuando surgió la cuestión de los Almorávides, buscó la protección de Mu'ammal[284] y de otros dignatarios, y me fue pintado como hombre de bien y de muy buena palabra. Se me dijo

que nadie mejor que él, por sus cualidades, podría ganarse el favor de los Almorávides.

En vista de ello, lo envié como embajador; pero lo que hizo fue trabajar por su cuenta, procurando, en el fondo, mi ruina, y echar lefia al fuego. Según informes fidedignos que me llegaron, decía: «Por Dios, que he de hundir al nieto de Bādīs en el lodo más negro y hacer que eche de menos un simple dirhem con que vivir, para vengarme del modo como su abuelo nos ha tratado a mí y a otros».

Abū Bakr ibn Musakkan[285] me refirió que, al emprender el viaje de Marruecos, en el que Abū Bakr le acompañaba, había escrito al Emir de los musulmanes; pero que luego, en el camino, tuvo noticias de que el soberano acababa de llegar a España. «Ahora —dijo— se les bajarán los humos a estos criminales de sultanes de al-Andalus». «¿Cómo —le preguntó Abū Bakr ibn Musakkan—; es que incluyes entre ellos a tu propio príncipe?». «Desde luego —replicó el otro—. Él será, si Dios quiere, la primera víctima...».

[laguna]

«... me encontraría en una situación que no dejaría satisfechos de mí ni a los súbditos ni al ejército regular. Es una solución perturbadora y disociadora». Al-Qulayʿī me contestó: «Si te indispones con el ejército, lo sustituirás con los soldados que puedas hacer venir de Berbería. Déjame a mí que piense lo que ha de hacerse, ahora que estoy asociado con Ibn Sahl, y no te cuides de dónde ha de venirte el dinero».

Vi, pues, que el asunto era oscuro y que lo que quería era resolverlo sin mí. A eso había que añadir las amenazas e intimidaciones contra mí que profería continuamente en presencia de mis amigos y de gentes que me las transmitían. «Por Dios —decía entre otras cosas—, que he de tratar al nieto de Bādīs como su abuelo nos trataba a mí y a otros».

Así revelaba su poca circunspección, lo expedito de su lengua, el desprecio que me tenía, y la necesidad en que yo me veía de él; lo cual aumentaba el desasosiego en el ejército, que por esta causa andaba pensando en irse, todo él, de mi lado.

Dándome cuenta de la situación, me dije para mis adentros: «Estoy en camino de hacerme odioso a mis soldados, que son mis dos alas, y de quedarme sólo con los que desean mi destronamiento. De cualquier manera, lo mejor que puedo hacer es llamarlos y arreglar en lo posible mi mala situación con ellos, porque así no se enojará más que al-Qulayʿī; cosa, por otra parte, necesaria para dar satisfacción a la masa de mis ʿAbīd y de mis soldados».

Poniendo manos a la obra, los reuní, a presencia de al-Qulayʿī, para informarles de que había cambiado de opinión y de que les devolvía sus derechos de *inzāl*[286]. Todos se alzaron entonces contra al-Qulayʿī y hasta pensaron en llevárselo a la fuerza de mi presencia; pero yo los sujeté, temiendo que pudieran matarlo, lo que hubiera sido una muestra pública de mi falta de autoridad, que habría traído aparejadas malas consecuencias. «Dejadme a mí que lo castigue», les grité, y ordené que lo detuvieran, con los mayores miramientos, en una casa próxima al alcázar, donde fue tratado benévola y honradamente. Luego le di como excusa de mi actitud la excitación del populacho y le prometí ponerlo en libertad, cuando el tumulto se aplacase, como realmente lo hice.

Sosegada y estabilizada la situación, mandé, en efecto, que lo sacaran de su cárcel y le previne que habría de refrenar su lengua y evitar todo entrometimiento de palabra y de obra, limitándose a hacer lo que le concernía y se acomodaba a su profesión. Me contestó: «Desde luego. Si Dios quiere, pienso

retirarme a las *rābiṭas*[287] y llevar una vida apacible». Pero apenas fue puesto en libertad, le faltó tiempo para ir a ver al Emir de los musulmanes con quejas que llovían sobre mojado.

57. *Reconciliación con el ejército y medidas defensivas*

Mis soldados me decían: «Si lo hubieras mantenido preso, no hubiera atizado más contra ti la hoguera. Ya te arrepentirás de las consecuencias de haberlo soltado». Pero todos me testimoniaron tanta obediencia, sumisión y lealtad, que pensé que por mí guerrearían hasta con el Anticristo[288]. Satisfecho y tranquilo de esta fidelidad, me dije: «Gentes son éstas que no me cambiarían por nadie, a causa de la justicia con que las trato y de la regalada vida que conmigo llevan. Han visto además cómo viven los soldados de Berbería, y saben que el peor de sus esclavos es más rico y se desenvuelve mejor que las tropas de otros ejércitos. No es posible que quieran cambiar lo mejor por lo peor». Al mismo tiempo me di cuenta de cómo razonaban los magribíes que guarnecían los castillos y de la buena disposición en que se hallaban. En modo alguno podía pensar que ninguno me vendiera.

Mi sola inquietud procedía de mis súbditos, por su aspiración a que se les levantasen los impuestos llamados *magārim*[289], y porque sabían las disposiciones tomadas por los Almorávides a propósito del azaque y del diezmo[290]. «Sin embargo —me decía—, con las águilas que se ciernen sobre sus cabezas [o sea, las guarniciones de los castillos], no se atreverán a hacer nada. Mientras los castillos estén en pie de defensa, la cuestión de los súbditos es muy llevadera. ¿Cómo habría de poder un ejército invasor apoderarse de una vez de todos mis estados? Con que resista un solo casti-

llo, la situación se prolongará y se producirán complicaciones contra el invasor». Pensando de este modo, puse mi mayor empeño en fortificar los castillos, restaurarlos y aprovisionarlos con todo lo necesario para sufrir un asedio. No dejé por tomar ni una sola de las prevenciones necesarias: construcción de aljibes; instalación de molinos; almacenamiento de toda clase de pertrechos, como escudos, flechas y máquinas de lanzar proyectiles, y formación de depósitos de víveres, que sacaba de los pueblos. Las vituallas guardadas en cada castillo eran para más de un año. Y aún lo hice mejor en la ciudad que era mi capital; pero la celebridad que adquirieron estas medidas me dispensa de enumerarlas[291].

«No es posible —me decía yo— que el Emir de los musulmanes hostilice a ninguno de los sultanes de al-Andalus sin haber antes acabado con el rey cristiano, y la discordia que los separa tiene que tener una solución. Si el que vence es el Almorávid, no podré excusarme de entrar en su obediencia, y no urdiré en contra suya nada que pueda traer malas consecuencias, salvo velar por mis territorios y procurar que sufran lo menos posible, pues, como dice el refrán, 'mientras no cae el burro no se rompe el odre'; cosa que estoy seguro de lograr, sin necesidad de tender a los Almorávides una mano hipócrita. Si el vencedor, en cambio, es el rey cristiano, tomadas tengo ya mis medidas, pues las construcciones de castillos que he consolidado, las nuevas fortificaciones y el almacenamiento de pertrechos, me serán de utilidad, servirán de protección para los musulmanes y permitirán aguardar mejores días. Desde luego, por otra parte, estas edificaciones no servirían de nada contra el Almorávid». Aún hice más preparativos por si vencía el rey cristiano, y fue pensar en reforzar Almuñécar, para estar, en caso necesario, junto al mar, cerca de los musulmanes [de África], y poder defenderme desde ella en lo posible, hasta verme obligado a

cruzar el mar y salvar la vida, con mis seres queridos y los restos de mis riquezas. Fortifiqué, pues, dicha plaza en la forma que es harto notoria[292].

Los ignorantes no saben de todas estas cosas absolutamente nada; andan a ciegas y cada cual sigue el dictado de su pasión. La verdad, y Dios bien lo sabe, es que yo, en el negocio de los Almorávides, ni quería estorbarlos en hacer la guerra santa, ni esperaba aliarme con nadie en contra suya, ni abrigaba respecto a ellos las malas intenciones que me atribuían. Sencillamente, experimentaba una profunda inquietud por las cosas antes mencionadas que había presenciado, y por lo ocurrido a Ibn Rašīq, junto con que me dominaban el temor, la melancolía y unos malos pensamientos corroborados por la contemplación de la evidencia. «Mientras musulmanes y cristianos estén enfrentados —pensaba— estaré siempre en peligro de que las aguas del torrente se desvíen hacia esta ciudad. Por tanto, lo mejor, y lo que me será útil siempre, es fortificarla. Si el Emir de los musulmanes me pide tropas, o dinero, o cualquiera otra cosa que necesaria sea para colaborar con él y ayudarle, no me haré el remolón en entregársela, para no darle argumentos contra mí, ni atraerme la desgracia obrando en contrario. Ahora bien: si lo que me pide es que vaya a verlo en persona, me excusaré y procuraré resistirme con todas mis fuerzas, por ver si me deja en paz y acepta mis excusas, y, si no acepta mis excusas, comprenderé que lo que quiere es pasar conmigo a vías de hecho, enconado contra mí por las calumnias y los embustes de mis enemigos. En este último supuesto, no tendré más remedio que velar por mi vida, ponerme a salvo y considerarlo como a cualquiera otro de los sultanes que quieren expulsarme de mi reino, y Dios se pondrá de mi parte, puesto que no he tenido respecto al Almorávid ningún mal designio, ni he ayudado en contra suya a nadie, ni lo he

estorbado en hacer la guerra santa. ¿Qué pretexto puede buscar para perseguirme, si no es que me acusa falsamente prevaliéndose de su poderío? Y en este caso yo no podría hacer nada. I Me pasaría como a aquel hombre que, teniendo necesidad de ir a ver a cierto rey, llevaba preparadas respuestas para cualquier cosa que pudiera preguntarle; el cual hombre, como saliera de la cámara preso y le interrogaran de qué le habían servido aquellas contestaciones que llevaba aparejadas, contestó: 'En efecto, tenía prestas respuestas para todo, menos para que dijera: Prendedlo; por eso cuando pronunció esta palabra, no supe qué replicar y me puse en manos del Destino'».

Todos aquellos días los pasé entre el miedo y la esperanza; pero, como estaba confiado en que ninguno de mis hombres ni de los servidores que se hallaban conmigo me había de hacer traición, esta seguridad, junto con los preparativos que tenía hechos, no dejaba de darme ciertos arrestos.

58. *Tratos con Álvar Háñez*

En el momento de partir de Aledo habíamos hablado con el Emir de los musulmanes sobre la conveniencia de que nos dejara en al-Andalus un ejército, en previsión de que el cristiano nos atacase, queriendo vengarse de ésa y de la anterior expedición, y de que no tuviéramos gente con qué defendernos. El Emir nos contestó: «Si os unís con sinceridad, podréis hacer frente a vuestro enemigo»; pero no nos dio ningún ejército.

Yo tenía, sin embargo, la certeza de que el cristiano no perdería aquella oportunidad de perseguirnos, como, efectivamente, sucedió, pues no tardó en movilizar sus huestes y en venir a pedirnos dinero, amenazando al que se resistiera

con asolar sus estados. Con los que hizo un tratado fue con el señor de Zaragoza y con los demás príncipes del Levante, que se pusieron a cubierto de su maldad mediante el pago de los tributos que le debían.

El conocimiento de esta noticia aumentó mi inquietud, pues comprendí que iba como montado encima de un león. Si, no teniendo un ejército, entregaba mis estados, éstos serían devastados; no podría sacar de ellos ni un dirhem; con todo ello, no encontraría excusa; no cesarían de acusarme diciendo que había asolado mi país y traído a él al enemigo (como yo mismo vi y oí que se dijo de Ibn Rašīq); la ruina de mis territorios iría en aumento, y no podría aportar dinero anualmente para las campañas proyectadas y para suministrar a los Almorávides la *ḍiyāfa*. Pero también, por el otro lado, se cernía sobre mí la ruina, pues si me hacía tributario del cristiano y ponía a salvo mi persona, todo el mundo diría: «Ha hecho paces con el cristiano», y me afearían por lo que no había cometido. Así fue, sin embargo, pues no pude librarme de lo que temía, por un decreto del destino.

Álvar Háñez[293] era el jefe cristiano que tenía a su cargo las regiones de Granada y Almería. Alfonso le había encargado de unos y otros estados, para que obrara como quisiera, procediendo contra los musulmanes que se vieran imposibilitados de acceder a sus exigencias, sacándoles dinero e interviniendo en cuantos asuntos pudiesen proporcionarle alguna ventaja. Desde un principio me había enviado un mensajero personal para anunciarme que iba a invadir Guadix, y que no lo apartaría de esta empresa más que la entrega de un rescate por la ciudad. «¿Con quién puedo contar para oponerme a sus designios? —me dije yo—. ¿Qué fuerzas tengo para defenderme? No me han dejado un ejército del que pueda valerme. ¡Cuántos musulmanes van a ser hechos cautivos en esta ocasión! ¡Cuántas riquezas van a perderse,

sin contribuir a aliviar el tributo que me comprometí a pagar! No quiera Dios que todo eso suceda y que yo llegue a saber que los cristianos han hecho cautivos musulmanes. ¿No sería mejor rescatarlos de antemano, aunque sea a gran precio? Creo que debería hacerlo, antes de que vengan a asolar el país. Lo haré por amor de Dios Altísimo, que conoce los entresijos de las almas, porque si no lo hiciera así, sino inconsciente y petulantemente, teniendo soldados con que defenderme, se volvería en argumento contra mí».

Tomé, pues, la resolución de contentar a Álvar Háñez, dándole lo menos posible, y haciendo con él un pacto para que, después de recibir las sumas, no se acercase a ninguno de mis estados. Aceptó, y, una vez cobradas las sumas, me dijo: «De mí nada tienes que temer ahora. Pero la más grave amenaza que pesa sobre ti es la de Alfonso, que se apresta a venir contra ti y contra los demás príncipes. El que le pague lo que le debe, escapará con bien; pero, si alguien se resiste, me ordenará atacarlo, y yo no soy más que un siervo suyo que no tiene otro remedio que complacerlo y ejecutar sus mandatos. Si le desobedeces, de nada te servirá lo que me has dado, pues esto no te vale más que en lo que personalmente me concierne, a salvo de que mi señor me prescriba lo contrario». Comprendí que lo que decía era evidente y razonable. «Ahora bien —me dije—: no voy a ser yo el que acuda a Alfonso, tomando la iniciativa, porque sería incitarlo a que nos coma. Esperaré, y, cuando él me envíe mensajeros reclamando el pago, buscaré excusas, por ver si acepta mi súplica y si puedo no abrir la puerta con darle algo; cosa que no haría más que acrecentar su codicia. Si logro envolverlo en negociaciones, tal vez de aquí a entonces pueda llegar un ejército [almorávid], que lo desbarate y le haga abandonar sus exigencias. Y, si no viene nadie, por lo menos no me

habré enemistado con él desde un principio y no habré tenido que sufrir las consecuencias de esta enemistad».

A este tenor expuse el asunto ante Álvar Háñez, diciéndole que no tenía modo de dar nada a Alfonso, y excusándome con los gastos que me habían ocasionado los Almorávides y las demás circunstancias anejas a su venida; pero el puerco no me contestó. Lo que hizo, fiel al servicio de su señor, fue despachar a éste un mensajero para pedirle que me enviase un embajador a reclamarme el tributo, y que, si este embajador retornaba con las manos vacías, él fuese el encargado de tomar venganza invadiendo mis estados.

59. *ʿAbd Allāh paga los tributos atrasados a Alfonso VI y hace con él un nuevo pacto*

Alfonso hizo, en efecto, sus preparativos para ponerse en camino; pero por lo pronto me envió previamente un embajador. La noticia de su llegada me produjo una consternación paralizadora, pues no sabía qué era mejor: si abandonar y salir de mis estados, dejándole que los corriera, o si intentar apaciguarlo en lo posible. La nueva también produjo temor y agitación entre mis súbditos. El desconcierto llegó al punto de que nadie creía que Alfonso se iba a dar por satisfecho con sacar dinero, sino que se quedaría para ocupar el territorio, como venganza por la irritación sufrida con lo de Aledo y por el pacto mío con los Almorávides.

Intenté que el embajador se contentara con poca cosa; pero me dijo: «Yo he venido exclusivamente para advertirte que has de pagar a mi rey el tributo que le debes de tres anualidades[294], o sea, treinta mil meticales, de los que no te rebajaré absolutamente nada. Si no, ahí lo tienes que viene. Arréglatelas como puedas». Rumiando el asunto, me con-

vencí de que adoptar una actitud arrogante sería inútil necedad. «Si les saco esa cantidad a mis súbditos —pensé luego—, se agitarán, se quejarán, y los principales se irán a protestar a Marrūkuš[295], diciendo: 'Nos saca el dinero para entregárselo a los cristianos'. No; para poner a salvo sus estados y su honor, éste es el momento en que un hombre debe acudir a sus reservas. Puedo darle dicha cantidad de mi tesoro personal, y con eso salvaré mis dominios; mis súbditos me quedarán agradecidos por haber alejado a su enemigo sin haberles obligado a nada, y no me cubriré de oprobio». Así lo hice, y le envié los treinta mil meticales, sin arrancar a nadie ni un solo dirhem.

Al mismo tiempo me pareció oportuno hacer con Alfonso un nuevo pacto, en virtud del cual se comprometiera a no atacar mis territorios y a no violar sus cláusulas, por miedo que tenía yo de que se volviese contra mí. Alfonso aceptó la idea de firmarlo. «Puesto que no hay más remedio que entregar el dinero —pensaba yo—, lo mejor es añadir el pacto. Así, si necesito hacer uso de él, siempre lo encontraré y no me dañará, y, si puedo pasarme sin él, será porque dispongo en lugar suyo de morenas lanzas y finas espadas, caso de que me favorezca Dios con un ejército que rechace al enemigo. La guerra es puro ardid: si no puedes vencer, engaña».

Si Alfonso aceptó firmar el pacto fue por codicia de sacar dinero. En cuanto a mí, no me paré a pensar si lo violaría o no, como el que se ve obligado a hacer una determinada cosa, constreñido por la necesidad. Al firmarlo, el embajador me añadió: «Alfonso te pregunta si quieres añadir a las cláusulas de este pacto otra pidiéndole ayuda para recobrar alguno de tus territorios de que se ha apoderado Ibn 'Abbād, porque en tal caso te ayudaría eficazmente a recobrarlo en el curso de esta expedición». A eso le respondí: «Yo no prestaré nunca mi ayuda para proceder contra ningún musulmán.

Lo único que me ha impulsado a firmar este contrato es poner a seguro mis estados y a la gente de mi religión. Con que lo cumpláis, ése es el único fin que me he propuesto». En efecto, su intención era atizar la discordia entre Ibn ʻAbbād y yo; encontrar un pretexto para invadir los territorios de aquél, a mis expensas, y hallar nuevos expedientes con que sacarme mucho más dinero, pues los treinta mil meticales los juzgaba nada más que una deuda mía por el compromiso de tregua, y quería establecer nuevos tratos con que sacarme mayores sumas.

Por su parte, Alfonso tampoco se fiaba de mis palabras, recelando que yo trataba de engañarlo. Yo le decía: «Ha sido un error mío hacer contigo esto que he hecho, porque los Almorávides me harán reclamaciones y me pedirán cuentas por ello». Él, siempre pensando en obtener facilidades para sacar dinero, me contestaba: «Si el Emir te reclama subsidios, yo seré el que pague la parte correspondiente a tu ciudad». «No se trata de eso —le replicaba yo—, porque lo único que el Emir verá será mi traición, siendo así que su benevolencia y su simpatía me han de ser de más socorro que tu ayuda».

En fin, así pasaron las cosas, hasta que, más tarde me dijo su embajador: «Alfonso se verá en la necesidad de invadir todos los territorios de los estados de Ibn ʻAbbād y de otros soberanos musulmanes, si no le pagan». «He aquí un asunto —le contesté— del que Dios no tendrá que pedirme cuentas el Día del Juicio. Que cada cual responda de sus súbditos. Yo ya me las he ingeniado para salvar a aquellas gentes que Dios me confió y para rescatar sus personas y sus bienes. Si los demás sultanes desean conservar sus estados, no tienen más que entendérselas con vosotros, según puedan, es decir, o pagándoos o haciéndoos la guerra; pero yo no diré ni una palabra en este asunto, que no me concierne, puesto que vo-

sotros no estáis bajo mis órdenes para impediros lo que penséis hacer. Del empeño de ponerme a seguro, en lo que a mí personalmente toca, no he salido sino tras mucho esfuerzo, y de ello vosotros tenéis la culpa. En lo demás estoy libre y no tengo por qué mezclarme en nada, ni de palabra ni de obra».

La única manera posible para mí que encontré de contribuir a la defensa de mis hermanos musulmanes fue escribir a al-Muʿtamid para informarle del estado de mis relaciones con los cristianos y de cómo sabía que intentaban invadir sus estados, poniéndole en guardia para que estuviese advertido, se revistiese de energía y se preparase a hacer frente a las circunstancias.

60. *Amenazas almorávides. ʿAbd Allāh se sincera de su conducta*

A continuación escribí al Emir de los musulmanes contándole al pie de la letra todo lo ocurrido y la necesidad en que me había visto de proceder así. Le decía que «el que está presente en una cosa ve más que el que está ausente»[296], y le aseguraba que, si la situación hubiese consentido alguna demora, aunque sólo hubiera sido el tiempo indispensable para escribir al Emir consultándole sobre la salvación de los musulmanes, nada en absoluto habría yo hecho sino de acuerdo con su opinión; pero que la cosa había sido tan urgente, que no me pareció bien exponer a los musulmanes a la ruina. Le añadía, sin embargo, que pronto vendría, por el poder de Dios, el desquite contra los cristianos, gracias a la ayuda del Emir.

No dudaba yo que la respuesta del Emir sería agradecer mi atinada resolución; tanto más, cuanto que el rescate lo había pagado yo de mi dinero, sin sacar a ningún musulmán

ni un solo dirhem. Pero la contestación que recibí revelaba que el Emir estaba lleno de acusaciones contra mí y que le habían pintado lo ocurrido con colores que no respondían a la realidad; cosa que acrecentó mi consternación. «Nos hemos enterado —me decía— de la tregua que has firmado y de tus palabras embusteras; pero pronto nos enteraremos también de si tus súbditos están contentos y de lo que piensan hacer, puesto que pretendes que lo que has llevado a cabo es velando por ellos. No creas que esto va a tardar: la cosa es inminente y nada remota». Sin embargo, no desesperé del todo, y, creyéndome en posesión de la verdad y de la explicación auténtica de lo sucedido, le envié a decir por boca de un mensajero: «No haga caso el Emir de las acusaciones de mis enemigos. Todo eso procede de la mala voluntad que me tienen al-Qulayʿī y Abū Bakr ibn Musakkan, que no respiran sino por la herida de su pasión».

(Este Abū Bakr ibn Musakkan había llegado al límite máximo de la insolencia y en los insultos contra mí, aspirando a que el Emir de los musulmanes le asignara una parte de mis estados y lo convirtiese en igual mío o superior a mí. Era un individuo de linaje zīrí; cosa que le daba delirio de grandezas y un increíble orgullo, pues no creía que fuese nadie más que él. Siempre se esforzó por desacreditar todas mis medidas de gobierno, en forma intolerable para un rey y para el que ejerciera la autoridad. Le atribuí la misma culpabilidad que a al-Qulayʿī, pues no sólo no apagaba con sus palabras el fuego encendido por éste, como habría debido hacerlo de querer obrar bien, sino que, al dejarlo, le daba alas. Como no cejó en esta actitud, mi preocupación por ambos llegó a ser la misma. Cuando le llamé al orden y le prescribí que desistiera de su actitud, montó en cólera, y, sin orden mía de destierro, huyó acogiéndose al Almorávid, para incitarlo contra mí, esforzándose en perderme, mintiendo y pintándole las

cosas como no eran. Yo había escrito repetidamente al Emir de los musulmanes, explicándole todo lo ocurrido y quejándome de los males que me venían por culpa de estos criminales; pero el Emir nunca me contestó sino con dureza y dando por buenas sus acusaciones contra mí; cosa que aquellos días me tuvo muy acongojado, por no saber qué partido tomar ni cómo escapar con bien de este enredo).

También pensó mal de mí al-Muʿtamid, pues, viendo que el rey cristiano invadía sus estados y respetaba los míos, creyó, sin duda, que obrábamos de mutuo acuerdo, sin pensar en que, de haber mediado este acuerdo, yo hubiera tenido que pagar a Alfonso una cantidad de dinero muy superior al tributo. La verdad es que los sevillanos no disponían más que de mercenarios, que no obedecían a nadie, y que el ejército de los Almorávides no llegó a Sevilla sino cuando ya todo el territorio estaba desorganizado.

Dios Altísimo sabe que, en este desgraciado asunto, yo no di ningún subsidio a los cristianos y que Él no tendrá que pedirme cuentas de ninguna palabra de instigación contra un musulmán. Es verdad que las maledicencias que tenían curso al lado del Emir de los musulmanes estaban unánimes en acusarme; pero, si yo me hubiera propuesto lo que decían y pasarme al bando cristiano, es evidente que los Almorávides no habrían llegado a Ceuta sin que la ciudad de Granada hubiese estado llena de infieles, como yo hubiera muy bien podido lograr, ganando de ese modo bastante tiempo y obteniendo un largo respiro. ¡Los actos han de ser juzgados por la intención que los produce![297] Tales maledicencias fueron, desde luego, la única causa de la suerte que me esperaba; pero, si mi actitud hubiese sido bien esclarecida, no se habría encontrado en ella ningún ataque, ninguna hablilla, ninguna prueba contra mí, ninguna negociación secreta contra un musulmán, ninguna intervención activa. Y ¿cómo había yo

de proceder de otro modo, si la primera espada que se desnudó contra los cristianos fue la mía, en la famosa batalla de Nívar *[al-Nībal]*[298], plaza de mi territorio, cuando los cristianos la atacaron por sorpresa, coincidiendo con la primera aparición de los Almorávides y con su llegada a Ceuta? En aquella ocasión, precisamente, vino a verme un embajador de Alfonso para presentarme sus excusas; embajada que yo rechacé, para interrumpir toda relación y mostrar mi preferencia por el Emir de los musulmanes. ¡Ante Dios compareceremos juntos un día acusadores y acusados!

IX

Reinado del autor de este libro, ʻAbd Allāh ibn Buluggīn (V): los últimos conflictos, presagios de la catástrofe

61: Rebelión de los judíos de Lucena.—62: El pleito de los Zanāta.—63: Defección y sublevación de Muʼammal en Loja.—64: Semblanza del tránsfuga Nuʻmān.—65: La cuestión del matrimonio de la princesa, hermana de ʻAbd Allāh.—66: Digresión sobre los consejeros del príncipe.—67: Vuelve a hablar del matrimonio de la princesa.—68: Intervención de ʻAbd Allāh en el negocio de Murcia. Enojo de al-Muʻtamid.—69: Embajada de ʻAbd Allāh a Yūsuf ibn Tāšufīn en Ceuta. Sus embajadores le hacen traición.

61. *Rebelión de los judíos de Lucena*

En este interregno hubo otros negocios y sucesos, que fueron indicios de que mi situación iba a cambiar y como presagios de mi caída. Fue el primero la rebelión de los habitantes de Lucena *[al-Yussāna]*[299], por una causa que voy a relatar; pretexto mínimo y realmente insignificante.

He aquí lo ocurrido: Cuando ordené la construcción del muro contiguo a la Alhambra *[al-Ḥamrāʼ]*[300], movido a ello por acontecimientos tan notorios que me relevan de comentarios[301], tuvimos la buena fortuna de que los albañiles encontraron, al hacer los cimientos, una orza llena de oro. Avisado de la noticia, hallé en dicha orza tres mil meticales

ŷaʿfarīes[302]; cosa que me regocijó y que me pareció de buen agüero para la realización de mis empresas (¡así se burla de nosotros el mundo, como antes se burló de nuestros ascendientes!). «De los cimientos va a salir la construcción», me dije.

Como sobre aquellos cimientos se levantó en otro tiempo la casa del judío Abū-l-Rabīʿ[303], que fue tesorero bajo el gobierno de mi abuelo (¡Dios se apiade de él!), comprendí que se trataba de riquezas que él había enterrado. Entonces Ibn al-Marra[304] me aconsejó sobre este asunto: «Manda a buscar a su hijo, para que te descubra el emplazamiento de los restantes tesoros». En efecto, le escribí que viniera a verme, pretextando un asunto. Era yerno de Ibn Maymūn[305], al cual había yo puesto como alamín al frente de los judíos de Lucena, y al que había hecho otros muchos favores, por vía de honrarlo; hombre astuto que había atraído a la ciudad a gentes extranjeras para tener bien sujetos a sus correligionarios. Ahora bien: este Ibn Maymūn se olió la historia, se alarmó, e impidió que viniera a verme su yerno, el cual, por su parte, también concibió sospechas y temores de que lo sometiera a tormento para averiguar el paradero de las riquezas de su padre.

Antes de esta ocasión, al partir yo de Aledo, había ocurrido que tuve que imponer a los habitantes de Lucena el pago de una considerable cantidad en oro, como contribución excepcional *[taqwiya]*[306], no prevista por su derecho consuetudinario *[ʿāda]*, pero que yo les exigí como cosa correcta y normal. Con ese motivo se distanciaron de mí, y el mencionado Ibn Maymūn encontró ahora el modo de encizañarlos y moverlos a la rebelión, actitud que, en efecto, adoptaron, levantándose en armas. Ibn Maymūn les decía: «Esforzaos, oh congregación de hijos de Israel, en defender vuestros bienes». Esta actitud suya me lo hizo tanto más odioso, cuanto

que antes había ya cometido otro crimen, asesinando al intendente de mi patrimonio personal *[mustajlaṣ]*[307], Ibn Abī Lawlā, para conseguir él mayor autoridad y hostilizarme.

Viendo que Lucena andaba completamente sublevada, y no teniendo otro remedio que intentar solucionar el asunto sin violencias, encargué de arreglarlo a Mu'ammal[308], quien partió hacia dicha plaza. Luego de su partida, yo reflexioné y comprendí que se había de encontrar ante dos únicos casos posibles: o una obediencia simulada, o una franca rebelión, y que, en uno u otro caso, sería preciso enviar un ejército, que los pusiera en aprieto y los atemorizara, haciéndoles comprender la magnitud de su delito. En consecuencia, salí yo en persona en pos de Mu'ammal, con tropas movilizadas a este efecto; pero me encontré con Mu'ammal que volvía, y que me disuadió de mi propósito, diciéndome: «Ya tengo arreglado el asunto con Ibn Maymūn. Tu expedición no hará más que aumentar el desvío de esas gentes, que tal vez solicitarán la ayuda de un ejército de Ibn ʿAbbād, tanto más cuanto que éste se encuentra en Córdoba, y, en ese caso, la plaza no podrá ser tomada ni por asedio ni por asalto».

Yo sabía que, en aquellos momentos, Ibn ʿAbbād no les haría caso, y menos públicamente; que todo eran hablillas de la gente y cosas de que Ibn Maymūn se gloriaba y que hacía desear a las gentes de Lucena. Acepté, sin embargo, el consejo de Mu'ammal y me volví, para acampar en las cercanías de mi capital, diciéndome: «Lo mismo me da no pasar de aquí que llegar hasta ellos. Lo que quería es atemorizarlos y lo he conseguido». Luego le pedí a Mu'ammal que me contase lo ocurrido. «Ibn Maymūn, jefe *[zaʿīm]* de Lucena —contestó—, me ha enumerado las cosas que le han disgustado, tales como la llamada de su yerno, y la gran contribución que les has impuesto, junto con los restantes tributos que les obligas a pagar. Yo les he garantizado, a ellos, unas misivas

oficiales levantándoles tales obligaciones, y, a Ibn Maymūn, el respeto de sus bienes personales». Accedí a esta propuesta y ordené que se redactaran los oportunos documentos ¡y les fueran enviados!, con lo cual se restableció la situación.

Ibn Maymūn, no obstante, me seguía inquietando, por la actitud de rebelión en que públicamente se había colocado, y porque yo sabía que aquélla era una tregua momentánea; que nunca me sería del todo leal y que no tardaría en volver a las andadas; pero luego me llegaron insinuaciones favorables por parte de los judíos, a quienes tenía oscurecidos. Yo les prometí favorecerlos, y, mediante repetidas intervenciones de Ibn Sīqī[309], logré realizar mis deseos, ya que la captura de Ibn Maymūn era relativamente fácil, por no contar con partidarios y por no sospechar, además, que podía ser cogido. También acudí por entonces a los buenos oficios de Ibn al-Marra y del médico *[al-ḥakīm]* Abū-l-ʻAbbās[310]; cosa que no me perdonó Mu'ammal, de quien prescindí. En resumen: cuando los judíos de nota vinieron a la capital, según su costumbre, mandé que se prendiese a Ibn Maymūn, así como a su hijo, con la anuencia de los jeques, y que, a partir de ese día, no hubiese entre ellos jefe *[zaʻīm]*, sino que todos fuesen alamines. Como eso les convenía, me lo agradecieron, muy satisfechos, y yo escribí a los habitantes de Lucena las ventajas que de ello les vendrían. Con tales medidas se sosegó y estabilizó la situación, hasta el momento en que se perdió todo.

62. *El pleito de los Zanāta*

Otro asunto, posterior a éste, fue el de los Zanāta[311].

Al reflexionar sobre las posibles consecuencias de todas las discordias surgidas hasta entonces, me pareció que una

de las cosas en que era más necesario poner mano era la de los castillos, no sólo, como antes se dijo, ocupándome de su aprovisionamiento y restauración, sino principalmente levantando el flojo y viciado ánimo de los caídes que los gobernaban. Hasta entonces jamás habían ejercido mando en mi nombre más que los Ṣinhāŷa y los esclavos blancos o negros *[wuṣfān* y *ʻabīd]*, con exclusión de los Zanāta, que eran la guarnición regular de la capital.

Andaba el grupo de los Ṣinhāŷa en decadencia y había perdido mucha de su importancia, por las persecuciones de que había sido víctima por parte de los visires del gobierno, tales como el judío [Ibn al-Nagrela] y otros. En efecto, estos funcionarios —viendo que no podrían gobernar con los Ṣinhāŷa, por el desprecio que éstos les tenían y la vergüenza que sentían al verse gobernados por gente así— se inclinaron de lleno en favor del grupo forastero [de los Zanāta]. Además, cuando al judío [Ibn al-Nagrela] le pasó lo que le pasó por culpa de los Ṣinhāŷa, al-Nāya, temiendo que le ocurriera otro tanto, concibió sospechas contra ellos y se dedicó a perseguirlos, a diseminarlos, a instalarlos en los peores feudos, y a buscar pretextos contra todo aquel que poseía algo para quitárselo; con lo cual quedaron muy disminuidos y achicados en su poder. En cambio, favoreció notablemente a los Zanāta, que acrecentaron sus fortunas y sus feudos. Debo decir, sin embargo, que estos Zanāta eran, en realidad, los mejores soldados de al-Andalus y en cuya valentía y arrojo se podía tener mayor confianza. Eran, además, un grupo muy nutrido, y ningún príncipe con dinero para pagarlos hubiera prescindido de sus servicios.

Mis reflexiones de entonces eran las siguientes: «Si los caídes que gobiernan los castillos están en mala disposición de ánimo y no reconocen los continuos beneficios que les he dispensado, ¿cómo han de mantenerse en dichos castillos y

con qué ánimos lucharán en mi favor? Ahora bien: no tengo gentes de confianza con los que reemplazarlos en las fortalezas, pues de estos Zanāta arraigados aquí no puedo fiarme ni para la defensa de la parte alta de Granada ni para la de los castillos, a no ser para un servicio activo puramente militar, que otros cualesquiera pueden prestar. Lo mejor que puedo hacer es 'asociar'[312] a los decaídos Ṣinhāŷa con estos Zanāta, que viven desahogadamente por haber disfrutado de protección, y que cada Zanāta tome a su cargo el mantenimiento de cinco o seis jinetes. En estas condiciones, el que se amolde que se quede, y el que no, que se vaya, pues no nos faltará otro con que sustituirlo». Y así me decidí a hacerlo, «asociando» a unos con otros, que fue moverlos a proceder mal y andar quejosos, pues

[ṭawīl]

cuando el hombre no recibe la ayuda divina,
su simple esfuerzo le hace cometer muchas faltas[313].

Enterados los principales Zanāta de mi decisión, se disgustaron y se llenaron de malos pensamientos. Siempre que los llamaba para cualquier servicio, encontraba a todos, «asociados» o no, de mala gana para hacerlo. Hice una información sobre el asunto y me dijeron: «Son los grandes los que encizañan a los pequeños. Si expulsases de la ciudad a los instigadores, los demás se quedarían muy bien dispuestos a servirte».

Me decidí, en vista de ello, a expulsar a tres de los más sospechosos, y el encargado de ejecutar esta orden fue Labīb el eunuco, zalmedina a la sazón de mi capital, hombre de quien me fiaba, por haberlo criado yo mismo[314]. Pero como en el consejo real había gentes a quienes Labīb odiaba, por sospechar que eran los que andaban hablando de su mala

conducta, el eunuco aprovechó esta ocasión de perderlos, y lo que hizo fue enviar recado a los que se quería expulsar y a otros contribulos suyos para decirles: «En el consejo del sultán se ha tomado el acuerdo de perseguiros y se ha ordenado vuestra expulsión. No os acoquinéis, sino que habéis de esforzaros en conjuraros contra el príncipe y en atemorizarlo. Yo estoy con vosotros. Cuando el soberano vea que os habéis unido, tendrá que hacer lo que le digáis».

No había pasado una hora después de esto, cuando un importante grupo del ejército regular [de los Zanāta] avanzó hacia la puerta de la ciudad gritando: «O se anula la orden de 'asociación', o todos nos iremos del lado del rey y nos pondremos al servicio de otro». El criminal Labīb entró a verme, con los cómplices que estaban concertados con él, para apoyar los argumentos de los rebeldes, reforzar sus opiniones y meterme miedo con ellos. Yo sopesé el asunto, y, como me di cuenta de que el tumulto obedecía tan sólo a una consigna, me revestí de severidad y dije: «No me volveré atrás de lo acordado, para que las personas que les he 'asociado' no adopten idéntica actitud. El que quiera irse, que se vaya, y el que no, que se quede». Oídas estas palabras, todos se dispersaron.

En tal cuestión Mu'ammal andaba de acuerdo con Labīb. Uno y otro iban a ver a los jefes del ejército regular y a decirles: «Todo esto viene de otros, que no somos nosotros. Nosotros nada tenemos que ver con ello», queriendo mostrarles su simpatía y hablándoles mal de mí. Yo estaba bien al tanto de sus manejos, que compartía un grupo de jeques de los 'Abīd, amigos de Mu'ammal. Pero, echando mis cuentas, pensé que los Zanāta no se separarían todos de mí; que su actitud era sólo una intimidación; que, si yo me volvía atrás de lo acordado, sería impulsarlos a tomar otras posturas perturbadoras y darles alas para nuevos ataques y necias

revueltas, y que, al contrario, si se sometían a las órdenes dadas y presentaban sus excusas, eso sería lo más conveniente para todos y la mejor y más brillante manera de negociar luego con ellos.

En efecto, a otro día salí a revistarlos en persona, para que no me ocultasen nada las personas que antes he mencionado, y mandé pasar lista, con el registro del ejército delante, para saber quiénes se habían ido y quiénes se habían quedado. Resultó que allí estaban todos reunidos, pues los que se habían ido habían luego vuelto de noche por pequeñas cuadrillas, y que no faltaban más que los tres afectados por la orden de expulsión. Todos me presentaron sus excusas e intentaron disculparse. «¡Dios es el más grande! —me dije—. Esto ha sido lo mejor y lo más conveniente para el reino».

Vi también que Mu'ammal, Labīb y sus cómplices llevaban muy a mal esta sumisión de los Zanāta, puesto que lo que esperaban era que se produjera un conflicto irremediable:

[basīṭ]

Basta mirar al interlocutor a los ojos
para ver si es de tu partido o del adverso[315].

63. *Defección y sublevación de Mu'ammal en Loja*

Un poco después del arreglo de la cuestión de los Zanāta, vino Mu'ammal a decirme: «Esta sumisión que te han mostrado, no es por el deseo de quedarse a tu servicio, sino porque quieren darte largas hasta tanto que puedan cobrar las rentas de sus feudos y disponer de ellas. Entremedias, tú no tienes más feudos en que instalar a otras personas, y, cuando se vayan, te quedarás sin nadie». Como todavía tenía yo

confianza en él, me impresionaron sus palabras. «Esto que me ha dicho —reflexioné— no puede interpretarse más que de dos maneras: o bien sabe de cierto que ésa es la intención de los Zanāta, y entonces es una prueba de lealtad, o bien no lo sabe, y entonces es que los sigue persiguiendo con su odio, y acabará por meterles esa idea en la cabeza, de lo que no me vendrán más que desventuras. En todo caso, si tengo necesidad de reemplazar a los Zanāta, no dispondré de feudos en que instalar a los nuevos soldados, ni habrá dinero bastante en el Tesoro público para pagarlos, dados los gastos en que me hallo metido para sostener a los demás grupos étnicos [de mi reino]». Su opinión me quitó el sueño, hasta que mandé expulsar a todos aquellos Zanāta que daban mayores muestras de insolencia, en número que llegó a un centenar de caballeros[316]. Una vez que se fueron de la ciudad, ésta se tranquilizó por no quedar en ella más que contingentes de una fidelidad absoluta.

La actitud de Labīb y de los jeques de los ʿAbīd en este asunto me preocupaba también mucho, porque me constaba que eran ellos los que habían sacado a los Zanāta de sus casillas y los que me tenían mayor enemistad que cualquiera otra persona. Los mismos Zanāta habían hecho alusión a ello cuando, al excusarse, decían: «Nosotros no tenemos la culpa, pues no somos más que soldados. De no haber sido por los hombres de confianza y por los ʿAbīd del soberano, que nos movían, nunca habríamos cometido contra él este crimen». Incluso yo sabía que, en el momento de la sublevación, les habían hecho recorrer los zocos para incitar a la población a levantarse, diciéndole: «En cuanto nos vayamos querrá meter en la ciudad a los cristianos». Menos mal que los granadinos no hicieron caso de sus palabras, viendo que tal opinión no era compartida por los hombres de más confianza del gobierno, ni por los Ṣinhāŷa.

En consecuencia, tras la partida de los Zanāta, ordené también la expulsión de dos jefes de los ʻAbīd, cuya instigación en los mencionados sucesos me constaba, y mandé encarcelar a Labīb. La salida de los desterrados coincidió con que Mu'ammal se hallaba fuera de la ciudad. Enseguida, fueron a buscarlo y a decirle: «Nos ha echado y no tardará en hacer lo mismo contigo. Mira, pues, el partido que tomas».

Mu'ammal, junto con ellos, cogió entonces inmediatamente el camino de Loja, acompañado también por otras personas que eran cómplices suyos, como Ibn al-Barā', el secretario de corte[317], y otros de su jaez, porque de antiguo tenían hecho un concierto con los Banū Malīk[318], gobernadores de Loja, para refugiarse en dicha plaza, caso de verse en apuro. Siguiendo, pues, sin tardanza la ruta de Loja, llegaron a ella de noche, y Mu'ammal entró en la ciudad sin que se lo impidiera nadie, por el puesto que ocupaba a mi lado y porque el caíd y los demás de la guarnición pensaron que iba para alguna comisión a su cargo. Al punto se encaminó a la alcazaba, reunió a las tropas y a la población, les imploró llorando, y, mintiendo descaradamente, les dijo: «He tenido, como veis, que salir de Granada ʻnada más que con lo puesto'[319], dejando en ella a los cristianos triunfantes, y habiendo perdido mi influencia. Resistid aquí conmigo y nos dirigiremos pidiendo ayuda a todos los sultanes, para apoyarnos en el que conteste nuestra solicitud». En los mismos términos escribió a los castillos de la zona occidental del reino dándoles orden de rebelarse contra mí, y envió asimismo mensajeros a los Zanāta expulsados para que se le uniesen en su propósito de poner en apurada situación a Granada.

Al oír tales nuevas, los habitantes de la comarca y las guarniciones de los castillos pensaron qué partido debían tomar, y cada castillo envió a la capital a alguno de sus personajes de nota a informarse de cómo iban las cosas, para, si

veían que no había nada de lo dicho por Mu'ammal, no indisponerse conmigo, y, si veían que era verdad, reflexionar en lo que habrían de hacer. Vinieron, pues, a Granada muchas delegaciones como a expresarme su sentimiento, y, al ver que nada ocurría, me felicitaban por encontrarme libre de los cristianos y me preguntaban qué es lo que había pasado. Yo les informé de las cosas, tal como ocurrieron, que en nada se parecían a lo dicho por Mu'ammal; en vista de lo cual, se tranquilizaron; comprendieron que el tal Mu'ammal era un rebelde impostor; me propusieron ir a sitiarlo sin tardanza y me pidieron para ello el ejército de la capital.

Antes ya, enterado de la rebelión de Loja, había yo intentado arreglar las cosas con los sublevados, enviándoles cartas y mensajeros que les quitasen el miedo que tenían y les advirtiesen de las funestas consecuencias que acarrearía provocar la guerra civil, y diciéndoles que yo dejaría libres a sus familias para que se reuniesen con ellos y que ellos podrían salir de la plaza y dirigirse a donde quisieran, provistos de mi amán y de mis garantías. Sin embargo, estas proposiciones no hicieron más que agravar su insolencia y sus amenazas, arraigarlos en la maldad y hacerles buscar una venganza inmotivada. Desesperado de poder traerlos al buen camino, y viendo la unanimidad de los castillos contra ellos, les envié el ejército, mandado por Yūsuf ibn Ḥaŷŷāŷ, de quien más adelante contaré cómo llegó a ser mi cuñado[320]. El ejército se puso, pues, en camino, y, apenas llegado a Loja, los que estaban con Mu'ammal en la alcazaba evacuaron, llenos de miedo, la plaza, en la que entraron las tropas, haciendo prisioneros en ella a Mu'ammal y a todos sus cómplices; cosa que constituyó para mí una sonada victoria.

Mis órdenes fueron la de poner la ciudad en pie de defensa y la de traer los cautivos a Granada, en donde los encarcelé, mientras pedía a los alfaquíes un dictamen jurídico refe-

rente a lo que debía hacerse con ellos. Unos alfaquíes dictaminaron que, conforme a la Zuna, no era lícito condenarlos a muerte, puesto que su disidencia obedeció al temor (aun cuando, teniendo toda la tierra por delante, además de Loja, es evidente que lo que quisieron fue sembrar el desorden). Otros alfaquíes, en cambio, dictaminaron su condena a muerte.

En la duda, tomé el partido más conveniente y el menos susceptible de hacerme incurrir en pecado, porque la cosa podía repetirse, y porque la indulgencia y el perdón, cuando se puede proceder en contrario, son prendas de las almas nobles. Sin embargo, la buena política me obligaba a encarcelarlos y a tratarlos con rigor, para que su aventura no provocase las de otros y no abrir una puerta de las más peligrosas para un gobierno y que un monarca vigilante no puede descuidar.

Durante el tiempo que estuvieron en Loja, los rebeldes escribieron a todos los sultanes de al-Andalus, incluso a mi hermano el señor de Málaga; pero no les contestó ninguno. En vista de ello, y desesperado Mu'ammal de su ayuda, se dirigió al Emir de los musulmanes, pintándole con falsos colores toda la situación. «Si me veo así —le decía, mintiendo—, no es más que por haber desaprobado la política seguida [por el rey de Granada] con los cristianos y por haber abrazado tu causa»; argumento que no se tenía de pie. [Como consecuencia de esta carta], un ejército almorávid se encaminó a Loja, al mando de Nuʿmān; pero hubo de volverse al tener noticias de que yo había tomado la plaza.

64. *Semblanza del tránsfuga Nuʿmān*

El mencionado Nuʿmān[321] era uno de los que habían recibido más beneficios y a quienes más había yo favorecido, en atención al parentesco étnico que me unía con él y a que para pasar a mi servicio había dejado el de los Almorávides; pero luego me había abandonado, no sin haber urdido intrigas contra mí en mis castillos de la zona occidental, comarca en la que poseía algunos feudos, ni sin haberse concertado con las guarniciones de estas fortalezas para que se pasaran a la obediencia de los Almorávides en cuanto fueran invitadas a ello. Aprovechándose de mi intimidad para llevar a cabo sus planes, salió de mi lado con un permiso que me pidió y le concedí, so pretexto de que tenía que ir a Berbería para recoger una herencia y exigir el pago de una suma de dinero; pero lo que hizo fue tratar de perjudicarme y decir al Emir: «Me acaban de desterrar de Granada por serte fiel y por mi adhesión a tu gobierno».

Ni una letra de ello era cierto; pero, por aquel momento, hasta el mismo descote de mi túnica, de haber podido hablar, lo hubiera hecho en contra mía, porque Dios lo tenía decidido de esta manera, tal vez —porque así le plugo— con miras de buscarme una salida favorable. De todos modos, tales asertos impresionaron al Emir de los musulmanes, junto con la pintura que le hacían de la abundancia de mis riquezas, que no eran tantas, y que, de continuar mi situación, yo hubiera gastado en su servicio y en hacer con él la guerra santa.

65. *La cuestión del matrimonio de la princesa, hermana de ʿAbd Allāh*

También por entonces me pareció oportuno ocuparme de la princesa[322] [mi hermana] que vivía conmigo, y casarla,

para que, si algo ocurría, no se encontrara sin apoyo ni sostén, y así, le busqué partidos que me parecieron acomodados entre sus primos, uno de ellos Ma'add ibn Ya'là, hombre distinguido, sensato y que me tenía afecto[323]. Sin embargo las gentes de mi gobierno me disuadieron de elegir tales candidatos, diciéndome, como si me aconsejaran lealmente, aunque en realidad por envidia: «Si contraes con tus primos esta alianza matrimonial, el engreimiento del parentesco, reforzado con el matrimonio, les moverá a montarse sobre ti y a obrar por su interés en contra tuya. Anda, pues, con cautela, y elige con preferencia a quien, por serte inferior, siga conciliándose tu benevolencia y estime que con ello le haces mucho favor; que vea que su esposa está muy por encima de él; que, si aspira a algo, se sienta achicado por la modestia de su condición, y que no cuente con partidarios que lo alzaprimen». Velando por el interés del Estado, acepté su opinión. «A mis parientes que se porten bien —me dije— los trataré lo mejor posible; pero sin ofrecerles, en efecto, matrimonio con mi hermana, que los insolente».

Uno de mis servidores me sugirió entonces elegir a Yūsuf ibn Ḥaŷŷāŷ, cuyo carácter conocía del tiempo en que había estado con él, y a quien me describió como adornado de prendas que por fuera lo recomendaban al efecto. «Es —me decía— hombre retraído y que trata poca gente, de suerte que podrás andar seguro de que no se coaligue con otros contra ti; sumamente avaro, pues nada de lo que posee sale de su casa; muy celoso, cosa que va muy bien para vivir con una mujer. Por ser quisquilloso y susceptible, no le convienen puestos de mando. Como no tiene ninguna elocuencia y balbucea al hablar, no convencerá a nadie, si quisiere concitar gentes contra ti, ni podrá oponerse a lo que hagas o digas. Es, por otra parte, un hombre de la clase media, de los que no pueden arrogarse una ascendencia real y que no en-

trarán en tentación de lograr aquello para lo que no están hechos. Entre tus manos será como la trufa, que, si quieres, la arrancas sin que haya raíz que se te resista, o como la goma que puedes moldear a tu gusto, y siempre podrás contar con su gratitud y su devoción. El otro, en cambio, se ha educado y criado contigo; es hijo de un visir de tu abuelo; a pesar de su juventud da, en efecto, tales muestras de altas miras y de nobleza de alma, así como de gravedad y seriedad, que prometen mucho para el porvenir y cuyo mérito no será desconocido; si le encargas de algo, lo tomará a pechos y podrás estar seguro de que lo acabará con bien; será siempre, en suma, para ti como un hijo al que su padre eleva a un puesto en el que pueda sentirse satisfecho de él. Pero, para este caso, vale más que tu cuñado te llame Muley, que no el que sea un igual tuyo, porque de ello sufrirías tú y sufriríamos nosotros, y bien dice el refrán que 'en una vaina no caben dos espadas', porque acaso no sabríamos si, entre los dos, el verdadero sultán no era el que tú habías enaltecido y ensalzado».

[En resumen, me dejé convencer] e hice redactar las capitulaciones matrimoniales de la princesa en la mejor manera posible, y me apresté luego a hacer frente a mis otros negocios con la mayor firmeza, confiado en la decisión de la Providencia. «Haz —me decía— cuanto esté en tu mano, pues, si los sucesos te desbordan, nadie podrá censurarte, y sólo a Dios concierne decidir las cosas con arreglo a Su voluntad».

Sin embargo, una vez que el hijo de Ḥaŷŷāŷ se vio en su nueva posición, le acometió el insensato deseo de hacerse primer ministro del reino, con tan necio discernimiento como el del juez que no distinguiera entre sí las escuelas jurídicas, pues, desde el visirato de Simāŷa, yo no había conferido a nadie este cargo. Al no lograrlo, creyó que yo lo despreciaba. Y es que cuando un hombre desconoce sus propias

fuerzas, camina a su perdición, y, cuando no se mantiene dentro de sus límites razonables, se pone en ridículo.

66. *Digresión sobre los consejeros del príncipe*

En asuntos de esta índole los dignatarios de mi gobierno tomaban siempre el partido más estúpido, porque lo que cada uno quería era proceder a su antojo y que las cosas ocurrieran conforme a su capricho. Si no sucedía así, se pasaban al campo enemigo, y, en cambio, si todo iba de acuerdo con sus deseos, el soberano no podía hacer nada ni llevar a cabo ninguna cosa.

Con anterioridad a mi época, estos dignatarios estaban tan poseídos por el miedo al despotismo de sus soberanos, que el mero hecho de conservar la vida les parecía ya no poca ganancia; pero cuando, bajo mi reinado, se sintieron completamente a seguro y se olvidaron del régimen antiguo, se llenaron de arrogancia y de insolencia, hasta el punto de aspirar a mayores cosas. Pensaba yo que, con asegurar la tranquilidad, me ponía al abrigo de censuras y enemistades; pero mi razonamiento era equivocado, porque el hombre de seso y de experiencia no debe pensar nunca de las demás gentes lo que piensa de sí mismo, ni hacer cuentas a base de su sola opinión.

En efecto, no todo el mundo sigue tu camino, ni sus pasiones conciertan con las tuyas. Por consiguiente, es tan forzoso que de la discordancia de los propósitos surjan las animadversiones, como que de su acuerdo vengan la amistad y el trato cordial. Tu mejor amigo será siempre el que sepa soportar la adversidad a tu lado y el que se haga partícipe de tus sufrimientos, aunque sea de clase inferior, y sólo en él podrás descansar. No te lamentes de tu suerte delante de

nadie que no se interese en lo mismo que tú, porque, o bien se desentenderá de lo que le dices y lo tendrá por exagerado, o bien, si es adverso a tu opinión, te expondrás a su enemistad y suscitarás en su ánimo sentimientos sin los cuales podrías muy bien pasarte.

Tal es la naturaleza del ser humano. De nadie esperes escuchar palabras que te señalen el verdadero camino, porque la verdad es pesada para los espíritus, mientras que el error camina más deprisa y se les hace más soportable. Por eso Satán, sabedor de las tretas de que usa el hombre a quien instiga, en punto a maledicencia, le ataca por el lado de sus pasiones[324].

Por lo demás, a nadie encontrarás totalmente desprovisto de juicio, ya que todo el mundo tiene su lote de experiencia personal y ha ejercitado su albedrío; pero el que tú digas a las gentes tu manera de ver las cosas no es más que empeño inútil y ganas de perder el tiempo. Porque si se trata de un hombre avezado en la vida, que lleva bien sus negocios, y tú le haces algún reproche, siendo así que él puede contar con alguna excusa, lo que lograrás será que se retraiga de ti y se muestre contigo circunspecto, para no hacerte ver que discrepa de ti y poder esperar el momento de realizar sus designios. Y si topas con un necio, más difícil te será moverlo que a un anciano decrépito, y lo único que conseguirás será apartarlo del afecto que te tenga, sin cambiar su carácter.

Cualquiera que fuese el asunto sobre el que quisiera formar opinión, no encontraba yo, pues, más que ignorancia o una manera de perder el tiempo. Y es que no hay enseñanza que sea, a la vez, del gusto del maestro y del discípulo. Pero, en realidad, todo aquel a quien se consulta en algo, debería dar su opinión, sin necesidad de insistencias y sin abrigar siempre la esperanza de que el consejo que dé va a ser segui-

do. Porque lo que ocurre es que, si se sigue la opinión del consejero, éste persiste en su amistad; pero que, si se la rechaza, todo son enojos. ¡Lo que tienes de bueno, oh suerte, es mucho menos que lo malo!

De haber yo sabido que, al no seguir la opinión del que consultaba, lo hacía pasarse al bando enemigo, en modo alguno le habría pedido consejo, porque, antes de hacerlo, habría reflexionado y pesado que la actitud que en contra mía pudiese adoptar me sería más nociva que el resultado del asunto sobre el cual le pedía opinión. Piense el hombre sensato en estos temas y mida con ellos a su amigo. A veces una enemistad se engendra por la más mínima causa, y a veces también una animadversión se trueca en afecto, si la necesidad obliga a colaborar o a seguir una misma línea de conducta, trátese de una calamidad que a todos afecta o de un deseo que todos abrigan, pues en ambos casos la necesidad es idéntica.

No es bueno ni razonable no saber plegarse a las circunstancias. Adoptar un camino eternamente igual es exponerse a proceder neciamente y a meterse en lodazales. A veces hay ásperos deberes, y cosas cuya aparente dulzura y facilidad no valen los trabajos que luego traen aparejados. Elija, por tanto, el hombre sensato, entre los negocios, para esquivar los arduos y engolfarse en los placenteros.

67. *Vuelve a hablar del matrimonio de la princesa*

No faltarán gentes que argumenten contra este matrimonio, preguntándose qué es lo que yo me proponía con él, y diciendo que, caso de ser yo el vencedor, podría haberlo excusado, y, caso de ser yo el vencido, de nada había de servir-

me. Pero la exposición de lo ocurrido después basta para invalidar tales argumentos.

Mi única intención fue la de realizar una buena acción y poner a seguro una criatura indefensa, para que, caso de que ocurriese algo grave, fuera el marido el que se ocupase de su mujer, e incluso se la llevase del país en caso de necesidad. Además aspiraba yo a atraerme nuevos concursos y a frenar la avidez de todos los que aspiraban a obtener la mano de la princesa. En efecto, buena parte de los sultanes de al-Andalus la pretendían; pero yo temía las consecuencias, porque una de dos: o aceptaba la pretensión, y en este caso me metía en una empresa sin otra salida ni solución que gastar considerables sumas que más me valía emplear en consolidar la estructura de mi reino y en sostener la guerra santa que venía haciendo, o bien rehusaba la pretensión, y en este caso provocaba en el ánimo de los pretendientes discrepancias y odiosidades bien fuera de propósito. Por otra parte, es evidente que yo no podía tener en cuenta lo que había más tarde de ocurrir, y que, si hubiera podido penetrar la secreta voluntad divina, habría acumulado mayor número de buenas acciones. Pero en aquella época no pensábamos para nada en las buenas acciones, de las cuales no se producía ni «un grano de mijo»[325], y, cuando calculábamos que algo era malo, no llegábamos a suponer ni la décima parte de lo que iba a ocurrir y que siempre nos afectaría lo más amargo y execrable.

Los calumniadores llegaron a decir que nadie había más digno de la mano de la princesa que el Emir de los musulmanes, y que, si yo procedí como lo hice, fue para evitarlo; pero es notoriamente absurdo pensar que nadie puede rehusar aquello que constituye para él un honor y en lo que le va la propia vida. Si yo me hubiera dado cuenta de que tal cosa era posible y hubiese visto la solución por ese lado, nadie se

habría sentido más alegre de este parentesco, ni se habría precipitado más para lograrlo, ni lo habría deseado con mayor ansia.

En todas estas habladurías nadie intervino tanto como al-Muʿtaṣim [de Almería] (¡Dios se apiade de él!). Por mi parte, yo me apresuré a hacer lo ya dicho, temiendo todo lo que queda expuesto. Pero cuando estas noticias, desfiguradas por completo, fueron llegando a conocimiento del Emir de los musulmanes, le produjeron mala impresión.

En Loja, Mu'ammal, perdida toda esperanza de que le contestara favorablemente ninguno de los sultanes de al-Andalus, escribió al Emir de los musulmanes, el cual, apenas recibió la carta, hizo partir para dicha plaza un ejército al mando de Nuʿmān; pero ya hemos hablado anteriormente de cómo se resolvió este asunto.

68. *Intervención de ʿAbd Allāh en el negocio de Murcia. Enojo de al-Muʿtamid*

Creía al-Muʿtamid que los cristianos, dejando en paz mis estados, iban a invadir los suyos, y al mismo tiempo andaba preocupado con el negocio de Murcia.

Efectivamente, cuando estábamos frente a Aledo, Ibn Rašīq me había dicho en una conversación: «Me gustaría ser tu vasallo y entrar en tu obediencia». Y, luego de su prisión, un mensajero vino a decirme de su parte: «Si aceptas reconocer a mi lugarteniente en Murcia, haré pronunciar la *juṭba* en tu nombre, y la ciudad se te someterá. Podrás contar con él como él conmigo».

Yo me resistí a creer en todas estas promesas. «He aquí un lazo —me dije— del que apenas podrían escapar mis súbditos

sino a costa de mucha voluntad y de no flojo esfuerzo. Evítales, pues, estas fatigas, en las que, dados los tiempos que corremos, no se metería más que un ignorante de las vicisitudes del destino. ¡Ojalá salgamos sanos y salvos de todo esto! Si la esperanza de conservar los estados que uno posee es ya aspirar a mucho, ¿qué no será entrar en mayores honduras, que yo conozco y distingo?».

Ahora bien: cuando Lucena se levantó contra mí, según referí más arriba, e Ibn al-Aḥmar[326] se metió en tratos con sus habitantes, haciéndoles promesas y mandándoles resistir hasta ver en qué paraba su asunto, tal conducta, cuando la supe, me irritó sobremanera, y quise replicar a ella de algún modo, con enviar a Murcia una persona que concertase con los de esta ciudad un acuerdo, a base de las proposiciones que me había presentado su mensajero Ibn Yakūn[327], el encargado de los intereses murcianos. Este enviado mío llevaría la misión de decirles que explicasen cómo deseaban llevar a cabo el negocio, caso de que realmente quisieran abrazar mi causa, y de preguntarles si, al ocurrirles cualquier calamidad, yo debería socorrerles con hombres y dinero, y, en semejante coyuntura, qué ventaja y fruto sacaría yo de tales estipulaciones.

Al enterarse al-Muʻtamid de que con dicho objeto había yo enviado a Murcia a algunos hombres de mi confianza, le supo muy mal, a pesar de que yo no buscaba con dicha gestión otra cosa que tener algunas armas en contra suya, para, si posteriormente yo oía de él que adoptaba una actitud hostil, proseguir mi actividad, y, en caso contrario, aplazarla indefinidamente. Sabido es, en efecto, que los reyes entablan negociaciones y tratos, de los cuales unos se consuman y otros quedan por mucho tiempo dilatados.

69. *Embajada de ʻAbd Allāh a Ŷūšuf ibn Tāšufīn en Ceuta. Sus embajadores le hacen traición*

Fue por entonces cuando, al dirigirse el Emir de los musulmanes a Ceuta para concentrar tropas y hacer preparativos con el único objeto de atacar exclusivamente mis estados[328], yo le envié por delante mis embajadores, luego de las recriminaciones que, a propósito del negocio de Murcia, se cruzaron entre al-Muʻtamid y yo; recriminaciones que, por otra parte, no produjeron más alteraciones de la situación que las ya dichas.

La llegada del Emir de los musulmanes a Ceuta coincidió con el arribo de mis embajadores. Eran éstos Ibn Sahl, el cadí, de quien antes he hablado y a quien empleé en la misión ya expuesta, y Bādīs ibn Wāruwī, uno de Talkāta[329]. Los dos llevaban el encargo de cumplimentar al Emir por su feliz viaje; de darle la bienvenida por su llegada, y de decirle mi prisa por participar en la guerra santa que se proponía emprender, y otras cosas parecidas.

Ambos embajadores, a su regreso, me dieron cuenta de que el Emir de los musulmanes había acogido favorablemente lo que ya he dicho, los había tratado bien y les había respondido amablemente, en forma que no dejaba lugar a dudas sobre el afecto que me tenía; todo lo cual me alegró sobremanera. «Que vuestro señor haga lo que quiera —me contaron que les había dicho, entre otras cosas—. Yo no soy de los que imponen a nadie más de lo que puede».

Estas palabras eran, sin embargo, por parte del Emir una prueba de astucia y habilidad. En efecto, y desde mucho antes, por vía epistolar y por otros conductos, el Emir, a través de Ibn Sahl, estaba al tanto de que mi apartamiento con respecto a él obedecía únicamente a la dureza con que me trataba en las cartas que de él me habían llegado. Por consi-

guiente, pensó que lo más oportuno era darme de momento buenas palabras hasta conseguir sus propósitos, como medio de allanarse el camino.

Por otra parte, Ibn Sahl, enterado del descontento que reinaba en mi ejército y sabiendo lo que sabía del estado de ánimo de los habitantes de mi capital, se permitió en esta embajada las mayores audacias y no dejó de dar ninguno de los pasos que podían acercarlo al Emir entre los demás que hacían otro tanto; y así, le informó de que en mi capital no había nadie que no estuviera dispuesto a reconocerlo. Más aún: Ibn Sahl inoculó su veneno al otro embajador, el ya mencionado Bādīs, pues me consta que, cuando ambos regresaron de su embajada, dijo Ibn Wāruwī: «Nos ha enviado creyendo que trabajaríamos en su favor; pero lo único que hemos hecho es que yo lo he maniatado y el cadí lo ha degollado».

X

REINADO DEL AUTOR DE ESTE LIBRO, ʻABD ALLĀH IBN BULUGGĪN (VI): SU RENDICIÓN AL SOBERANO ALMORÁVID, PRISIÓN, EXPOLIO Y DESTIERRO

70: Nuevo paso a España de Yūsuf ibn Tāšufīn y ruptura de hostilidades con ʻAbd Allāh.—71: Las tropas almorávides llegan ante Granada.—72: Situación interna de la ciudad de Granada.—73: ʻAbd Allāh no encuentra otra solución que rendirse.—74: Rendición de ʻAbd Allāh y expolio de sus bienes.—75: Destierro de ʻAbd Allāh a Marruecos.—76: Destronamiento y destierro del rey de Málaga, Tamīm, hermano de ʻAbd Allāh.

70. *Nuevo paso a España de Yūsuf ibn Tāšufīn y ruptura de hostilidades con ʻAbd Allāh*

Por fin el Emir de los musulmanes llegó a Córdoba y se reunió en ella con al-Muʻtamid, a quien preguntó acerca de los rumores que entre las gentes corrían sobre mis tratos con el rey cristiano. Al-Muʻtamid, movido por la animosidad despertada en él por todo lo ya dicho, le atestiguó que era exacto. Entonces el Emir de los musulmanes me envió una carta en la que me decía: «Ven a mi encuentro sin retrasarte ni un instante».

Tal intimación me llenó de incertidumbre. Su anterior hostilidad me incitaba a no comparecer. Además, yo sabía

que estaban a su lado todos mis enemigos, y me pareció impertinente su tono conminatorio al llamarme. En consecuencia, me excusé y le envié dos embajadores: uno de ellos, el hijo de Ḥaŷŷāŷ, y el segundo, Ibn Mā-šā'-'llāh[330]. Pero apenas llegaron los apostrofó por todo lo que le habían contado de mí y ordenó que inmediatamente los cargasen de hierros. «¡Por Dios! —les dijo— que he de hacer la guerra a vuestro amo lo mismo que a Alfonso. Que él haga lo que pueda». Algunos de los jinetes que habían escoltado a los embajadores vinieron a Granada apaleados y lastimados, en el estado más lamentable. Garūr los había puesto en libertad para que me informasen de lo sucedido y para que me dijesen: «¡Por Dios! El Emir no soltará a tus embajadores hasta que tú no hagas otro tanto con Mu'ammal y los suyos». Estos sucesos me abrumaron de tal suerte, que no vi cómo pudiera reaccionar valiéndome de ningún recurso ni ardid. Nunca hubiera creído que las cosas llegaran a esta extremidad.

Inmediatamente también el Emir despachó mensajes para Lucena —que fue el primero de mis estados en someterse a él— y a todos los castillos de la parte occidental, por mano del ya citado Nu'min, que desde antiguo venía intrigando en ellos. En estas cartas se decía: «A continuación os digo que ya 'vino de verdad y se disipa el error, porque el error está destinado a disiparse' [XVII-83]. Por tanto, si no os sometéis a mí 'preparaos a la guerra de parte de Dios y de Su Enviado' [II-279]». En cuanto una carta de éstas llegaba a un castillo de aquella región, se le sometía en el acto, y la guarnición se sublevaba para expulsar al caíd que la mandaba. De esta suerte, todos los castillos fueron separándose de mi obediencia uno a uno, como un collar que se rompe.

Por fin el emir llegó a Belillos[331], donde los que quisieron resistir fueron combatidos por la población unida a los Almorávides en forma tal, que tuvieron que rendirse.

Por mi parte, yo no sabía qué hacer, porque, como dice el refrán, «el desgarrón era más grande que el remiendo». Y me decía a mí mismo: «No puedo contar para nada con los habitantes de Granada; pero, si me traicionan y rechazan mi autoridad, ¿con quién mantendré mi capital? No hay entre los granadinos quien sea de distinta casta que las gentes de los castillos, y 'no hay tienda de campaña que se tenga de pie sin estacas'. En este asunto tampoco cabe usar de contemporizaciones ni subterfugios, tratándose de un hombre cuyo mayor deseo es el de destronarme; ni puedo buscar apoyo en otro para tomar aliento ante esta enorme calamidad y esta inmensa catástrofe. Ni siquiera entra en lo posible que me dirija al cristiano, porque no sería más que faltar contra la religión y, además, acelerar la desgracia, puesto que, si los habitantes de mi capital tuvieran noticias de ello, serían los primeros en combatirme, sin esperar la llegada de los Almorávides, y vale más, mientras mis relaciones con ellos sean correctas, no darles ocasión de que rechacen mi soberanía».

Nunca conocí días y noches más tristes que aquellos para mi corazón ni más desgarradores para mi alma.

71. *Las tropas almorávides llegan ante Granada*

El Emir de los musulmanes, mientras iba apoderándose en persona de mis castillos, hizo que se adelantara hasta Granada un ejército, cuyos soldados tenían orden de vigilar que no entraran en la plaza ningunas fuerzas extranjeras, hasta tanto que él se presentara. Los generales de estas tropas me enviaron mensajeros para que de la ciudad les suministrásemos víveres para ellos y piensos para sus caballerías, y yo

accedí a su petición, para no manifestar indicio alguno de mala voluntad que diera pretexto a exacciones más graves.

Por mi parte, envié al Emir de los musulmanes a otros alfaquíes para entregarle una suma de dinero y decirle en mi nombre que yo me consideraba hijo suyo; que en nada me oponía a él, y que estaba dispuesto a someterme a él tal como él quisiera y sin necesidad de que se tomara tan grande trabajo. Entonces él me envió al alfaquí Ibn Saʿdūn[332] para que me comunicara lo siguiente: «¡Nada de sumisión ni de paz, mientras tú no te presentes ante él! Aquí tienes el amán que te concede en documento firmado de su puño y letra, el cual te garantiza la seguridad de tu persona y de tu familia; pero no la de tus bienes». Comprendí entonces que su decisión era irrevocable. Al final del escrito añadía: «Y, si te repugna salir a presentarte delante de mí, elige entre tus estados un lugar en que vivir, con tal que no sea Granada, y eso en el plazo más breve posible, para que podamos disponer de la ciudad cuanto antes».

Yo rumié para mis adentros esta proposición, y comprendí que me hallaba en una situación y en un estado que no me consentían elegir, y que lo que tenía que hacer no era irme a gobernar un simple castillo ni intentar huir de su presencia. «Necio sería —reflexioné— decir que había elegido el lugar tal, porque, si al Emir no le gusta, no tardaría en ser expulsado de él bajo cualquiera de los pretextos y alegatos que los fuertes suelen usar contra los débiles. Por otro lado, si entra en sus cálculos darme alguna compensación, el que yo vaya a encontrarme con él servirá para aumentar el bien que piense hacerme. En resumen, no tengo otra solución que salir y echarme en sus brazos. Si me favorece y acoge, suyo será el mérito y me obligaré a manifestarle mi gratitud mientras tenga vida, y, si me trata con rigor, me someteré

lealmente a mi destino y dejaré a Dios y a los hombres el empeño de justificarme».

72. *Situación interna de la ciudad de Granada*

Vuelta la atención a los habitantes de mi capital y a la manera como procedían y se comportaban, me di cuenta de que su cambio de actitud anunciaba el fin de mi autoridad. Los repasé en sus diferentes clases, conforme a mi razonamiento y a su posición social, y vi cosas para las cuales antes estaba ciego, y se me hicieron patentes otras antes ocultas, entre ellas que ya no había en nadie sentido de la responsabilidad ni respeto, y que no se temía mi rigor.

Los soldados beréberes del ejército regular se mostraban contentos de la intervención de los Almorávides, esperando con avidez que, dada su comunidad étnica con ellos, les aumentarían las pagas, por lo cual estaban unánimes en no enfrentarse con ellos[333]. Incluso les enviaron mensajes de sumisión, a los cuales respondió el Emir con promesa de dejarlos en los puestos que ocupaban y en mejor situación. «Que los que viven en la ciudad alta —les decía— se trasladen a la baja con sus familias y bienes. Así, el rey se quedará solo y preparado en cualquier caso a pasarlo mal, lo mismo si se decide a rebelarse, que si se entrega a mí y renuncia a sus derechos en favor mío».

Los comerciantes y el resto de la población de la capital abrigaban la intención de pasarse al bando del que venciera. Eran gentes que no podían hacer la guerra y que no tenían nada de soldados. Por otro lado, muy buena parte de ellos habían salido de Granada, diciéndose: «¿Por qué razón tenemos que sufrir un asedio? Aquí, como en toda ciudad, hay

comerciantes y artesanos [que nada tienen que ver con la política]».

Los súbditos en general aplaudían esta actitud, que deseaban adoptar, ávidos de libertad y de no verse sujetos a otras contribuciones que no fueran el azaque y el diezmo[334].

Los infantes de la milicia magribí *[raqqāṣa]*[335], que eran la base de la defensa de la capital y en quienes me había yo apoyado para sostenerme en los castillos, fueron los primeros en someterse a los Almorávides. Los ojos de los habitantes de la capital estaban fijos en ellos como diciendo: «¿Y por qué no hemos de hacer nosotros lo mismo que nuestros contribulos?». No encontraba yo, pues, en ninguna clase de africanos, nadie en quien pudiera descansar, por esperar que me ayudara.

Había también mercenarios esclavos *[ʻabīd]* y eslavos *[ṣaqāliba]*, Los esclavos blancos *[aʻlāŷ]* fueron, como ya dijimos, los primeros en sublevarse en Loja, esperando ocupar más altos puestos al lado del Almorávid. No pensaban en que, a la postre, serían mal juzgados por éste, que se diría: «Si no fueron leales con su señor, que tanto les favoreció, ¿qué harán con otro?». Y es que nadie veía ante sí más que su propio apetito, por haberlo decretado de este modo Dios, cuya sentencia nadie puede diferir.

Incluso pasaba lo mismo con las esclavas de mi domesticidad y con los eunucos. Cualquiera de aquéllas estaba soñando con adquirir fortuna, salir de la reclusión del alcázar al aire puro de la libertad, entablar amoríos con los hombres y cosas de este jaez. Por su parte, Ŷaʻfar el eunuco y Labīb[336] eran los jefes de la intriga y los cabecillas de los proyectos más audaces. «Nosotros —decían— ʻno tenemos hijos ni bienes'[337]. ¿Por qué razón, entonces, hemos de aguantar la guerra? Nada hay que nos mueva a ofrecer al rey nuestra

ayuda: ¿es que le parecería bien hacer de nosotros jefes, generales, cadíes o alfaquíes? Se nos considera no más que como mujeres de quienes se aprovecha el vencedor, para el cual no seremos más que una parte del botín, y se nos alimentará, como al resto del ganado, solamente para que no perezcamos. Venid, pues, a ayudarnos —les decían a los Almorávides— y adelantémonos a los acontecimientos». Y, en efecto, les llegaron cartas del Emir de los musulmanes, en las que éste les ofrecía feudos importantes, buenos meticales y altos puestos, tan pronto como se concluyese el negocio de Granada y ellos mismos me entregasen.

En resumen, por todas partes se estaba de acuerdo en contra mía.

73. *ʻAbd Allāh no encuentra otra solución que rendirse*

De esta suerte respondieron los sucesos a las esperanzas del Emir de los musulmanes, sabedor ya de la ayuda que iba a encontrar dentro de la ciudad. Como antes dije, se había hecho preceder por un ejército que ocupó la Vega *[faḥṣ]* de Granada. Los habitantes de la capital se iban trasladando desde ella al campo y la abandonaban a bandadas —cosa que era para mí signo de desgracia e indicio de adversidad— cuando el propio Emir de los musulmanes, en pos de aquel ejército de vanguardia, avanzó en persona hacia la capital. La población se agitó, presa del miedo, y yo estuve de acuerdo con mis consejeros en que lo mejor que podía hacer era salir a su encuentro, y en que ponerme a merced suya era el solo medio para escapar de aquella abrasadora hoguera. De esta suerte, él podía acaso comprobar mi inocencia de los crímenes que me achacaban mis enemigos, y, al no encontrar cristianos en Granada, como se decía, una de dos: o me

devolvía a mis estados o me expulsaba de ellos. En todo caso, no había razón para que no me tratara bien, dado que yo no había movido contra él guerra ni le había molestado en nada.

¡Qué penosa es la vida en este mundo! Por eso, salvar el alma de la casa terrenal y aligerarla de faltas al llegar a la otra vida es asunto al que ningún otro sobrepasa ni iguala en importancia. En esos momentos tuve que emplear la razón, colocada por Dios como reina de toda cosa, porque cualquiera fuerza no atemperada por la razón no es más que debilidad y embriaguez, que a nada bueno conducen.

Tanto más necesitaba de la reflexión, cuanto que me hallaba en unas circunstancias según las cuales era forzoso o que irritara a los cristianos si quería contentar a los musulmanes, o que irritara a los musulmanes si quería contentar a los cristianos. Ahora bien: ante esta disyuntiva, el que mis estados los heredasen los musulmanes era la solución más plausible y de mejores resultados. Era un callejón en el que no había más salida que la dicha.

En efecto, aun admitiendo que me hubiese mantenido en Granada, a costa de mucho dinero, no me hubiera sido posible conservar mi independencia sino aguardando la venida de fuerzas cristianas. Suponiendo que el rey cristiano viniese en persona, y que el ejército musulmán [de los Almorávides] se retirase a Algeciras o a Córdoba para espiar los movimientos del enemigo, el rey cristiano me diría: «Como te he libertado de quien deseaba tu ruina, dame en compensación el dinero que merezco». Y si yo le dijese: «Deja conmigo tus soldados y quédate tú mismo junto a mí, para que el Almorávid no vuelva a atacarme», es del todo seguro que no lo habría hecho, temiendo que sus tropas pereciesen hostigadas al mismo tiempo por los habitantes de la ciudad y por las

fuerzas invasoras. Y, si el rey cristiano partía sin dejarme tropas ningunas, claro es que en ese mismo momento, y sin demorarse un instante, volverían los Almorávides, sin que a mí me quedara esperanza de obtener otra ayuda, y con el resultado más desastroso para mí, pues los africanos me habrían ejecutado legalmente, conforme al Libro y a la Zuna.

Supongamos ahora que, al llegar el rey cristiano, me dijera: «Tú temes a los Almorávides, y yo no puedo quedarme contigo para hacerles frente. En consecuencia, cédeme Granada, y vete a cualquier otro sitio que se te antoje, con absoluta seguridad para tu persona, tu familia y tus tesoros, en forma parecida a como he procedido con el nieto de Ibn Ḏī-l-Nūn *[al-Qādir]*, al que a cambio [de Toledo] he hecho señor de Valencia. Ten en cuenta que, si no aceptas, no podrás vivir en mis estados, puesto que, no cediéndome esta capital, el acogerte no me daría ninguna ventaja, y, en ese caso, te abandonaré en tu ciudad, bien dispuesta a recibir a los Almorávides, y me limitaré a mantenerme a la expectativa». Es patente que, al aceptar esta proposición, habría cometido un crimen gravísimo y me habría apartado de mi deber religioso, atrayéndome la maldición de Dios y de todos los musulmanes, puesto que Granada habría quedado, en poder de los cristianos, como una cárcel en que serían maltratados los musulmanes, y toda la sangre derramada y todos los crímenes cometidos serían apuntados en las páginas del libro de mi vida, siendo así que ninguna ventaja hay en preferir este mundo caduco al otro imperecedero.

Por último, supongamos que el Almorávid, al llegar el rey cristiano, no se replegase como antes dije, sino que aguantase y se decidiese a reñir una batalla. En este caso, de enfrentarse los dos ejércitos, forzoso es que un bando venciese al otro. Si el vencido era el cristiano, inmediatamente y como la cosa más urgente, el Almorávid me mataría, arguyendo

que yo era el que había traído a su adversario. Y, si era el cristiano el que vencía, tal vez podría yo permanecer en mi reino el tiempo que Dios quisiera, aunque sin gusto de reinar y avergonzado ante Dios y los hombres de hacerlo a costa de la ruina y destrucción de los musulmanes; pero a la larga no me sería posible subsistir con el cristiano al lado, porque, aun dado caso que no se apoderase de todo, me habría prohibido cuanto quisiera, me habría apartado de cuanto deseara, y no podría contar con ninguna ayuda.

Sopesadas, pues, todas las soluciones posibles, vi que la única buena, para una persona que reflexiona en los asuntos y mide sus consecuencias, es la que adopté, o sea, someterme a la decisión del destino, que nada hace a la ligera. Por consiguiente, salí a rendirme al Almorávid[338], como quien es llevado al suplicio, sin saber lo que me aguardaba, como un autómata, puesta mi confianza en la Providencia.

74. *Rendición de ʿAbd Allāh y expolio de sus bienes*

En mi conversación con el Emir, éste me mostró su satisfacción por mi actitud, me garantizó bajo juramento el amán para mi persona y mi familia, y me prometió tratarme, mientras él viviera, con deferencia y generosidad. Luego encargó a Garūr que me vigilase, hasta tanto que esclareciera mi conducta anterior y se hiciera cargo de mis bienes.

Los dignatarios de mi gobierno fueron viniendo a mí, y cada uno tenía la pretensión de que le diera a guardar parte de mis riquezas; pero yo no quise hacerlo. «Estas gentes —me dije— lo único a que aspiran es a sacar partido de mi situación, y no hacen tal cosa por compasión que me tengan. Yo no he de entregarles nada, y ello por dos razones: porque, o se trata de un criminal que quiere apropiarse de lo que le

entregue, con mengua mía, y yo perderé el depósito, sin poder alegar nada en mi descargo, o bien se trata de un entrometido, que lo que hará será entregar al Emir parte de lo que le confíe, y guardarse el resto, con lo cual quedaré cubierto de vergüenza ante el Emir, el cual no aceptará excusas ni disculpas y hasta pudiera irritarse y castigarme, luego de haberme concedido el amán. Por otra parte, los Almorávides están ansiosos de dinero y, después de Dios, con nada espero conciliármelos, si no es con mis riquezas. Incluso me gustaría tener más, tantas que colmasen su avidez, porque no tengo otro deseo que vivir retirado conmigo mismo y con los míos. Si Dios ha aliviado mi carga dándome poca familia, ninguna ventaja veo en arriesgarme por unos bienes que no sé si podré conservar, dada su procedencia y las muchas sospechas que los envuelven. El mucho dinero sólo es necesario para mantener un reino o un ejército, y, como Dios me ha privado de todo, no me resta sino aspirar a la tranquilidad mientras me quede un aliento de vida; cosa que no es floja ganancia en momentos tan duros como los de ahora».

Al salir a rendirme al Almorávid había dejado en buen orden el alcázar, y no sentía en aquellos instantes inquietud ninguna por lo que en él pudiera suceder, dado que las gentes estaban entre desesperanzadas y ansiosas de mi retorno, y nadie se podría atrever a apropiarse nada de lo que había en mis habitaciones privadas.

Una vez que quedé instalado bajo la vigilancia de Garūr, éste puso guardas en torno de mi tienda, con orden de expulsar a todo el que quisiera entrar o salir, y me separó de mis esclavos y de quienes eran hechuras mías, todos los cuales fueron registrados y sufrieron interrogatorios acerca de los bienes que pudieran haber adquirido durante mi reinado.

Más tarde recibí la visita del alfaquí Ibn Saʿdūn[339] que de parte del Emir de los musulmanes, vino a decirme: «Presenta tus riquezas y los inventarios que las consignan, porque Mu'ammal ha informado al Emir de que no posees un solo dirhem que no esté apuntado y consignado en un registro». «Así es —le contesté—; pero todos esos papeles los he dejado en mi casa. Si el Emir me permite ir a buscar todo en persona, lo haré, y, si no, ahí tenéis a mi madre que se encargará de ello, en compañía de hombres de confianza del soberano, a fin de que no se os escape ni una hilacha».

Al salir de Granada, en efecto, la idea de que podía ser encarcelado me hizo temer verme separado de mi madre, si la dejaba en el alcázar, y salí con ella, sin cuidarme de la suerte de nadie más. Estaba yo en un estado de angustiosa perplejidad, sin saber qué iba a ser de mí; lleno el corazón de un temor y un espanto que jamás había conocido, y con los que no se mezclaba ninguna resignación, pues en ciertos casos conviene mostrarse resuelto y firme, y otros son muy diferentes. En efecto, hay grandes calamidades en las que puede esperarse alguna compensación por otro lado, y hay unos males que son más llevaderos que otros; pero en la calamidad que se cernió sobre mí no había lugar para la resignación, ni quedaba el consuelo de la esperanza, ni cabía atisbar solución favorable, de no ser la de que mis sufrimientos me fueran apuntados para la otra vida. Mi turbación me impidió, pues, ocuparme de hacer todo aquello que hubiera podido serme útil, como tomar disposiciones sobre mis bienes u otras cosas. Y es que mi alma, abrumada por los sucesos, no obraba como quien tiene que seguir viviendo; mucho más tratándose de una persona como yo, a quien jamás había sucedido anteriormente tamaña calamidad y a quien nunca había afligido la Suerte con tan grandes males, pues vinieron

de golpe, llenándome de estupor, cegándome el entendimiento y apartándose de lo ordinario.

El Emir ordenó a Garūr que viniera para exigirme un escrito de mi puño y letra en que le hiciera entrega de la ciudad y ordenara que salieran de ésta los soldados de la milicia *[ḥašam]* que aún me quedaban. Tal orden la obedecí inmediatamente, porque de nada me hubiese valido resistirme, y, caso de haberlo hecho, habrían aumentado mis humillaciones sin reportarme ninguna ventaja, estando como estaba a merced del vencedor.

Al salir de Granada había traído yo algunas cosas, entre ellas un escriño de oro conteniendo diez collares de preciosas perlas, oro por valor de 16 000 dinares almorávides y algunas sortijas. Al hacerlo, razoné de este modo: «Si la orden que va a dar el Emir es la de encarcelarme, estas joyas no me servirán de nada y seguirán la suerte de las demás; pero, si no es así, y si la orden se retrasa hasta la terminación de la campaña, las disimularé y las destinaré a socorros para los soldados y a regalos para los Almorávides».

No me dejaron ninguna de mis esclavas, sino que las separaron de mí y las registraron para ver si escondían algo en sus cinturones. Garūr llegó a decirnos a mi madre y a mí: «Desnudaos delante de mí, porque el sultán sabe que ocultáis las mejores perlas entre vuestras ropas». Aunque protestamos de nuestra inocencia ante esta acusación, yo tuve que desnudarme ante él. Además, vació la lana de los almohadones, buscando entre ella; volcó los cofres boca abajo; desdobló todos los vestidos en pesquisa jamás conocida, y hasta mandó cavar el suelo sobre el que se alzaba la tienda, por miedo de que hubiéramos enterrado en él alguna cosa. Y, entretanto, me decía: «Si salvas la pelleja, no habrá en toda la tierra nadie más afortunado que tú».

Todo lo mío, incluso mis esclavas y pajes, excepto la persona de mi madre y la mía, fue considerado como botín. En el momento de salir de Granada, yo había sacado con mi madre una muchacha que deseaba salvar conmigo, pensando que, excepto en el caso de verme separado de todas las personas de mi familia, nadie repararía en ella y podría guardarla para el futuro; pero, al venir Garūr, le puso la mano encima, se la llevó fuera, le registró inmediatamente los vestidos y la hizo desaparecer. De igual modo procedió con todos los efectos de la tienda, que registró por dentro y por fuera, tomando para sí cuantas ropas u objetos se le antojaron, hasta despojarme de casi todo. Al topar con los dinares de que antes hablé, me dijo: «¿Con qué fin los has sacado?». «Con el de regalárselos al Emir», le contesté. Pero él me injurió, me amenazó, y ordenó que se los llevaran inmediatamente. También se apoderó del escriño, y él, de un lado, y su yerno[340], de otro, se repartieron las perlas y sortijas que contenía. Yo, por mi parte, durante estas escenas, no pensaba más que en salvar la vida, teniendo por indudable que lo que vendría tras ellas sería mi condena a muerte.

A continuación ordenó a mi madre que subiera al alcázar para proceder a retirar los tesoros; ausencia que me amargó durante varios días, de los cuales ni en uno solo dejé de pensar que no volvería. Por fin les entregó todo lo que había, con arreglo a los inventarios, sin dejar cosa chica ni grande, e incluso por el más insignificante objeto que yo tuviese en la tienda se encolerizaba con mi madre, que tenía que venir a buscarlo y llevárselo.

Hasta que no llegó esta inspección de mis inventarios y de mis otros papeles, ya consumado el negocio, no me di cuenta perfecta de la actitud que en contra mía tenían adoptada los habitantes de mi capital. En realidad, ningún soberano había sido tratado antes que yo de este modo; así es que no pude

tomar mis precauciones ni escarmentar para el trance. Pero todo pasó conforme quiso Dios, Quien, cuando da, no encuentra nadie que pueda oponérsele, y, cuando ordena que las cosas desaparezcan y se pierdan, hace que no tengan firmeza ni duración, aunque se las haga subir a la bóveda de los cielos.

Apoderados los Almorávides de todo, y comprobada la exactitud de los inventarios, vino a verme Garūr, por encargo del sultán, en compañía de Abū Bakr ibn Musakkan[341], que en este pleito me dio muestras de su saña y crueldad. «El Emir —me dijo— te prohíbe que tengas ningún depósito en casa de nadie. Lo que había en tu alcázar lo he confiscado gracias a los inventarios, y lo de tu tienda ya ha pasado a mi poder y lo hemos registrado todo. Nos queda, pues, por saber el dinero que tienes en depósito, entendiéndose que si luego sale como tuyo un dirhem en casa de alguien, quedaremos libres de nuestros compromisos contigo. Y, en realidad, ¿para qué querrías tales bienes, si el Emir te ha de mandar al Sahara, donde ningún partido podrías sacar de ese dinero, que quedaría en poder de los depositarios?».

Hice yo memoria, por ver si podía recordar haber dejado en poder de alguien un dirhem en calidad de depósito, y, como no me acordé de nada, presté juramento en este sentido.

Pero luego me acerqué a mi madre, a la que amonesté, diciéndole: «Por Dios y por cariño a mí, te pido que me digas si por acaso sacaste alguna de nuestras riquezas, sin saberlo yo. Mira que luego ha de aparecer, siendo ocasión de tu muerte y la mía; que al lado de este peligro nada vale todo el oro del mundo, y que estas gentes, como ves con tus propios ojos, se asen de un cabello para perseguirnos por el más pequeño indicio. No quieras ser causa de mi ruina. Si nos justi-

ficamos ante el Almorávid, no podrá dejarnos desamparados. Considera, además, que el dinero no se guarda más que para tres cosas, que son para pagar las exigencias de un gobierno tiránico, para una guerra larga o para asegurarse una vejez tranquila, y que nosotros no podemos esperar gran cosa».

Al oír estas palabras, mi madre rompió a llorar, diciendo: «Temo que nos quedemos pobres, y la muerte es más llevadera que la miseria»; pero, cuando la tranquilicé, acabó por decir: «Dios no abandonará a sus criaturas». Y entonces me escribió una lista de los efectos que había depositado en la noche anterior al día de mi rendición, y me dijo que en poder de Laḏḏa, esclava de nuestro secretario Ibn Abī Jayṯama[342], tenía algunas rasillas; que también había algo en poder de ciertas esclavas suyas, y que a Ibn al-Zaytūnī al-Qarawī[343] le había dejado cuatro mil meticales, a más de ciertas alhajas, como unos quince collares, por los cuales envió inmediatamente.

Traídas estas alhajas se las entregó a Garūr, sin retenerlas ni un instante. Tocante al oro, cuando mi madre se lo reclamó a Ibn al-Zaytūnī, éste se apresuró a devolvérselo al sultán, que lo tomó para sí. Otro tanto hizo la esclava de Ibn Abī Jayṯama, que puso aquellas cosas que tenía en poder de Garūr. Enterado yo de tales entregas, y sintiendo crecer mi desasosiego por si con ello se alteraban las condiciones de mi rendición, tomé la lista de mi madre y se la envié a Garūr, antes de que éste me abordara. Garūr me dijo: «Esto ya nos lo han devuelto; pero andad con cuidado no os queden todavía cosas en poder de otros». Volví a interrogar por segunda vez a mi madre y le lloré de nuevo; pero ella me aseguró: «No tengo ya más nada en poder de nadie». En vista de lo cual, tomamos Alcoranes y juramos por ellos ante Garūr que nada más poseíamos, ni en depósito ni guardado. Él informó entonces al sultán de nuestro juramento, y, no obstante,

continuó a fondo sus pesquisas, aunque no encontró que tuviéramos nada más, conforme había asegurado mi madre.

Como tales pesquisas resultaran vanas, vino otra vez Garūr a decirme: «En efecto, parece evidente que no tienes más bienes depositados; pero ay de ti si tuvieses dinero enterrado». «Jamás —le contesté— he sabido nada de esas cosas ni he tomado tales precauciones, ni he tenido por costumbre la de enterrar. Pero nada impide al Emir cavar por todo el alcázar hasta convencerse». Entonces añadió: «Pues ¡cuidado con lo que tienes en Almuñécar!». «En Almuñécar —le atajé— no poseo más que unos pocos muebles que tenía dispuestos por si me instalaba allí, y que están todos reseñados en un inventario de mi puño y letra, que el Emir puede mandar a buscar y llevarse». «Dame —interrumpió al oírme— un billete de tu puño y letra ordenando la evacuación de Almuñécar».

Así lo hice inmediatamente, y en Almuñécar encontró que el inventario se ajustaba perfectamente a mi declaración. En dicha ciudad la guarnición estaba a la expectativa, mientras la población andaba revuelta. Por eso me pidió la orden escrita de evacuación de la plaza, que puso al punto por obra.

A pesar de tener esta comprobación de mi total inocencia, todavía retornó Garūr para apoderarse de lo que quedaba, e incluso tuvo la desfachatez de traerme por aquellos días un gran libro y decirme: «Léelo, porque en él se contienen todos los signos, vistos por las gentes, de que reinaríamos en al-Andalus, junto con su interpretación»[344]. Yo no sabía lo que leía. Sólo escuché que me preguntaba: «¿No es así? Tú has robado muchas riquezas; pero ahora de nada te sirven». Volvió a examinar cuantos tapices y ropas había en la tienda, para enviar una relación al Emir, y de nuevo lo registró

todo; pero no pudo encontrar más de lo que ya tenía visto antes.

75. *Destierro de ʻAbd Allāh a Marruecos*

Una vez que comprobó cómo de lo contenido en la lista no nos quedaba más que aquello que es absolutamente indispensable, nos lo dejó, y, dándonos trescientos dinares, más tres esclavas que habían de incorporársenos, con cinco caballerías que nos prestó para el traslado de toda la impedimenta, nos dio orden de salir para Algeciras, diciéndonos: «Allí esperaréis la llegada del sultán». Concediónos, además, una escolta de almorávides, que nos acompañasen y se ocupasen de nosotros.

Tras de darle las gracias, nos pusimos inmediatamente en camino, ya que su impaciencia por que lo hiciésemos era muy grande. Todo el viaje anduve muy inquieto, por no saber la suerte que me aguardaba ni las instrucciones que había sobre mí. Cuando veía a los almorávides que nos acompañaban descabalgando en una posada o detenerse en cualquier lugar, me decía: «Van a hacer algo que se les ha mandado». Así, pasé toda la jornada sumamente desasosegado y temeroso, suplicando a Dios que me contase tales sinsabores como expiación de mis pasadas faltas, y que, con Su poder, hiciese que aquello fuese el cabo de mi desgracia.

Por fin llegamos a Algeciras, y desde allí nos enviaron a Ceuta. Nos hicimos a la mar un día de viento huracanado, en el que pasamos grandes terrores. Si nos salvamos, fue porque no había sonado aún nuestra hora. Desembarcamos en Ceuta, y, como antes en Algeciras, se nos dijo que en ella habríamos de aguardar al Emir. Toda esta incertidumbre aumentaba nuestra desazón.

De Ceuta nos llevaron luego a Miknāsa de los Olivos [Mequínez][345], donde nos recibió el emir Sīr, que me trató bien, me dijo que permaneciéramos a su lado hasta que el sultán regresara de al-Andalus, y me mandó luego cien dinares. Al instalarme en Mequínez, tuve la certeza de que estaríamos mucho tiempo. Así fue, en efecto, y nuestros recursos se agotaron pronto, hasta el punto de que hube de vender los vestidos que eran el resto de la expoliación de Garūr y su cuadrilla, pues sabido es que me quitaron los más (¡cada mano será responsable de lo que robó!), y no me dejaron más que una cantidad insignificante. Así hubimos de continuar mientras el sultán (¡Dios lo asista!) no supo cuál era mi situación, y yo no podía quejarme a él, porque el intermediario era Garūr, y esto era para mí lo más penoso.

Una de las más sorprendentes cosas que me ocurrieron durante mi estancia en Miknāsa, fue que Garūr me escribió para preguntarme: «Dime qué ha sido del anillo que llevabas puesto cuando saliste». En el acto me lo saqué del dedo y lo vendí por diez dinares, para poderle contestar que la necesidad me había obligado a desprenderme de él, porque le apetecía quitármelo, y, sabedor de que ya no tenía otro, no quería dejarme absolutamente nada, sino llevar la rapiña hasta lo último.

A la postre, y estando todavía en Miknāsa, me llegaron otros trescientos dinares de parte del sultán, quien, además, me escribió una carta en la que me prometía el mejor trato. «Mientras viva —me decía— no me olvidaré de ti». Tales frases me llenaron de contento (¡Dios se lo pague cumplidamente, pues, después de Dios, nadie me trató con mayor compasión!). Asimismo me comunicó que, cuando él volviera a Marrūkuš, yo le acompañaría donde quiera que fuese, como prueba de honor y de preferencia que me daba.

Comprendí, pues, que iba a salir de Miknāsa; pero ya se habían disipado mis temores, puesto que no era creíble que mi temido castigo se dilatase por tanto tiempo. Garūr, sin embargo, no cesaba de intrigar contra mí junto al sultán, a pesar de lo bien que yo le había tratado, y es que, sin duda, Dios le había dado como naturaleza la de odiarme y mostrarme su poca clemencia, su dureza de corazón, su vileza y sus reproches.

76. *Destronamiento y destierro del rey de Málaga, Tamīm, hermano de ʻAbd Allāh*

Durante aquel viaje tuve noticias de que mi hermano Tamīm había sido también encarcelado después que yo.

Mientras estuve en Granada para la entrega de mis riquezas, cuando me hallaba vigilado en la tienda, vino Tamīm varias veces a visitarme y a mostrar por mi suerte la inquietud natural, dado nuestro fraternal afecto y la comunidad de sangre que nos unía. Garūr, que en todo este tiempo no le quitaba ojo y que le guardaba por ello antiguo rencor, lo acusó ante el sultán de que el dinero que yo había hecho salir de Granada lo tenía en depósito mi hermano, y que, si éste escapaba, el dinero se escabulliría también. Más tarde fue objeto de nuevas calumnias. «Has encarcelado al príncipe de Granada —le decían al sultán—; pero su hermano está identificado con él, y, si le dejas que se vuelva a sus estados, aspirará a vengarse y a atizar el desorden que tú quieres sosegar. Además, es hombre malvado y duro de carácter, bien señalado y conocido por tales defectos. Apresúrate, pues, a encarcelarlo para despejarte el camino con arreglo a tus proyectos».

Con anterioridad, y según me refirió mi citado hermano, el sultán lo había tratado afablemente e incluso le había prometido restituirle aquellos de sus estados que habían pasado a poder mío. «Tú no eres responsable —le decía— de la conducta de tu hermano..., puesto que te has sometido, has mantenido conmigo buenas relaciones y has sido el primero en acuñar dirhemes [con mi nombre]... Ahora te felicitarás del buen resultado de tu conducta, pues, por esos servicios, te trataremos mejor que a todos tus colegas». El muchacho concibió de este modo vanas esperanzas y hasta se desvaneció un tanto; pero todo eran añagazas contra los reyes de al-Andalus —de las que iban a sacar partido los Almorávides—, pues así se cegaron sus inteligencias, se despertaron sus apetitos y se dilataron sus esperanzas, cuando lo justo hubiera sido cercenarlas.

En efecto, apenas mi hermano se hizo sospechoso, lo prendieron de improviso, para no dejarle tiempo de ocultar el dinero que le acusaban de tener y para que no pudiera huir. Garūr lo trató con las mayores humillaciones y no le dejó ni siquiera un pingajo. Sus cosas fueron vendidas en un zoco que se improvisó en el sitio mismo donde estaba acampado. Luego lo cargaron de hierros y lo enviaron al Sūs.

Como su camino pasaba por Miknāsa, pude verlo y me contó los terrores que había sufrido. Lo encontré muy decaído, no sólo por la pesadez de los grillos, que no le consentían moverse, sino también por las sospechas de que había sido víctima, pues los habitantes de Málaga, al verlo así, le acusaron de acciones criminales y de haberles infligido malos tratos, a lo que decían. Todo coincidió, pues, a gusto del Emir, que no se decidió a prenderlo sino con testimonios de culpabilidad.

Por fin pudo llegar al Sūs, donde, por recomendación del Emir de los musulmanes a Bazlaf[346], éste lo trató con extrema benevolencia. En su compañía siguió llevando una vida segura y agradable, y su suerte quedó confiada a los gobernadores del Sūs que sucedieron a Bazlaf.

XI

DESTRONAMIENTO Y SUERTE POSTERIOR DE LOS DEMÁS REYES DE TAIFAS

77: Actitud de los Reyes de Taifas durante la campaña de Granada.—78: Campañas almorávides contra Almería.—79: Tensión de las relaciones entre al-Muʿtamid y el soberano almorávid.—80: Toma de Córdoba y de Sevilla. Destierro de Ibn ʿAbbād.—81: Regreso de Yūsuf ibn Tāšufīn a Marruecos.—82: Destronamiento y muerte de al-Mutawakkil de Badajoz, y desaparición de este reino.—83: Actividad almorávid contra los cristianos. La toma de Valencia por el Cid.—84: Reflexiones sobre las vueltas de la fortuna.

77. *Actitud de los Reyes de Taifas durante la campaña de Granada*

El Emir de los musulmanes no había de volver a sus estados de Berbería en tanto no cumpliera todos los designios que abrigaba contra Ibn ʿAbbād y el señor de Almería.

De estos sucesos, en cuanto han llegado a mi conocimiento, voy a referir lo que la razón juzga aceptable, hecho caso omiso de las tergiversaciones de las gentes, y lo contaré en la forma más concisa, sin incurrir en prolijidades, porque son cosas que, si bien no las presencié para saberlas de cierto ni al detalle, tampoco me son tan ajenas que ignore su origen ni su desarrollo. Es evidente que mi propia situación me ocupaba y me apenaba lo bastante para no prestar atención a lo que ocurrió luego de mi caída, de un lado porque no

podía dar tanta importancia a sucesos que no me concernían, y, de otro, porque bastante tenía yo con lo que me había venido encima. Pero es asimismo notorio que referir lo que oí cuando yo me juzgaba a seguro de la muerte es mucho más hacedero que referir lo que presencié cuando temía por mi propia vida. Creo, pues, que se me puede excusar de no saber las cosas por propio conocimiento y de referirlas después de verme a salvo. Por otra parte, contar bien una catástrofe es como encontrarse en ella.

Antes de dirigirse contra Granada, el Emir de los musulmanes había prometido entregarle esta plaza a al-Muʻtamid. «Yo soy un hombre del Magrib —le dijo—, a quien no ha traído aquí el afán de ganar dinero ni tierras. Tú sabes las acusaciones que pesan sobre el señor de Granada y cómo temo la intervención en este pleito del rey cristiano; pero mi propósito no es otro que el de liberar la ciudad. Cuando ella esté en mi mano, no podré retenerla, desde Berbería, aquí, entre los territorios de al-Andalus. Por consiguiente, te la entregaré, puesto que tú sabes mejor lo que se ha de hacer con ella y estás más indicado que yo para disponer lo que conviene a los musulmanes».

Ante estas palabras no dudó al-Muʻtamid que las cosas sucederían así; pero, además, se echó otras cuentas. «Si el emir no puede tomar Granada —se decía—, porque su soberano se resista a la rendición, la plaza no será de las que se toman al primer golpe, sino que, por su causa, la situación se prolongará y el asedio se hará interminable, como pasó en Aledo. Luego vendrá el mal tiempo y habrá que retirarse, con lo cual los castillos que se sometan al Emir quedarán bajo mi mando, y, en tanto dure el negocio de Granada, yo seguiré siendo indispensable. Por consiguiente, estoy en la mejor situación con respecto a los dos bandos y, en cualquier contingencia, no dejaré de sacar tajada».

Lo que quería al-Muʿtamid era, por tanto, conforme hemos dicho, que la ciudad resistiera, porque no sabía, caso que la tomara el Emir, si la suerte que éste le reservaba no iba a ser desfavorable, como en efecto lo fue. En todo caso, el rey de Sevilla no me dijo nada del asunto, ni tuvo por oportuno comunicar su secreto a ningún príncipe que pudiera revelarlo. Si algo hizo, fueron sólo algunas alusiones veladas, de ninguna utilidad a la sazón. Porque si a mí me decía, por ejemplo: «Resiste», claro es que yo conocía mejor mi propia situación, y si me decía: «Evacúa tu capital», es igualmente notorio que yo no había de obedecer sus indicaciones. En cuanto a refuerzos, tampoco podía dármelos para no encontrarse en situación embarazosa frente al Almorávid.

Atado como estaba por el Emir de pies y manos, permanecía al-Muʿtamid a la expectativa, viendo si podía sacar algún partido de su situación o si podía escapar con bien del mal paso en que se hallaba metido y del que no había otra salida que aquella en que se encontraba. Otro tanto le pasaba a Ibn al-Afṭas. En cuanto al señor de Almería, se encastillaba en su ciudad. Ninguno de ellos osaba moverse, hasta ver en qué paraba el negocio de Granada, que les parecía confuso y los desazonaba.

Viendo, pues, que todos se hallaban coaligados contra mí con el Emir, dirigí a cada uno de ellos una carta en que les decía: «Lo que hoy me pasa a mí os ocurrirá pronto a vosotros. Hoy me toca a mí y mañana será vuestro turno». Todos ellos pensaron que no podían leer estas cartas sin comunicárselas al Emir, y se las enseñaron. El Emir se indignó en contra mía, y les dictó las respuestas que me escribieron, en que me decían: «Lo que tú quieres es mancharnos con tus crímenes». Pero yo era inocente de tales acusaciones y de haber proferido dichas amenazas. Echar la culpa a otro es lo que hace el que se ha enfangado. No se podía proceder de

otra manera, como ya dijimos, dada la codicia y la ceguera de que también hemos hablado.

Los embajadores que me habían enviado antes [los sultanes de al-Andalus] me habían incitado a resistir y aguantar [sin más ayuda]. Ibn al-Afṭas [a quien pedí apoyo], me contestó: «Me excuso por no poder hacerlo». Ni siquiera querían escribir una carta, por miedo de que el día de mañana fuese una prueba contra ellos, y se comunicaban tan sólo por mensajes orales. Comprendí, pues, que me habían entregado a mis propias fuerzas, para, si las cosas redundaban en mi favor, no verse comprometidos, y, si se volvían en contra mía, no encontrarse en mala situación con el Almorávid, ya que a éste le bastaba que le ayudasen con todo empeño, mediante sus personas y sus hombres.

Me di cuenta, en vista de todo ello, de que estaba perdido y advertí que el tiempo que resistiera, caso de poder resistir, los sultanes de al-Andalus, sin excepción, se reunirían para hacerme la guerra, unidos para ello con mis súbditos, por la obediencia que debían al Almorávid, y también acaso, en alguno de ellos, por ver si podían acrecentar su territorio. Ninguno de ellos podía ayudarme ni perturbar, por mi causa, sus relaciones con el Emir. Si no se habían ayudado unos a otros contra el rey cristiano, ¿cómo iban a hacerlo contra un rey musulmán?

Además, sublevadas las gentes de mi propia familia, mi lucha hubiera sido la lucha del puchero contra la olla de hierro[347]. Ningún hombre sensato se hubiera creído con fuerzas para ello. Por mi parte, la verdad es que nunca había pensado que las cosas empeorarían hasta ese extremo, ni que hubieran ido tan deprisa. De haberlo sabido, nadie se me habría adelantado en rendirme al Almorávid, porque, en tal coyuntura, cualquiera otra actitud hubiera resultado inútil.

Si no lo hice, fue porque todavía esperaba las ayudas que he referido. ¡No hablemos más de ello!

Llegada la situación al punto que no podía preverse por el razonamiento, fue cuando sin perder una hora, me dirigí a rendirme al Almorávid.

78. *Campañas almorávides contra Almería*

En el momento de mi rendición, lo primero que hizo el Emir de los musulmanes fue enviar un ejército contra Almería, antes de proceder contra Ibn ʻAbbād, porque la dilación del almeriense en acudir a la llamada del Almorávid se interpretaba como una rebelión, y porque, al ser aliado mío, se pensaba que dicha demora no podía obedecer más que a un acuerdo previo entre nosotros dos.

Apenas el ejército almorávid pasaba por cualquier lugar, éste se le rendía, y así se fueron separando uno tras otro todos los castillos de Ibn Ṣumādiḥ, hasta que las tropas llegaron a las puertas mismas de Almería. El príncipe (¡Dios se apiade de él!), desde que supo la noticia de mi rendición, estaba abrumado y enfermo, por comprender el peligro en que se hallaba y la desgracia que se le venía encima. La llegada de las tropas a las puertas de la ciudad, estando como estaba en esa situación, le fue funesta: murió, víctima de una congestión. Le sucedió su hijo Muʻizz al-Dawla, el que había de irse a la Qalʻat Ḥammād[348], como diremos enseguida.

Antes de morir, viendo que el Almorávid quería apoderarse de sus estados, Ibn Ṣumādiḥ había enviado a su otro hijo para ver al Emir, con objeto de que le exhortara y le informara de los verdaderos sentimientos de su padre, valiéndose de la ciencia jurídica que practicaba asiduamente. Es una prueba del poco discernimiento, del que ya hemos hablado,

que reinaba en los negocios políticos: ¡viendo que las circunstancias ardían, querer apagarlas con sermones! En efecto, apenas el príncipe llegó al lado del soberano, éste mandó inmediatamente cargarlo de hierros. Menos mal que Ibn Ṣumādiḥ se ingenió para libertarlo y hacer que se reuniera de nuevo con él, fugitivo del Almorávid, valiéndose de un patrón de barca pesquera *[šabbāk]*, que lo sacó por sorpresa de donde estaba y remó luego con él en pleno mar hasta devolvérselo sano y salvo a su padre.

La presión almorávid contra Almería languideció un tanto, cuando el Emir se vio ocupado con los sucesos ocurridos con Ibn ʻAbbād, que para él eran el asunto más importante.

Ibn Ṣumādiḥ, en su lecho de muerte, había dado al hijo suyo que había de sucederle el siguiente consejo: «Mantente en ésta alcazaba del modo que puedas todo el tiempo que Ibn ʻAbbād resista en su reino de Sevilla; pero, cuando veas que Ibn ʻAbbād se ha rendido, no te demores ni un solo momento, sino que has de poner inmediatamente a salvo tu persona, yéndote a la Qalʻa. Métete en el mar con todas las riquezas que puedas, porque tras de Ibn ʻAbbād no puedes aspirar a subsistir».

El hijo de Ibn Ṣumādiḥ tuvo muy presente el consejo paterno, y en cuanto ocurrió en Sevilla lo que es bien sabido, escogió una galera en la que metió todos aquellos de sus tesoros que pudo cargar. Ocultando su secreto designio, se hizo a la mar con el pretexto de que se dirigía a ver al Emir de los musulmanes, para ofrecerle unos regalos y pedirle, de ese modo, una tregua en favor de los habitantes de Almería. Éstos vieron con gran contento su decisión, y le dijeron: «Esto es lo que hay que hacer antes de que te ocurra lo que les ha ocurrido a otros». Pero, apenas se vio en alta mar, dio

mucho dinero a los marineros, a los que informó de su propósito, y desembarcó en Argel[349].

El señor de la Qalʿa lo trató honradamente, le aseguró que nadie tocaría sus riquezas, le concedió generosa hospitalidad y le dio a elegir el lugar en que quería instalarse. Él escogió Tadallas[350], por estar junto al mar y para poder esconderse del sultán, con miedo de que éste lo persiguiera. Allí vivió oscuramente, dando, en la mayoría de las ocasiones, prueba de oportunismo[351].

79. *Tensión de las relaciones entre Al-Muʿtamid y el soberano almorávid*

Respecto a al-Muʿtamid ibn ʿAbbād, apenas supo que el Emir había entrado en Granada, realizando su amenaza sin que nadie se diera cuenta; apenas tuvo noticia de que había puesto a Granada en pie de defensa y expulsado a los mercenarios *[ḥašam]* que había en ella y a todos los que en ella querían quedarse como estaban, experimentó profunda desazón, temeroso de ser el segundo objetivo del Emir, puesto que éste conocía las actividades desplegadas por él en el país y sus peticiones de ayuda.

No podía, sin embargo, el Emir apoderarse de él sin un pretexto de culpabilidad, para no empañar su fama. Cuando los Almorávides le aconsejaban que lo prendiera, él se negaba, hasta tanto que de parte de al-Muʿtamid hubiese un delito por el que pudiera sancionarlo. Por fin, el rey sevillano se puso en camino, y Garūr le siguió para decirle: «El Emir necesita hablar contigo de un asunto». Pero al-Muʿtamid se negó, continuó su marcha, llegó a Córdoba a marchas forzadas, y en el camino le dijo a Ibn al-Afṭas: «Ponte en salvo,

porque ya ves lo que le ha ocurrido al señor de Granada y lo que mañana me ocurrirá a mí».

Convencido el Emir de la disidencia de al-Muʿtamid, le envió mensajeros para transmitirle la orden de venir a verlo y decirle: «Quiero tratar contigo de las cosas que traigo entre manos». Lo que quería es que al-Muʿtamid dijera que no, para encontrar manera de perseguirlo. Y así sucedió, porque la respuesta fue: «Eso estaba justificado cuando tú eras nuestro huésped y te proponías hacer campañas contra los infieles. Entonces estaba yo obligado a ayudarte con mi persona y con todos mis bienes. Pero ahora no eres más que un vecino, como lo fueron Bādīs o su nieto. Tienes, además, mucha más fuerza que yo, para hacerme mal con tus tropas. Por tanto, no me es posible meterme a ciegas en el peligro, ya que seguramente lo que deseas es apoderarte de mis estados, puesto que Granada no tiene para ti valor, si no se le añaden los demás territorios de al-Andalus». El Emir de los musulmanes insistió, exigiéndole que hiciese vida de *ribāṭ*[352] contra los infieles y que suprimiese todas las alcabalas extracanónicas, con otras muchas cosas que sabía que al-Muʿtamid no había de hacer. De todos modos, que las hiciera o no, estaba dispuesto a suprimirlo.

Ibn ʿAbbād tomó el partido de resistir cuanto pudiese y se decidió a la guerra. Entonces el Almorávid empezó a intrigar en los castillos sevillanos, que se fueron desprendiendo, uno tras otro, de su soberano, como había sucedido en otras regiones, pues los súbditos se levantaban contra él en todas partes. Al-Muʿtamid tuvo que enviar un mensaje al rey cristiano, pidiéndole ayuda; pero Alfonso, con miedo de meterse en una empresa aventurada, le volvió la espalda. Ésta era la prueba definitiva que esperaba el Emir de los musulmanes para proceder contra Ibn ʿAbbād. «Me he apoderado —le dijo— de tu carta al rey cristiano y de tu petición de que venga a

reunirse contigo». «Si lo hubiera hecho alegre y petulantemente —le contestó al-Muʿtamid—, antes de que invadieras mis territorios, merecería censura; pero después que he visto que lo que quieres es matarme, la necesidad me ha forzado a hacerlo, para resistir aunque sólo sea un día más».

Tal era entonces la dolencia de todos. De ella había de perecer Ibn al-Afṭas y a ella sucumbió al-Muʿtamid.

80. *Toma de Córdoba y Sevilla. Destierro de Ibn ʿAbbād*

Visto a las claras por el Emir que al-Muʿtamid se le rebelaba y le desobedecía, consultó a los alfaquíes sobre si debería hacerle la guerra. El dictamen fue afirmativo, una vez salvada la responsabilidad del Emir. Por eso antes había contemporizado, es decir, hasta tener una prueba para condenar a muerte a quien quisiera matar, o un argumento legal contra quien quisiera condenar a destierro.

El soberano entonces dio orden al emir Sīr[353] de que avanzase contra Ibn ʿAbbād, y Sīr, mientras yo estaba en Mequínez [Miknāsa], se puso en camino y asedió por mucho tiempo a al-Muʿtamid en su capital, cuando ya la mayor parte de los castillos sevillanos se habían rendido a los Almorávides.

También por estas fechas el Emir conquistó la ciudad de Córdoba, en la que encontraron el martirio al-Maʾmūn, hijo de al-Muʿtamid[354], y sus dos visires, Ibn Zaydūn[355] e Ibn Bakr[356] (¡Dios se apiade de ellos!). La ciudad cayó por la defección de sus habitantes y por la dispersión de sus barrios, pues no podía mantenerse sin el concurso de la población. A al-Muʿtamid le preocupaba mucho la suerte de Córdoba, y esperaba poder seguir subsistiendo, si ella se mantenía firme. Por eso había aconsejado a su hijo que aguantase el

asedio. «No pierdas tu valor —le decía—, porque la muerte es más llevadera que la humillación, y un soberano no debe salir de su alcázar más que para ir al sepulcro».

La toma de Córdoba hizo caer por tierra todas sus esperanzas. Sevilla se vio en gravísimo aprieto, y al-Muʿtamid agotó cuanto poseía, por los muchos gastos que se le ocasionaban. El emir Sīr acabó por entrarla a viva fuerza, en connivencia con algunos de sus habitantes. Murió mucha gente en el asalto y ni siquiera fueron respetadas las mujeres, porque no se pudo refrenar la furia de los soldados por la resistencia que opusieron las gentes de Sevilla en favor de su rey. El mismo Sīr, asombrado del celo que veía poner a los sevillanos en el combate, decía: «Si hubiera querido tomar una ciudad cristiana, seguramente no me habría opuesto tamaña resistencia».

La entrada en la ciudad se hizo por la parte del río, que era el punto más vulnerable. De no haber sido por la constancia de los sevillanos y por los muchos familiares que tenía Ibn ʿAbbād, no hubiera podido éste hacer nada. Parece que fue vencido por la defección de algunas personas de confianza que tenían en su poder las puertas de la ciudad y a los que [cuando dudó de ellos][357], puso guardas que los vigilaran, hasta que al fin no pudo defenderse contra la acometida del destino. La ciudad fue entrada un domingo de raŷab[358], en la misma fecha en que un año antes había sido la toma de Granada.

Antes que Sevilla había caído Carmona[359], en la que murió mucha gente. Luego se complicó la situación en Ronda, sitiada por Garūr. Éste se apoderó, por una estratagema, de la persona de al-Rāḍī[360], a quien despojó de sus riquezas y luego mató, por miedo de que se descubriese el origen de dichos bienes. Se dice que todo eso se hizo sin la

aprobación del sultán. Garūr dio orden, además, de matar a todos los hombres libres y soldados del ejército regular que fueran hechos prisioneros, con las armas en la mano, en la mencionada Ronda. Asimismo hizo asesinar en dicha población a un árabe llamado Abū-l-Ṣimṣām[361], con audacia impía, pues de lo que se trataba era de hacerlo desaparecer para apoderarse de su hija, casarse con ella y apropiarse su fortuna. «Pero tu Señor no está desatento» [XI-123 y XXVII-95]. Por último, Garūr se apoderó de los esclavos de Ronda y se los envió al sultán.

Al apoderarse de Ibn ʿAbbād, el emir Sīr tomó como botín sus esclavos de ambos sexos, salvo las concubinas que habían tenido hijos *[ummahāt al-awlād]*. El Emir de los musulmanes le ordenó que le enviase al soberano vencido. Llegó éste, en efecto, con su familia a Mequínez [Miknāsa][362], donde yo estaba, y permaneció en dicha ciudad hasta que más tarde fue trasladado conmigo a Āgmāt[363].

81. *Regreso de Yūsuf ibn Tāšufīn a Marruecos*

Una vez que Dios permitió el curso de estos acontecimientos, el Emir de los musulmanes tomó la vuelta de Marrūkuš, con todas sus esperanzas colmadas y con las manos llenas de riquezas. A sus soldados les repartió parte de lo que había ganado, y también regaló algunas sumas a su tío paterno el Sahariano[364].

A mí me ordenó que residiera en Āgmāt, y en vista de ello me trasladé a esta ciudad[365], donde el Emir de los musulmanes me trató con todo favor, alojándome dentro de su palacete, en la parte antes destinada al harem. Desde entonces no cesó de prodigarme los beneficios que Dios me facilitaba por su mediación. Después, de Dios, se mostró siempre con-

migo más compasivo y de mejor trato que todas las demás gentes, incluso aquellos a quienes anteriormente yo había dispensado favores.

82. *Destronamiento y muerte de al-Mutawakkil de Badajoz, y desaparición de este reino*

Ibn al-Afṭas seguía ocupándose activamente de su suerte. Trataba de conciliarse el favor de Ibn al-Aḥsan[366] y cedía a cuanto éste deseaba, por ver si conservaba la vida; pero, al mismo tiempo, se sentía condenado, veía signos que anunciaban su desgracia y comprendía que su detención era irremediable. Al enterarse de que, en su propia ciudad, Ibn al-Aḥsan intrigaba en contra suya, se alarmó, manifestó desvío hacia los Almorávides, y entró en tratos con el rey cristiano; pero, de esta suerte dio legalidad a su persecución, y desde entonces fue acusado públicamente, y no como antes bajo cuerda.

Durante todo este tiempo fue como ese pez indeciso de que nos habla el «Libro de Dimna», que no cesó de vacilar y de ir y venir hasta caer en manos del pescador[367]. En efecto, y del mismo modo, no tenía una línea fija de conducta. Tan pronto escribía al Emir manifestándole su sumisión y su deseo de tomar parte en la campaña contra el rey cristiano, como escribía a Alfonso pidiéndole ayuda para el caso de que los Almorávides lo pusieran en un grave aprieto. Por su parte, su hijo al-Manṣūr[368], que procedía con mayor astucia y cuyo corazón empapaban la desconfianza y el miedo, veía con más claridad la verdadera conducta de Ibn al-Aḥsan y las maniobras que hacía éste contra su padre.

Era Ibn al-Aḥsan un alfaquí oriundo de Siŷilmāsa[369], que estaba al servicio del Emir y que había fijado su residencia

en Badajoz, ciudad en la que había hecho algún dinero. Pensaba que su presencia en la Frontera [inferior] era provechosa para los musulmanes y hacía todo lo posible para destronar a su soberano. De su lado, éste, o sea, Ibn al-Afṭas, era un viejo entregado a sus pasiones, que cuando sentía deseos de hacer algo que no debía lo hacía, aunque temiera al mismo tiempo el mal que podía acarrearle. Y es que el hombre, aunque desconfíe de las cosas, y las deteste en su interior, y sepa que con ellas no está en el buen camino, no obstante se enfanga en ellas sin remedio. De aquí que sea inútil el intento de atraérselo y absurdo querer servirse de él. [En el caso que nos ocupa, es evidente que] nada bueno podía esperarse de la vecindad del enemigo, precisamente cuando se le necesitaba, y que a la postre, al tocar las malas consecuencias de haber tratado con él, es cuando se iba a dar uno cuenta de que podía haber acudido a otra persona y de que no le había servido más que de cebo.

Por tales razones, el hijo de Ibn al-Afṭas, al-Manṣūr, le decía a su padre: «Esta vacilación tuya no te conducirá a nada bueno, ni te servirán tampoco las fingidas pruebas de sumisión que crees dar al Almorávid. A causa de ello, los habitantes de tu capital ya no te obedecen ni te tienen el mismo amor que antes; siendo así que, de haber visto en ti algo de verdadera energía, te habrían seguido fieles. Ya has visto lo que les ha pasado a los demás que obraron como tú. Aunque juegues limpio con el Almorávid, no le darás entera satisfacción más que abdicando en favor suyo y poniéndole en posesión de tus estados. Resígnate, pues, a vivir retirado y a despojarte de tu soberanía, y hazlo cuanto antes, para conseguir su amán. Y si es que, al contrario, sientes repulsión por él, no te retrases en huir de su lado con tu familia y todos tus bienes, pues el rey cristiano te dejará vivir en la ciudad que quieras, e incluso puede que te la regale, como

hizo con Ibn Ḏī-l-Nūn en Valencia. Abandonando la ciudad de Badajoz, no harás ningún mal a los musulmanes que la habitan, con lo cual salvarás tu propia vida y al par conservarás la ciudad para el Islam». Pero su padre, teniendo por necio su aviso, le decía: «No he de abandonar mi puesto, y es posible que el destino me depare cosa muy distinta de la que piensas». En vista de ello, el hijo de Ibn al-Afṭas salió de Badajoz, se puso a salvo con su familia y bienes, y llevó a vías de obra el mismo consejo que daba a su padre; el cual, en cambio, siguió en Badajoz para su ruina, hasta que el decreto de Dios se cumplió en él.

Decidido el emir Sīr a consumar el negocio de Badajoz y a usar de algún ardid contra esta ciudad, no tenía, sin embargo, confianza en sí mismo, por su inexperiencia como gobernante. Pensando, además, que cada dolencia tiene su medicina indicada y que «no hay mejor manera de derribar a alguien que apedrearlo con su propia piedra»[370], eligió para esta misión a Ibn Rašīq, que era andaluz y muy ducho en astucias de guerra, y que, por otra parte, ya le había servido en Aledo. El encarcelamiento de Ibn Rašīq en aquella ocasión se hizo, desde luego, contra su parecer, y simplemente por la hostilidad que le tenía Garūr. Ahora, pues, aprovechaba Sīr la ocasión de poner en libertad al prisionero y de recompensarlo por sus servicios pasados, confiándole el negocio de Badajoz.

En consecuencia, escribió al sultán a propósito de Ibn Rašīq, tras de haberle ponderado la necesidad en que se hallaba de los buenos oficios de éste, y, una vez transmitido su mensaje, el Emir dio orden de que Ibn Rašīq le fuera enviado a Sīr. Luego de dedicarle palabras amables, de excusarse por lo sucedido anteriormente y de hacerle dar una considerable suma de dinero, lo puso en camino, no sin haberle prescrito que se ajustara en un todo a las órdenes de Sīr, a quien era

deudor de volver a la vida. Partió, pues, Ibn Rašīq[371], cuya libertad inesperada produjo enorme sorpresa a las gentes, las cuales dieron del asunto las más encontradas versiones, según el entendimiento o la pasión de quienes las propalaban.

Llegado a su destino, consagróse por entero Ibn Rašīq al asunto de Badajoz, sin perdonar medio alguno de urdir intrigas, tanto con los habitantes de la ciudad como con los guardas y demás soldados que al rey protegían y componían la guarnición de la alcazaba[372]. Al fin se puso de acuerdo con ellos en que llegaría a ésta de noche y le abrirían la puerta. Y todo se realizó como estaba planeado. A una señal convenida con los conjurados, los hombres de Ibn Rašīq escalaron el muro, prendieron al viejo Ibn al-Afṭas y a sus dos hijos al-Faḍl y al-ʻAbbās, y se apoderaron de las riquezas considerables del soberano.

Más tarde, Sīr, al ver la gran bajeza de alma de éste, luego de obligarlo a entregar su fortuna y como castigo por haber andado en tratos con los cristianos y haberles entregado castillos, lo hizo condenar a muerte. En efecto, y por mandato suyo, fueron ejecutados Ibn al-Afṭas, junto con sus dos hijos, al-Faḍl y al-ʻAbbās (¡Dios se apiade de ellos!)[373].

A partir de entonces toda aquella frontera se sometió a los Almorávides, tan fuertemente como si de siempre les hubiera pertenecido. Las mujeres y las hijas de Ibn al-Afṭas, así como todo su patrimonio, fueron consideradas como botín. En cuanto a su otro hijo, al-Manṣūr, lleno de odio por lo acaecido a su padre y ansioso de vengarse, se pasó a los cristianos y se unió a las bandas de éstos que hacían incursiones contra el territorio musulmán[374].

83. *Actividad almorávid contra los cristianos. La toma de Valencia por el Cid*

Inmediatamente después se dedicaron los Almorávides a hacer la guerra contra los cristianos y a llevar lo más lejos posible sus fronteras, pues para hacerlo habían aguardado a terminar la captura de los sultanes de al-Andalus. «No nos conviene —habían pensado— combatir a los cristianos, mientras queden a nuestras espaldas enemigos que con ellos puedan entenderse a costa nuestra». Y, en efecto, todas sus campañas andaluzas las pudieron llevar a cabo sin grandes fatigas, excepto en Sevilla, donde, como ya dijimos, hubo alguna resistencia. ¡Gloria al Todopoderoso que «cuando quiere una cosa, no le dice más que 'Sé', y es»! [XXXVI-28], Claro está que cuanto hemos escrito es la exposición de lo que fue, porque de lo que será nada sabemos, conforme dijo un poeta:

[ṭawīl]

Conozco lo que se puede saber de hoy y del ayer anterior;
pero, respecto a la ciencia de lo de mañana, ando ciego.

Vino luego el asunto de Valencia en el que no encuentro nada notable que contar, porque un acontecimiento no puede ser bien referido hasta que del todo no termina, lo mismo que un arco no puede tensarse sino agarrándolo por ambos cabos. Gusta narrar una historia cuando está completa, porque así hace buena impresión y sus partes se enlazan con armonía unas a otras. Ahora bien: si dilatase la terminación de esta obra hasta el momento en que se acabe el negocio de Valencia, habría de esperar a que los musulmanes la recobraran, y quedaría este escrito inacabado, aguardando algo cuya consecución está lejos[375].

No me interesa, por otra parte, iniciar otra historia que ha de estar muy llena de peripecias; tanto más, cuanto que mi propósito ha sido narrar hasta su terminación la de mi tiempo, tomando como norma, nunca abandonada, la de evitar toda maldad y desligarme de toda ambición pasada, porque en escuchar con indiferencia lo que se dice y en no volver la cara atrás está la clave de la tranquilidad, y en cambio con mucha frecuencia los deseos se vuelven cantáridas[376].

Siendo esto así como es, no me queda más que demostrar mi sincera adhesión al Emir de los musulmanes (¡Dios lo asista!) y desearle que todo acabe con bien, porque de su prosperidad depende la de los musulmanes. Hacerlo así es, además, un deber religioso, porque al musulmán se le ha ordenado obedecer a los imames que los dirigen y serles leal; tanto más, cuanto que el Emir ha sido mi favorecedor. En esta obra yo me he limitado a hablar de lo que personalmente me concierne, colocándome en la postura del que siempre se hubiera hallado en mi situación actual, si bien formulando algunos juicios y tomando escarmiento de los reyes que me precedieron y de los que fueron mis vecinos.

84. *Reflexiones sobre las vueltas de la Fortuna*

Por lo que toca a Ibn al-Afṭas, doy gracias a Dios de haberme librado de una suerte parecida a la suya, de haberme guiado hacia lo que iba a serme útil y de haber hecho que mi alma racional predominara sobre la animal, porque la primera lleva a las acciones meritorias, a la equidad y al conocimiento exacto de las cosas, mientras que la segunda incita a la violencia, a preferir los apetitos carnales y a apartarse de los caminos del conocimiento.

Mi actual opinión es que echar menos lo pasado a nada conduce, como no sea a los cuidados y a la tristeza que enflaquecen el cuerpo y acaban con la inteligencia, y que desazonarse por lo que ya no existe es ganas de fatigarse y atormentarse. Por eso los filósofos dicen que, supuesto que el hombre no encuentra placer en lo pasado y además ignora lo por venir, no le queda más que gozar del momento en que se halla, u obrar como pueda con vistas a su futura vida. Porque si Dios ha de darnos un buen fin, no nos aflijamos por lo pasado ni nos hagamos viejos antes de tiempo; si, en cambio, lo que ha de venir es peor que lo que tenemos, justo es que gocemos de nuestras horas, que por fiestas las tengamos y que hagamos obras que nos procuren el beneplácito divino, y si hemos de permanecer siempre como ahora estamos, sin mudanza alguna, cosa que no es nada segura, lo mejor y más consolador es que el alma se resigne a ese estado que sabe ha de durar siempre.

Reflexionando en todas las cosas que hay en el mundo, por las que tanto se afanan las gentes, yo veo que he logrado de ellas todas cuantas podía esperar, y que, si hoy me han desaparecido, nunca tuve, al gozarlas, la certeza de que iban a ser eternas. Todas las cosas mundanales tienen un plazo marcado, y fuerza es que se las deje, bien por la muerte, bien en vida. Y creo que perderlas en vida mejor es que no perderlas por muerte, guerra o naufragio, porque de aquel modo tal vez Dios nos aumente nuestra recompensa futura[377] o nos haga expiar así nuestras faltas. Quedarse sin las pompas terrenales aparta de los pecados al hombre, que debe considerar los bienes perdidos como si nunca hubiesen sido ganados, ya que traen la ruina del alma en la hora de la muerte, y en esa ruina debe meditar el hombre, con la ayuda de Dios Altísimo, antes de que venga la muerte y se presente

el tránsito. ¡A Dios pedimos ayuda, Él que no tiene compañero!

Una vez preguntaron al Profeta (¡sobre él sea la paz!) cuál era el signo de que el Islam era aceptado de todo corazón, y respondió: «Alejarse de la casa de la seducción, regresar a la casa de la eternidad, y prepararse a morir hasta que llegue la hora del tránsito».

XII

Reflexiones finales, en el destierro

85: ʻAbd Allāh y la poesía.—86: Digresión del autor sobre su propio horóscopo y su destino.—87: Consideraciones sobre la astrología.—88: Consideraciones médicas sobre los alimentos y el vino.—89: Vuelve a hablar de astrología.—90: Cuestiones astronómicas.—91: Limitación de las ciencias naturales y de la medicina.—92: Contra la negación de que los genios hablen.—93: Sobre el placer, la melancolía amorosa y la juventud.—94: Consideraciones teóricas y autobiográficas sobre la ambición y el desasimiento de los bienes mundanos.—95: ʻAbd Allāh habla de su paternidad. —96: El autor se dirige a sus lectores favorables y adversos.—97: ʻAbd Allāh se defiende de posibles imputaciones contra su vida privada.

85. *ʻAbd Allāh y la poesía*

Ahora que ya he narrado algunos de los acontecimientos de al-Andalus, cómo se desarrolló mi reinado y cuáles fueron las consecuencias de las decisiones que tomé durante él, todo en la medida de mis facultades y hasta donde alcanzó mi capacidad, y que ya he llegado al momento de mi destronamiento, me gustaría volver de nuevo atrás para citar, referentes a todo ello, versos que yo hubiera compuesto en momentos de reposo y tranquilidad de ánimo, inspirado por la contemplación de las cosas agradables y regocijado por la llegada de buenas noticias[378].

Sin embargo, he de decir que anteriormente yo no cultivé este arte ni entraba en mis hábitos emplearlo, sino por vía de

novedad y prolijidad, para describir algo que quería poner de resalto. Sin duda, ciertos días, hacía un verso o dos, aplicando a ello mi espíritu y aguzando mi inteligencia; pero no sin esfuerzo y a punto de desistir, como cosa extraordinaria sacada de donde no había vena.

Eran mis secretarios los que solían recitar poemas en las sesiones de aparato organizadas cuando había vagar para ello, con objeto de pasar el tiempo si no tenía otra ocupación, como suelen hacerlo los reyes en las horas tranquilas. A ello añadía yo, tomados de obras literarias o de vidas de personajes, algunos trozos escogidos, de los que se quedan en la memoria y suelen recordarse cuando el tiempo ayuda y la ocasión se presenta. A un hombre le preguntaban una vez: «¿De dónde te viene todo eso que sabes?». Y contestó: «De un espíritu abierto y de una lengua preguntona».

86. *Digresión del autor sobre su propio horóscopo y su destino*

Todo se imprime en el hombre en el momento del nacimiento y en la infancia. De mí sé decir que, sobre mi temperamento y carácter, leí y tuve por ciertas cosas contenidas en un horóscopo hecho según la fecha de mi reinado, siendo así que lo compusieron cuando yo era aún muy niño y no podía entonces saberse nada de lo que yo iba a ser. Me tuvo este horóscopo escondido Simāŷa mucho tiempo, y, cuando un día cayó por acaso en mis manos, el visir lo sintió, por miedo de que, al leerlo, me enorgulleciese de la felicidad que allí se me anunciaba. En efecto, leí allí multitud de cosas extraordinarias y maravillosas.

Mi nacimiento se prestó a la predicción astrológica[379]. La constelación «ascendente» *[al-ṭāli‘]* era Piscis, a cuatro gra-

dos, y su «dueño» *[ṣāḥib]*, Júpiter, a once grados, con Venus. El Sol declinaba hacia Acuario con Mercurio. Los dos planetas funestos [Saturno y Marte] coincidían en Tauro, «casa de la fraternidad y el parentesco». La Luna resultó ser el «significador» *[haylāŷ]*, por estar en el séptimo signo del Zodiaco, y así se contrarrestaba la calamidad de la declinación del astro luminoso. Venus, que era el «dator vitae» *[kadjudā* = el dueño de la casa], indicaba, por su posición, para los años centrales —según los astrónomos, pero sólo Dios sabe la verdad—, la cifra de cuarenta y cinco años, a los cuales se añadían los doce juveniles señalados por Júpiter, o sea, un total de cincuenta y siete años. Dios, en su ocultamiento, es quien todo lo sabe.

También hablaba el horóscopo de los «señores de los trígonos» *[arbāb al-muṯallaṯāt]* del astro luminoso, que eran los que indicaban el reparto de la felicidad del recién nacido. El señor del primer trígono era Saturno, con Marte en la «casa de su ocaso», lo que presagiaba que en el primer tercio de la vida habría posibilidades conjeturales, turbaciones y dificultades. Otro tanto aparecía en el segundo tercio, pues su señor, Mercurio, por hallarse en la «casa de la aflicción y de las cuitas», sitiado por los dos planetas nefastos, auguraba cosas parecidas o peores, como ahora se ha puesto de manifiesto. En cuanto a la tercera y última parte, estaba regida por Júpiter, que se hallaba en la «casa de la esperanza y la felicidad», como indicio de un porvenir contrario a todo lo anterior. Incluso se hablaba en él largamente de felicidad, y no sé cómo, pues, aunque los acontecimientos futuros están siempre próximos a la predestinación divina, la verdad es que se hallaban muy lejos de realizarse.

Luego, en punto a enfermedades, anunciaba el horóscopo dolencias del alma, tales como melancolía y predisposición al pesimismo.

Tocante a la cuestión de la descendencia, venía a decir el horóscopo que, dado que según ciertos signos habría hijos y según otros no los habría, los descendientes serían escasos, pero que era forzoso que los hubiera. El hecho de que su número fuera pequeño implicaba, por otra parte, que el padre los engendraría ya en la mitad de su vida, como se ha cumplido, pues mi prole acaba de nacerme[380].

Se hablaba luego de que la persona objeto del horóscopo se abstendría de todo acto ilícito, pues, aunque ello es obligatorio para cualquiera, el hecho de que venga favorecido por la disposición de los cielos en el momento del nacimiento *[niṣbat al-mawlid]* refuerza la tendencia natural. Examinando las condiciones de esta abstención e investigando las causas que la hacían necesaria, se comprobaba que la honestidad era innata en el sujeto, e iba acompañada de una sólida creencia, ya que la presencia de Venus en una de las «casas» de Saturno revelaba en el recién nacido repulsión por los excesos, y, en consecuencia, honestidad. Decía, además, el horóscopo que la sabiduría del sujeto estudiado se traduciría mejor en actos que en palabras.

El que el «señor de la casa de las bodas» —es decir, Mercurio— se encontrase en la «casa» de Saturno indicaba inclinación por los jóvenes de carácter ingenioso, junto a la aversión por todo aquello que no permite la Ley religiosa, ya que entre el «señor de la casa de las bodas» y el «señor del ascendiente» no había unión ni correspondencia.

Todo esto lo he podido comprobar por mí mismo. Diríase que el astrólogo había estado presente a mi lado y leía en mi interior. No pude dudar de su veracidad, con permiso de Dios. ¡Gloria a Quien hace sucederse los días y correr las esferas *[aflāk]*! «Esfera *[falak]*» es toda cosa redonda, y es término empleado por el Altísimo: «Cada uno [el sol y la luna]

en una esfera *[falak]* se mueven con rapidez [XXI-34 = XXXVI-40]». También le llamó «cielo» *[samā']*, porque los árabes dan este nombre a todo lo elevado, y la «esfera», en cuanto se eleva sobre nosotros, es «cielo»; pero [en astrología] se usa el término *falak* y no *samā'*. ¡Dios es el único que conoce las cosas ocultas!

87. *Consideraciones sobre la astrología*

Los astrónomos razonables afirman que por su ciencia no pueden ser conocidos los negocios graves, y que la astrología ofrece sólo indicios sobre el bien y el mal, como la lluvia que cae es indicio de que crecerán las mieses, o unas llamas que desde lejos vemos arder en un lugar son señal de un incendio. Y, como prueba de la legitimidad de sus deducciones, estriban en que el Profeta (¡sobre él sea la paz!) dijo, según una tradición: «Cuando viene el cierzo y luego tira a poniente, es signo de copiosa lluvia». Asimismo el celo que pone un médico experto en curar a su paciente es indicio de que lo curará, y así se espera de él, aunque el restablecimiento se alargue. A un gran personaje enfermo le trajeron un sabio médico de la India, y cuando le hubo expuesto su estado, el médico le dijo: «Ya estás curado, por el poder de Dios». Cuando el intérprete tradujo estas palabras al paciente, éste añadió: «Si Dios quiere». Pero el médico replicó: «Ya lo ha querido, pues no me hubiera traído a verte desde la India, de no tener decretada tu curación».

Los habitantes de la India tienen a la astrología en grande estima, y algunos la toman como ley, hasta el punto de no nombrar para regirlos más que a aquel cuyo horóscopo casa bien con el del Estado[381]. Sostienen, en efecto, que si el horóscopo del rey no es un «centro» *[watad]* de los «centros»

[awtād] del reino, y si no es entre ellos el duodécimo o el sexto, y si las posiciones de los astros no están acordes con ello, el candidato será funesto para el reino, por más esfuerzos que ponga en velar por él, porque o bien el reino hará perecer al rey, o bien el rey acabará con el reino, por una inexorable fatalidad traída por el destino. En consecuencia, examinan los horóscopos de los candidatos antes que su inteligencia o que su conducta, porque estiman que la predestinación puede más que su buen juicio. «En favor tuyo están —dicen luego al elegido— la felicidad del Estado y la asistencia del destino, y podemos emitir esta opinión basados en una larga experiencia».

Los astrólogos sostienen también que la natural duración de la vida humana es de ciento veinte años, y que, si se interrumpe antes de este plazo, sólo se debe a accidentales circunstancias que se inmiscuyen en el individuo, como, por ejemplo, la corrupción del temperamento, que hace que se debilite la naturaleza. Para ellos, los cuatro humores que hay en el hombre son la base de su equilibrio, como si fueran las cuatro esquinas de la casa: si uno se corrompe, enferma el cuerpo, y, si los cuatro se alteran, viene la muerte. Además, los han puesto en correspondencia con las estaciones, diciendo que la sangre es primaveral; la flema, invernal; la bilis, estival, y la atrabilis, otoñal; de modo que quien cuida de cada humor en su correspondiente estación, mediante los alimentos y medicinas que contrarrestan su influencia, puede llegar a un buen resultado. Pero la verdad es que nadie puede ser duradero más que Dios.

Si se les objeta a los astrólogos el caso del que muere de improviso, o en un tumulto, o por una causa insignificante, cuando parecía sano de cuerpo, como ellos han incorporado parte de la astrología a la medicina, y están de acuerdo en que nadie puede dominar por completo la filosofía sin po-

seer estas dos ciencias —cada una de las cuales en la otra se sustenta—, contestan lo siguiente: Las muertes súbitas se producen por la existencia de «significadores» *[hayālīŷ]* declinantes. En efecto, cuando los «significadores» del recién nacido son fijos, se hace muy sólida la conexión de su cuerpo con su alma, y ésta no se separa de aquél más que con mucho esfuerzo, al concluirse el plazo señalado por la «dotación» *[ʿaṭiyya]*. En cambio, si los «significadores» del recién nacido son todos declinantes, está expuesto a la muerte por la causa más fútil. Y, caso de no existir «significador», entonces hay que «dirigir» el grado ascendente y contar los años: El «grave peligro» *[qaṭʿ]* se producirá cuando estos años terminen, y, a veces, aunque no se haya completado la «dotación», en las mutaciones *[taḥāwīl]*, si el «señor del término del grado» *[ṣāḥib ḥadd al-daraŷa]* llega a un lugar funesto, se producirá también el «grave peligro» o algo parecido, caso de que no le ayuden los astros favorables. A este procedimiento lo llaman *al-ŷanbajtān*, que, por permisión divina, es el índice de la vida.

Hay quienes encuentran en conocer el tiempo que han de vivir una fuerza interior, y se muestran satisfechos con el plazo que les ha concedido el Creador (¡honrado y exaltado sea!). Estos tales no sienten inquietudes y llevan una vida agradable, sabiendo que nada vendrá a interrumpirla, mientras el plazo dure. Cobran, además, ánimos con esto que ʿAlī (¡Dios esté satisfecho de él!) dijo a un hombre de edad avanzada: «¡Cuántas hazañas has dejado por realizar!», con lo cual quería decirle: «Si hubieras sabido, antes de hoy, que tu vida sería ésta, no habrías tomado ninguna precaución en la guerra».

En cuanto a mí, he de decir que saber lo que he de vivir me produce contento mientras el plazo está lejos, pero que, al acercarse, me aumenta el dolor de la muerte. Porque la

medicina sólo sirve para mantener sano el cuerpo, durante la vida, contra los males que pueden afligirla; pero, respecto a ahuyentar el término fatal, no sirve para nada.

88. *Consideraciones médicas sobre los alimentos y el vino*

Dijo un sabio: «Las gentes viven para comer, y nosotros comemos para vivir». Reflexiona sobre lo sutil de esta idea.

Cierto rey reunió a sus médicos y les dijo: «Hacedme conocer un remedio con el cual no sea posible enfermedad». Cada uno se puso a hablar de medicinas y de cómo habían de ser aplicadas, salvo uno, el más sabio y anciano de todos, que les contradijo, afirmando: «El príncipe no os ha preguntado sobre nada de eso. Que me autorice a hablar». El rey le contestó entonces: «Habla, pues tú eres la mina de la sabiduría y de la filosofía». Y aquel médico dijo: «El remedio, oh rey, con el que no es posible enfermedad, es que cuando comas, aunque sólo haya sido dos bocados, dejes todo aquello que exceda de la saciedad de tu hambre, y que no te llenes. Con este remedio no hay necesidad de médico».

Algo así se cuenta de [Hārūn] al-Rašīd[382], pues habiéndole sido presentada una escudilla con comida, dijo al comer: «Esto es, a la vez, alimento y medicina; pero cuanto excediese de ello sería dolencia». Todo hombre, en efecto, debe tomar de los bienes del mundo tan sólo aquello a que está acostumbrado.

El Profeta (¡sobre él sea la paz!) dijo: «El origen de toda dolencia es la indigestión y la base de todo remedio es la dieta». También se ha dicho: «Come poco y dormirás bien». Y los doctores afirman que el exceso o el defecto son enemigos de la naturaleza.

Asimismo vemos con el vino que cuando el temperamento del bebedor exige que ingiera mucho, no ha de decírsele: «Bebe poco», ni al que le acomoda beber poco ha de decírsele: «Bebe más». De otra parte, el hombre inteligente se da cuenta de esta medida según sus propias sensaciones, y, sabedor de lo que conviene a su naturaleza, no comete ningún exceso.

Un sabio, a quien se le preguntó por el vino, lo censuró, pero luego dijo: «Si se toma como conviene, con quien conviene y cuando conviene, no hay mal en ello, porque alegra el espíritu, disipa los cuidados y enardece e impulsa a las acciones meritorias. Tomarlo con exceso es tan grande daño como es gran bien beber poco».

Se ha comparado el efecto del mucho vino en el cuerpo con lo que les pasa a los altramuces cuando se les echa mucha agua y están mucho tiempo en ella, que se decoloran y pierden su brillo.

Sobre el vino se ha dicho:

[wāfir]

Consulté al maestro Hipócrates,
porque Hipócrates tiene inteligencia,
un mérito que no tiene par
y una ciencia médica incomparable.
«Me gusta el vino», le dije.
Y me contestó: «Vero beber mucho mata».
Insistí: «Dime la cantidad».
Y con toda claridad me repuso:
«Hallo cuatro humores
que son la base de la salud.
Por tanto, cuatro por cuatro:
para cada humor un litro».

Esto es lo que dice el vulgo, y evidentemente no puede ser bueno hacer lo que la Ley religiosa prohíbe. Pero no veo inconveniente en conocer una cosa cuando hay necesidad de hablar a fondo de ella. Ciertos vicios son más tolerables que otros para quien los padece, si los practica a su tiempo.

Dicen que una de las cosas que engendran alegría en el alma es beber en vaso de oro y oler el narciso, del mismo modo que beber en vaso de estaño y oler la violeta es de las cosas que producen tristeza.

También dicen que una de las medicinas más grandes de la melancolía es beber vino cuando se la siente; pero que luego deja una melancolía peor que la anterior, si se bebe con exceso. La causa de ello es que no hay bien en beber vino, salvo si éste es ligero, de un año cumplido y de olor perfumado, circunstancias en que el vino es cálido y seco. Luego deriva hacia la frialdad, tanto que evita la necesidad de beber agua, se hace húmedo, de color rojo oscuro, de brillo un tanto mate, hace sangre y produce sueño, siendo la bebida adecuada para el invierno. Pero en todo tiempo beba el hombre aquello que se acomode a su naturaleza, sin dejarse arrastrar por la avidez.

Hay quien opina que el vino es más saludable y provechoso si se toma una hora después de comer, para que el hombre pueda dormir y quitarse la sed con agua antes de beberlo. Es lo mismo que pasa con el coito, que cuando más aprovecha es después de reposar el organismo y de haberlo tenido sumido en el sueño después de la cena, o sea, a la mañana siguiente, cuando el cuerpo está en la plenitud de sus funciones, deseoso de evacuar sus secreciones y en perfecta actividad. No hay que hacer entonces ninguna violencia para el coito, porque la naturaleza lo pide, sobre todo si la ayuda el alma, asistiendo a aquella persona con la pasión, porque

alma y cuerpo se corresponden y están estrechamente ligados, hasta el punto de que, cuando uno enferma, el otro se viene abajo, y, si ambos están sanos, el bienestar es perfecto y la salud completa. Así también hay más rapidez en el coito, lo mismo que el estómago, si desea algo, tiene garantizado que lo digerirá.

Decía Galeno: «Más espero del enfermo que desea algo que del sano que nada desea». ¿No ves, en efecto, cómo el médico experimentado, cuando trata a un enfermo y compara dos remedios, cuyo efecto saludable viene a ser idéntico, va a buscar aquel que sabe hubiera sido más acepto al paciente cuando éste se hallaba sano, y ése es el que emplea? ¿No ves también que, siendo igual el efecto del jarabe de membrillo y del de jengibre, el primero es más grato al espíritu, y por tanto más apetitoso? El médico estima con razón que esta natural tendencia del enfermo por un remedio aumenta la fuerza curativa de éste, y que la medicina produce más saludable efecto por el apetito con que se la toma.

No opinan los doctores que el beber vino, cuando se tiene sed, sea de más provecho que el agua, porque ésta calma mejor el ansia, aplaca más el ardor y acaba con los vapores.

Tocante a los alimentos, debe emplear el hombre los más ligeros, incluso si eso le obliga a hacer comidas varias veces al día, porque así la digestión será más rápida, el estómago conservará el apetito y los miembros todos andarán más sueltos. Cierto doctor decía: «Prefiero llenarme de alimentos líquidos que de sólidos, porque la indigestión, si es oclusiva, mata, y, si se disuelve, no pasa de ser una indisposición». Por su parte, un filósofo decía: «Aligerad vuestras almas de los fardos de los apetitos, para que puedan elevarse a su mundo supremo y os traigan algunas de las maravillas que allí hay».

Volviendo al vino, sostienen que disipa las penas; pero yo digo que más bien las suscita, porque obra conforme a lo que encuentra en quien lo bebe, y así, si encuentra una alegría sosegada, la remueve, y, si encuentra cuidados, los recuerda, los agrava y abre las puertas del mal. La preocupación, en efecto, no es más que la expectativa que tiene el hombre de algo malo, y es cosa que nada puede consolar y que quita el sueño. En cambio, la melancolía que se siente por lo pasado sí puede a veces aliviarla el vino. Y nada da más sueño que el melancólico recuerdo del pasado, o la lectura de un libro que uno no estudia para aprender, sino solamente para enterarse de los sucesos de antaño.

Es un ignorante el que crea que cenar inmediatamente antes de acostarse favorece el sueño, a causa de la hartura. Yo digo, al contrario, que lo dificulta, porque el calor hace subir vapores al cerebro, y todo lo caliente impide dormir, de igual modo que el frío en el cerebro produce somnolencia. ¿No ves cómo los cerebros fríos segregan muchas mucosidades y engendran falta de memoria, mientras el hombre de memoria rápida posee siempre en su cerebro calor y sequedad, y ves que tiene pocas secreciones, y que, si las tiene, no duran, porque no son más que excreciones del cerebro? Los de ojos saltones están expuestos a lo mismo y rara vez escapan a las enfermedades y a la transpiración, mientras, a juicio de los médicos, los de ojos hundidos tienen mejor vista. Todo esto sin contar con que esta última propiedad es uno de los atributos de la belleza, pues de un hombre guapo se dice que es el que tiene los ojos bien metidos en sus órbitas, las mejillas lisas y ovaladas y las cejas salientes[383].

Así lo digo yo también, porque nadie puede ser estimado hermoso si tiene extremidades poco finas o mofletes abultados, aunque los árabes alababan en el hombre el tener la cabeza grande, diciendo que era indicio de su capacidad de

mando; pero el hombre inteligente suele a veces alabar al mancebo necio.

Otros dicen que la belleza radica en el modo de hablar del hombre y en la medida en que hable con inteligencia, porque nada bueno hay en expresarse con imprudencia o con innecesaria prolijidad. Cierto poeta, describiendo a un personaje, al llorar su muerte decía:

[wāfir]

La tumba ha ocultado a un compañero
con mucha grandeza de alma y pocos defectos,
que callaba en las reuniones sin ser tartamudo,
pero que, al hablar, daba en el clavo.

89. *Vuelve a hablar de astrología*

En lo que antes dije sobre astrología estribé yo en cierta ocasión para objetarle a un astrólogo que él y sus colegas se ocupaban en una ciencia sin fundamento. He aquí lo que me contestó:

«Si nos reprochas por pretender que las estrellas ejercen influjo directo sobre los hombres o que alguien puede conocer el oculto porvenir, en efecto, tales afirmaciones son absurdas y nadie podría sostenerlas. Pero lo que nosotros decimos es que las estrellas ejercen diferentes oficios impuestos por Dios. ¿No dices tú, por ejemplo, del Sol, que Dios lo ha creado para alumbrarnos? Pues del mismo modo sostengo yo que las estrellas benéficas o maléficas han sido creadas por Dios con este fin, y que el modo y la forma como se ejerce esta influencia afortunada [o nefasta] no los conocen más que los astrólogos, si bien Dios es el único que sabe lo que en realidad ha de resultar de ellas.

»Nada hay en la astrología que no esté de acuerdo con la ley religiosa, puesto que cualquier 'disposición de los cielos' *[niṣba]* ha sido creada por un único Ordenador (¡no hay más dios que Él!), y, al establecerse en el mundo un Estado o una religión, las estrellas no han podido indicar otros distintos, dado que la decisión emana de quien es Único. Empezaré por decirte que no hay orto de una religión o nacimiento de un profeta al que no corresponda el orto de una conjunción de astros *[qirān]*, y que la parte de felicidad que le es asignada procede de la fuerza activa que de esa conjunción emana.

»Veámoslo, en efecto. ¿No dicen los judíos que son 'saturnianos'? La cosa es indudable, pues, de hecho, ¿no hacen fiesta el sábado, que es el día de Saturno, y no está su carácter del todo acomodado a las cualidades de que es indicio Saturno, o sea, avaricia, sordidez, ruindad, engaño y traición? Veamos ahora los cristianos. Son 'solares', y la prueba es evidente: ¿no ves que es el domingo, día solar, el día en que se ha establecido su fiesta, y que al Sol se acomodan su carácter y su figura, puesto que son blancos, rojizos y rubicundos?[384] Incluso el monaquismo de sus hombres religiosos se relaciona con la esterilidad del Sol[385]. Por último, vengamos a los musulmanes. ¿No son acaso 'venusinos', siendo como es Venus el signo de la religión, de la pulcritud, de la caballerosidad, de la pureza corporal, de la purificación de las manchas, y de la licitud del matrimonio, de las concubinas, de los perfumes y de los adornos? Y ¿no se nos ha mandado que adoptemos como fiesta el viernes, que es el día de Venus?

»Mira ahora, en la esfera celeste, los signos del Zodiaco. Habrás de decirme que el séptimo es la 'casa de la boda', y, en efecto, el mes de raŷab, que es el séptimo de los meses del año por el que nos guiamos y que empieza por muḥarram, es aquel en el que más suelen casarse las gentes; que el octavo signo es la 'casa de la muerte y de las herencias', y, en efec-

to, el mes de šaʿbān, que es el octavo, es aquel en que se anulan los plazos; que el noveno signo es la ‘casa de la religión y del viaje’, y, en efecto, el mes venerable de ramadán, que es el noveno entre los del año, es aquel en que es obligatorio ayunar y guardar las prescripciones religiosas, y que el décimo es la ‘casa del imperio y de la autoridad’, y, en efecto, el décimo mes del año es el que ha sido adoptado como fiesta y aquel en que se pone de relieve la pompa y la gloria de la religión[386].

»Dios Altísimo ha dicho: ‘Por el cielo dotado de los signos zodiacales’ [LXXXV-1], y ha jurado asimismo ‘por los astros que corren y se ocultan’ [LXXXI-15-16], es decir, los planetas. Algunos pretenden que Saturno es el astro brillante por excelencia, pues atraviesa siete cielos con su luz, y que es 96 veces mayor que la Tierra. También se ha descrito la magnitud de otros astros con relación a la tierra, pues solamente la Luna y Mercurio son menores que ella, y el Sol es el doble de 180 veces mayor. Cada uno de estos astros tiene un tiempo de revolución durante el cual atraviesa la esfera celeste, y un rango que le ha sido asignado por su Creador (¡honrado y ensalzado sea!). Y nuestro mundo inferior está suspendido de este superior, que influye en él, por permiso de su Señor».

Algunos astrólogos dicen:

«¿Por qué se nos tacha de ateos, si no negamos al Creador? Nosotros sólo hablamos de las criaturas, y toda criatura puede ser descrita hasta donde alcanza la ciencia del hombre, lo mismo un hombre, que un árbol o un monte».

De un sabio se cuenta que lo vieron teniendo a su derecha un Alcorán y a su izquierda un astrolabio, y que, cuando le preguntaron el motivo que le impulsaba a tener ambas cosas junto a sí, contestó: «En el Alcorán recito las palabras de

Dios, y en el astrolabio reflexiono sobre la creación de Dios, porque la astronomía es una manera de adorarlo».

Cuando opiniones de este tipo me eran referidas, yo argüía así: Todo eso que decís parece querer dar a entender que los argumentos en que estribáis están de acuerdo con lo que sostienen los doctores de la Zuna. Ahora bien: cuando decís «esto será» o «esto no será», estáis en contradicción con el Alcorán, porque Dios afirma: «Di: Nadie de los que están en los cielos ni en la tierra conoce lo oculto, sino sólo Dios» [XXVII-66].

A esto responden los astrólogos:

«Nosotros no decidimos perentoriamente respecto a una cosa que 'ha de ser', sino que nos limitamos a decir que hay indicios de ella, y aducimos argumentos que no son susceptibles de completa explicación. Si a veces decimos: 'Este horóscopo de nacimiento es feliz', claro está que no podríamos explicar en qué ha de consistir esa felicidad ni qué elementos han de constituirla. Hay incluso algunos de nosotros que prefieren calcular la posición de los astros y no hablar nada. Y si otros afirmamos cosas parecidas a la anterior, es como si el que ve una nube muy espesa dice que es presagio de que va a llover mucho. ¿Acaso el que dijera eso sería un hereje? Por lo demás, Dios hace luego lo que le place».

Ésta es también una de las cosas que ya hemos dicho al comienzo de este libro, y es que todo hombre seducido por el demonio intenta imponer sus argumentos. Ya dice Dios que «el hombre es el ser más dado a la disputa» [XVIII-52], aunque la verdad sea para él una luz que no se oculta, y aunque los árabes suelen decir que «la verdad luce y el error tartamudea». Se cuenta que al-Ma'mūn[387] confesaba: «No he vuelto a encontrar gozo en los días desde que aprendí la ciencia astrológica, ni he hallado manjar sano desde que

aprendí medicina, ni he disfrutado del placer de dormir desde que aprendí oneirocrítica».

90. *Cuestiones astronómicas*

Pretenden algunos que la noche es la sombra de la tierra, por no haber otra fuente de luz que el Sol. Cuando éste brilla sobre la Tierra, al salir, se produce el día, y, cuando se mete debajo de la Tierra, vuelve a surgir la sombra y se entenebrece la noche.

Algunos afirman haber leído que el Sol está en perpetuo movimiento, sin tener lugar en qué detenerse, porque dicen que, caso de detenerse el Sol, no podría hacerlo más que en un lugar que fuese mayor que él, y mayor que él no hay más que la esfera celeste, que está constantemente girando.

Dicen también respecto al eclipse que no es posible hablar de él sino fijándolo en una figura especial de la construcción astronómico-geométrica, pues si no es así, no hay nada que decir. En efecto, estas palabras se confirman cuando en un eclipse determinado se ponen de manifiesto los límites de su efecto, el momento en que se produce y la evaluación de la zona eclipsada por él. El Sol, por su propia esencia, no puede ser afectado por nada. Lo que ocurre es que el volumen de la Luna, al estar frente a él, se interpone entre él y la Tierra. Respecto al eclipse de Luna, procede de la interposición de la Tierra entre ella y el Sol.

Dicen también los astrónomos que la luz de la Luna y de las estrellas procede del Sol, y que aquéllas son cuerpos diáfanos que se revisten de la luz del astro máximo. Por eso su brillo aparece cuando el Sol está oculto y se borra cuando surge el Sol, que es lo mismo que dijo el poeta:

[ṭawīl]

Tú eres un sol, mientras los otros reyes no son más que estrellas,
y cuando sale el sol ninguna estrella aparece.

91. *Limitación de las ciencias naturales y de la medicina*

Dicen los que estudian la naturaleza que no puede existir ningún animal sino mediante el calor y la humedad, y que donde hay agua y sol se propagan las especies, incluso a veces sin el acto de la reproducción. Ahora bien: nosotros vemos que hay animales incluso en el interior de un conglomerado de rocas durísimas, y que Dios crea lo que quiere. En efecto, Dios Altísimo dice: «No carecemos de poder para sustituiros por otras criaturas como vosotros, ni para crearos de nuevo en forma que no conocéis» [LVI-60-61].

A propósito de al-Ḥaŷŷāŷ[388] se refiere que alguien lo vio en sueños bajo un aspecto agradable, y como —habida cuenta de su gobierno tiránico— le preguntasen cómo podía ser así, contestó: «Sin duda se ha apiadado de mí el Señor por algunas palabras que pronuncié al pasar un día por un campo lleno de mieses. Y es que dije: 'Si Dios quisiera, podría hacer crecer estas mieses entre el fuego o en las estepas donde no existe el agua'». Y el mismo Dios Altísimo ha dicho de Sí mismo: «Crea cosas que no sabéis» [XVI-8].

El hombre no puede llegar con su ciencia a otra cosa que no sea conocer la naturaleza. Medicinar un enfermo no tiene más importancia que restablecer el equilibrio de un temperamento, cuando se ha desequilibrado, y los médicos cuidan los cuerpos mediante los conocimientos logrados por su inteligencia y las experiencias que han hecho en sus propias

vidas, o que los antepasados han legado a sus sucesores. Cada enfermo es tratado según [.....][389], y quien no obra de acuerdo con la ciencia y con las reglas del conocimiento médico está en un error y se esfuerza inútilmente. Así, los médicos dicen que el remedio que purga el cuerpo obra como el jabón en la ropa, o sea, que lo limpia y renueva, y es recurso que conviene ser usado en otoño, porque en esta época es cuando impera la atrabilis. Igualmente la práctica de la sangría en primavera es un alivio, y no yerra en el que en esa época se saca sangre. De igual modo se sabe que los alimentos que mejor se acomodan al temperamento del hombre son el buen pan, la carne de un animal de dos años y el vino de un año, y que el que se limita a nutrirse con tales cosas, sin mezclarlas con otras, tiene siempre buena salud corporal y recia complexión.

Al sabio Galeno, que vivía en tiempos del Mesías (¡sobre él sea la paz!), le dijeron que Dios había enviado un profeta que curaba al ciego de nacimiento y al leproso. «También curo yo al ciego de nacimiento y al leproso», contestó Galeno. Pero, cuando le dijeron que además resucitaba a los muertos, no lo creyó hasta que con sus propios ojos vio que era verdad [.....][390].

92. *Contra la negación de que los genios hablen*

Los sabios niegan lo que pretenden algunos de haber visto a los genios, y desmienten a los que afirman que les han oído palabras o discursos como emitidos por lenguas humanas. Para estos doctores sólo puede hablar quien tiene lengua o un órgano corporal de que valerse. De no ser así —dicen— ¿cómo un viento que sopla podría articular palabras? Se trata simplemente —añaden— de una alucinación que

afecta al cerebro de quienes tal cosa pretenden: en el cerebro de estos tales se representa una cosa, y, por la perturbación de la víscera, se les imagina que esa cosa habla y que ellos entienden, siendo así que no existe nada real. Deliran —siguen diciendo— con una especie de delirio psicológico análogo al del hombre que piensa en una ciudad, o en una persona, o en una imagen cualquiera, de tal suerte, que, cuando su espíritu la evoca, le parece que la está viendo, aunque tenga los ojos cerrados; o como el que duerme y ve aquello que le sugiere su espíritu; o como el que contempla en un espejo cosas que carecen de existencia real.

Ahora bien, por vida mía, pensar así es salirse del camino de la Zuna, porque Dios afirma: «Dijo ʿIfrīt, uno de los genios [XXVII-39]», y en otro lugar: «Él [Satán] y sus gentes os ven desde donde vosotros no los veis [VII-26]». Estos textos indican, en efecto, que, si bien no puede haber palabras sin lengua, ni visión sin vista, esta lengua y esta visión no son como las que poseen los hombres, en la forma en que éstos ven, oyen o entienden.

De no ser así, los demás seres no tendrían fe, ni alabarían a Dios ni podrían cumplir lo que Dios les ha encomendado. Ahora bien, los pájaros, que a nuestro juicio carecen de razón, han sido descritos por Dios en su omnisciencia con estas palabras «[¿No ves que alaban a Dios cuantos hay en los cielos y la tierra] y los pájaros que vuelan en filas? Cada ser conoce su manera de orar y de alabar a Dios [XXIV-41]». También dice (¡ensalzado sea!): «Nada hay que no alabe Su gloria [XVII-46]». Asimismo ha pintado cómo se prosternan ante Él los astros, los árboles y las bestias, que, en nuestra opinión, son irracionales. Por tanto, ¿cómo podría ser de otro modo con el primero de los dos grupos de genios y hombres[391], cuando a los primeros se les ha anunciado la recompensa, se les ha prevenido contra el castigo y se les ha

hablado de la misma manera que a los hombres? En efecto, Dios Altísimo dice: «¡Oh asamblea de los genios y de los hombres! ¿Acaso no llegaron a vosotros enviados, tomados entre vosotros mismos, para referiros mis Signos? [VI-130]».

Por otra parte, el que no cree que los genios hablan y poseen razón tampoco creerá en los ángeles, porque es necesario que sea consecuente con su opinión de que todo el que no tiene lengua y miembros no puede hablar como lo hace el hombre, y de los ángeles no se dice que tengan mano ni lengua. Ahora bien: los ángeles son los que han descendido hacia los profetas con la revelación divina y los que les han transmitido oralmente los Libros y la Zuna. Por consiguiente, el que siga el partido que combatimos no podrá creer en la misión profética ni en la revelación.

93. *Sobre el placer, la melancolía amorosa y la juventud*

Se dice que la unión carnal es uno de los mayores remedios de la atrabilis, por la alegría que se experimenta en el momento de consumarla, y que otro remedio es entrar en el baño, por el placer que en él recibe el hombre. En realidad, aquel a quien le guste disfrutar de las delicias del mundo debe aprovechar cuantas facilidades encuentre para satisfacer su apetito, porque quien arrebata a la Suerte una hora de placer, eso se encuentra, y quien la deja para más adelante, eso se pierde, ya que el hombre es efímero e hijo del instante.

Dicen también que el sentarse a la vera de aguas corrientes y mesas de arrayán es una de las cosas que consuelan al enamorado y medicinan su tristeza; pero, por mi parte, yo digo que hacer eso más bien reaviva su recuerdo. La prueba de mi aserción es que el alma no se prenda más que de aque-

llas cosas que le parecen bellas. Ahora bien: cualquier cosa bella que vea le llevará a recordar lo que en su ánimo es lo más esplendoroso, como toda conversación le conducirá a lo mismo, y sabido es que aquello que excita el recuerdo excita también la pasión y deja luego tras de sí vigilia y desasosiego. En efecto, ningún mal puede remediarse sino con su contrario. Al que se ha enamorado de la belleza ¿cómo ha de consolarlo la belleza? Lo que hará será desazonarlo más y ocuparlo por entero. ¿No ves, en cambio, que el triste encuentra alivio en la alegría, y que la alegría desaparece con los disgustos?

Tampoco se consolará el enamorado con la fortuna o con la familia, sino que sólo encontrará remedio en aquello que disipe sus cuidados. Por lo demás, el enamorado encuentra en su propia condición un cierto placer, cuyo dulzor está mezclado con algún ardor, porque es una ley que no haya ninguna dulzura que, al gustarla, no tire un poco a cálida, y así vemos también en los manjares apetitosos, que despiden su mejor olor cuando están más calientes.

Si el hombre compara los períodos de su vida que le han producido algún contento con los diversos instantes de su juventud, no encontrará entre aquéllos ninguno mejor, ni de gozo más cabal, ni más divertido para el alma, ni más lleno de sensaciones, ni más estimulante para el corazón, ni aguada más diáfana, ni gusto más sabroso, que aquella sazón juvenil, por más que hubiera habido en ella alguna contrariedad, pues fuerza es que el que castra la colmena se exponga a los aguijones de las abejas. Pero el remedio de estas contrariedades no satisface al hombre. Cuando algún grave acontecimiento le distrae de las ocupaciones juveniles y le hace olvidarlas, piensa que nunca lo hubiera elegido a cambio, y que la condición en que se hallaba era mucho mejor.

94. *Consideraciones teóricas y autobiográficas sobre la ambición y el desasimiento de los bienes mundanos*

Por otra parte, la juventud suscita en el hombre agitación e inquietudes: unos se ocupan en velar por sus bienes, mientras otros se afanan por cambiar su suerte para mejorar de condición. Todos estos afanes no son nocivos; antes bien, gracias a ellos el hombre puede resistir a sus enemigos y soportar el trabajo de ganarse la vida; trabajo en que sólo desmaya el miserable que ya no puede aspirar a mejorar su suerte. El alma del joven se mueve llena de ímpetu, como quien puede elegir entre el esfuerzo y el reposo.

Ahora bien, el alma humana es demasiado ambiciosa, y apenas oye hablar de un puesto, cuando ya aspira a otro más arriba. Por eso el hombre razonable estima que toda energía y trabajo que rebasa el esfuerzo necesario para procurarse lo estrictamente preciso para subsistir es pura jactancia y petulancia; simple codicia y avidez. Al hombre se le pedirá cuenta de todo, salvo de tres cosas: el alimento con que aplaca su hambre, el vestido con que cubre su desnudez y la casa en que se protege del sol. Aunque poseyera la tierra toda, no podría disfrutar más que de aquello que abarca su vista y donde está asentado con otros hombres, que lo contemplarían a salvo de sus fatigas, mientras él se enlodaría en sus cuentas y en sus fardos, camino todo de la extinción y la consunción. Justo es, pues, que el hombre inteligente se abstenga de buscar la fortuna. Si ésta hubiera de perdurar, cuando él muriese, para nada, ni bueno ni malo, habría de servirle. ¿Cómo, pues, se ocupa de ella, sabiendo a ciencia cierta que ha de perecer, y que después vienen la petición de cuentas, y el cielo o el infierno? El Mesías (¡sobre él sea la paz!) ha dicho: «Este mundo es un puente. Pasadlo y no os quedéis en él».

No se encontrará, sin embargo, a nadie que practique un total ascetismo, sin haber antes logrado en todo o en parte sus esperanzas. El ascetismo natural en el hombre afecta sólo a aquellas cosas que su alma repugna; pero es indispensable que esta alma suya sienta inclinación hacia aquello en que encuentra el más mínimo bienestar. Dios, que conoce tan bien al hombre, ha dicho de él: «En verdad, el amor de las riquezas es en él vehemente [C-8]». Y parece, además, que el alma, cuando alcanza una cosa y satisface su deseo, se aparta de ella, y que, en cambio, si algo se le resiste, es lo que desea con más fuerza.

Algunas de estas observaciones yo he podido experimentarlas dentro de mí mismo, porque la naturaleza humana es siempre la misma y apenas difiere en contadísimas personas. Por eso se ha ordenado al hombre que quiera para su prójimo lo que quiere para sí mismo, como norma de justicia y equidad.

Después de haber poseído una gran fortuna y de haberla perdido, encuentro que la deseo mucho menos que antes de conseguirla, incluyendo la preeminente situación de que entonces disfrutaba con relación a la que ahora ocupo. Otro tanto pienso en absoluto respecto a todo lo que antes alcancé: ejercicio de la autoridad, adquisición de objetos preciosos, refinamientos en manjares, vestidos, monturas, edificios, y demás aspectos de la elevada condición en que me crié. Nada hay entre todo ello que siga deseando mi alma, ni ésta piensa siquiera que gocé de todo ello hasta el colmo y aún más allá del límite extremo. Y eso que no se trataba de un disfrute efímero y pasajero, que engendra larga añoranza y que incluso se tiene por un sueño, sino que mi posesión se prolongó por espacio de veinte años, y aun mi vida anterior puede decirse que fue análoga, pues me crié en el seno de la misma fortuna.

Tras de haberlo perdido todo, me encontré más deseoso de tener hijos que de recobrar las demás cosas que he referido, en el momento en que me faltaron. Me decía para mis adentros: «El más extremo límite de riqueza material por el que se afanan las gentes, yo ya lo he logrado, e incluso me he hecho famoso por ello en todo el mundo[392]. Ahora bien: esta fortuna tenía que perderla, más tarde o más temprano, en vida o por muerte. Pensemos, pues, que estos veinte años han sido un siglo, porque igual hubieran terminado, y es como si no hubieran existido ayer. Ahora es cuando estoy en condiciones de pensar en lo que de veras deseo, y Dios decidirá como le plazca».

Cuando a un labrador le preguntaron: «¿Has acaso sembrado?», contestó: «Yo he labrado. El que siembra es Dios». Se ha dicho también que ya no quedan otras personas que hagan la total abnegación de la voluntad en Dios más que los labradores, porque, en efecto, ellos entierran sus alimentos en el campo, y luego imploran el favor y la bendición de Dios.

95. *'Abd Allāh habla de su paternidad*

Esa opinión mía [de que prefería tener hijos a recobrar mi fortuna] fue una inspiración divina para que se cumpliera el destino, pues, sin tardar mucho, vinieron mis hijos a la vida. No fue, pues, inoportuna. (Realmente los filósofos distinguen tres formas de revelación: palabra, inspiración y sueño. Sobre la inspiración tenemos sus palabras —¡ensalzado sea! —: «E inspiró tu Señor a las abejas... [XVI-70]». Respecto a las palabras de Dios —¡honrado y exaltado sea!—: «Revelamos a la madre de Moisés: Amamántalo... [XXVIII-6]», también se dice que no fue más que una revelación por inspira-

ción. En cuanto al Profeta —¡sobre él sea la paz!—, en alguno de sus juramentos empleaba la fórmula: «No, ¡por el que maneja los corazones!», porque los corazones están en manos del Misericordioso, que los maneja como quiere, para realizar en ellos Sus decretos y que se cumplan en ellos Sus decisiones).

Ya no abrigo, pues, otras esperanzas que la de procurarme recursos lícitos para vivir, que estén a cubierto de que Dios me pida cuentas de su origen, y hacer buenas obras que en la otra vida me libren del castigo eterno y me valgan una recompensa.

El sabio Sócrates experimentó durante su vida repugnancia al coito, por creer que arruinaba el organismo y apresuraba la muerte. Se ha dicho también que el que lo realiza roba horas de su propia vida (si es así, que cada cual, a su guisa, lo practique poco o mucho). En el mismo sentido cree probable al-Ŷāḥiẓ, en su *Libro de los animales*[393], que, si el eunuco tiene larga vida, es porque no tiene comercio carnal.

En cuanto a mí, sostengo que ese momento, en el que el individuo [que lo practica espaciadamente] se despoja de su humanidad para dedicarse a [...][394] le procura mayor placer, le separa más de su sustancialidad y sosiega más su circulación sanguínea, que si realiza el coito diez veces en cada día de su vida. En efecto, el que lo practica con frecuencia se limita a eliminar sus secreciones, mientras a este otro se le sale su propia esencia, se le vacían las venas, se le suavizan los músculos, se le calman los nervios y se le desatiranta la piel.

Allá al fin de sus días, cuando Sócrates tuvo muchos años y comprendió que tras de la vejez no había más que la muerte, realizó el coito por una vez en su vida, explicando su conducta por un deseo de experimentar por completo la sabidu-

ría del Creador (¡honrado y ensalzado sea!). «La sabiduría del principio de la reproducción —decía— no puede comprenderse sin realizar este acto. Si me muriera sin haberlo realizado en absoluto, parecería que sentía cólera o violencia contra el orden de las cosas establecido por el Señor, y merecería de tal suerte su castigo». Y cuando le llegó la hora de la muerte, añadió: «Creo que no he manchado mi vida más que con el acto carnal que realicé en aquel momento».

Por un beneficio dispensado por Su bondad, Dios me concedió una hija, como primicia de mi descendencia. Todos los míos no han cesado de deducir de su venida buenos augurios, porque les hubiera desagradado que mi primogénito hubiese sido un varón. Algo así vimos en mi padre Sayf aldawla (¡Dios se apiade de él!), que, por haber tenido un primogénito varón, no gozó de alegría completa; pero, por otra parte, esta creencia no es general. Si la hemos mencionado, es porque se trata de un buen augurio, ya que nuestro Profeta (¡sobre él sea la paz!) dijo: «Sacad buenos augurios, pero no malos presagios». Lo nuestro fueron buenos augurios, sobre todo por la tradición de nuestra familia y por lo que en ella se venía desde antiguo diciendo. Si hubiese ocurrido lo contrario, nada habríamos consignado, por esa prohibición de sacar malos presagios.

Más adelante, Dios me concedió otros dos hijos [cuyo nacimiento anuncié, siendo así que antes] no había dado la buena noticia del nacimiento de la hembra, para que la tristeza [que el vulgo atribuye al nacimiento de hijas] no viniera a enturbiar la situación [de creciente bienestar] en que me encontraba por la gracia, favor y beneficio del Supremo Dispensador[395]. En efecto, enumerar los beneficios de Dios es una manera de agradecerlos[396], y publicarlos por vía de gratitud y de piedad, no por vía de jactancia y orgullo, es una de las cosas más obligatorias que debe hacer el hombre. El Pro-

feta (¡sobre él sea la paz!) dijo: «Yo soy el señor de los hijos de Adán, y no lo digo por jactancia. Yo soy el más elocuente de los árabes, y no lo digo por jactancia».

96. *El autor se dirige a sus lectores, favorables o adversos.*

Posteriormente, mi interés derivó hacia la composición de este libro, que, por vida mía, ha de serme como un hijo que hace perdurar en el mundo la memoria de su padre. En él quise explicar aquellos aspectos de mi conducta que pueden resultar dudosos para una persona que los ignore y que se haya hecho eco de las maledicencias que, según mis detractores, provocaron mi caída; caída que no ha dejado de procurarme beneficios de los que espero en la otra vida recompensa y ventajas, dado que siempre estuve inmune y libre de lo que me atribuyen. Y lo he compuesto exclusivamente para aquellas personas virtuosas y verídicas, que no están bien informadas de mi historia, pero que, sin embargo, aman a Dios por los beneficios que me ha dispensado y desean mi bien, mientras los injustos arrecian en sus persecuciones y dicterios.

A esas personas justas e inteligentes les digo:

«Vosotros sois aquellos a quienes van encaminadas las palabras de Dios y de su Enviado. En vosotros me apoyo, a vosotros me dirijo y por vosotros me he tomado este esfuerzo, porque vuestro apartamiento del buen camino no os ha cegado para reconocer la verdad, ni os ha desviado hacia los escupitajos venenosos de mis detractores el rencor por antiguas ofensas. ¡Dios me una a vosotros en el paraíso como hermanos, de igual modo que aquí nos ha hecho ayudarnos para hacer el bien!».

En cambio, al que contradiga mis palabras, por ignorancia o por odio, le digo:

«¡Vete fuera con tu ignorancia y muérete de cólera! Los decretos divinos no marchan a tu arbitrio, ni a ti se dirige este libro; antes bien, tú debes aplicarte lo que Dios Altísimo dictó a su Profeta (¡sobre él sea la paz!), cuando le dijo: 'Sé indulgente, ordena lo justo y apártate de los ignorantes [VII-198]'. ¿Es que me reprochas —oh tú que me difamas— haber heredado de nobles antepasados un reino, del cual un solo día vale por toda tu vida? Ya han dicho los sabios que el que se conduce bien consigo mismo y con su prójimo vive largamente, aunque su vida sea breve. Además, ese reino transcurrió en la obediencia a la ley divina, y, gracias a Dios, nunca ha podido ser tachado de abusivo o tiránico, pues jamás derramé sangre ni expolié dinero. Duró para mí cerca de veinte años, que valen por muchos años [de oscuridad], como la Noche de la Revelación vale más que mil meses[397]. Ahora bien: desde siempre, el que los plazos terminen es un orden de cosas habitual, que no es de extrañar particularmente se me haya aplicado a mí. Es fuerza separarse de las cosas. Pero, gracias a Dios, no he perdido con el reino ni mi razón ni mi fe, ni mi reino ha terminado al mismo tiempo que mi vida. Un día de su vida que el hombre consagre a la alabanza de Dios es mejor que el que pueda acabar todo lo que se propone hacer, y morir en la aflicción y en el recuerdo vale más que morir de improviso en pecado».

97. *'Abd Alldh se defiende de posibles imputaciones contra su vida privada.*

Me he abstenido deliberadamente de citar aquí muchas de las buenas acciones que realicé, de las decisiones enérgicas

que adopté y de las cargas que me eché encima en servicio del Estado.

Por lo demás, también busqué a veces diversiones frívolas y me entregué, sin que hubiera en ello afrenta para el reino ni mengua para mi autoridad, a esas distracciones que suelen tomarse a hurtadillas, al acabar el trabajo, para cobrar ánimos y consolarse de las dificultades que nos rodean. Los sabios sostienen, en efecto, que prescindir en absoluto de los placeres es causa de indigestiones, de enfermedades de la piel y de otras perniciosas dolencias. Además, se ha dicho que, puesto que el hombre carece de toda posibilidad de durar, tiene el derecho a gozar de la vida, aunque su alma puede, si así le place, renunciar a ello.

Sin embargo, tú [lector frívolo] podrás repetir estas palabras envileciéndolas, transportándolas del terreno de las burlas al de las veras, y ser como el detractor de su vecino que nunca habla de las cosas buenas que en él ve y no difunde más que las malas. Si, además, inventas, empezarás por poco y acabarás pasándote de la raya. Pero, dime, ¿cómo podrás divulgar tales cosas sabiendo, como sabes, que no he sido nunca un libertino sin freno; que jamás me he entregado de lleno a placeres que entrañasen descuido de mis obligaciones, como hacían los reyes mis predecesores; y que siempre me abstuve de cometer crimen, expoliación y estupro?

Sólo te queda que digas: «El rey de Granada no deseaba más que amontonar riquezas, amar a las bellas mujeres y convidar efebos». Pero, si tal haces, demostrarás no haber examinado bien las cosas ni haber reflexionado sobre ellas.

¿Es que no sabes, ignorante, que un rey no utiliza el dinero más que para liberarse de los fardos que sobre él pesan? Pues ¿acaso no es indispensable el rey sólo para eso? ¿Cómo

no va a desear conservar su gloria y precaverse contra sus enemigos? Y no te contengas si es que sabes que impedí la realización de un derecho o que hice un don inmerecido. Di: ¿Cuándo perdí un castillo, o despedí un ejército, o se produjeron dificultades por relajamiento o impedimento de mi autoridad? ¿Cuándo se quejó un hombre musulmán de que le hubiera sacado dinero sin derecho para hacerlo? En este punto no podrás falsear la verdad, porque la mayoría de las gentes saben con certeza lo que pasó. Di, en cambio a boca llena, que de mi lado salió un poeta con un espléndido regalo o [un cortesano] con un magnífico vestido de aparato, porque eso es cosa de que no necesito excusarme, pues obrar así tiene larga tradición entre los reyes.

En cuanto a que yo invitaba a efebos a mis fiestas, dado que era fuerza hacer un uso moderado del vino —cosa de la que ya Dios me habrá perdonado—, ¿por qué tienes que ocuparte de mis libaciones y de mis convidados? No se trataba de reuniones de Estado, para las que se elige a los grandes personajes, ni de asambleas deliberantes, en las que se consulta a los hombres de ciencia, ni de un campo de batalla, al que se convoca a los más valerosos caballeros. Cada circunstancia tiene sus reglas propias, y el que no las cumple adecuadamente incurre en error. Además, yo no trataba con esos convidados de ningún negocio serio, ni les concedía autoridad en ningún asunto, ni los trataba en desacuerdo con su condición.

Las personas que yo empleaba en el servicio del Estado eran todos bien conocidos como hombres competentes y experimentados. Ahora bien, el funcionario de un príncipe no puede ser, al mismo tiempo, su comensal. ¿Cómo, si no, podrías hoy reprender duramente al mismo que ayer sorprendió tus flaquezas, descubiertas por la embriaguez? ¿Cómo podrías dar órdenes de servicio militar y constreñir a salir en

campaña al mismo con el que anoche cambiabas la copa y con el que tuviste las frecuentes bromas y pendencias de los bebedores? Si tras esa intimidad le pidieras que cumpliese en tu servicio, lo encontrarías obtuso y distraído para tus intereses.

Aparte tales consideraciones, notorio es que en las grandes cortes nunca han faltado mancebos e hijos de privados, de más o menos edad, esclavos o libres, que son como un ornamento en presencia del soberano y que colaboran en su servicio, porque los mozos pueden desempeñar funciones que no estaría bien confiar a un hombre maduro. Cada cual ha de ocupar el puesto y el empleo que le corresponde. Finalmente, ¿no deben servir poder y riqueza para adornar y embellecer la vida, y para elegir a los hombres más hermosos, a quienes convengan los vestidos espléndidos y los caballos piafantes? Tu amigo es quien concuerda contigo desde el momento en que, con tu dinero, puedes tener a tu servicio a quien te plazca, sea libre o esclavo.

En realidad, hay gentes a quienes no conviene emplear, puesto que no dicen más que tonterías. Pero ¿es que confié a gentes así el gobierno de una plaza fuerte o les encargué que hicieran justicia entre mis súbditos? No les empleé más que en lo dicho, y no sé nada más [.....].

[Si tú, lector, no te convences][398], es porque serás un obstinado que no das tu brazo a torcer, o bien un calumniador, que habrás de dar cuenta de tu conducta. ¡Dios nos aparte a ti y a mí del mal y nos haga obrar en su obediencia, Él que es el más generoso de los generosos (no hay Señor sino Él, ni Dios de verdad más que Él)!

ACABÓSE EL LIBRO. ¡LOADO SEA DIOS!
¡BENDIGA DIOS A NUESTRO SEÑOR MUḤAMMĀD
Y A SUS FAMILIARES Y COMPAÑEROS, Y LOS SALVE!

Bibliografía exclusiva de las obras citadas abreviadamente

A'māl (o *A'māl al-a'lām*) = v. IBN AL-JAṬĪB.

BAH = *Bibliotheca Arabico-Hispana*: I-II, *Abenpascualis Assila...*, edidit... Franciscus Codera, Matríti 1882; III, *Desiderium quœrentis historian virorum Andalusiae...* ab Adh-Dhabbi scriptum..., ediderunt... Franciscus Codera... et Julianus Ribera, Matriti 1885; V-VI, *Complementum libri Assilah...*, ab Aben Alabbar scriptum..., edidit Franciscus Codera, Matriti 1889.

Banderas = v. GARCÍA GÓMEZ.

Bayān = v. IBN 'ĪḎĀRĪ.

BROCKELMAN = *Gescbichte der Arabischen Litteratur* von Carl Brockelmann, Weimar, Felber, 1898-1902, 2 vols.—*Erster Supplementband*, Léiden, Brill, 1937. — *Zweiter Supplementband*, Leiden, Brill, 1938.

Bugya = v. *BAH*, III.

CODERA, FRANCISCO, *Decadencia y desaparición de los Almorávides en España*, Zaragoza, Comas, 1899. Colección de Estudios Árabes, III.

— v. *BAH*.

Ḍabbī = v. *BAH*, III.

Ḏajīra = IBN BASSĀM.

DOZY, R. P. A., *Abbadidis = Scriptorum arabum loci de Abbadidis*, nunc primum editi..., Leyden 1846-1863, 3 vols.

— *Hist. mus. Esp.*[2] *= Histoire des musulmans d'Espagne jusqu'à la conquête de l'Andalousie par les Almoravides* (7111110) par... Nouvelle édition revue et mise à jour par E. Lévi-Provençal, 3 vols., Leyde, Brill, 1932.

— *Recherches*[3] *= Recherches sur l'histoire et la littérature de l'Espagne pendant le moyen age*, par... 3.ª éd., Leyde, Brill, 1881, 2 vols.

— *Notices = Notices sur quelques manuscrits arabes [Extraits de... al-Hollatos' siyará, par Ibno-'l-Abbar]* par... Leyden, Brill, 1847-1851.

— *Suppl.* = *Supplément aux dictionnaires aràbes*, par… 2e éd., 2 vols., Leyde, París, 1927.

Encycl. Isl.[1] = *Encyclopédie de l'Islam. Dictionnaire géographique, ethnographique et biographique des peuples musulmans…*, par M. Th. Houtsma, *etc.* Leyden-París, depuis 1113, 4 vols. et un d'appendice.—Citamos siempre por esta primera edición. La 2.ª está en curso de publicación.

Esp. Xe siécle = v. LÉVI-PROVENÇAL.

GARCÍA GÓMEZ, EMILIO, *El Libro de las Banderas de los Campeones de Ibn Sa'īd al-Magribī*, Antología de poemas arábigoandaluces, editada por primera vez y traducida… por… Madrid, Instituto de Valencia de Don Juan, 1942.—Hay una 2.ª edición facsímile: Barcelona, Seix-Barral, 1978.

HARTMANN, *M. Muwaššaḥ* = *Das Arabische Stropbengedicht. I. Das Muwaššaḥ*, Weimar, Felber, 1897.

Hist. Esp. mus. = LÉVI-PROVENÇAL.

'Ibar = v. IBN JALDŪN.

IBN AL-ABBĀR = *BAH*, V-VI.

IBN BAŠKUWĀL = v. *BAH*, I-II.

IBN BASSĀM ŠANTARĪNĪ, *al-Ḏajīra fī maḥāsin ahl al Ŷazīra*. Citamos fundamentalmente por la ed. del Cairo que sólo ha publicado las partes I-1, I-2, II-1 y IV-1 (para la parte inédita se citan circunstancialmente los ms.). Recientemente ha aparecido una edición completa en Beirut, que no hemos podido manejar.

IBN 'IḎĀRĪ, *al-Bayān al-mugrib*. Los dos primeros tomos fueron publicados por R. P. A. Dozy, con una larga introducción, en Leyde, Brill, 1848-1851, 2 vols., y reeditados por G. S. Colin y E. Lévi-Provençal, en Leiden, Brill, 1948-1951, también en 2 vols. El tomo III (siglo XI) fue editado por E. Lévi-Provençal en París, Genthner, 1930 (Textes arabes relatifs á l'histoire de l'Occ. musulmán, II). Para el tomo IV, véase el excelente artículo de J. BOSCH VILÁ en Encycl. Isl. 2 s. v. *Ibn 'Iḏārī*. Nuestras referencias a este último tomo van siempre especificadas.

IBN JALDŪN = *Kitāb al-'ibar*, ed. Būlāq, 1284 h.

IBN JĀQĀN, *Kitāb qalā'id al 'iqyān* li-l-Fatḥ I. J., ed. Sulaymān al-Ḥarā'irī, París, al-Birŷis, 1277 h.

IBN AL-JAṬĪB, *Histoire de l'Espagne musulmane, extraite du Kitāb a' māl al-à'lām*, texte arabe… par E. Lévi-Provençal, Rabat, Moncho, 1934 (Collect… publiée par l'Inst. des Hautes-Études Marocaines, III).

— *al-Iḥāṭa fí ajbār Garnāṭà*. Citamos por el ms. del Escorial o por la edición, mala, abreviada e incompleta, del Cairo 1319, 2 vols. Posteriormente, y la

hemos utilizado a veces, se ha publicado una mediocre edición completa en 4 vols. por Muḥammād ʻAbd Allāh ʻInān, Cairo 1973-1978.

IBN AL-ZUBAYR, *Ṣilat al-ṣila,*... dernière partie publiée... par E. Lévi-Provençal, Rabat, Impr. Économique, 1938 (Collect. publiée par lʻInst. des Hautes-Études Marocaines, VII).

IDRĪSĪ, *Descript = Description de l'Afrique et de l'Espagne par Edrîsî*, texte arabe publiée pour la première fois... avec une traduction... par R. DOZY et M. J. de Goeje, Leyde, Brill, 1866.

Iḥāṭa = v. IBN AL-JAṬĪB.

Inscript. o *Inscr. ar. d'Espagne* = v. LÉVI-PROVENÇAL.

LÉVI-PROVENÇAL, E., *Alphonse VI et la prise de Tolède*, apud Hespéris XII (1931), pp. 33-49. Reimpreso en *Islam d'Occident*, París 1948, pp. 109-135.

— *L'Espàgne musulmane au Xe siècle. Institutions et vie sociale*, París, Larose, 1932. Una edición bastante cambiada constituye el tomo III de la *Hist. Esp. mus.*, bajo el título *Le siècle du Califat de Cordoue.*

— *Hist. Esp. mus. = Histoire de l'Espagne musulmane*, 3 vols. publicados, París, G.-P. Maisonneuve, 1950-1953. Traducción española por Emilio García Gómez de los tres volúmenes en los tomos IV y V de la *Historia de España* dirigida por Ramón Menéndez Pidal, Madrid-Espasa-Calpe, S. A., 1950 y 1957.

— *Inscript.* o *Inscr. ar. d'Espagne = Inscription àrabes d'Espagne*, par... Leyde-París 1931, 1 vol. + un álbum de láminas.

— *Péninsule Ibérique = La Péninsule Ibérique au Moyen-Age d'après le «Kitāb ar-rawḍ al-miʻṭār...» dʻIbn ʻAbd al-Munʻim al-Ḥimyarī*, texte arabe... avec... une traduction, par... Leiden, Brill, 1938.

Libro de las Banderas = v. GARCÍA GÓMEZ.

AL-MAQQARĪ, *Analectes = Analectes sur l'histoire et la littérature des Arabes d'Espagne par...*, publiés par Dozy, Dugat, Krehl et Wright, Leyden, Brill, 1855-1861, 2 vols.

MENÉNDEZ PIDAL, R., *La España del Cid*, 4.ª ed., Madrid 1946.

— *Historia y epopeya*, Madrid 1934.

NUBĀHĪ, *Juges d'Andalousie* = Ibn al-Ḥasan al-Nubāhī, *Histoire des juges d'Andalousie intitulée «Kitāb ad-marqaba al-ʻulyā»*, éd. crit. par E. LÉVI-PROVENÇAL, Le Caire, Scribe Égyptien, 1948.

Péninsule Ibérique = v. LÉVI-PROVENÇAL.

PONS BOIGUES, F., *Ensayo bio-bibliográfico sobre los historiadores y geógrafos arábigo-españoles*, Madrid 1898.

PRIETO VIVES, A., *Los Reyes de Taifas, Estudio histórico-numismático de los musulmanes españoles en el siglo V de la «hégira»* (XI de J. C.), Madrid 1926.

Ṣila = v. *BAH*, I-II.

SIMONET, FCO. JAVIER, *Glosario de voces ibéricas y latinas usadas entre los mozárabes*, por… Madrid, Fortanet, 1888.

Takmilà = v. *BAH*, V-VI.

Vocabulista = Vocabulista in arabico, publicato per la prima volta… da C. Schiaparelli, Firenze, Le Monnier, 1871.

Zaŷŷālī = Proverbes andalous de Abū Yaḥyà ʿUbayd Alláh az-Zaǧǧālī, edités, commentés et comparés par Dr. Mohamed Bencherifa, 2 vols. Rabat 1975 y 1971 (la 2.ª parte se publicó antes), Ministére chargé des Affaires Culturelles.

Notas

[1] [Por supuesto, esas obras tienen poco que ver con las «Memorias» de ʿAbd Allāh, con enorme ventaja de éstas. Refiriéndonos, por ejemplo, a la de Ibn al-Jaṭīb, que insertó al fin de su *Iḥāṭa* (ms. del Escorial, y ahora en la edición de Muḥ. ʿAbd Allāh ʿInān, IV, Cairo 1978, pp. 438-634), se trata simplemente de una amplia antología de su producción en prosa y verso, con muy pocos detalles más. ¡Qué lejos de la jugosidad de nuestras «Memorias»! La historia que de sí mismo hace Ibn Jaldūn (admirable edición por Ibn Tāwīt, al-Tanŷī, *al-Taʿrīf bi-I. J.*, Cairo 1951) es algo más, pero no del todo, autobiografía. Junto a algunos inapreciables pasajes (la entrevista con Tamerlán es, sin embargo, decepcionante), hay demasiado *curriculum* académico, demasiada laberíntica historia magríbí y oriental, demasiados textos incluidos, muchos de Ibn al-Jaṭīb, y falta total de motivaciones psicológicas. En cuanto a Bayḏaq (ed. y trad. E. LÉVI-PROVENÇAL, en *Documents inédits d'histoire almohade*, París 1928), su obra —crónica del Mahdī y de ʿAbd al-Muʿmin— constituye unas «Memorias» en el sentido de que al principio está narrada en primera persona, y es siempre un relato contemporáneo, pero no una «autobiografía».—E. G. G.]. <<

[2] Ed. Allouche, Rabat 1936, p. 58. <<

[3] P. 269, líns. 14-16. <<

[4] *Ibid*, p. 191.—Sobre la tumba de Muʿtamid, cf. E. GARCÍA GÓMEZ, *El supuesto sepulcro de Muʿtamid de Sevilla en Āgmāt*, apud «Al-Andalus», XVIII [1953], pp. 402-11, con dos dibujos y seis fotografías. <<

[5] En 776 = 1374. Entre los pocos autores que dan la fecha de muerte del gran escritor se halla IBN AL-QĀḌĪ, *Durrat al-ḥiŷāl*, ed. Allouche, Rabat 1934, p. 287. <<

[6] Según la inscripción fundacional, todavía *in situ*, la fecha exacta es ŷumādá I 750 = 16 julio-16 agosto 1349. <<

[7] NUBĀHĪ, *Juges d'Andalousie*, pp. 93 y 97. <<

[8] [Lévi-Provençal y yo convinimos incluir en esta Introducción el apartado que sigue, a base del prólogo que él puso a la publicación de los tres primeros fragmentos. Así se hizo. Posteriormente cambió de idea, y me indicó la conveniencia de suprimirlo. La razón —muy atendible— es que pensaba aprovecharlo, así o ampliado, en el tomo IV de su *Hist. Esp. mus.*, que se hacía la ilusión de preparar. Pero como este tomo IV ya no podrá escribirlo jamás su pluma, paralizada por la muerte, me ha parecido que no hay el menor inconveniente en volver a la idea primitiva.—E. G. G.].—Los nombres, específicamente ṣinhāŷíes, de los Zīrīes de Ifrīqiya pasaron a los de España. El lector se dará cuenta de ello por el cuadro genealógico que insertamos, en el cual el único personaje de la rama granadina que no lleva un nombre beréber es precisamente nuestro ʻAbd Allāh. Dichos nombres zīríes parecen haber desaparecido casi completamente de la onomástica y de la toponimia del norte de África y de al-Andalus. Hay raras excepciones. Una gran familia de Constantina lleva todavía, por ejemplo, el nombre de Ibn Bādīs, y uno de sus miembros fue muy conocido como jefe de un movimiento reformista.—Se ha preferido la transcripción *Ḥabūs* (y no *Ḥabbūs*, como antes escribíamos y algunos siguen escribiendo) porque en el fragmento A el ms. no pone jamás *tašdīd* sobre el *bāʼ*. En cambio, porque así lo hace varias veces el ms., transcribimos *Ṣinhāŷa* (y no *Sanhāŷa*). <<

[9] Sobre estos sucesos, cf. *Bayān*, III, pp. 73-76 y 362-63. Resumidos, pueden verse en LÉVI-PROVENÇAL, *Hist. Esp. mus.*, II, y *Ertcycl. Isld.*[1], IV, pp. 1300-01. <<

[10] Ḥubāsa tiene biografía en la *Iḥāṭa*[1], I, 312-13. <<

[11] Cf. *Bayān*, III, p. 113; IBN AL-JAṬĪB, *A'māl*, p. 139, y, por supuesto, LÉVI-PROVENÇAL, *Hist. Esp. mus.* <<

[12] Cf. LÉVI-PROVENÇAL, *Hist. Esp. mus.*, índice, s. *Elvira.* <<

[13] Cf. LÉVI-PROVENÇAL, *Inscr. ar. D'Espagne*, p. 54.—En la mayor parte de las monedas de los Zīríes de España consta, con el *laqab* honorífico, el título de *ḥāŷib*: cf. PRIETO VIVES, *Reyes de Taifas*, pp. 116 y 176, núms. 114, 115, 121. <<

[14] Sobre estos sucesos, cf. Bayān, III, p. 125-126; DOZY, *Recherches*[3], I, pp. 229-231. <<

[15] Cf. *Bayān*, III, p. 128-129. Consta también en la *Ḏajīra* de IBN BASSĀM. <<

[16] III, p. 128. De Zāwī habla también IBN AL-JAṬĪB, en *Iḥāṭa*[1], I, pp. 334-37, y *Aʿmāl*, pp. 262-63. <<

[17] En su *ʻIbar* (ed. Cairo, IV, p. 160) y en la noticia sobre los Zīríes granadinos de la *Histoire des Berbéres* (trad. Slane, nueva ed., París 1927), II, p. 62. Cf. también IBN AL-JAṬĪB, *Iḥāṭa*[1], I, p. 403, y *Aʻmāl*, p. 263. <<

[18] Si la fecha de la partida de Zāwī para Ifrīqiya fue 416 = 1025 (aunque IBN AL-JAṬĪB da 411, en *Iḥāṭa*[1], pp. 403 y 420, y *Aʿmāl*, p. 263), este personaje no puede ser el célebre Muḥ. ibn ʿAbd Allāh ibn Abī Zamanīn (cf. PONS BOIGUES, *Ensayo*, p. 98, número 64 y referencias), sino acaso su hijo Abū-l-Asbag ʿIsa, de quien hablan IBN AL-JAṬĪB en la *Iḥāṭa*, e IBN BASSĀM en la *Ḏajīra*. <<

[19] *Hist. mus. Esp.*[2], III, p. 18. Siguen cerniéndose serias dudas por todos lados sobre la accesión a la corte Zīrí de Samuel ibn Nagrela. Parece muy probable que empezara en el reinado de Ḥabūs; pero, según nuestras «Memorias», la privanza definitiva no llegó hasta la entronización de Bādīs (§ 15). <<

[20] Como más tarde habían de hacerlo los Almorávides (otros Ṣinhāŷa). <<

[21] Cf. IBN AL-JAṬĪB, *A'māl*, p. 263; IBN AL-AṮĪR, trad. E. FAGNAN, *Annales du Maghreb et d'Espagne*, Alger 1898, p. 439, y DOZY, *Abbad.*, II, p. 34 (*Hist. mus. Esp.*[2], III, p. 24).—Sin embargo, IBN AL-JAṬĪB, *Iḥāṭa*[1], I, p. 305, y el *Bayān*, III, p. 191, dan como fecha 428. <<

[22] Cf. DOZY, *Hist. mus. Esp.*[2], III, pp. 24 ss. y referencias en p. 29, nota 1. <<

[23] Sobre estos sucesos, cf. DOZY, *Hist. mus. Esp.*[2], III, p. 30 y siguientes y la referencia citada en p. 35, nota 1. Tocante a Ŷurŷānī, cf. IBN BAŠKUWĀL, *Ṣila*, núm. 286, e IBN AL-JAṬĪB, *Iḥāṭa*[1], I, p. 276. <<

[24] La fecha de anexión de Málaga por Bādīs consta en MAQQARĪ, *Analectes*, I, p. 284, lín. antepenúlt. La de 465 que da el *Bayān*, III, p. 218 (lín. antepenúlt.) es evidentemente errónea. Véase además DOZY, *Hist. mus. Esp.*[2], III, pp. 41-42. <<

[25] Lo confirma IBN AL-JAṬĪB en la *Iḥāṭa*. <<

[26] Cf. DOZY, *Hist. mus. Esp.*[2], III, pp. 61-63. <<

[27] Cf. DOZY, *Hist. mus. Esp.*[2], III, pp. 67-68.—Las «Memorias» de ʻAbd Allāh dan un nuevo relato bastante detallado de los hechos. <<

[28] *Iḥāṭa*[1], I, p. 272, lín. 9. <<

[29] Cf. *Journal Asiatique*, IV.ª serie, t. XVI, 1850, pp. 201 ss. y la larga discusión de Dozy en la Introducción de su ed. de IBN ʻIḎĀRĪ, *Bayān*, I y II, Leyde 1848-51, pp. 80-102. <<

[30] Cf. TEFIM SCHIRMANN, *Le Dīwān de Šemū'el Hannāgīd, consideré come source pour l'histoire espagnole*, en «Hespéris», 1948, 1.º-2.º trimestres, pp. 163-165, nota 2.—Schirmann remite a otro artículo suyo en hebreo, que no hemos podido ver: *Milhemōt Šemū'el Hannāgīd (The Wars of S. H.)*, en la revista «Zion», I, Jerusalén 1936.—La fecha 448 = 1056-57 está comprobada por SXʻID DE TOLEDO en sus *Ṭabaqāt al-umam*, ed. Cheikho, Beirut 1912, p. 90 (trad. R. Blachére, París 1935, p. 160).—Schirmann, en su artículo citado un poco más arriba, basado en los prologuillos que a los poemas del *dīwān* de Samuel puso su hijo José, sostiene la atrevida tesis de que el visir judío Samuel Ibn Nagrela era el general supremo del ejército zīrí. Sin otras comprobaciones es sumamente difícil admitir semejante aserto, que resulta increíble: en algunos pasajes poéticos se ve que Samuel abultaba su papel, y que su hijo José lo desorbitó posteriormente todavía más. Que acompañara al ejército es cosa diferente. En las «Memorias» (§ 15) leemos que «el tal judío [Samuel Ibn Nagrela] era un tributario que no podía aspirar a ningún puesto de gobierno». Bueno está ya que llegara a ser la «eminencia gris», o incluso «blanca», de Bādīs. Pero de ahí a ser «generalísimo del ejército» hay un paso demasiado largo. <<

[31] IBN AL-JAṬĪB, *A'māl*, p. 268 dice, sin nombrarlo, que a la muerte de su padre se encontraba en Jaén como gobernador nombrado por él, y que fue descartado de la sucesión por su carácter perverso, vicioso y sanguinario. IBN 'IḎĀRĪ, nuevos fragmentos del *Bayān*, confirma la presencia de Māksan en Jaén y da detalles pintorescos como el de que tenía una perra llamada Labbūna que empleaba para destrozar a quienes condenaba a muerte (el nombre Labbūna era probablemente una burla, porque así se llamaba la hija de Muḥ. al-Ḥasan Ibn Guennūn, la cual se casó con 'Alī b. Ḥammūd: *Bayān*, III, p. 131). <<

[32] Bajo la forma *Ibn al-Nāya, qā'id al-ŷund* (ed. de París, p. 21, l. 1; pasaje reproducido por DOZY, *Abbād.*, I, p. 52, trad. p. 122). <<

[33] En 449 = 1057, según *Bayān*, III, p. 244; o en 445 = 1063, según DOZY, *Hist. mus. Esp.*[2] III, p. 64 y nota 3. <<

[34] Sobre esta casida véase el texto en la *Iḥāṭa* y en los *Aʿmāl*, de IBN AL-JAṬĪB. La tradujo DOZY en sus *Recherches*[3], I, p. 282 ss. y apéndice XXVI, a más de en su *Hist. mus. Esp.*[2], III, pp. 7172.—El *dīwān*, de ABŪ ISḤĀQ, ha sido publicado enteramente por uno de nosotros: E. GARCÍA GÓMEZ, *Un alfaquí español: Abū Isḥāq de Elvira*, texto árabe de su dīwān, según el ms. Escur. 404, public. por primera vez con introducción, análisis, notas e índices, Madrid-Granada 1944. Cf. pp. 38-40 y 149-153. <<

[35] *Iḥāṭa*[1], p. 275. <<

[36] *Bayān*. Cf. «Al-Andalus», IV [1936], p. 124. <<

[37] Cf. los textos citados *supra* en la nota 17: *'Ibar*, p. 161; *Hist. des Berbéres*, p. 62. <<

[38] Ms. Esc., pp. 213-14, que es la biografía de ʻAbd Allāh. <<

[39] *A'māl*, pp. 268-70. <<

[40] Se titulaba *al-Anwār al-ŷaliyya fī ajbār al-dawlà al-murābi-ṭiyya*: cf. PONS BOIGUES, Ensayo, núm. 193, pp. 140-41 y referencias. Ibn al-Ṣayrafī murió en 570 = 1174.—Cf. también IBN JALDŪN en las obras citadas supra, nota 17: pp. 161 y 63, respectivamente. <<

[41] El mismo título había llevado su abuelo BĀDĪS. Su hermano, Tamīn de Málaga, tomó como *laqab* al-Muʿizz bi-llāh. <<

[42] IBN AL-JAṬĪB, *A'māl*, pp. 268-69. <<

[43] En nota al lugar correspondiente de las «Memorias» de ʻAbd Allāh (véase índice de topónimos en este libro) hablamos de la famosa batalla. <<

[44] Sobre este castillo murciano (10 kms. al NO. de Totana), cf. R. MENÉNDEZ PIDAL, *España del Cid*, I, pp. 386-87. La verdadera ortografía del nombre, que dan las «Memorias», es *Liyyīṭ*, correspondiente al *Alayet* de los cronistas cristianos. Cr. también DOZY, *Hist. mus. Esp.*[2], III, p. 180, nota 1. <<

[45] Cf. *Bayān* almorávid, apud «Al-Andalus», IV [1936], p. 125. <<

[46] Cf. «Al-Andalus», IV [1936], pp. 127-129. <<

[47] Antes, en esta mismo Introducción, hemos visto que ʿAbd Allāh omite el nombre de Abū Isḥāq de Elvira. Pero el gran omitido en las «Memorias» es el Cid. El silencio de ʿAbd Allāh sobre el gran personaje es significativo; pero éste no es el lugar para sacarle punta. [El que quiera trazar una historia general de las Taifas andaluzas tendrá que buscar un personaje que sirva de hilo conductor o de eje en época, por profusa y complicada, tan difícil de narrar. Sabido es que Menéndez Pidal eligió al Cid *(La España del Cid)*. Lévi-Provençal, al proyectar el tomo IV de su *Hist. Esp. mus.*, se inclinaba por Alfonso VI, y yo creo que tenía razón; pero no osaba hacerlo en vida de Menéndez Pidal, y él murió mucho antes, sin proseguir su historia.—E. G. G.]. <<

[48] Al final de su carrera política, ʻAbd Allāh da muestras de una cierta clarividencia al juzgar la evolución política de la España musulmana. Véanse, por ejemplo, entre otros, los §§ 36, 40 y 77 de sus «Memorias». El primero de los tres es acaso el más significativo. Merece ser leído muy despacio. <<

[49] Los Zīríes granadinos fueron grandes acaparadores de tesoros, pero contribuyeron muy poco al desarrollo del arte hispanomusulmán. En Granada ocupaban el Albaicín (la Alcazaba Cadima), no la Alhambra. Cf. el magnífico estudio de L. TORRES BALBÁS, *El alminar de la iglesia de San José y las primeras construcciones de los Zīríes granadinos*, apud «Al-Andalus», VI [1941], pp. 427-46. <<

[50] En *Iḥāṭa* (apud «Al-Andalus», IV [1936], pp. 126-127), y *Aʿmāl*, p. 271. <<

[51] Este autor, granadino (*Mallāḥī* quiere decir «de La Malá [= La Salina]», cerca de Granada), nacido en 1154-55 y muerto en 1222, escribió una historia de los sabios de Elvira, utilizada por IBN AL-JAṬĪB en la *Iḥāṭa*. Cf. *Iḥāṭa*[1], p. 6, lín. 4 *ab infra*. Sobre Mallāḥī, cf. IBN AL-ABBĀR, *Takmila*, núm. 960, y PONS BOIGUES, *Ensayo*, núm. 227, p. 273. <<

[52] Cf. *supra*, nota 40. <<

[53] Sin embargo, la semblanza más cruel de ʿAbd Allāh es acaso la contenida en unos versos de al-Sumaysīr (alias al-Simsarī), poeta que huyó de Granada a Almería y que se hizo famoso por sus sátiras. Estos versos en basīṭ, aparecen fragmentados aquí y allá. Véaselos juntos en «Al-Andalus, IV [1936], p. 125. Dicen así:

El señor de Granada es un necio
que se cree ser el hombre más sabio.
Trata con Alfonso y los Cristianos
(¡mira qué juicio tan discreto!),
y fortifica edificios, faltando
a la obediencia de Dios y el Emir.
Construye en torno a sí, estúpidamente,
como si fuese un gusano de seda.
Pero déjalo construir. Ya entrará en razón,
cuando le llegue el decreto del Omnipotente.

Sumaysīr se refiere a la restauración que ʿAbd Allāh emprendió (habla sobre ella en sus «Memorias», § 57) de los castillos estratégicos de su reino, pensando en la amenaza almorávid. <<

[54] Aparte las colonias mozárabes de las ciudades mayores, seguía habiendo castillos y pueblos enteramente cristianos. Véase lo que dice el § 44 sobre Rayyāna y Jotrón. No serían los únicos. <<

[55] Cf. R. MENÉNDEZ PIDAL y E. GARCÍA GÓMEZ, El conde mozárabe *Sisnando Davídez y la política de Alfonso VI con los Taifas*, en «Al-Andalus», XII [1947], pp. 27-41. <<

[56] Es sumamente curiosa la escasa importancia que da ʻAbd Allāh en sus «Memorias» a esta batalla: ni parece presentarla como un gran triunfo del ejército musulmán, ni precisa el lugar en que se riñó, ni cita por tanto para designarlo el topónimo *al-Zallāqa*, nombre que le dan los demás cronistas árabes. <<

[57] Y, según se ve, sólo da la hora, el día y el mes; no el año. <<

[58] Cf. *supra* nota 56. <<

[59] Cf. *supra* nota 55. <<

[60] La cosa está clarísima en la biografía de Ŷūšūf ibn Tāšufīn de la *Iḥāṭa* de IBN AL-JAṬĪB. Véase la edición de Muḥ. ʻAbd Allāh ʻInān, IV, Cairo 1978, pp. 352-53. Después de la venida en que se riñó la batalla de Sagrajas, volvió dos veces: una para Aledo, y otra (en 483) para acabar con los Taifas. Antes de todo había hecho una rapidísima visita de inspección a Algeciras, de la que sólo hablan las «Memorias». <<

[61] Añádase mi prólogo a la obra colectiva *Études d'orientalisme dédiées à la mémoire de Lévi-Provençal*, 2 vols., París, G.-P. Maisonneuve et Larose, 1962. Mi breve semblanza ocupa las pp. IX-XV al frente del tomo I. <<

[62] Se trata de la fórmula, harto conocida, de la obligación que incumbe a todo musulmán de reformar las costumbres, y que en árabe se llama *àl-amr bi-l-ma'rūf wa-l-nahy 'an al-munkar*, o, más brevemente, *tagyīr al-munkar*. Cf. I. GOLDZIHER, *Introduction au Livre d'Ibn Toumert*, Alger 1905, p. 85. <<

[63] Trata aquí el autor de excusar, como ya se ha dicho en la Introducción, las imprecisiones de que adolece su relato de los primeros tiempos de la dinastía zīrí granadina, debidas a las circunstancias en que hubo de escribir. <<

[64] Se trata del conocido proverbio árabe *al-ḥadīṯ ḏū šuŷūn*, que se emplea generalmente para indicar cómo se enreda la conversación y cómo, al pasar de un tema a otro, viene a parar en lo que menos se pensaba. <<

[65] Alusión a Alcorán, XXIII-117: «¿Pensáis acaso que os creamos por juego y que no habéis de retomar a Nos?». <<

[66] *Taqlīd*. Cf. *Enc. Isl.*, IV, 661-662 (J. Schacht), s. v. *taḳlīd*.
<<

[67] Se trata de los judíos y cristianos, a quienes Mahoma llamó «las gentes del Libro», por poseer —aunque falsificados, según la opinión musulmana— libros divinamente revelados (Tora, Salterio, Evangelio), que les dan una posición privilegiada frente a los paganos. La expresión aquí empleada —«gente de los dos Libros»: *ahl al-kitābayn*— es mucho menos usual que la consagrada de «gente del Libro» = *ahl al-kitāb*, que inmediatamente usa también el autor. Cf. *Enc. Isl.*, I, 188-89 (Goldziher), s. v. <<

[68] *Qiyās*. Cf. *Enc. Isl.*, II, 1112-13 (Wensinck), s. v. *ḳiyās*. <<

[69] Cf. Enc. Isl., IV, 581-82 (Wensinck), s.v. *sunna*. La palabra, en la forma *zuna*, ha pasado al castellano y está aceptablemente definida en el diccionario académico. <<

[70] Alusión a Alcorán, LXXV-36. <<

[71] Cf. nota 1. <<

[72] Sabido es que, según la doctrina del Islam, Mahoma es el último de los profetas y el que cerró el ciclo de la revelación divina, por lo cual se le llama «sello de los profetas» = *jātim* (o *jātam) al-nabiyyīn.* <<

[73] Alusión a Alcorán, IX-33 (cf. etiam XLVIII-28 y LXI-9): «Él es quien envió a su mensajero con la recta dirección y la religión verdadera, para hacerla prevalecer sobre toda religión, aunque lo repugnen los politeístas». <<

[74] Célebre *ḥadīṯ* sobre la universalidad de la misión profética de Mahoma. <<

[75] Alusión a Alcorán, X-58: «¡Oh, gentes! Os ha venido una admonición de vuestro Señor, y una medicina para lo que hay en los pechos, y una recta guía, y una misericordia para los creyentes». <<

[76] *Dahriyya*. Cf. *Enc. Isl.*, I, 917 (Goldziher), s. v. <<

[77] Alusión a Alcorán, XXIII-117. <<

[78] Alusión a Alcorán, XI-62. <<

[79] Alusión a Alcorán, VI-77 ss. <<

[80] Ignoramos la fuente inmediata de donde haya podido tomar el autor esta noticia. <<

[81] Alusión a Alcorán, XXIII-117. <<

[82] Ignoramos la fuente de donde haya podido tomar el autor esta noticia legendaria. <<

[83] De estas materias astrológicas habla luego el autor varias veces, particularmente y con más extensión en el capítulo XII. <<

[84] Es el piadoso y famoso califa omeya, nacido en 63 = 682-3, que reinó desde ṣafar 99 = sept.-oct. 717 hasta su muerte en raŷab 101 = febr. 720. Cf. *Enc. Isl.*, III, 1044-45 (Zetterstéen). <<

[85] Es el *laqab* o título soberano más usado por el abuelo del autor Bādīs ibn Ḥabūs, con el cual ha de designarlo muchas veces. <<

[86] Se trata de una fórmula aplicada a los difuntos, muy usada en epigrafía (cf. E. LÉVI-PROVENÇAL, *Inscr. ar. D'Espagne*, p. XXI, nota 6); pero rara vez empleada, como aquí, en historiografía. <<

[87] O sea, el futuro rey de Málaga, Tamīm ibn Buluggīn, del que sólo sabemos por este texto que fuera el primogénito. <<

[88] Māksan ibn Bādīs, de quien se habla con frecuencia en lo que sigue. <<

[89] Inútil parece advertir que esta indicación se contradice con la hecha poco más arriba (cf. nota anterior), de que teñía un tío paterno. <<

[90] Es decir, hasta el destronamiento del autor por los Almorávides. <<

[91] O sea, el famosísimo Almanzor, sobre el cual véase E. LÉVI-PROVENÇAL, *Hist. Esp. mus.*, I, 409-457 = trad. esp., pp. 397-437. <<

[92] Este título que, positivamente y en Oriente, significó «chambelán», pasó en la España musulmana a ser el del primer ministro, y los reyes de taifas, en su titulación vacilante entre soberanos y altos dignatarios suplentes del Califa, lo emplearon algunas veces, como veremos en esta misma obra. Cf. E. LÉVI-PROVENÇAL, *Esp. Xe siècle*, 63-66. <<

[93] Alude a la condena capital del famoso ḥāŷib al-Muṣḥāfī en 372 = 983. Cf. E. LÉVI-PROVENÇAL, *Hist. Esp. mus.*, I, 422 = trad. esp., p. 407. <<

[94] Alusión a al-Muẓaffar ʻAbd alMalik ibn Abī ʻĀmir, sobre el cual cf. E. LÉVI-PROVENÇAL, *Hist. Esp. mus.*, I, 457-468 = traducción esp., pp. 437-447. <<

[95] Viene esta brevísima apreciación de conjunto a corroborar con bastante exactitud los hechos que conocíamos por otras fuentes. Cf. sobre todo, E. LÉVI-PROVEÇAL, *Esp. Xe siècle*, pp. 136-138. <<

[96] Los cronistas refieren, sin embargo, que Almanzor desconfió siempre de Zāwī ibn Zīrī, y que fue el hijo de aquél, ʻAbd alMalik al-Muẓaffar, quien lo hizo venir desde Ifrīqiya a España, en compañía de sus huestes. <<

[97] Con este eufemismo, y otros posteriores, indica el autor la poca confianza que podía depositarse en el valor militar de los andaluces. Cf. EMILIO GARCÍA GÓMEZ, *La trayectoria omeya y la civilización de Córdoba*, prólogo al tomo IV de la *Historia de España*, dirigida por Menéndez Pidal (Madrid, Espasa-Calpe, 1950), pp. XXVII-XXIX. <<

[98] Tales subsidios por exención del servicio militar constituían un impuesto extracanónico, del que conocemos antecedentes ya en la época de los Emires. <<

[99] Sobre el azaque, cf. Enc. Isl., IV, 1270-1273 (Schacht), s. v. *zakāt*. —Naturalmente, la afirmación del autor ha de entenderse como puramente teórica e ideal, ya que, en medida mayor o menor, siempre existieron impuestos extracanónicos. <<

[100] Una vez más advertimos que este placentero y agradable cuadro es más bien teórico y, desde luego, se ajusta poco a la realidad. <<

[101] Es decir, a la caída del Califato. <<

[102] Sobre el valor del término *sulṭān* para esta época, hay que decir que es a fines del siglo X cuando la palabra empieza a tomar el destino concreto de «soberano» y a perder el ambiguo y abstracto de «poder, autoridad». Cf. E. LÉVI-PROVEÇAL, *Hist. Esp. mus.*, I, 493, nota 1 = trad. esp., 489 y nota 27. ʻAbd Allāh lo emplea casi con tanta frecuencia como el de *ḥāŷib* para designar a su abuelo Bādīs y a los demás reyes de taifas. Su uso es, pues, anterior a la fecha, posterior al siglo XI, que antes se le fijaba en esta acepción. <<

[103] Sobre la historia árabe anterior de Elvira, cf. E. LÉVI-PROVEÇAL, *Hist. Esp. mus.*, I, pp. 240 ss. = trad. esp., 220 ss. <<

[104] Sobre estos acontecimientos, cf. *Bayān*, III, 125-6; DOZY, *Rech.*[3], I, 229-31 e *Hist. mus. Esp.*[2], II, 316-18; E. LÉVI-PROVEÇAL, *Hist. Esp. mus.*, I, 494-495 = trad. esp., 479. <<

[105] Cf. Enc. Isl., II, 951-2 (Wensinck), s. v. *k̲h̲andaḳ*. <<

[106] Cf. E. LÉVI-PROVEÇAL, *Péninsule Ibérique*, 37, y DOZY, *Rech.*[3], I, 329 ss. <<

[107] Cf. E. LÉVI-PROVEÇAL, *Péninsule Ibérique*, 29-30. <<

[108] Refrán. Cf. *Zaŷŷālī*, núm. 320. Es el equivalente de «aut Caesar aut nihil». <<

[109] La referencia a las fuentes históricas de este suceso se dieron antes. La fecha exacta es desconocida. Nótese que el autor no menciona la participación de los Ṣaqāliba en el ejército de Murtaḍà ni la persecución del ejército derrotado por los Zīríes. <<

[110] Reinó de 386 = 996 hasta su muerte en 406 = 1016. Consúltese *Encd. Isl.*, I, 568 (R. Basset). <<

[111] Reinó de 406 = 1016 hasta su muerte en 453 = 1062. <<

[112] De ellos sólo conocemos el nombre de Buluggīn, citado inmediatamente después. <<

[113] Es el nombre de la rama de los Ṣinhāŷa a la que pertenecían los Zīríes de Ifrīqiya y de España: cf. IBN JALDŪN, *Berbères*, trad. Slane, nueva edic. París 1927, II, pp. 4-5, 64. <<

[114] La fecha que se da generalmente para esta salida es 416 = 1025: cf. IBN AL-JAṬĪB, *Iḥāṭa*, ed. Cairo, I, p. 337; pero el mismo autor, en los *A'māl*, p. 263, da la de 420, que es absurda, puesto que líneas más abajo dice que Ḥabūs se hizo cargo del poder en 414, lo cual contradice también la fecha de la *Iḥāṭa*. Tal vez haya que fecharla antes. <<

[115] Que, como antes se dijo (§ 9, in fine), se hallaba en Jaén, plaza de la que era señor. <<

[116] Estos detalles, probablemente auténticos, parecen inéditos. Sobre Zāwī ibn Zīrī, cf., además, *Iḥāṭa*, ed. Cairo, I, 334-37; *A'māl*, 262-3; *Bayān*, III, índice. <<

[117] Se ve cómo el Estado zīrí, en sus comienzos, renovó el viejo sistema de los *ŷund*, ya aplicado en España, bajo los emires dependientes de Damasco, en beneficio de Balŷ y sus compañeros. Sobre el mecanismo del *ŷund*, consistente en otorgar feudos a beneficiarios que quedaban obligados al servicio miliar, cf. *Espagne Xe siècle*, p. 22. <<

[118] Esta indicación es interesante, porque coincide con todo lo que sabemos del sentimiento profundamente democrático de los beréberes y de su repugnancia a humillarse ante el representante de la autoridad. <<

[119] Resulta difícil identificar a este personaje, a base de la simple *kunya* Abū-l-ʻAbbās; pero es probable que perteneciera a la familia de los Banū Qarawī, de varios de cuyos miembros, que desempeñaron un importante papel en la corte zīrí, se hablará más adelante (§ 16 y nota 9). <<

[120] Nos ha sido imposible encontrar ningún otro dato sobre este personaje. <<

[121] Ocurrió esta muerte en ramadán 429 (7 junio 6 julio 1038), según *A'māl*, 263, e Ibn al-Aṯīr: cf. E. FAGNAN, *Annales du Maghreb et de l'Espagne*, Alger, 1898, p. 439, y DOZY, *Abbadidis*, II, 34 (*Hist. mus. Esp.*[2], III, 24). Sin embargo, *Iḥāṭa*, ed. Cairo, I, 305, y *Bayān*, III, 191, dan la fecha 428. Sobre la fecha de su entronización, cf. en este mismo capítulo la nota 20. <<

[122] Sobre el reinado de Bādīs, las principales fuentes son: Bayān, III, índice; *Aʿmāl*, 264-66, e *Iḥāṭa*, ed. Cairo, I, 269-275. Cf., además, *Enc. Isl.*, I, 567, s. v. (Schmitz), y IV, 1300-1301, s. v. *Zīrides d'Espagne* (Lévi-Provençal), con las referencias citadas. Reinó Bādīs de 429 = 1038 a 466 = 1073. <<

[123] Se trata del celebérrimo Samuel ha-Negīd ibn Nagrela (993-1056-7), sobre el cual cf. SARTON, *Introduction to the History of Science*, I, 704; *Jewish Encyclopaedia*, XI, 24-25, y DOZY, *Hist. mus. Esp.*[2], III, 18, más las referencias citadas.— Su nombre, antes escrito *Nagdāla*, parece ha de escribirse mejor *Nagrālla* o *Nagrīla*. *Nagrālla*, según indicación de Georges S. Colín, podría ser un diminutivo romano de nagra = «corneja» (cf. *Vocabulista*, s. v. *cornicula*; DOZY, *Suppl.*, s. v.). Nosotros preferimos la forma hispanizada y tradicional *Nagrela*. <<

[124] Bien sabido es que, tanto en la época del Califato como en la de los Taifas, todos los empleados subalternos de los servicios fiscales eran mozárabes o judíos, y que otro tanto debía de suceder bajo los Almorávides, puesto que Ibn Saʿīd felicita a los Almohades, bajo cuya dominación vivía en España, por no utilizar jamás a tributarios en su organización financiera. <<

[125] Consistía propiamente el *inzāl* en el «establecimiento», sobre el patrimonio de un tercero, de un beneficiario, que, por serlo, percibía una parte de las rentas. Esta institución jurídica, mal atestiguada para la Edad Media occidental musulmana, ha subsistido hasta la época moderna, en la cual los juristas, particularmente los tunecíes, al hablar del estatuto jurídico de las tierras hablan con prolijidad del derecho de *enzel*. DOZY, *Suppl.*, II, 662, s. v., basándose en un pasaje de al-Maqqarī, explica *inzāl* como «la obligación de alojar soldados», y, por consiguiente, el beneficio que suponía ese alojamiento; pero esta explicación es poco probable. <<

[126] Es decir, «el arenal» al lado del Darro, donde luego estuvo la puerta y más tarde la famosa plaza, todavía existente con ese nombre, de Bibarrambla. <<

[127] Sobre las almunias andaluzas, cf. E. LÉVI-PROVENÇAL, *Espagne Xe siècle*, p. 52 y nota 1. <<

[128] Cf. *supra* § 13 *in fine* y nota 24. <<

[129] Cf. *supra* § 14 y nota 26. <<

[130] No sabemos gran cosa sobre los miembros de esta familia. ʻAlī ibn al-Qarawī figura en la Ḏajīra, de IBN BASSĀM, ms. de París, f.º 172 *v* (hoy publicado en El Cairo, pero, por carecer todavía la edición de índices, nos es imposible precisar el pasaje) como secretario de Bādīs, y DOZY, *Hist. mus. Esp.*[2], III, 28, dice que un personaje de idéntico nombre, «chambelán» de Buluggīn ibn Bādīs, participó, el año 1038, en el asesinato del visir Ibn ʻAbbās. Tal vez es el mismo Ibn al-Qarawī al-Islāmī, judío convertido al Islam, que tenía como secretario al literato de renombre Abū-l-Ḥusayn ibn al-Ŷadd, y que aparece citado en la *Ḏajīra*, de IBN BASSĀM, II, ms. de Oxford, f. 173 v.—*Supra* (§ 14 *in initio* y nota 25) hemos conjeturado que un personaje llamado Abū-l-ʻAbbās pudiera pertenecer a esta familia, que también aparecerá más adelante (§§ 19, 20 y 29), en pasajes donde se nos cita también un general ʻAbd Allāh ibn al-Qarawī. <<

[131] Podemos suponer que fue envenenado. <<

[132] Según los cronistas, la derrota y captura de Yaddayr tuvo lugar en 1041, y su huida con los Banū Birzāl en 1043; pero estas fechas son dudosas y habría que comprobarlas. <<

[133] Sobre cómo Zuhayr se apoderó de Almería, cf., sobre todo, DOZY, *Hist. mus. Esp.*[2], índice, y sobre los acontecimientos narrados a continuación, *ibid.* III, 24 ss. y las referencias citadas en la nota a la p. 29. <<

[134] Sobre este personaje, cuyo nombre completo era Abu Ŷa'far Aḥmad ibn 'Abbās al-Ansán, cf. DOZY, loe. cit. en la nota anterior; *Ḏajīra*, ed. Cairo, 1-2, 151-180, e *Iḥāṭa*, ed. Cairo, I, 129-132. Su muerte trágica ocurrió en 429 = 24 septiembre 1038. <<

[135] Sobre el cual no hemos podido encontrar ninguna otra noticia. <<

[136] Subsiste, y no es el último caso en que aparece, la contradicción señalada *supra*, § 5 y notas 27 y 28. <<

[137] En 448 = 1056-57. Cf. ṢĀʿID DE TOLEDO, *Ṭabaqāt al-umam*, ed. Cheikho, Beirut 1912, 90, y trad. Blachère, París 1935, 160. Antes el asunto había sido muy discutido: *Journal Asiatique*, IV serie, t. XVI, 1850, p. 201 ss., y DOZY, introducción al hayan, I-II, 80-102. Habría que renovar todo este tema, a base de los trabajos de Schirmann. <<

[138] Se advertirá que el autor no lo designa jamás por su nombre de José, en árabe Yūsuf. <<

[139] No hemos podido encontrar ninguna otra mención de este personaje. <<

[140] En árabe *tabarmaka*, aludiendo a los famosos visires Barmakíes, que tan importante papel desempeñaron en la corte ʻabbāsī. Cf. *Enc. Isl.*, I, 680-83 (Bartholdt), s. v. <<

[141] *Ṯuluṯ* deriva de *ṯulṯ* = «tercio». La designación, aplicada a dinares y dirhemes es poco clara. ¿Eran piezas fraccionarias con un tercio del peso legal? Se sabe que, a partir del año 92, el califa ʻAbd alMalik acuñó tercios de diñar (*Enc. Isl.*, I, p. 1003). Por otra parte, los reyes de taifas acuñaron monedas de menor tamaño que las califales: PRIETO VIVES, *Los reyes de taifas*, Madrid, 1926, 98. <<

[142] Sobre la palabra *bint* aplicada a una ciudad, cf. E. LÉVI-PROVENÇAL, *Péninsule Ibérique*, p. 259, sub BNY. <<

[143] Recuérdese lo dicho *supra* § 5, notas 27 y 28, y § 18, nota 15. Volverá a aparecer largamente más adelante. Hasta ahora se ignoraba la fecha y las circunstancias de su muerte. <<

[144] Es decir, la famosa batalla de Sagrajas o Zallāqa, el 12 raŷab 479 = 23 octubre 1086. <<

[145] Es decir, Tamīm ibn Buluggīn ibn Bādīs, hermano de ʻAbd Allāh y futuro príncipe de Málaga. <<

[146] V. *supra*, en este capítulo, nota 19. <<

[147] Tuvo lugar en 449 = 1057: cf. MAQQARĪ, *Analectes*, I, 284, línea penúltima. La fecha de 465 que da *Bayān*, III, 218, antepenúltima línea, es evidentemente errónea. Cf. *etiam* DOZY, *Histoire mus. Esp.*[2], III, 41-42. <<

[148] Reinó de 406 = 1016 a 453 = 1062. Cf. *supra* § 12 y nota 17. <<

[149] Alude, naturalmente, a los últimos ḥammūdíes. <<

[150] Cf. L. TORRES BALBÁS, «Excavaciones y obras en la Alcazaba de Málaga», en *Crónica arqueológica de la España musulmana*, XIV, apud *Al-Andalus*, IX [1944], pp. 173-190. <<

[151] O sea, Muʿtaḍid de Sevilla. A estos hechos alude luego el autor con un poco más de detalle, § 28. <<

[152] Se trata del segundo tuŷībī de Almería, al-Muʿtaṣim Muḥammād ibn Maʿn, que comenzó a reinar en 443 = 1052: cf. *Enc. Isl.*, IV, 862-3; s. v. (Lévi-Provençal). Sobre su padre, Abū-l-Aḥwaṣ Maʿn ibn Ṣumādiḥ, cf. *Enc. Isl.*, III, 239-40, s. v. (Lévi-Provençal), y las referencias citadas. <<

[153] Era, sin duda, uno de los títulos oficiales que Bādīs hacía figurar en su protocolo. <<

[154] Fue costumbre corriente en la Edad Media musulmana, de la cual encontraríamos además ejemplos bastante recientes en la historia de Marruecos, ocultar durante algún tiempo la muerte del soberano, para que la transmisión prevista del poder real se hiciese sin dificultad. <<

[155] Se trata del nieto del célebre Almanzor e hijo de ʿAbd al-Raḥmān Sanchuelo, llamado ʿAbd al-ʿAzīz, que fue proclamado en Valencia, con el *laqab* honorífico de Almanzor, el año 411 = 1021, por los ʿAbīd ʿāmiríes. Sobre él y sus relaciones con el reino granadino, cf. DOZY, *Hist. mus. Esp.*[2], III, índice, y especialmente apéndice II, 224-25, además del artículo «Valence» en la *Enc. Isl.*, IV, 1128-9 (Lévi-Provençal). <<

[156] Este nombre designa siempre en los textos históricos relativos a la España de los siglos X y XI a los Catalanes, por oposición a los Castellanos, llamados *Rūm*, como se desprende claramente de la lectura del tomo IV del *Bayān*. <<

[157] Se trata del señor de Denia Abūl-Ŷayš Muŷāhid al-ʻĀmirī al-Muwaffaq, que reinó hasta 436 = 1044-45, y sobre el cual cf. *Enc. Isl.*, III, 666 (Lévi-Provençal). <<

[158] Como es sabido, Almería era entonces un centro muy importante de fabricación de objetos y tejidos de lujo, así como el punto de descarga de las mercancías importadas del Oriente islámico. <<

[159] Ibrāhīm ibn al-Saqqā', visir de la dinastía cordobesa de los Ŷahwarīes, condenado a muerte en 23 ramadán 455 = sábado 20 septiembre 1063 por ʻAbd alMalik ibn Ŷahwar, a instigación de Muʻtaḍid de Sevilla. Cf. DOZY, *Abbadidis*, II, 122, y III, 166-167, 169-171; Hist. mus. Esp. 2, III, 97; Bayān, III, 255-256; *Ḏajīra*, ed. Cairo, 1-2, 121 ss., y, sobre todo, IV-1, 186-191. <<

[160] Muḥammād al-Muʿtaṣim, que tenía catorce años al morir su padre en 443 = 1052. Cf. *supra* § 22 y nota 31, y DOZY, *Rech.*[3], I, 241. <<

[161] El nombre de este personaje, que es harto enigmático (¿no será de origen romance, y habrá que leer al-Nāyo?), no aparece en ninguna crónica, y solamente lo cita una vez al-Fatḥ ibn Jāqān en los *Qalāʻid*, ed. de París, p. 21, línea 1 (= reproducido por DOZY, *Abbadidis*, I, 52 y 122), bajo la forma «Ibn al-Nāya, *qāʼid al-ŷund*». <<

[162] La rebelión del príncipe ʿabbādī Ismāʿīl contra su padre, Muʿtaḍid, ocurrió el año 449 = 1057, según *Bayān*, III, 244, y el año 455 = 1063, según DOZY, *Hist. mus. Esp.*[2], III, 64 y nota 3. <<

[163] Es decir, Muʿtaḍid de Sevilla. <<

[164] Parece seguro, dada su filiación, que este personaje nada tiene que ver con el general zeneta, su homónimo, al que, como luego veremos (§ 62), expulsó ʻAbd Allāh de Granada. <<

[165] En árabe, *qābid al-waŷība*; pero la traducción es conjetural, basada en el contexto y en E. FAGNAN, *Additions aux dictionnaires arabes*, Alger, 1923, s. v.: «bail ou louage *pour un délai prefix*».—La personalidad del judío es desconocida por otras fuentes. <<

[166] Nueva prueba de que, como dijimos antes (§ 5 y nota 26), Tamīm era el primogénito. <<

[167] Solía suceder, efectivamente, en al-Andalus, que las *umm walad* o esclavas madres del harén real intentasen entronizar, e intrigasen para hacerlo, a sus hijos o a los príncipes preferidos. Recuérdese lo que ocurrió en las postrimerías del reinado de ʿAbd al-Raḥmān II: cf. E. LÉVI-PROVENÇAL, *Hist. Esp. mus.*, I, 194 = trad. esp., 175-6. <<

[168] *Al-raʿīs al-aŷall*. Cf. lo dicho *supra* § 22 y nota 32. <<

[169] Abū-l-Aṣbag ʻAbd al-ʻAzīz ibn Muḥammād ibn Arqam al-Namīrī, originario de Guadix, fue un literato bastante famoso que, tras de haber servido a Iqbāl al-dawla ʻAlī ibn Muŷāhid de Denia, pasó a la corte de Muʻtaṣim de Almería, de quien fue embajador en sus relaciones con Bādīs de Granada y Muʻtamid de Sevilla. Cf. *Ḏajīra*, III, ms. de Gotha, f.º 98 ss; MAQQARĪ, *Analectes*, II, 250, 335-6 y 833; HARTMANN, *Muwaṡšaḥ*, 27 y 241; *Takmila*, en BAH, V-VI, núm. 1735. De su hijo Abū ʻĀmir habla IBN JAQÁN, *Qalāʻid*, ed. París, 150-154, y de un descendiente mucho más tardío, Abu Yaḥyà (m. 657 = 1259), IBN AL-JAṬĪB, *Iḥāṭa*, ed. Cairo, II, 100-101. <<

[170] Desconocido por otros textos. Cf. *infra* § 28. <<

[171] Desconocido por otros textos. Cf. *infra*. § 30. Se hubiera podido pensar en la nisba *al-Magrawī*, si el personaje fuera de los Zanāta y no de los Ṣinhāŷa. <<

[172] Esta indicación parece inédita. Cf. L. TORRES BALBÁS, «La Alhambra de Granada antes del siglo XIII», apud *Crónica arqueológica de la España musulmana*, VI, en *Al-Andalus*, V [1940], pp. 155-174. <<

[173] Es la única fecha precisa que aparece en todo el relato de ʻAbd Allāh, y aun así es incompleta, pues no da más que el día y el mes, pero no el año. Las fechas de 469 o 465 que da IBN AL-JAṬĪB, *Aʻmāl*, 267, *in fine*, para el pogrom granadino son evidentemente erróneas. <<

[174] Se observará el silencio del autor sobre la famosa invectiva antijudaica de Abū Isḥāq de Elvira, que Ibn al-Jaṭīb da como motivo muy principal del pogrom. Cf. EMILIO GARCÍA GÓMEZ, *Abū Isḥāq de Elvira*, Madrid-Granada, 1944, pp. 20 y 38-40. <<

[175] Cf. *supra* § 26 y nota 5. <<

[176] Es decir, «el Siciliano», que debía de ser un *fatà* del séquito de Bādīs desconocido por otras fuentes. <<

[177] El célebre al-Ma'mūn, Yaḥyà ibn Ismá'íl ibn Ḏī-l-Nūn de Toledo, que reinó de 435 = 1043-44 a 467 = 1075. Cf. *Enc. Isl.*, III, 237-8 (LÉVI-PROVENÇAL), y IV, 853-4, s. v. *Tolède* (Lévi-Provençal). <<

[178] Recuérdese lo dicho *supra*, § 7 y nota 31. <<

[179] Fue el año 1057. El ejército sevillano que había ocupado Málaga, excepto la alcazaba, iba mandado por el entonces príncipe y futuro Muʿtamid, hijo de Muʿtaḍid, cuyo fracaso ante Bādīs fue muy sonado. Cf. DOZY, *Hist. mus. Esp.*[2], III, 67-68. Tales acontecimientos han sido ya aludidos *supra* § 22 y nota 30. <<

[180] El gobernador de Almuñécar, citado *supra* § 26 y nota 4. <<

[181] Es decir, al-Nāya y ʻAbd Allāh ibn al-Qarawī, miembro este último de la familia ya mencionada *supra* §§ 14, 16, 19 y 20. <<

[182] Cf. *Zaŷŷālī*, núm. 792, que da una forma muy parecida. <<

[183] Eran unos beréberes (del grupo Zanāta), que ocupaban en el norte de Africa los territorios de al-Msīla y del Zāb inferior (mesetas del oeste de Constantina), comprendidos entre las ciudades de Sétif, Ṭobna, Mīla y al-Msīla. Venidos a España como mercenarios en tiempos de al-Ḥakam II, ocuparon, al llegar la *fitna*, las tierras de Carmona, Écija y Almodóvar del Río. En Carmona fundó una pequeña dinastía, el año 404 = 1013-14, Muḥammād ibn ʻAbd Allāh ibn Birzāl, al que sucedió su hijo ʻAzīz al-Mustaẓhir, destronado a mediados del siglo XI por Muʻtaḍid de Sevilla, que se anexionó el principado. Los Banū Birzāl se pasaron entonces al servicio de los Zīríes granadinos, enemigos tradicionales de los ʻAbbādíes. Cf. *Bayān*, III, 267, 9; DOZY, *Hist. mus. Esp.*[2], III, 231-32 (apéndice), 237. <<

[184] O sea, Iqbāl al-dawla ʻAlī ibn Muŷāhid, señor de Denia. <<

[185] La familia árabe de los Banū Aḍḥà, fijada en Granada en el siglo XI procedía de Alhendín (Hamadān), según Ibn Gālib, apud MAQQARĪ, *Analectes*, I, 187, y contó con muchos representantes de relieve. Éste de que aquí se trata es difícilmente identificable, a falta de indicación onomástica más precisa; pero ha de intercalarse entre Aḥmad ibn Muḥammād ibn Aḍḥà, que vivió bajo ʿAbd al-Raḥmān III (cf. *Iḥāṭa*, ed. Cairo, I, 43-45), y el cadí de Granada ʿAlī ibn ʿUmar ibn Muḥammād ibn Mušrif ibn Muḥammād ibn Aḍḥà, muerto en 540 = 1145-46, que el año anterior a su muerte se apoderó del gobierno de la ciudad, antigua capital zīrí, cuando declinó la dinastía almorávid (*Takmila*, ed. *BAH*, V-VI, núm. 1849; *Iḥāṭa*, ms. Esc. 1673, pp. 301-302; *Aʿmāl*, 203-204; DOZY, *Notices*, 207-212; *Qalāʿid*, 248-51; CODERA, *Decad. Almor.*, 80 y 299; *Banderas*, núm. LXXII). De otro cadí posterior, Muḥammād ibn Aḍḥà, da noticias NUBĀHĪ, *Juges d'Andalousie*, pp. 124-125. <<

[186] Todos estos personajes nos son desconocidos por otras fuentes distintas del relato de ʿAbd Allāh, menos el último, que es el famoso Abū ʿAlī al-Ḥasan ibn Muḥammād ibn al-Ḥasan al-Nubāhī, cadí de Granada, que murió en 472 = 1079-80. Cf. *Ṣila*, en *BAH*, I-II, núm. 311, e *Iḥāṭa*, ed. Cairo, I, 294.—Su descendiente, al-Nubāhī, el autor del *Kitāb al-marqaba al-ʿulyà*, da noticia del abuelo del aquí citado, amigo de Almanzor y muerto en la batalla de Cervera: *Juges d'Andalousie*, 82-84, así como del hijo de éste y padre del citado, pp. 90-94. <<

[187] De este mozárabe, que se llamaba Salomón (nombre que corresponde a la *kunya* de *Abū-l-Rabīʿ*), servidor de Bādīs, no se posee, que sepamos, ninguna otra noticia. <<

[188] Según acabamos de ver, § 32 *in initio*, se llamaba Ibn Yaʿiš. <<

[189] De Toledo, donde, como hemos visto antes (§ 30 *in fine*) se había refugiado. <<

[190] De las crueldades de Māksan en Jaén y de su mal carácter, da alguna noticia IBN AL-JAṬĪB, en *Aʿmāl*, 268; pero el texto más pintoresco es el del *Bayān*, en la parte almorávid. Con el nombre de Labbūna, que dio a su perra, intentó sin duda burlarse de los Ḥammūdíes, pues —según *Bayān*, III, 131, 132— tal era el nombre de la hija de Muḥammād ibn al-Ḥasan ibn Guennūn, casada con ʿAlī ibn Ḥammūd, de quien tuvo a Sulaymān al-Mustaʿīn. <<

[191] El nombre de este personaje —encargado de la educación de Alfonso VI, y luego consejero y personaje principal en la corte de este monarca (cf. MENÉNDEZ PIDAL, *La España del Cid*, índice)— aparece dos veces en la obra de ʿAbd Allāh con grafía diferente: aquí *Bāṭr Sūliš*, y más adelante (§ 36) *Baṭru Sūlis*. De igual modo, el nombre de Alfonso VI aparece aquí escrito *Alfunš* y luego siempre *Alfūnš*, con *ū* larga. <<

[192] Es decir, el territorio del reino toledano, que al-Ma'mūn engrandeció considerablemente. <<

[193] Sobre la carrera política y literaria del celebérrimo Abū Bakr Muḥammād ibn ʻAmmār, nos limitaremos a remitir al lector a DOZY, *Hist. mus. Esp.*[2], III, 83-117, y al artículo de la *Enc. Isl.*, II, 383 (Cour). <<

[194] Cf. *supra* § 31 y nota 19. <<

[195] También aquí nos limitaremos a remitir al lector, sobre la personalidad del gran rey de Sevilla, a DOZY, *Hist. mus. Esp.*[2], III, índice, y al artículo de la *Enc. Isl.*, III, 832-834 (Lévi-Provençal). <<

[196] Un poco más adelante (§ 36) veremos que se trata de Alcalá la Real, que había caído no mucho antes en manos de Alfonso VI. <<

[197] Desde el destierro de Alfonso VI en Toledo, al-Ma'mūn mantenía excelentes relaciones con el monarca cristiano, que siempre respetó los dominios de su amigo musulmán mientras éste vivió. <<

[198] La toma de Córdoba por al-Ma'mūn de Toledo, gracias al concurso del aventurero Ibn 'Ukāša, ocurrió en 467 = 1075: cf. DOZY, *Hist. mus. Esp.*[2], III, 99-100, y *Enc. Isl.* III, 238, s.v. *al-Ma'mūn* (Lévi-Provençal). <<

[199] Hijo segundo de Muʿtamid con lʿtimād al-Rumaykiyya, que llevaba el *laqab* de al-Ma'mūn: cf. DOZY, *Hist. mus. Esp.*[2], III, p. 98 y nota 3; E. LÉVI-PROVENÇAL, *Inscr. ar. d'Espagne*, p. 41, nota 5. <<

[200] Muḥammād ibn Martīn fue el que cinco años antes tomó Córdoba para los ʻAbbādīes: cf. *Bayān*, III, 259, 261, y DOZY, *Hist. mus. Esp.*[2], III, 99. <<

[201] Cf. L. TORRES BALBÁS, «La Alhambra de Granada antes del siglo XIII», apud *Crónica arqueológica de la España musulmana*, VI, en *Al-Andalus*, V [1940], pp. 155-174. <<

[202] Se trata, indudablemente, de un antepasado del Aḥmad ibn Malḥān que, en el período de las taifas postalmorávides, se declaró independiente en Guadix y Baza, con el *laqab* de al-Muta'iyyad bi-llāh, y que, sometido a los almohades en 546 = 1151-52, se retiró a Marrākuš donde dirigió la construcción y los trabajos de irrigación de la *Buḥayra* imperial: cf. *A'māl*, 304. <<

[203] Šīleš parece venir del lat. *silex* (en este caso: 'Peña'). Hay un Siles actual en Jaén. ¿Es éste? Quizá tienen más probabilidades de serlo *Chilches* (part. de Vélez Málaga) o *Charches* (part. de Guadix). En ambos casos hay que suponer entonces la pronunciación Šilš o Šalš.—Sant Aflaŷ no hemos podido identificarlo. <<

[204] Cf. R. MENÉNDEZ PIDAL y E. GARCÍA GÓMEZ, «El conde mozárabe Sisnando Davídiz y la política de Alfonso VI con los Taifas», en *Al-Andalus*, XII [1947], pp. 27-41. <<

[205] Este encuentro de ʻAbd Allāh y Alfonso VI no parece haber sido señalado por los cronistas cristianos que tratan del reinado del último, los cuales se limitan a decir que el rey granadino, para hacer frente a los ʻAbbādíes, tenía a su servicio milicias cristianas y que a su lado estaban como embajadores cuatro ricos hombres castellanos: el conde García Ordóñez, Fernán Sánchez y su hermano Lope, y Diego Pérez: cf. MENÉNDEZ PIDAL, *La España del Cid*, Madrid 1947, p. 259. <<

[206] Menéndez Pidal, en *Al-Andalus*, IX [1944], p. 4, ha comentado esta escena poniéndola en parangón con otra parecida en el sitio de Toledo, que narra Ibn Bassām: cf. su *Historia y epopeya*, 255-256. <<

[207] Sobre este personaje, Kabbāb ibn Tamīt, cf. *infra* §§ 44 y 45. <<

[208] Es uno de los nombres árabes de Alcalá la Real. Cf. *supra* § 34 y nota 6. <<

[209] Sobre Māksan en Jaén, cf. supra §§ 30 y 33 (nota 24). Pero ¿no volvería Māksan a Jaén en los últimos días de Bādīs, periodo que entra en la laguna de la obra de ʿAbd Allāh, al fin de nuestro capítulo IV? En efecto, IBN AL-JAṬĪB, en *Aʿmāl*, 268, dice que, a la muerte de Bādīs, los dignatarios que entronizaron a ʿAbd Allāh «apartaron del poder al hijo de Bādīs, que se hallaba en Jaén, ciudad para cuyo gobierno había sido designado por su padre…». <<

[210] Sobre estos acontecimientos, cf. DOZY, *Hist. mus. Esp.*[2], III, 105 ss. <<

[211] Es el visir ṣinhāŷí de Abd Allāh que ejerció la regencia durante su minoridad, por un periodo de nueve años, y del que IBN AL-JAṬĪB nos da en sus *A'māl*, 268-269, un retrato bastante detallado y benévolo. 'Abd Allāh ha de ocuparse largamente de él en el siguiente capítulo. <<

[212] La muerte de al-Ma'mūn ocurrió exactamente el 11 dū-l-qa'da 467 = 28 junio 1075. <<

[213] Yaḥyà ibn Ismāʿīl, ibn Yaḥyà ibn Ismāʿīl, ibn Ḏī-l-Nūn. Para evitar la confusión con su abuelo y homónimo, el gran al-Ma'mūn, los historiadores árabes se limitan a llamarlo «el nieto de Ibn Ḏī-l-Nūn» *(ḥafīd Ibn Ḏī-l-Nūn)*, y, desde luego, ésta es la única y exclusiva manera con que lo designa ʿAbd Allāh en sus Memorias.—Sobre los acontecimientos que siguen, cf. E. LÉVI-PROVENÇAL, «Alphonse VI et la prise de Tolède», en *Hespéris*, XII [1931], pp. 33-49, reimpreso en *Islam d'Occident*, París 1948, pp. 109-135, y R. MENÉNDEZ PIDAL, «Adefonsus Imperator Toletanus, magnificus Triumphator», en *Bol. Real Acad. Hist.*, C [1932], pp. 513-538, reimpreso en *Historia y Epopeya*, Madrid, 1934, pp. 235-262. —La rendición de Toledo fue el 10 muḥarram 478 = 6 mayo 1085. <<

[214] Es decir, «derecho de alojamiento»: cf. DOZY, *Suppl.*, s. v. La obligación de atender al avituallamiento —bien en especies, bien en metálico— de las tropas a que se ha llamado es constante en el Occidente islámico medieval. <<

[215] Sobre Abū Bakr Yaḥyà ibn Saʿīd ibn al-Ḥadīdī) cf. *Ṣila*, en *BAH*, II, núm. 1360; *Ḏajīra*, ed. Cairo, IV-1, 118 ss.; E. LÉVI-PROVENÇAL, *Alphonse VI et la prise de Tolède*, 41-43. <<

[216] Un miembro de esta familia, Aḥmad ibn Saʿīd ibn Gālib ibn al-Lawrānikī (la vocalización es aquí distinta, pero la *nisba* deriva en uno y otro caso de la palabra romance *lauranca* o *lauranica*: cf. SIMONET, *Glosario*, 299), fue un sabio jurista toledano muerto en 469 = 1077: cf. *Ṣila*, en *BAH*, II, núm. 134. <<

[217] Muchos miembros de esta famosa familia toledana tienen biografía en los repertorios andaluces. Del más influyente en la época de la entronización de al-Qādir habla el *Bayān*, III, 279, línea 9 (léase *Mugīṯ*, en vez de *Mugīd*). <<

[218] La toma de Denia por al-Muqtadir ibn Hūd de Zaragoza, que supuso el destronamiento de su señor Iqbāl al-dawla ʻAlī ibn Muŷāhid, fue el año 468 = 1076: cf. *Bayān*, III, 228; *Aʻmāl*, 225; DOZY, *Hist. mus. Esp.*[2], III, 114; *Enc. Isl.*, I, 963, s. v. *Dénia* (Seybold). <<

[219] No hemos podido identificar a este visir; pero dos personajes oriundos ambos de Guadalajara *(Madīnat al-Faraŷ)* —*Ṣila*, en *BAH*, núms. 981 y 1014— llevaban en la misma época igual nombre de *royol, royolo* o *royuelo* («colorado»): cf. SIMONET, *Glosario*, p. 498. <<

[220] Debió de morir, totalmente oscurecido, hacia 474 = 1081-82. Cf. R. CHABÁS, «Mochéhid hijo de Yúsuf y Alí hijo de Mochéhid», en *Homenaje a Codera*, Zaragoza, 1904, p. 426. <<

[221] Aḥmad ibn Sulaymān ibn Hūd al-Muqtadir murió, efectivamente, en 475 = 1082-83: cf. *Bayān*, III, 229; *Aʿmāl*, 198. Sobre la fecha 1081, cf. R. MENÉNDEZ PIDAL, *La España del Cid*, Madrid. 1947, p. 284, nota 1. <<

[222] Abū Bakr Yaḥyà ibn Aḥmad ibn al-Jayyāt anduvo al servicio de varios príncipes, el último al-Ma'mūn de Toledo, y murió en esta ciudad el 447 = 1055. Cf. ṢĀ'ID DE TOLEDO, *Ṭabaqāt al umam*, ed. Cheikho, Beirut, 1912, 86; noticia reproducida por IBN ABI UṢAYBI'A, *'Uyūn al-anbā'*, ed. Cairo, II, 50. <<

[223] Muḥammad ibn Aḥmad ibn Sulaymān ibn Hūd al-Muʻtamin reinó sólo tres años, pues murió en 478 = 1085-86: cf. *Aʻmāl*, 199. <<

[224] Murió en 503 = 1110, en la batalla de Valtierra: cf. *A'māl*, 199-202 (que lo hace hijo y no nieto de al-Mu'tamin); *Enc. Isl.*, IV, 162, s. v. *Saragosse* (Lévi-Provençal). <<

[225] Hasta ahora apenas sabíamos de este ḥāŷib Munḏir, hijo segundo de Muqtadir y uno de los más encarnizados enemigos del Cid, más que por las crónicas cristianas. Su padre le dejó Denia, Tortosa y Lérida, y murió hacia 482 = 1090: cf. DOZY, *Rech.*[3], II, 111 ss.; PRIETO VIVES, *Los Reyes de Taifas*, 47, 48, 49; R. MENÉNDEZ PIDAL, *La España del Cid*, Madrid, 1947, 284 y 386, nota 1. <<

[226] Llamado Sulaymān Sayyid al-dawla, que estuvo bajo tutela de una familia llamada por las crónicas cristianas Banū Betir (muchas variantes). He aquí el texto de la *Primera Crónica General* (ed. Menéndez Pidal, Madrid, 1906, p. 564.*b*, c. 896): «Aquel sennor de Denia et de Tortosa [Munḏir], que murió estonces con el grand pesar de las malas nuevas que oyera, dexo un fijo pequenno; et tenienle en guarda unos que dizien fijos de Betyr; et ell uno destos tenie Tortosa por este moço, e ell otro su hermano tenie Xatiua, et otro su primo dellos tenie Denia»: cf. DOZY, *Rech.*[3], II, 137 y nota 2; PRIETO VIVES, *Los Reyes de Taifas*, 49; R. MENÉNDEZ PIDAL, *La España del Cid*, 389, nota 2. <<

[227] Se llamaba al-Rašīd. Sobre su captura por el conde de Barcelona Ramón Berenguer II y su rescate en 471 =1078, cf. DOZY, *Hist. mus. Esp.*[2], III, 105-7. Su verdadero nombre era Abū-l-Ḥasan ʻUbayd Allāh (cf. E. LÉVI-PROVEÇAL, *Inscr. ar. d'Espagne*, p. 41, nota 5), y acompañó a su padre en el destierro a Marruecos. <<

[228] O sea, la cora de Murcia. <<

[229] Sobre la toma de Murcia por cuenta de los ʻAbbādíes, cf. DOZY, *Abbadidis*, II, 86-87; *Aʻmāl*, 186, 232; Dozy, *Hist. mus. Esp.*[2], III, 108; GASPAR REMIRO, *Historia de Murcia musulmana*, Zaragoza 1905, 110. <<

[230] Cf. DOZY, *Hist. mus. Esp.*[2], III, 112. <<

[231] Sobre la vida de Abū Muḥammād ʻAbd al-Raḥmān ibn Rašīq al-Qušayrī después de la toma de Murcia y sobre su rebelión contra Muʻtamid, cf. *Aʻmāl*, 295-6. <<

[232] Cf. *supra* en este mismo párrafo y nota 36. <<

[233] Sirāŷ al-dawla era un hijo de ʿAlī ibn Muŷāhid Iqbāl al-dawla de Denia: cf. DOZY, *Hist. mus. Esp.*[2,] III, 114. <<

[234] Véase el dramático relato de este suceso en DOZY, *Hist. mus. Esp.*[2], III, 115-117. IBN JÁQAN, en *Qalā'id*, ed. París, 94, cuenta haber visto exhumar sus restos y que los huesos de sus piernas aún tenían sujetos los grillos. <<

[235] Personaje desconocido por otras fuentes, y cuyo nombre, en esta forma dada por el manuscrito, es extraño y no tiene aspecto árabe. ¿Será romance o habrá que corregirlo en Ŷawšan? <<

[236] Parece que estos dos hermanos, Zāwī y Balbār, a juzgar por sus nombres, debían de ser príncipes Zīrīes, emparentados con la familia real; pero no tenemos sobre ellos ninguna otra referencia. <<

[237] Sobre las apelaciones en *maẓālim*, cf. E. LÉVI-PROVENÇAL, *Esp Xe siécle*, 94-96. <<

[238] Cf. *supra* §§ 23 y 27. <<

[239] Sin duda se trata de un pasaje perdido en la laguna entre los capítulos actuales III y IV. <<

[240] Se trata de la expedición que en 1082 hizo Alfonso VI contra Mu'tamid, por haber éste rehusado pagar su tributo anual al cristiano: cf. DOZY, *Hist. mus. Esp.*[2], III, 119-20; R. MENÉNDEZ PIDAL, *La España del Cid*, Madrid, 1947, 299-300. <<

[241] Frase proverbial que recoge *Zaŷŷalī*, núm. 176. <<

[242] Cf. *supra* § 36 y nota 16. <<

[243] Este pasaje demuestra que la vieja costumbre beréber de tocar los atambores durante el combate era ya conocida en España durante la época zīrí y, por tanto, con anterioridad a los Almorávides, a quienes suele atribuirse su introducción. <<

[244] Cf. *supra* § 30. <<

[245] Más adelante, el autor habla largamente de su madre, al tratar de su rendición al sultán almorávid. <<

[246] Cf. *supra* § 40. <<

[247] Antes vimos (§ 13) que Baeza fue ganada, para los Zīrīes granadinos, por al-Nāya a ʻAlī ibn Muŷāhid Iqbāl al-dawla de Denia. Ignoramos cómo y cuándo pasó luego a poder de Muʻtamid, y de esta rebelión de sus habitantes contra el rey sevillano tampoco se tienen, que sepamos, más noticias. <<

[248] Sobre este individuo y su hermano carecemos de más detalles. Para conocer las atribuciones del *ṣāḥib al-madīna* en la España musulmana, cf. E. LÉVI-PROVEÇAL, *Esp. Xe siécle*, 88 ss. <<

[249] No hemos podido hallar ninguna otra noticia sobre este personaje. Un al-Aṣbāḥi (sin más datos) satirizado por Wallāda, aparece en MAQQARĪ, *Analectes*, II, 564. <<

[250] Sobre la *istijāra* o plegaria de la persona irresoluta para obtener la inspiración de una resolución satisfactoria en una empresa proyectada, cf. *Enc. Isl.*, II, 597-8, s. v. *istiḵ̱ḫāra* (Goldziher). <<

[251] Refrán. Cf. MAYDĀNĪ, *Maŷma‘ al-amṯāl*, ed. Cairo 1310, II, 147. <<

[252] Cf. MAYDĀNĪ, *Maŷma‘ al-amṯāl*, ed. Cairo 1310, II, 110. <<

[253] En muy pocos textos habrá sido definida más brevemente y con mayor claridad las directrices políticas de Alfonso VI. Cf. EMILIO GARCÍA GÓMEZ Y R. MENÉNDEZ PIDAL, «El conde mozárabe Sisnando Davídiz y la política de Alfonso VI con los Taifas», en *Al-Andalus*, XII [1947], pp. 27-41. <<

[254] Recuérdense, entre otros textos literarios, los famosos versos de al-ʻAssāl (m. 487 = 1094): «Andaluces, arread vuestras monturas; el quedarse aquí es un error. / Los vestidos suelen comenzar a deshilacharse por las puntas, y veo que el vestido de la Península se ha roto desde un principio por el centro». Cf. EMILIO GARCÍA GÓMEZ, *Libro de las Banderas*, núm. 127, p. 196. <<

[255] Estas indicaciones parecen desconocidas por otras fuentes. <<

[256] Sobre estos acontecimientos, cf. las fuentes utilizadas por DOZY, *Hist. mus. Esp.*[2] III, 124-5. <<

[257] Sobre Abū Marwān ʻAbd alMalik al-Maṣmūdī, cadí de Marrākūš, muerto en la batalla de Sagrajas, cf. *Takmila*, en *BAH*, V-VI, núm. 1729, y AL-NĀṢIRĪ, *K. al-istiqṣā'*, trad. G. S. Colin en *Archives Marocaines*, XXX, París 1925, p. 179. <<

[258] Sobre este personaje carecemos de datos procedentes de fuentes distintas; pero ha de reaparecer en esta misma obra, *infra* § 82, y allí se nos dan bastantes más datos. <<

[259] Estas indicaciones son nuevas, ya que, según los demás historiadores árabes utilizados por DOZY, *Hist. mus. Esp.*[2], III, 124-5, fue una embajada de cadíes españoles la que se dirigió a buscar, en Marrākūš, a Yūsuf ibn Tāšufīn, y no se habla de que éste enviara embajadores almorávides a Sevilla. <<

[260] Cf. L. TORRES BALBÁS, «Atarazanas hispano musulmanas», apud *Crónica arqueológica de la España musulmana*, XVIII, en *Al-Andalus*, XI [1946], pp. 175-209. <<

[261] De este general almorávid, que antes de pasar a España había recibido en 467 = 1074-5 el gobierno de Siŷilmāsa y de la región del Wādī Darʿa, no vuelven a hablar los historiadores a partir de la batalla de Sagrajas. <<

[262] Yazīd al-Rāḍī, tercer hijo de Muʿtamid e lʿtimād al-Rumaykiyya, al que ahora vemos de gobernador de Algeciras, fue gran poeta y había de morir defendiendo Ronda contra los Almorávides: cf. *infra* § 80 *in fine*. <<

[263] Ningún otro historiador, que sepamos, ha hablado de este rápido y preliminar viaje de Yūsuf ibn Tāšufīn a tierra española. <<

[264] Cf. DOZY, *Hist. mus. Esp.*[2], III, 126. <<

[265] En efecto, tanto los Zīríes como los Almorávides pertenecían a una de las dos grandes agrupaciones étnicas beréberes: la de los Ṣinhāŷa. El otro grupo es el de los Zanāta. <<

[266] ʻUmar ibn Muḥammād ibn ʻAbd Allāh ibn al-Afṭas al-Mutawakkil, rey de Badajoz, en cuyo territorio y muy cerca de cuya capital iba a darse la gran batalla de Sagrajas o Zallāqa, reinó de 473 = 1081 a 487 = 1094: cf. *Enc. Isl.*, I, 182-3, s. v. *Aftaṣides* (Seligsohn). <<

[267] Frase proverbial recogida por *Zaŷŷālī*, núm. 198. <<

[268] Cf. DOZY, *Hist. mus. Esp.*[2], III, 127. Una de las más extensas relaciones de la batalla de Zallāqa puede hallarse en E. LÉVI-PROVENÇAL, *Péninsule Ibérique*, núm. 84, s. v. *Zallāqa*, pp. 103-106. Cf. etiam *Enc. Isl.*, IV, 1273, s. v. (Lévi-Provençal). <<

[269] El sábado siguiente al día en que ocurrió inopinadamente el encuentro: cf. DOZY, *Hist. mus. Esp.*[2], III, 127 y nota 2. <<

[270] La batalla tuvo lugar el viernes 12 raŷab 479 = 23 octubre 1086. Obsérvese que ʻAbd Allāh no nombra el lugar del encuentro. Para él es la batalla de Badajoz. Cf. E. LÉVI-PROVENÇAL, EMILIO GARCÍA GÓMEZ y JAIME OLIVER ASÍN, «Novedades sobre la batalla llamada de al-Zallāqa (1086)», en *Al-Andalus*, XV (1950), pp. 111-155. <<

[271] De Ibn Rašīq se ha hablado antes (§ 39 y nota 40) y de al-Rāḍī hace muy poco (§ 47 y nota 10). De este pasaje resulta que Yūsuf ibn Tāšufīn, a pesar de su regreso al África, había conservado Algeciras como base de sus futuras operaciones militares en España. <<

[272] Sobre la importancia estratégica de Aledo y las ventajas que su posesión procuraba a Alfonso VI para hostigar y tener en su mano los neurálgicos confines entre Andalucía y Levante, cf. R. MENÉNDEZ PIDAL, *La España del Cid*, Madrid, 1947, índice, s. v. Aledo. <<

[273] Las fechas discordantes sobre el asedio de Aledo han sido prolijamente discutidas por R. MENÉNDEZ PIDAL, *La España del Cid*, Madrid 1947, pp. 749-754, que se decide por el verano de 1089. <<

[274] Las noticias más importantes sobre este personaje, utilizadas por Dozy, proceden de la *Iḥāṭa*, ed. Cairo, I, 41-43. Su nombre completo era Abu Ŷaʿfar Aḥmad ibn Jalaf ibn ʿAbd Allāh al-Gassānī al-Qulayʿī. Según *Ṣila*, en *BAH*, I-II, núm. 154, murió en rabīʿ II 498 = diciembre 1104 enero 1105. <<

[275] Este general, Sīr ibn Abū Bakr, es el que, como es sabido, más había de intervenir en la conquista de España por los Almorávides. <<

[276] Otro general almorávid que en lo sucesivo ha de figurar con muchísima frecuencia en este relato. Cf. DOZY, *Hist. mus. Esp.*[2], III, 151. <<

[277] Cf. nota 15 de este mismo capítulo. <<

[278] En otoño de 1089: cf. MENÉNDEZ PIDAL, *loc. cit. supra* nota 21. <<

[279] Es decir, de cuño almorávid, que, por lo visto, ya circulaban en España. Parece ocioso advertir que *murābiṭī* es el origen de la palabra española «maravedí». <<

[280] Sale otra vez más adelante (§ 74 y nota 11) con idéntico estigma de rapiña. <<

[281] Se trata del famoso jurista andaluz, autor del *Dīwān al-aḥkām al-kubrá, Abū-l-Aṣbag ʻĪsà ibn Sahl ibn ʻAbd Allāh al-Asadi*, nacido en 413 = 1022-3, y muerto en 5 muḥarram 486 = 5 febrero 1093: cf. *Ṣila*, en *BAH*, I-II, núm. 939; *Bugya*, en *BAH*, III, número 1145; IBN FARḤŪN, *Dībāŷ*, ed. Fez, 1316, p. 187; PONS, *Ensayo*, núm. 124, p. 160; E. LÉVI-PROVEÇAL, *Esp. Xe siècle*, 80 y nota 2.—Hay una sustanciosa noticia que le consagra NUBĀHĪ en *Juges d'Andalousie*, 96-97, citando nuestro texto. <<

[282] De entre los muchos miembros de esta familia que aparecen citados en los repertorios biográficos andaluces, no hemos encontrado ninguno cuyas fechas y circunstancias convengan con la del citado aquí. Casi todos se distinguieron en materias jurídicas, y los más importantes son los que reseña BROCKELMANN, *GAL*, II, 264, y *Supplb.*, II, 374, ambos del siglo XIV. <<

[283] No hemos podido encontrar ninguna otra referencia sobre esta familia. <<

[284] Sobre este personaje, uno de los ʿAbīd de Bādīs, que ha de figurar luego con frecuencia en nuestro relato (cf. sobre todo §§ 61, 62, 63), hay una importante noticia que le consagra Ibn al-Jaṭīb en la *Iḥāṭa*, ms. Escorial, 1673, pp. 198-199. <<

[285] Indudablemente se trata de un hijo del Musakkan de que se habló antes, §§ 26 y 30. Más adelante, en el § 60, se nos da de él una semblanza bastante completa. <<

[286] Cf. *supra* § 16 y nota 4. <<

[287] Existían en España *rābiṭas* o ermitas a que las gentes se retiraban para llevar vida ascética (a diferencia del *ribāṭ*, institución a la vez militar y religiosa: cf. E. LÉVI-PROVENÇAL, *Esp. Xe siècle*, 138-9, y J. OLIVER ASÍN, *Origen árabe de rebato, arrobda y sus homónimos*, Madrid, 1928). IDRĪSĪ, *Description*, 197 y 239, cita una a medio camino entre Mojácar y Almería; IBN AL-ZUBAYR, *Ṣilat al-Ṣila*, 24 y 39, dos: la de *ʻAmrūs*, a una parasanga de Almería, y la de *Bāb ʻAnbar*, en Sevilla, *etc.* Las de Granada —de *al-ʻUqāb*, de *al-Maḥrūq*, de *al-Liŷām*— nos son mejor conocidas gracias a Ibn Baṭṭūṭa (cf. E. LÉVI-PROVEÇAL, «Le voyage dʻIbn Baṭṭūṭa dans le royaume de Grenade (1350)», en *Mélanges W. Marçais*, París, 1950). La de *al-ʻUqāb* era muy antigua, y a ella fue desterrado por Bādīs el alfaquí poeta Abū Isḥāq al-Ilbīrī: cf. E. GARCÍA GÓMEZ, *Abū Isḥāq de Elvira*, pp. 29, III, 125. Un estudio de conjunto les ha dedicado L. TORRES BALBÁS «Rábitas hispano-musulmanas», apud *Crónica arqueológica de la España musulmana*, XXIII, en *Al-Andalus*, XIII [1949], pp. 475491. Posteriormente, y en su artículo «De toponimia granadina (sobre el viaje de Ibn Baṭṭūṭa al reino de Granada)», en *Al-Andalus*, XVI [1951], pp. 74-85, Luis Seco de Lucena nos ha dado una larguísima lista de las *rábitas* granadinas. <<

[288] al-Daŷŷāl: cf. Enc. Isl., I, 909, s. v. *Da<u>d</u>jd<u>j</u>āl* (Carra de Vaux). <<

[289] Se trata quizá de un impuesto extraordinario sobre los bienes inmuebles, cuyo análogo para el ganado era la *ḍarība* (cf. M. ASÍN PALACIOS, «Un códice inexplorado del cordobés Ibn Ḥazm», en *Al-Andalus*, II [1934], p. 42 y nota 2), o bien de una cuota sobre las rentas. <<

[290] Cf. DOZY, *Hist. mus. Esp.*[2], III, 136-7. Cf. *supra* § 8 y nota 5. <<

[291] Un pasaje del *Bayān* almorávid reproduce los célebres versos en que el poeta Abū-l-Qāsim Jalaf ibn Faraŷ al-Sumaysīr (o al-Simsarī), emigrado de Granada a Almería, y famoso por sus sátiras (coleccionadas en un libro titulado *Sifā' al-amrād fī ajḏ al-aʿrāḍ*), se burla de estas medidas defensivas de ʿAbd Allāh. MAQQARĪ, *Analectes*, II, 280, cita el cuarto verso, e IBN ABĪ ZARʿ, *Qirṭās*, ed. Tornberg, 99, el quinto. Cf. etiam DOZY, *Rech.*[3],1, 261. <<

[292] Bādīs había también previsto en su tiempo que, caso de fuerza mayor, tendría que replegarse a Málaga, como punto desde el cual pasarse al África: cf. *supra* § 22. <<

[293] La biografía de este famoso general castellano, cuyo nombre, más o menos deformado, sale con bastante frecuencia en las crónicas árabes, ha sido detalladamente escrita por R. MENÉNDEZ PIDAL, *La España del Cid*, Madrid, 1947, índice, s. v. <<

[294] Sin duda, las pendientes desde Sagrajas, o sea, las correspondientes a 1087-88, 1088-89 y 1089-90. Cf. R. MENÉNDEZ PIDAL, «Leyendo las "Memorias" del rey zīrí ʿAbd Allāh», en *Al-Andalus*, IX [1944], p. 7. <<

[295] El nombre de la capital africana suele escribirse *M. rrāk. š*, que se vocaliza ordinariamente *Marrākuš*, y a veces *Murrākiš* (NĀṢIRĪ, *Istiqṣā'*, trad. COLIN, *Archives Marocaines*, XXXI, p. 143 y nota 3). Aquí, sin embargo, tenemos la grafía nueva: *Marrūkuš*, con la *ū* primera larga, que es interesantísima por explicarnos la forma española *Marruecos*, de la que derivan las restantes europeas *(Marrocos, Maroc, Morocco, Marokko).* <<

[296] Refrán, cuyo origen es un ḥadīṯ profético, que consigna *Zaŷŷālī*, núm. 265. <<

[297] Es la famosa tradición con que se inicia el *Ṣaḥīḥ* de al-Bujārī: cf. *Enc. Isl.*, III, 995, s. v. *nīya* (Wensinck). <<

[298] Esta batalla, reñida en dicho pueblo, a nueve kilómetros escasos de Granada, ocurrió en 478 = 1085, y en ella se cubrió de gloria el guerrero zeneta Muqātil ibn ʿAṭiyya «el Royo», según un pasaje de la *Iḥāṭa*, de IBN AL-JAṬĪB, ms. Escorial, 1673, p. 188 (Muqātil saldrá más adelante en nuestro relato). A base del pasaje de la *Iḥāṭa* han hablado de la batalla DOZY, *Hist. mus. Esp.*[2], III, 123, y R. MENÉNDEZ PIDAL, *La España del Cid*, Madrid, 1947, p. 319. Para la identificación del topónimo, cf. DOZY, *Rech.*[3], I, 355 y nota 2. <<

[299] El célebre geógrafo IDRĪSĪ, que terminó su *Nuzhat al-muštāq* en 548 = 1154, es decir, un medio siglo después de la toma de Granada por los Almorávides, era hasta ahora el único autor occidental que nos informaba con alguna precisión de que la población de Lucena era en su mayor parte, si no totalmente, judía (*Description*, 205 y 252-3); pero las noticias que da aquí nuestro relato son infinitamente más importantes para el conocimiento de esta comunidad judía que, durante la época zīrí, parece haber sido un pequeño Estado dentro del Estado, y contra la cual había de ensañarse años más tarde Yūsuf ibn Tāšufīn: cf. DOZY, *Hist. mus. Esp.*[2] III, 158-59, según *al-Ḥulal al-mawšiyya*, ed. Allouche, p. 65. <<

[300] Cf. *supra* § 26 y nota 6. <<

[301] Es decir, el temor, bien pronto realizado, de la expedición almorávid contra Granada. <<

[302] Probablemente se trataba de piezas acuñadas con el nombre de Abū *Ŷa'far* Aḥmad ibn Sulaymān ibn Hūd al-Muqtadir, el poderoso rey zaragozano, que también dio el nombre de su *kunya* al palacio de la *Aljafería*. Cf. A. PRIETO VIVES, *Los Reyes de Taifas*, p. 47. <<

[303] Debe de ser el mismo *qābiḍ al-waŷība* citado *supra* § 25 y nota 44. <<

[304] Vuelve a aparecer *infra*, al fin de este mismo párrafo y nos es desconocido por otras fuentes. Su nombre es poco común en la onomástica árabe: ¿no será de origen hispánico y habrá que leer *Ibn al-Moro*? <<

[305] No poseemos ningún otro dato sobre este personaje, que lleva el mismo nombre que después había de hacer famoso Maimónides. <<

[306] Dozy se equivoca al explicar en su *Suppl.*, s. v., esta palabra por «inquisición de Estado», basándose en un pasaje de Ibn Ḥayyān reproducido por *Bayān*, III, 130, línea 3 *ab infra*. Se trataba de una contribución en dinero: cf. E. LÉVI-PROVENÇAL, *Hist. Esp. mus.*, I, 496 y nota 1 = trad. esp. 481 y nota 22. <<

[307] Sobre el *mustajlaṣ*, cf. E. LÉVI-PROVENÇAL, *Esp. Xe siècle*, 77-8 (corríjase en la p. 78, línea 4, que Ibn Hudba no estuvo al servicio de los Nasrles, sino al de los Almorávides, sucediendo a Mu'ammal, pues de él habla el *Bayān* almorávid). Ibn Abī Lawlà nos es desconocido por otras fuentes. <<

[308] Cf. *supra* § 56 y nota 5. <<

[309] No hemos podido encontrar otros datos referentes a este personaje. <<

[310] No hemos podido encontrar otros datos referentes a este personaje. <<

[311] Los Zanāta constituían, frente a los Ṣinhāŷa, la segunda gran agrupación étnica beréber, a la cual pertenecían los príncipes de los pequeños emiratos de taifas de Carmona, Ronda, Morón y Arcos, que se anexionaron los ʻAbbādíes. Con este motivo no pocos Zanāta pasarían al servicio de los Zīríes granadinos, enemigos tradicionales de los ʻAbbādíes; pero es normal que unos Zanāta no se hallaran muy contentos al servicio de una dinastía de Ṣinhāŷa y que estuvieran al acecho del menor motivo que les permitiera rebelarse. Casi todos llevaban mucho tiempo en España, a la que habían venido reclutados por Almanzor en el norte de África. <<

[312] La «asociación» o *mušāraka* de dos grupos de personajes, para la explotación de terrenos en general, era sumamente común en al-Andalus, y el término árabe *šarīk*, que designaba al «asociado», ha pasado al español en la forma exarico: cf. E. DE HINOJOSA, «Mezquinos y exaricos (Datos para la historia de la servidumbre en Navarra y Aragón)», en *Homenaje a Codera*, Zaragoza, 1904, pp. 523-531. <<

[313] Este mismo verso ha sido ya empleado por el autor *supra* § 46. <<

[314] No hemos podido encontrar otros datos referentes a este personaje, cuyo nombre es, en efecto, de eunuco eslavo. Recuérdese que *supra* (§ 19 y nota 18) ha salido otro eslavo como zalmedina, en tiempos de Bādīs, que se llamaba Muwaffaq. <<

[315] Este mismo verso ha sido ya empleado por el autor *supra* § 56. <<

[316] Se trata de la expulsión de Muqātil ibn ʿAṭiyya y de los Banū Birzāl, en 482 = 1089. Sobre Muqātil el Royo, véase la preciosa noticia en la *Iḥāṭa* que le consagra Ibn al-Jaṭīb. <<

[317] No hemos podido encontrar otros datos referentes a este personaje, cuyo nombre podría asimismo leerse Ibn al-Barrā'. <<

[318] Esta familia de gobernadores de Loja no parece haber dejado huellas en la historia. <<

[319] Esta locución española representa bastante bien la árabe que aquí emplea el autor: *bi-ṭawqī ʻalà ʻunuqī* (= con el collar [de los amuletos infantiles] sobre mi cuello). El editor de *Zaŷŷālī* cita nuestro texto en el comentario a su núm. 1048, pero ya advierte que éste es de sentido muy distinto, y sólo coincide con aquél en el léxico. <<

[320] No poseemos más datos sobre este personaje que los que el propio autor nos proporciona luego, *infra* §§ 65 y 70. <<

[321] No hemos podido encontrar otros datos referentes a este personaje. <<

[322] Al comienzo de este párrafo el autor habla de «dos» o de «varias» princesas, pero luego no se trata más que del matrimonio de una: su hermana. Por eso nos ha parecido más claro unificar, advirtiéndolo, la redacción de todo el párrafo. <<

[323] No hemos podido encontrar otros datos referentes a este personaje. <<

[324] Traducción conjetural, por tratarse de un pasaje particularmente oscuro. <<

[325] Expresión alcoránica: IV-44 y CXIX-7/8. <<

[326] Este personaje nos es desconocido por otras fuentes. Posiblemente se trata, a juzgar por su nombre, de un antepasado de los reyes naṣrīes de Granada o Banū-l-Aḥmar. <<

[327] No hemos podido encontrar otros datos referentes a este personaje, cuyo nombre podría también ser leído Ibn Yaggūn, ya que el manuscrito parece tener un *tašdīd* sobre la *k*, y esta indicación gráfica suele a veces indicar el sonido *g* suave del beréber, inexistente en el árabe clásico. <<

[328] Es, por tanto, indudable, y aún se comprueba mejor más adelante, que Yūsuf ibn Tāšufīn volvió al África entre la campaña de Aledo y la que luego hizo contra ʿAbd Allāh, para destronar a éste, como, discutiendo los textos hasta ahora conocidos, ha sostenido don Ramón Menéndez Pidal, en *Al-Andalus*, IX [1944], pp. 6-7. <<

[329] Sobre Ibn Sahl, cf. *supra* § 56 y nota 2.—Respecto al otro embajador, Bādīs ibn Wāruwī, fuera de lo que aquí se nos dice de que pertenecía a los Talkāta (cf. *supra* § 12 y nota 19), no poseemos ningún otro dato a él atinente. <<

[330] El primero es su cuñado Yūsuf ibn Ḥaŷŷāŷ, del cual ha hablado *supra* §§ 63 y 65. Sobre el segundo no hemos podido encontrar ninguna otra noticia a él referente. <<

[331] El castillo de que se habló *supra* (§ 34), construido por Muʿtamid contra ʿAbd Allāh, y que ahora, por fin, en manos del Almorávid, iba a ser eficaz. Se ve que era la llave que abría el acceso a la Vega granadina. <<

[332] No hemos podido encontrar otros datos referentes a este personaje, que vuelve a aparecer un poco más adelante (§ 74). <<

[333] El texto árabe, de difícil traducción literal, parece contener alusión a un refrán que sale en el § 82. <<

[334] Uno de los principales puntos del anunciado programa almorávid de gobierno, que no podía sino halagar a las gentes y atraérselas, era la supresión de todo impuesto extracanónico, no previsto por la Zuna. <<

[335] Se trataba, indudablemente, de milicias negras. En el período inmediatamente anterior al de ʿAbd Allāh se daba el nombre de *raqqāṣa* (singular: *raqqāṣ*) a unos negros asalariados, especialmente adiestrados y con condiciones extraordinarias para hacer largas caminatas a pie, por lo cual se les solía utilizar como correos (cf. E. LÉVI-PROVENIÇAL, *Esp. X^e^ siécle*, 55, e *Hist. Esp. mus.*, I, 367 = trad. esp., p. 332). También se les empleaba como portadores de literas, y así ellos fueron los que transportaron hasta Medinaceli a Almanzor moribundo. Todavía muy recientemente, en Marruecos, los servicios postales interurbanos estaban a cargo de correos negros llamados asimismo *raqqāṣ*. <<

[336] Ŷa‘far el eunuco es, indudablemente, el mismo de que habla Ibn al-Jaṭīb en la *Iḥāṭa*, ed. Cairo, I, 274 (Abū-l-Faḍl Ŷa‘far al-fatà), dentro de la biografía de Bādīs. Sobre Labīb, cf. *supra* §§ 62 y 63. <<

[337] El texto árabe es la primera parte de un refrán que trae *Zaŷŷālī*, núm. 391, y que, completo, dice: *Lā walad wa-lā talad, / wa-lā man yadūr fe-l-balad* («Ni hijo ni bienes, ni quien dé la vuelta por el pueblo»), cuya equivalencia castellana, que aquí resultaría demasiado popularizante, es «ni padre ni madre, ni perrito que le ladre». <<

[338] El encuentro entre ambos soberanos tuvo lugar, según IBN AL-JAṬĪB, *Iḥāṭa*, ms. Escorial 1673, pp. 213-4, a dos parasangas de Granada. ʻAbd Allāh descabalgó para acercarse al Almorávid y pedirle perdón, y éste, sin dejarlo seguir, le ordenó montar de nuevo a caballo. Lo llevaron a un lugar llamado *al-Mašā'iḥ* (?), «fuera de la capital». Cf. etiam DOZY, *Hist. mus. Esp.*[2], III, 143-45 y nota 1. Las dos objeciones de Dozy sobre la fecha (*ibid.*, páginas 181-82) no nos parecen fundadas. Ibn al-Jaṭīb, en la *Iḥāṭa (loc. cit.)*, da el domingo 13 raŷab 483 = 11 septiembre 1090, y en los *Aʻmāl*, el domingo 10 raŷab 483 = 8 septiembre 1090. Esta última la estimamos buena, porque el 8 de septiembre 1090 fue, en efecto, domingo. <<

[339] Cf. *supra* § 71 y nota 3. <<

[340] Anteriormente (§ 55 y nota 1 bis) ha aparecido otra vez, con idéntico estigma de rapiña. <<

[341] Cf. *supra* § 56 y nota 6, y § 60. <<

[342] No hemos podido encontrar otros datos referentes a este personaje. <<

[343] No hemos podido encontrar otros datos referentes exactamente a este personaje.—Un Abū Zakariyyā' Yaḥyà al-Zaytūnī figura en la parte IV, aún inédita, de la *Ḏajīra* (DOZY, *Abbadidis*, III, 54), pero no sabemos nada más de él. El biografiado en *Ṣila*, *BAH*, I-II, núm. 738, casaría por las fechas (m. en 501); pero era cordobés. El lector alcoránico biografiado en *Takmila, BAH*, V-VI, núm. 867, no es de esta época (m. en 598), pero era, en cambio, de Granada, y hay alguna posibilidad de que fuese descendiente del citado por ʿAbd Allāh. <<

[344] Podía este libro ser de predicciones astrológicas, o quizá también de presagios políticos, como el que hizo Bādīs, según IBN AL-JAṬĪB en la *Iḥāṭa*, ed. Cairo, I, 274. <<

[345] Sobre Mikuāsat al-Zaytūn y su historia, cf. IBN GĀZĪ (1495-1592), *al-Rawḍ al-hatūn fī ajbār Miknāsat al-Zaytūn* (resumen y noticias bibliográficas en E. LÉVI-PROVENÇAL, *Historiens des Chorfa*, París 1922, 227-230). <<

[346] No hemos podido encontrar otros datos referentes a este personaje. <<

[347] Creemos que es así como puede traducirse la expresión *ḥarb ál-kānūn*, que da el texto árabe. <<

[348] Sobre la Qalʿa de los Banū Hammád, cf. Enc. Isl., II, 720-21 (Yver), s. v. *Ḳalʿat Banī Ḥammād*. <<

[349] El nombre completo de Argel en esta época, cuando pertenecía al reino ḥammādí de la Qalʿa, era el de Ŷazā'ir Banī Mazganna: cf. *Enc. Isl.*, I, 259-65 (Yver), s. v. *Alger.* <<

[350] Hoy Dellys, puerto en la costa argelina, unos 110 kilómetros al este de Argel: cf. *Enc. Isl.*, IV, 624 (Yver), s. v. *Tadallīs*. <<

[351] Sobre el paso del tuŷībī Muʿizz al-dawla al Magrib, cf. etiam *Aʿmāl*, 222, e IBN JALDŪN, *Berbères*, trad. Slane, 2.ª ed., París, 1927, II, 55. <<

[352] Cf. *supra* § 56 y nota 8. Añádase a la bibliografía *Enc. Isl.*, III, 1230-32 (G. Marçáis), s. v. <<

[353] Cf. *supra* § 53, nota 23, y § 75. Este emir almorávid había luego de gobernar Sevilla, por cuenta de Yūsuf ibn Tāšufīn. <<

[354] Era el segundo de los hijos de Muʿtamid con Iʿtimād Rumaykiyya, y se llamaba ʿAbbād, o Fatḥ, según DOZY, *Hist. mus. Esp.*[2], III, 148, donde se encontrarán (nota 2) las referencias sobre la toma de Córdoba por los Almorávides, en 3 ṣafar 484 = 28 marzo 1091.—La mujer de ʿAbbād al-Maʾmūn se refugió, tras la toma de Córdoba, en la corte de Alfonso VI, que la hizo su concubina y tuvo en ella al infante don Sancho: cf. E. LÉVI-PROVENÇAL, en *Hespéris*, XVIII [1934], 1-8 y 200-201, reimpreso en *Islam d'Occident*, París, 1948, pp. 137-151, con el título de *La «Mora Zaida», femme dʿAlphonse VI, et leur fils, lʿinfant don Sancho.* <<

[355] Abū Bakr ibn Zaydūn era hijo del famoso poeta Abū-l-Walīd ibn Zaydūn (394 = 1003 - 463 = 1070). <<

[356] No hemos podido identificar a este visir. <<

[357] La traducción de este pasaje, muy oscuro, es conjetural y la presentamos con toda reserva. <<

[358] El domingo 22 raŷab 484 = 9 septiembre 1091. Granada, según vimos antes (§ 73 y nota 7), cayó el domingo 10 raŷab 483 = 8 septiembre 1090. <<

[359] El día 17 rabīʿ I 484 = 9 mayo 1091. <<

[360] Cf. *supra* § 47 y nota 10. <<

[361] No hemos podido encontrar ningún otro dato referente a este personaje. <<

[362] Sobre la estancia de Muʿtamid en Mequínez y su reflejo en el dīwān del rey poeta, cf. Dozy, *Hist. mus. Esp.*[2], III, 169-170 y referencias citadas. <<

[363] Sobre Āgmāt, cf. *Enc. Isl.*, I, 186 (Doutté), s. v. *Agẖmāt.*
<<

[364] Esta indicación es sumamente interesante porque nos da la prueba de que en esta época precisa, y contra lo que pretenden los cronistas, Yūsuf ibn Tāšufīn conservaba buenas relaciones con su famoso tío paterno Abū Bakr. <<

[365] Y en ella es donde ʻAbd Allāh compone este libro. <<

[366] Sobre este personaje, cf. *supra* § 47 y nota 6. <<

[367] Debe de referirse a la historia «de las tres truchas» del *Calila e Dymna*. Citamos por la vieja traducción española (*Bibl. Aut. Esp.*, de Rivadeneyra, t. LI), p. 26: «et la Perezosa [nombre de la tercera trucha] non cesó de ir adelante e atrás fasta que la tomaron». <<

[368] Sobre al-Manṣūr, hijo de al-Mutawakkil de Badajoz, consúltese *Aʿmāl*, 215. <<

[369] Cf. *Enc. Isl.*, IV, 419-21 (Colín), s. v. *Si<u>d</u>jilmāsa.* <<

[370] Se entiende así (en español diríamos: «atacarlo con sus propias armas»). Es proverbio muy antiguo, que ya trae Maydānī (*ramà Fulānan bi-ḥaŷari-hi* = apedreó a Fulano con su misma piedra), y que recoge la colección andaluza de *Zaŷŷālī*, núm. 391 (*arŷam-nī bi-ḥiŷārī* = me apedreó con mis propias piedras). <<

[371] Sobre Ibn Rašīq, cf. *supra* §§ 39 (y nota 40), 51, 53 y 68. Según *Aʿmāl*, 296, cuando le fue entregado como prisionero a Muʿtamid en Aledo, el rey sevillano lo envió a Lorca, y de allí fue a la cárcel de Sevilla, en la que se hallaba a la entrada de los Almorávides en la ciudad. Ahora lo vemos reaparecer. <<

[372] Sobre la alcazaba de Badajoz, cf. el artículo de L. TORRES BALBÁS *apud* «Crónica arqueológica de la España musulmana», VIII, en *Al-Andalus*, VI [1941], pp. 168-203. <<

[373] IBN AL-JAṬĪB, *A'māl*, 215, fecha estos sucesos en las postrimerías de 488 = diciembre 1095. Sobre los mismos, cf. DOZY, *Hist. mus. Esp.*[2], III, 152-153 y referencias citadas; pero nuestro relato es más detallado y sabroso. <<

[374] Cf., al comienzo de este mismo § 82, la nota 22. <<

[375] Sobre la interpretación de este pasaje, cf. el artículo de E. LÉVI-PROVEÇAL «Glanures cidiennes: Letre à D. Ramón Menéndez Pidal», en *Estudios dedicados a Menéndez Pidal*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, I (1950), páginas 465-467. <<

[376] Traducción conjetural, la de estas últimas palabras, de un pasaje sumamente oscuro. <<

[377] Sabido es que los que mueren combatiendo en la guerra santa (y, por extensión, los que mueren en naufragio) son tenidos por mártires *(šuhadā')*, con los beneficios anejos a esta calificación: cf. *Enc. Isl.*, IV, 269-71 (Björkman), s.v. *sh̲ahīd*, 2.º art.º. <<

[378] El autor parece aquí sentir cierta emulación —desde luego desatinada— por las admirables dotes poéticas de Muʿtamid de Sevilla. <<

[379] Parece inútil extenderse aquí sobre la importancia de la astrología en las cortes medievales, tema que nos llevaría muy lejos y cae fuera de nuestro propósito. <<

[380] Cf. *infra*, en este capítulo, el § 95. De la paternidad tardía del autor habla Ibn al-Jaṭīb en la *Iḥāṭa* y en los *Aʿmāl*. <<

[381] La astronomía india, muy adelantada, entró pronto en Bagdad gracias a un sabio del Sind que dictó a sus discípulos un «canon» sobre el tema. Este libro, y otros como el *Zīŷ* y el *Sind-hind* (en indio *Siddhānta*), habían difundido en el ʻIrāq los resultados de la ciencia india en este terreno. ʻAbd al-Raḥmān II de al-Andalus envió al ʻIrāq a comienzos del siglo IX una misión científica, de la que formaba parte ʻAbbās ibn Firnās, quien se dice (IBN SAʻĪD, *MUGRIB*) que trajo a Córdoba un ejemplar del *Sin-hind*. Cf. E. LÉVI-PROVENÇAL, *Hist. Esp. mus.*, I, pp. 272-3. <<

[382] Hārūn al-Rašīd, acaso el más famoso de los califas ʻabbāsīes de Bagdad, tradicionalmente llamado en Occidente «el califa de las Mil y una noches», nació en Rayy el 149 = 766 y murió en 193 = 809. Había sido proclamado en 170 = 786. <<

[383] Estas indicaciones responden a lo que se dice en una literatura especial sobre las calidades y defectos de los individuos *(nuʿūt)*, cosa que permite —sobre todo en la compraventa de esclavos— dar de éstos unas señas físicas muy completas. <<

[384] Los árabes les llamaban *Banū l-Aṣfar* (= los amarillos o pálidos). <<

[385] Aquí hay en el ms. una adición marginal, desgarrada e ilegible. <<

[386] Parece ocioso decir que el año musulmán es lunar. Al principio del mes décimo se celebra la *ʻīd al-fiṭr* (= fiesta de la ruptura del ayuno), y todo el mes se considera festivo. <<

[387] Se trata del califa ʻabbāsī al-Ma'mūn, hijo de Hārūn al-Rašīd (cf. *supra* nota 5 de este cap.), bajo cuyo reinado culminó la influencia helénica en la cultura árabe. Duró su califato de 813 a 833 de nuestra era. <<

[388] Al-Ḥaŷŷāŷ b. Yūsuf, gran hombre de Estado, el más famoso y capaz gobernador de los Omeyas de Oriente, célebre por su cruel dureza, nació hacia 41 = 661 y murió en 95 = 714. Las campañas antiomeyas y la leyenda adversa han tratado de empequeñecer y empañar su espléndida carrera. <<

[389] Blanco de una palabra en el ms. <<

[390] Sigue en el ms., como glosa marginal, una frase ilegible. <<

[391] *Al-ṯaqalāni*; alusión a Ale., LV-31. <<

[392] Tanto el autor de este libro como su abuelo y predecesor Bādīs eran famosos, no por su arte, sino por su avaricia y por su afán de acumular tesoros, que se hicieron proverbiales. Véase, *supra*, en el cap. X, el relato de las pesquisas a que fue sometido el autor por los Almorávides, cuando lo destronaron, en búsqueda de esos tesoros. <<

[393] Abū ʻUṯmān ʻAmr b. Baḥr, apodado al-Ŷāḥiẓ, es con razón uno de los más famosos autores árabes, nacido en Basora hacia 160 = 776 y muerto en la misma ciudad en 255 = 869. Una de sus mejores obras es el *Kitāb al-ḥayawān* (= Libro de los Animales), preciosa antología de todo género de temas, con base en la zoología. <<

[394] Desgarrón de una palabra en el ms. <<

[395] [Por error del autor o fallo del copista, estas frases son difíciles de leer e interpretar. Imprimo lo que acordé con Lévi-Provençal, teniendo en cuenta el párrafo que antecede. En la ed. cairota de nuestro texto árabe se ha impreso, creo que mal, y no por L.-P., *fa-lam nubaššir bi-l-iṯnayn*, donde nosotros leemos *fa-lam nubaššir bi-l-unṯā*, lectura que mantengo, a falta de otra mejor.—Que ʿAbd Allāh tuvo «dos hijos y una hija» está comprobado por IBN AL-JAṬĪB, *Iḥāṭa*, biogr. de nuestro autor, ahora en la ed. ʿInān, III, Cairo 1976, p. 381, lín. últ.: *fa-ʿāša la-hu ʾbnāni wa-bintun*.—E. G. G.]. <<

[396] Alusión a Ale., XCIII-11: «El beneficio de tu Señor, cuéntalo». <<

[397] Alude el autor a la *laylat al-qadr* (= noche del destino), que es la 27.ª del mes de ramadán, en la que se supone empezó la revelación del Alcorán, y que es particularmente festejada. <<

[398] En todo este folio final presenta el ms. rotos y palabras borrosas que hacen muy difícil su lectura. La traducción de algunas frases es conjetural. <<

ÍNDICE

El Siglo XI en primera persona 3
Advertencia 13
Introducción 17
I.—Ojeada de conjunto sobre el contenido de las «Memorias» de ʿAbd Allāh. Su difusión por el Occidente musulmán hasta fines de la Edad Media 20
II.—Resumen de la historia de los Zīríes de España hasta 467 = 1075 24
III.—El reinado de ʿAbd Allāh (467-483 = 1075-1090) 39
IV.—Las fechas y los apéndices 47
V.—El comentario de Menéndez Pidal a las «Memorias» 48
VI.—El hallazgo moderno del manuscrito de las «Memorias» 50
VII.—Génesis e historia previa de este libro 54
Exposición de los sucesos acaecidos en el reino de los Banū Zīrī de Granada 57
I. Consideraciones preliminares 60
1. Normas que debe seguir el historiador 60
2. Verdad del Islam y refutación de los que no lo profesan 63
3. Incapacidad, del conocimiento racional sin la ayuda de la Verdad revelada 66
4. Necesidad de la instrucción y de la experiencia 71
5. Formación política del autor 72
6. Dificultad de la imparcialidad histórica 75

7. El azar en historia. El caso de Almanzor, antecedente obligado de los Reinos de Taifas 76

II. Antecedentes y primeros pasos de la monarquía zīrí: Zāwī ibn Zīrī y Ḥabūs ibn Māksan 79

8. Reforma militar de Almanzor, venida de los Zīríes a España y formación de los Reinos de Taifas 79

9. Establecimiento de los Zīríes en Elvira a petición de sus habitantes 82

10. Reacción en al-Andalus ante la creación del Estado zīrí Fundación de Granada 84

11. Desastrosa campaña de al-Murtaḍà contra los Zīríes Ṣinhāŷa 87

12. Zāwī b. Zīrī parte para Ifrīqiya y muere allí envenenado 89

13. Reinado de Ḥabūs ibn Māksan 91

14. Intrigas en favor de la sucesión de Yaddayr ibn Ḥubāsa. Muerte de Ḥabūs. 92

III. Reinado de Bādīs Ibn Ḥabūs (I): desde sus comienzos hasta la muerte de Ibn Nagrela 96

15. Comienzos del reinado de Bādīs ibn Ḥabūs y encumbramiento del visir judío Abū Ibrāhīm 96

16. Fracaso de la conjura de Yaddayr ibn Ḥubāsa contra Bādīs 99

17. Victoria de Bādīs sobre el príncipe Zuhayr de Almería 101

18. Carácter del príncipe Buluggīn Sayf al-dawla, padre del autor 103

19. Actividad e intrigas de José ibn Nagrela, hijo del judío Abū Ibrāhīm 104

20. Envenenamiento del príncipe Buluggīn Sayf al-dawla 108

21. Privanza absoluta de Ibn Nagrela 111
22. Bādīs se apodera de Málaga 112
23. Relaciones de Bādīs con los Banū Ṣumādiḥ de Almería 114
24. Llegada de al-Nāya a Granada. Su valimiento y rivalidad con el judío 117
25. Expulsión del príncipe Māksan ibn Bādīs 119
IV. Reinado de Bādīs ibn Ḥabūs (II): desde la muerte de Ibn Nagrela hasta el final 122
26. Conjura del visir judío Ibn Nagrela. Motín contra él de los Ṣinhāŷa y su asesinato 122
27. Campaña victoriosa para recobrar Guadix de Ibn Ṣumādiḥ 129
28. Campaña victoriosa para recobrar Málaga de Ibn ʻAbbād 131
29. La pesquisa y la disidencia de Fiñana. Al-Nāya, visir. 133
30. Jaén, recobrada 135
31. Toma de Baeza por al-Nāya 137
32. Conjura contra al-Nāya, al que asesinan 139
33. Se vuelve a llamar al príncipe Māksan ibn Bādīs 142
V. Reinado del autor de este libro, ʻAbd Allāh ibn Buluggīn (I): problemas exteriores y situación de al-Andalus al comienzo del reinado 146
34. Exigencias rechazadas de Alfonso VI. Éste e Ibn ʻAmmār hostigan a Granada desde Belillos, hasta que, con la toma de Toledo, abandonan la plaza 146
35. ʻAbd Allāh transige con Ibn Ṣumādiḥ y firma con él una tregua 149

36. Alfonso VI, instigado por Ibn ʻAmmār, vuelve contra Granada y ʻAbd Allāh tiene que pactar con él 150
37. La toma de Toledo por Alfonso VI 156
38. Toma de Denia por Ibn Hūd. Noticia sobre los Banū Hūd. 157
39. Ibn ʻAmmār se rebela en Murcia contra al-Muʻtamid y es expulsado luego por Ibn Rašīq. Posteriores andanzas y muerte violenta de Ibn ʻAmmār 159
40. Paces de ʻAbd Allāh con el rey de Sevilla 163
41. Digresión sobre el método 164
VI. Reinado del autor de este libro, ʻAbd Allāh ibn Buluggīn (II): problemas internos en el reino de Granada hasta la venida de los Almorávides 166
42. Destitución y luego expulsión del visir Simāŷa. ʻAbd Allāh decide gobernar por sí mismo 166
43. El pleito de la frontera almeriense. Sus vicisitudes y solución 172
44. Campaña victoriosa contra Tamīm ibn Buluggīn, príncipe de Málaga, hermano del autor 175
45. Fin de las rebeliones de Kabbāb ibn Tamīt, gobernador de Archidona y Antequera, y de los Banū Tāgnāūt 182
VII. Reinado del autor de este libro, ʻAbd Allāh ibn Buluggīn (III): Venida de los Almorávides a España y campañas de Sagrajas y Aledo 193
46. Antecedentes de la intervención de los Almorávides en España. 193
47. Embajadas andaluzas a Marruecos. Los Almorávides ocupan Algeciras por la fuerza 195

48. Concentración de los coaligados musulmanes 197
49. Batalla y victoria de Sagrajas contra Alfonso VI 198
50. Consejo posterior a la batalla. Primeras rencillas y separación de los aliados musulmanes 200
51. Nueva venida de Yūsuf ibn Tāšufīn. Campaña y estéril asedio de Aledo 202
52. El campamento de Aledo, reflejo de la anarquía andaluza 204
53. El pleito entre Ibn ʻAbbād e Ibn Rašīq. Prisión de este último 206
54. Levantamiento del sitio de Aledo. Dispersión de los sitiadores y rencillas entre ellos 208
VIII. Reinado del autor de este libro, ʻAbd Allāh ibn Buluggīn (IV): Política de ʻAbd Allāh desde el regreso de Aledo: medidas defensivas y diplomáticas 211
55. Pesimismo de ʻAbd Allāh al regreso de Aledo. La conducta de Garūr 211
56. Dañinas intrigas y defección final de al-Qulayʻī 213
57. Reconciliación con el ejército y medidas defensivas 218
58. Tratos con Álvar Háñez 221
59. ʻAbd Allāh paga los tributos atrasados a Alfonso VI y hace con él un nuevo pacto 224
60. Amenazas almorávides. ʻAbd Allāh se sincera de su conducta 227
IX. Reinado del autor de este libro, ʻAbd Allāh ibn Buluggīn (V): Los últimos conflictos, presagios de la catástrofe 231
61. Rebelión de los judíos de Lucena 231

62. El pleito de los Zanāta 234
63. Defección y sublevación de Mu'ammal en Loja 238
64. Semblanza del tránsfuga Nuʿmān 242
65. La cuestión del matrimonio de la princesa, hermana de ʿAbd Allāh 243
66. Digresión sobre los consejeros del príncipe 246
67. Vuelve a hablar del matrimonio de la princesa 248
68. Intervención de ʿAbd Allāh en el negocio de Murcia. Enojo de al-Muʿtamid 250
69. Embajada de ʿAbd Allāh a Ŷūšuf ibn Tāšufīn en Ceuta. Sus embajadores le hacen traición 252
X. Reinado del autor de este libro, ʿAbd Allāh ibn Buluggīn (VI): Su rendición al soberano almorávid, prisión, expolio y destierro 254
70. Nuevo paso a España de Yūsuf ibn Tāšufīn y ruptura de hostilidades con ʿAbd Allāh 254
71. Las tropas almorávides llegan ante Granada 256
72. Situación interna de la ciudad de Granada 258
73. ʿAbd Allāh no encuentra otra solución que rendirse 260
74. Rendición de ʿAbd Allāh y expolio de sus bienes 263
75. Destierro de ʿAbd Allāh a Marruecos 271
76. Destronamiento y destierro del rey de Málaga, Tamīm, hermano de ʿAbd Allāh 273
XI. Destronamiento y suerte posterior de los demás Reyes de Taifas 276
77. Actitud de los Reyes de Taifas durante la campaña de Granada 276

78. Campañas almorávides contra Almería 280
79. Tensión de las relaciones entre Al-Muʻtamid y el soberano almorávid 282
80. Toma de Córdoba y Sevilla. Destierro de Ibn ʻAbbād 284
81. Regreso de Yūsuf ibn Tāšufīn a Marruecos 286
82. Destronamiento y muerte de al-Mutawakkil de Badajoz, y desaparición de este reino 287
83. Actividad almorávid contra los cristianos. La toma de Valencia por el Cid 291
84. Reflexiones sobre las vueltas de la Fortuna 292
XII. Reflexiones finales, en el destierro 295
85. ʻAbd Allāh y la poesía 295
86. Digresión del autor sobre su propio horóscopo y su destino 296
87. Consideraciones sobre la astrología 299
88. Consideraciones médicas sobre los alimentos y el vino 302
89. Vuelve a hablar de astrología 307
90. Cuestiones astronómicas 311
91. Limitación de las ciencias naturales y de la medicina 312
92. Contra la negación de que los genios hablen 313
93. Sobre el placer, la melancolía amorosa y la juventud 315
94. Consideraciones teóricas y autobiográficas sobre la ambición y el desasimiento de los bienes mundanos 317
95. ʻAbd Allāh habla de su paternidad 319
96. El autor se dirige a sus lectores, favorables o adversos. 322

97. ʻAbd Alldh se defiende de posibles imputaciones contra su vida privada. 323

Bibliografía exclusiva de las obras citadas abreviadamente 327

Notas 331